James McBride

UNA TIENDA EN CHICKEN HILL

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Sinopsis

En 1972, cuando unos obreros de la ciudad de Pottstown (Pensilvania) excavan los cimientos de una nueva urbanización, lo último que esperan encontrar es un esqueleto en el fondo de un pozo. De quién es ese esqueleto y cómo ha llegado hasta allí son dos de los secretos que esconde Chicken Hill, el humildísimo barrio donde judíos inmigrantes y afroamericanos comparten ambiciones y penas. Y allí, en Chicken Hill, cuarenta años antes de ese descubrimiento, vivían Moshe y Chona Ludlow: Moshe organizaba conciertos en el teatro que había fundado y Chona regentaba la tienda de comestibles El Cielo y la Tierra. En los años en que el Ku Klux Klan se enseñoreaba y los puestos importantes los ocupaban los blancos, esta novela narra la odisea de varias comunidades que osan enfrentarse a las injusticias. Lo demostrarán el día en que el Estado vino a buscar a un niño sordo para internarlo en un terrible centro, y Nate Timblin, el conserje del teatro de Moshe y líder oficioso de la comunidad negra de Chicken Hill, tomó cartas en el asunto.

Una tienda en Chicken Hill

JAMES MCBRIDE

Traducción de Juan Trejo Álvarez



Al amigo Sy, que nos enseñó a todos
el significado de *tikún olam*

Primera parte
Se acabó

1

El huracán

En el mismo lugar en que antaño se hallaba la antigua sinagoga de Chicken Hill, en la ciudad de Pottstown, Pensilvania, vivía un viejo judío, y precisamente por eso, cuando la policía estatal encontró aquel esqueleto en el fondo de un viejo pozo en Hayes Street, la primera casa a la que acudieron fue la del viejo judío. Sucedió en junio de 1972, un día después de que un promotor inmobiliario echase abajo lo que quedaba en pie en el solar de Hayes Street para construir allí una nueva urbanización de casas adosadas.

La policía dijo que en el pozo habían encontrado también la hebilla de un cinturón y un pedazo de tela vieja, que, según reveló el laboratorio, había pertenecido a un traje o a una chaqueta de color rojo.

Al viejo le mostraron una joya y le preguntaron qué era.

Es una mezuzá, *contestó el anciano.*

Coincide con la placa que hay en la puerta, dijo la policía. ¿Estas cosas no se colocan en las puertas?

El anciano se encogió de hombros. La vida de los judíos es portátil, contestó.

La inscripción del reverso dice: «Hogar del mejor bailarín del mundo». Está en hebreo. ¿Habla hebreo?

¿Acaso le ha dado la impresión de que hablo suajili?

Responda a la pregunta. ¿Habla hebreo o no?

A veces me da algunos quebraderos de cabeza.

Usted es Malaquías el bailarín, ¿no es cierto? Eso es lo que nos han dicho. Que es un gran bailarín.

Lo fui. Dejé de bailar hace cuarenta años.

¿Y la mezuzá? *Coincide con la placa de aquí. ¿Esto no era un*

templo judío?

Lo era.

¿Quién es el dueño ahora?

¿A quién pertenece todo lo que hay por aquí?, preguntó el anciano. Apuntó con el mentón hacia la inmensa y reluciente escuela privada que se veía por la oscura ventana. La Escuela Tucker. Se alzaba orgullosa en lo alto de la colina, detrás de una verja de hierro forjado, con su césped bien cortado, sus pistas de tenis y los relucientes edificios de aulas. Un monstruoso bastión de arrogante elegancia que brillaba como un ave fénix por encima del destartalado barrio de Chicken Hill.

Llevan treinta años intentando comprar mi casa, dijo el viejo.

Sonrió a los agentes, pero había perdido la práctica totalidad de su dentadura, excepto un único diente amarillo que colgaba como un pedazo de mantequilla de la encía superior, lo que le otorgaba el aspecto de un cerdo hormiguero.

Es usted sospechoso, dijeron.

Sospechoso, shospechoso*, dijo encogiéndose de hombros. Tenía más de ochenta años y vestía un viejo chaleco gris, con varios bolígrafos metidos en el bolsillo, una camisa blanca arrugada, un talit arrugado sobre los hombros y unos pantalones viejos también arrugados. Pero cuando introdujo la mano en el bolsillo del pantalón, sus nudosas manos se movieron con tal destreza y rapidez que los policías estatales —que se pasaban la mayor parte de su jornada multando a camioneros en la cercana carretera interestatal 76 e impresionando a guapas amas de casa durante los controles de tráfico, con sus luces de color chicle y sus severos sermones sobre seguridad vial — se asustaron y dieron un paso atrás. El anciano, sin embargo, se limitó a sacar del bolsillo varios bolígrafos más. Les tendió uno a los policías.*

No, gracias, dijeron.

Estuvieron dando vueltas un rato más y finalmente se marcharon. Prometieron volver cuando hubiesen sacado el esqueleto del pozo y estudiado un poco más la posible escena del crimen, pero nunca volvieron, porque al día siguiente Dios rodeó Chicken Hill con sus manos y arrancó de cuajo Su última pizca de justicia de aquel

desdichado lugar. El huracán Agnes dejó sin electricidad a cuatro condados. El caudal del cercano río Schuylkill creció hasta alcanzar más de dos metros de altura. Según cuentan las viejas mujeres negras de Chicken Hill, los blancos de Pottstown saltaban de sus tejados como si estuvieran en el Titanic. *La tormenta barrió todas aquellas lujosas casas como si fueran polvo, arrasó todo lo que tocó. Ahogó a todos los hombres, mujeres y niños con los que llegó a cruzarse; destrozó puentes, derribó fábricas, destruyó granjas; aquello causó millones de dólares en daños —millones y millones—, que es el idioma que entienden los blancos; millones y millones. Bueno, para nosotros, la gente de color de Chicken Hill, no fue más que otro día en el que dedicarnos a esquivar la maldad del hombre blanco. En cuanto al viejo judío y a la gente que, como él, vivían en esa colina, recuperaron todo el tiempo que les habían robado los que les habían robado todo. Y la mujer judía a la que injuriaron, la señorita Chona, también obtuvo justicia, porque el Rey de Reyes la compensó por todas las cosas buenas que había hecho, la elevó a los cielos y cumplió sus sueños en un instante de la única manera que Él puede hacerlo. Ese malvado tonto que se hacía llamar Hijo del Hombre hacía ya tiempo que se había largado de este país. Y el niño aquel, Dodo, el sordo, todavía vive. Por él levantaron el campamento en el condado de Montgomery, los judíos se encargaron de hacerlo. Eran los dueños de varios teatros, Dios los bendiga. Y los policías y los peces gordos que andaban tras los judíos por el cadáver que habían descubierto en el viejo pozo no encontraron nada contra ellos, porque Dios se lo llevó todo: el pozo de agua, el embalse, la lechería, el esqueleto y cualquier cosa que pudieran usar contra los judíos; lo arrastró todo hasta el arroyo Manatawny. Y, una vez allí, hasta el último resquicio de esa clase de tonterías estilo «quién es el culpable» fue arrojado al río Schuylkill, y desde ese punto fluyó hasta la bahía de Chesapeake en Maryland y después al Atlántico. Y ahí es donde yacen hoy los huesos de ese maldito canalla cuyo nombre no merece ser pronunciado por mis labios. En el fondo del océano, donde los peces dan cuenta de sus huesos y solo el diablo lleva las cuentas.*

En cuanto al viejo Malaquías, la policía no logró dar con él. Volvieron a buscarlo otra vez cuando se calmó el follón provocado por el huracán, pero hacía tiempo que se había marchado. Lo único que

dejó tras de sí fueron un par de girasoles en el patio de su casa. El viejo señor Malaquías salió de allí limpio de polvo y paja. Era el último de ellos. El último de los judíos del barrio. Ese tipo era un mago. Era increíble. Y además sabía bailar… Ay, Dios… Ese hombre sabía hacer magia…

Mazel tov, *querido.*

2

Un mal presagio

Cuarenta y siete años antes de que los obreros de la construcción descubrieran el esqueleto en el pozo de la vieja granja de Chicken Hill, el dueño de un teatro judío de Pottstown, Pensilvania, llamado Moshe Ludlow, tuvo una visión en la que aparecía Moisés.

Moshe tuvo esa visión la mañana de un lunes de febrero, mientras limpiaba el desastre provocado por la actuación de Chick Webb la noche anterior en su diminuto Teatro y Sala de Baile Auténtico Americano en Main Street. Webb y su estruendosa banda, compuesta por doce músicos, sin duda fue el mayor acontecimiento musical que Moshe había presenciado en su vida; a excepción, claro está, de cuando, dos meses antes, Moshe logró traer desde Cleveland a Mickey Katz, el brillante pero temperamental genio yidis de la música *klezmer,* para que tocara durante todo un fin de semana de diversión y entretenimiento en yidis para familias en el Teatro y Sala de Baile Auténtico Americano. Eso sí que fue el no va más. Para poder actuar allí en el mes de diciembre, Katz, el precoz mago del clarinete, junto a su recién formada banda de siete músicos, tuvieron que enfrentarse a una furiosa tormenta que dejó tras de sí más de treinta centímetros de nieve en las montañas al este de Pensilvania. Gracias al bendito Dios superaron el reto, porque Moshe había reunido en su local a doscientos cuarenta y nueve judíos —comerciantes de zapatos, propietarios de tiendas, sastres, herreros, pintores del ferrocarril, charcuteros, y sus esposas— procedentes de cinco estados diferentes, incluidos el norte del estado de Nueva York y Maine. Entre los asistentes se encontraban incluso cuatro parejas que habían viajado en coche desde Tennessee; habían tardado tres días

en cruzar las montañas Blue Ridge, y subsistieron a base de queso y huevos, incapaces de respetar el *kosher* del *sabbat,* y todo para juntarse con sus compañeros judíos —y justo antes de la Janucá, momento en el que todos deberían estar en casa con las velas encendidas durante ocho días—. Por no mencionar que uno de los ocho que viajaron desde Tennessee era un fanático y estaba convencido de que el ayuno de Tishá B'Av, que habitualmente se llevaba a cabo en julio o agosto, tendría que hacerse dos veces al año en lugar de una, lo que implicaría quedarse en casa todos los meses de diciembre y pasar hambre y llenar las paredes con fotos de flores durante tres semanas seguidas como muestra de agradecimiento al Creador por su generosidad al ayudar al pueblo judío de Europa del Este a escapar de los pogromos, para poder vivir al amparo de la relativa paz y prosperidad que entrañaba la Tierra Prometida de América. Por culpa de ese tipo y del clima, las cuatro parejas estaban de un humor de perros cuando llegaron, embutidos en dos Packards antiguos —uno de ellos sin calefacción —, tras haber soportado la salvaje tormenta de nieve. Dejaron bien claro que pensaban marcharse de inmediato en cuanto oyeron que iba a seguir nevando, pero Moshe los convenció para que no lo hicieran. Ese era su don. Moshe era capaz de vender arena en el desierto.

—¿Cuántas veces en la vida se tiene la oportunidad de escuchar a un joven genio? —les dijo—. Será el gran acontecimiento de vuestra vida.

Los condujo a la diminuta habitación en la que vivía, en una pensión de Chicken Hill, ubicada en una zona de casas destartaladas y calles sin asfaltar donde habitaban los negros, los judíos y los blancos inmigrantes que no podían permitirse nada mejor, los sentó frente a su cálida estufa de leña, les sirvió té frío recalentado y un poco de *gefilte fish,* y los entretuvo contándoles la historia de su abuela rumana, la que saltó por una ventana para evitar casarse con un judío de la Haskalá, pero acabó aterrizando encima de un rabino jasídico austriaco.

—Lo derribó en medio del barro —exclamó—. Cuando él alzó la vista, ella ya le estaba leyendo la palma de la mano. Así que se

casaron.

Eso provocó sonrisas y carcajadas, porque todos sabían que los rumanos estaban mal de la cabeza. Con las risas resonando aún en sus oídos, Moshe se apresuró a volver junto a la gente que esperaba ansiosa, en medio de la nieve, a que abrieran las puertas del local.

A Moshe se le encogió el corazón mientras recorría las calles embarradas de Chicken Hill camino de su teatro en Main Street. La improvisada fila que se había formado una hora antes se había convertido en una turba de trescientas personas. Por otra parte, le informaron de que Katz, el temperamental genio, había llegado, se encontraba dentro del teatro, pero estaba de muy mal humor, por todo lo que le había hecho sufrir aquella terrible tormenta, y amenazaba con marcharse. Moshe entró a toda prisa y, para su alivio, descubrió que su siempre fiable ayudante, un anciano de color llamado Nate Timblin, había acomodado a Katz y a su banda entre bastidores, justo delante de la potente estufa de leña. Además, les había servido té caliente en vasos de agua, huevos *kosher* frescos, *gefiltefish* y pan jalá, todo cuidadosamente dispuesto como si fuese un bufé. Ese detalle había complacido al joven Katz, que anunció que él y su banda lo dispondrían todo en cuanto terminaran de comer. Moshe volvió a salir para entretener a la multitud que esperaba ante la puerta del local.

Al comprobar que no paraba de llegar gente, rezagados que salían a toda prisa de la estación de tren cargados con bolsas y maletas, agarró una escalera de mano y se encaramó a ella para dirigirse a los presentes. Nunca en su vida había visto a tantos judíos juntos en un mismo lugar de Estados Unidos. Los esnobs reformistas de Filadelfia estaban allí con sus camisas abotonadas al lado de trabajadores del hierro llegados de Pittsburgh, que se agolpaban junto a ferroviarios socialistas procedentes de Reading, con sus gorras con el logotipo del Ferrocarril de Pensilvania, que a su vez estaban codo a codo con mineros del carbón de rostros grisáceos de Uniontown y Spring City. A algunos los acompañaban sus esposas. A otros, mujeres que, habida cuenta de sus abrigos de piel, sus botas de cuero y sus deslumbrantes peinados, ni

remotamente debían de ser sus esposas. Uno de ellos iba acompañado de una rubia gentil quince centímetros más alta que él, vestida de un alegre color verde irlandés y ataviada con un sombrero a medio camino entre una hoja de trébol y los pinchos de la corona de la Estatua de la Libertad. Algunos parloteaban en alemán, otros en yidis. Algunos gritaban en dialecto bávaro, otros hablaban polaco. Cuando Moshe anunció que todo iba con un poco de retraso, la multitud se inquietó todavía más.

Un joven y apuesto jasídico con caftán y gorro de piel, que cargaba con una bolsa de arpillera y tenía el pelo rizado embutido dentro del sombrero, que llevaba ladeado como si fuese un sombrero de fieltro cualquiera, anunció que había venido desde Pittsburgh y que no bailaría con ninguna mujer, lo que provocó risas y varias exclamaciones altisonantes, algunas de ellas en alemán, sobre los polacos imbéciles que se vestían como paletos.

Moshe se quedó perplejo.

—¿Por qué vienes a un baile si no vas a bailar con ninguna mujer? —le preguntó a aquel hombre.

—No busco alguien con quien bailar —respondió escuetamente el apuesto jasídico—. Estoy buscando esposa.

Los allí presentes se echaron a reír. Poco después, ya bajo el magnífico hechizo de la magia musical de Katz, Moshe no pudo evitar fijarse, maravillado, en cómo aquel hombre bailó toda la noche como si lo empujase un demonio. Se divirtió con todos los estilos de baile que Moshe había visto en su vida; y Moshe, por haber pasado su infancia siendo un *fusgeyer* —un judío errante— en Rumanía, conocía unos cuantos y sabía distinguir los pasos de la danza tradicional hora, de la búlgara, los *khosidls,freylekhs,* marchas rusas, pasos altos cosacos. El bailarín jasídico era un prodigio de codos retorcidos, un rítmico giroscopio de gracia elástica y salvaje destreza. Bailaba con cualquier mujer que se le acercaba, y había muchas en el local. Al cabo de un rato, Moshe se dijo que aquel tipo debía de ser una especie de mago.

Las cuatro noches siguientes fueron la más extraordinaria y alegre celebración judía que Moshe había visto jamás. Lo consideró un milagro, en parte porque todo había estado a punto de venirse

abajo antes incluso de que comenzase, debido a unos folletos que había enviado semanas antes para fomentar la venta anticipada de entradas. Moshe utilizó un directorio judío en el que figuraban sinagogas y casas particulares donde podían alojarse los judíos que viajaban de un lugar a otro, y envió folletos a todas las sinagogas, pensiones y albergues judíos de los pueblos entre Carolina del Norte y Maine. Los folletos, que proclamaban con orgullo que el gran espectáculo ambulante de Mickey Katz, el Show Invernal de Diversión Yidis y de Recuerdos Familiares del Viejo Continente, se representaría en el Teatro y Sala de Baile Auténtico Americano de Pottstown, Pensilvania, el 15 de diciembre, estaban impresos en cuatro idiomas: alemán, yidis, hebreo e inglés. Pero Moshe había confiado en exceso en el poder organizativo de los rabinos rurales, y la mayoría de los folletos se perdieron entre el continuo ir y venir de esquelas mortuorias, anuncios de *bar mitzvá,* ofertas de compra y de venta, solicitudes para la matanza de vacas al estilo *kosher,* servicios para la confección de talit, arbitraje de disputas comerciales, problemas con los *mohel* (circuncisiones) y líos matrimoniales..., que eran el pan de cada día en la vida de los rabinos que viven en el campo. Los pocos incautos que se vieron con ánimos para abrir las cartas que envió Moshe con los folletos vieron incrementada su confusión, pues muchos de ellos eran inmigrantes recién llegados de Europa del Este que no hablaban inglés. Estaban convencidos de que cualquier carta con la dirección escrita a máquina era algo así como una notificación del Gobierno, que implicaría la repatriación inmediata de su familia al completo, incluido el perro y los sellos verdes, a su tierra de origen, donde los esperaban los soldados rusos con un regalo especial por haber participado en el asesinato del hijo del zar; a quien, obviamente, habían sido los propios rusos los que lo habían asesinado y le habían sacado los ojos, pero ¿a quién le importaba todo aquello? Por eso se deshicieron de los folletos.

Además, Moshe se equivocó y mandó los folletos erróneos a las congregaciones equivocadas. Los folletos en yidis fueron a parar a congregaciones de habla alemana. Los folletos en alemán, a las que hablaban en yidis y despreciaban a los germanófilos, pues los

consideraban unos esnobs. Los folletos en hebreo se enviaron a las congregaciones que hablaban en húngaro, que, como todo el mundo sabía, fingían no saber leer inglés, a menos que en lo que leían se refiriesen a los judíos como «israelitas americanos»… en hebreo. Dos folletos en inglés acabaron en una congregación polaca de Maine que había desaparecido, ya que, con toda probabilidad, a los palurdos de allí se les había congelado el trasero y habían caído en algún río helado. Un comerciante de Baltimore incluso envió por error su folleto en yidis al departamento de publicidad del *Baltimore Sun,* lo que causó un gran alboroto, ya que al encargado de publicidad del periódico le dio la impresión de que aquel comerciante judío de ropa de la zona judía de East Baltimore, que se anunciaba con regularidad en el *Sun,* se dirigía únicamente a clientes que hablaran en yidis. En realidad, el amable comerciante estaba intentando traducir el folleto del yidis al inglés en su trastienda cuando estalló una discusión entre dos clientes. Cuando salió para calmar el alboroto, su mujer, que hablaba yidis, entró en la trastienda, reconoció las palabras *«Baltimore Sun»* entre los papeles de la mesa de su marido, metió el folleto a medio traducir en un sobre junto con su cheque semanal de publicidad y lo envió al periódico. El encargado de publicidad que lo recibió era demasiado tonto para saber la diferencia entre publicidad y editorial y lo envió a la sección local con una nota que decía: «Publícalo mañana porque el judío siempre paga», tras lo cual el editor de noche, un devoto y bienintencionado católico, se lo entregó a un nuevo redactor húngaro de diecinueve años, contratado, en parte, porque afirmaba hablar yidis. El chico volvió a enviar aquel texto mal traducido a publicidad con una nota que decía: «Esto es un anuncio». El departamento de publicidad lo publicó en grande en la página B-4 un sábado, el último día de Sucot, la fiesta judía que celebra la recogida de la cosecha y la milagrosa protección que el Señor proporcionó a los hijos de Israel. El resultado fue desastroso. El folleto original de Moshe decía, en yidis:

Ven a ver al gran Mickey Katz. Un acontecimiento único en la vida.

> Diversión familiar y recuerdos judíos. *Klezmer* al rojo vivo, como no se había oído nunca.

El anuncio traducido decía, en inglés:

> Mickey Katz viene. Una vez en la vida, siempre una vida. Mira a los judíos arder, bailar y divertirse.

En el barrio judío de East Baltimore, ese anuncio provocó auténtico pánico y furia, ya que muchos de sus habitantes todavía tenían presente que, durante la Guerra de Secesión, el primer rabino de la ciudad, David Einhorn, se posicionó en contra de la esclavitud, fue expulsado de la ciudad, y luego quemaron su casa. Así que le exigieron a aquel comerciante que cerrara su tienda y abandonase la ciudad.

A Moshe casi le dio un patatús cuando se enteró del desastre. Se desplazó a Baltimore y gastó cuatrocientos dólares para arreglar las cosas con el bondadoso comerciante, quien, muy amablemente, le ayudó a redactar un segundo anuncio mucho más adecuado. Pero ya era demasiado tarde. El primer anuncio había sido demasiado para los judíos de Baltimore. Este era demasiado bueno para ser verdad. ¿Un baile *klezmer?* ¿Con el gran Mickey Katz? ¿Por qué una estrella como Katz se dignaría a actuar para pobres vendedores y sastres en las heladas colinas del este de Pensilvania? ¿En un teatro americano? ¿Propiedad además de un *fusgeyer* rumano? ¡Ningún *fusgeyer* era propietario de un teatro! Lo suyo era ir de un lado para otro, cantar canciones y recibir palizas a manos de los soldados del zar. Además, ¿dónde estaba Pottstown? ¿Vivían judíos allí? ¡Imposible! ¡Tenía que ser una trampa!

El resultado fue que tan solo cuatro parejas judías de Baltimore compraron entradas anticipadas para ver al gran Katz, a pesar de que Moshe contaba con la participación de la numerosa comunidad judía de Baltimore.

Cinco semanas antes del concierto, debiéndole mil setecientos dólares a su primo Isaac de Filadelfia, a quien le había pedido prestado el dinero del alquiler del teatro y de la fianza, y sintiéndose peor que cuando murió su padre, Moshe se arrodilló y

le rezó a Dios para fortalecer su espíritu, pero como no le atendió, se fue, totalmente abatido, a la Tienda de Comestibles el Cielo y la Tierra, el único establecimiento judío de Chicken Hill. El propietario, un rabino llamado Yakov Flohr, sintió lástima por el joven rumano y le ofreció a Moshe la posibilidad de estudiar hebreo a partir de su Talmud, que guardaba en el mismo almacén donde la menor de sus hijas, Chona, trabajaba con denuedo. La muchacha tenía una pierna más corta que la otra a causa de la poliomelitis, y eso la obligaba a llevar una bota con una suela de diez centímetros de grosor. Chona se pasaba el día clasificando verduras y haciendo mantequilla mezclando colorante amarillo con la crema de leche almacenada en barriles.

Moshe aceptó la oferta del rabino, consciente de que estaba exhausto y necesitado de Dios, y se pasó varias tardes leyendo el texto sagrado con aire sombrío, pensando en su difunto padre y mirando de vez en cuando a Chona, a quien recordaba vagamente como una niña callada y tímida, pero que ahora, habiendo cumplido ya los diecisiete años, era todo un bombón. A pesar de su cojera, destilaba una belleza tranquila, de nariz ancha y labios dulces, pechos amplios, un considerable trasero que se ceñía contra la falda de lana de punto suelto, y unos brillantes ojos que transmitían alegría y felicidad. Moshe, a sus veintiún años, en plena juventud, alzó varias veces la vista del libro en hebreo que estaba estudiando para contemplar el trasero de Chona mientras esta removía la mantequilla en aquellas frías noches de Pensilvania; sus caderas se contoneaban al ritmo de la estufa de carbón situada en el rincón más alejado, lo que provocaba que tan solo caldease la mitad del almacén. Resultó ser una muchacha la mar de enérgica, poseedora de un irónico sentido del humor y que se alegraba de tener compañía. Tras unos días de agradable conversación, en los que le obsequió con simpáticos chistes y con su sonrisa de brillantes ojos alegres, el joven Moshe se decidió a confesarle los problemas que le acuciaban: el concierto que se avecinaba, las enormes deudas, el dinero ya gastado, los folletos equivocados, las exigencias de una estrella de trato difícil.

—Voy a perderlo todo —le dijo.

Fue allí, en la trastienda del rabino, de pie junto al barril de la mantequilla, sin dejar de batir, donde Chona le recordó la historia de Moisés y las brasas ardientes.

Dejó de batir un momento, echó un vistazo a la puerta para asegurarse de que nadie la observaba, se acercó al escritorio donde él estaba sentado, alzó el polvoriento y maltrecho Talmud de su padre —que ambos sabían que ella tenía prohibido tocar—, agarró el Midrash Rabá que había debajo y volvió a dejar el Talmud. Luego abrió el Midrash Rabá, que contenía los cinco libros de Moisés, y pasó las páginas hasta llegar a la historia de Moisés y las brasas ardientes. Ella también había estudiado religión, le confió, y la historia de Moisés siempre le proporcionaba consuelo.

Fue allí —consciente de la inminente ruina de su teatro, mientras observaba el sagrado Midrash Rabá con un ojo y la encantadora mano de la bella Chona con el otro, latiéndole el corazón movido por el primer arrebato de amor de su vida— donde Moshe supo por primera vez de la historia de Moisés y las brasas de carbón, que Chona le leyó en hebreo y de la que entendió una de cada cuatro palabras.

El faraón colocó un plato de brasas a un lado del niño Moisés y un plato de monedas y joyas brillantes al otro. Si el niño era inteligente, se sentiría atraído por el brillante oro y las joyas, por lo que sería asesinado al suponer una amenaza para el heredero del faraón. Si agarraba las brasas de carbón, se le consideraría demasiado estúpido para entrañar amenaza alguna y se le permitiría vivir. Moisés estiró en un principio el brazo hacia las monedas, pero, al hacerlo, apareció un ángel y hábilmente acercó su mano a las brasas, lo que provocó que se quemase los dedos. El niño se llevó los dedos a la boca, se hirió en la lengua y eso le causó para siempre un defecto en el habla. Moisés habló de ese modo el resto de su vida, pero el líder y maestro más importante del pueblo judío se salvó.

Moshe escuchó la historia sumido en un extasiado silencio, y, cuando Chona terminó, se encontró bañado en la luz de esa clase de amor que únicamente el cielo puede proporcionar. Acudió al almacén durante algunos días más, sintiéndose henchido con las

palabras del Midrash Rabá, respecto a las que hasta entonces se había mostrado ambivalente, así como de la joven flor que le condujo a esas palabras de santo propósito. Después de pasarse tres semanas leyendo el Midrash Rabá, Moshe le pidió a Chona que se casara con él y, para su asombro, ella aceptó.

A la semana siguiente, Moshe depositó ciento cuarenta dólares en la cuenta bancaria de Yakov a modo de regalo, y luego se citó con Yakov y con su esposa para pedirles la mano de su hija. Los padres, ambos búlgaros, estaban tan contentos de que alguien que no fuera un cíclope estuviera dispuesto a casarse con su hija discapacitada —¿qué problema había en que fuese rumano?—, que dieron su visto bueno de inmediato.

—¿Por qué no la semana que viene? —preguntó Moshe.

—¿Por qué no? —respondieron ambos.

La modesta boda se celebró en Ahavat Achim, la pequeña sinagoga que daba servicio a las diecisiete familias judías de Pottstown. Asistieron el primo de Moshe, Isaac, de Filadelfia, los padres de Chona, felices hasta el delirio, y unos cuantos judíos locales que Yakov había reunido para crear el imprescindible minyán de diez judíos para pronunciar las siete bendiciones nupciales. Dos de ellos, polacos, trabajaban en la estación de tren de Pensilvania y se apresuraron a llegar a Chicken Hill para comer algo *kosher*. Los dos aceptaron asistir a la boda, pero pidieron cuatro dólares cada uno para poder ir en taxi a Reading, donde debían presentarse a la mañana siguiente por cuestiones laborales. Yakov se negó, pero Moshe les dio el dinero encantado. Era un precio irrisorio por poder casarse con la mujer que le había dado más felicidad de la que jamás había soñado.

Tan inspirado estaba por su nuevo amor que se olvidó por completo de los mil setecientos dólares que había gastado. Vendió su coche por trescientos cincuenta, pidió prestados otros mil doscientos a Isaac y se gastó el dinero en anuncios para el concierto, esta vez bien ubicados. Logró vender más de cuatrocientas entradas.

Durante cuatro noches, Mickey Katz y sus mágicos músicos los obsequiaron con la música *klezmer* más emocionante y gloriosa

que jamás se había escuchado en el este de Pensilvania. Cuatro noches de jolgorio judío, salvaje y desenfrenado. Moshe vendió de todo: bebidas, comida, huevos, pescado. Incluso alojó a veinte neoyorquinos exhaustos en el balcón del segundo piso de su teatro, por lo general reservado para los negros. Las cuatro parejas de Tennessee, que habían amenazado con marcharse, se quedaron todo el fin de semana, al igual que el bailarín jasídico que juró que no bailaría con mujer alguna. Fue un éxito rotundo.

A la mañana siguiente, Moshe estaba barriendo la acera delante de su teatro cuando vio que el bailarín jasídico se dirigía a la estación de tren.

No llevaba puesto el sombrero de piel. En su lugar, lucía un sombrero de fieltro. El caftán se había convertido en una americana. Moshe apenas lo reconoció. Cuando el joven pasó a su lado, Moshe se dirigió a él.

—¿De dónde eres? —preguntó. Pero el hombre caminaba de forma rápida y silenciosa y siguió avanzando por la acera. Moshe gritó a su espalda—: Vivas donde vivas, es el hogar del mejor bailarín del mundo, te lo aseguro.

Eso fue todo. El jasídico se detuvo, metió la mano en su bolsa y, sin mediar palabra, caminó de vuelta hacia Moshe, le entregó una botella de *slivovitz* (aguardiente de ciruelas), se dio la vuelta y echó a andar de nuevo por la acera a toda velocidad.

Moshe le dijo alegremente:

—¿Has encontrado esposa?

—No necesito una esposa —respondió al tiempo que agitaba una mano sin mirar atrás—. Soy un *twart* de amor.

—¿Un qué?

—Un negado —dijo—. ¿Es que los rumanos no os enteráis de nada?

Antes de que Moshe pudiera responder, se oyó un estallido, como el de una botella de champán al descorcharse, aunque mucho más fuerte. Los dos hombres se quedaron paralizados. Miraron hacia la pequeña maraña de casas de Chicken Hill que se extendía por detrás del teatro de Moshe. Una pequeña columna de humo negro se elevó en el aire, proveniente, al parecer, de una de las

destartaladas casas, hasta que el humo se desvaneció en el cielo.

—Eso es un mal presagio —dijo el jasídico y echó a correr.

Moshe gritó:

—¿Cómo te llamas?

Pero el jasídico ya había desaparecido.

3

Doce

Al día siguiente de que se marchara el jasídico, Moshe se dirigió a su teatro y encontró a Nate trabajando en la entrada, tenía en la mano una pinza de mango largo para agarrar objetos y estaba arrancando con cuidado las letras de la fachada del teatro.

—¿Oíste el estallido ayer? —preguntó Moshe—. Sonó como si algo hubiese explotado en la colina.

Nate se encogió de hombros con la vista clavada en la fachada.

—No hay nada que pueda explotar ahí arriba excepto cosas malas. Y de eso hay mucho.

Moshe se echó a reír. Todavía estaba de buen humor por la maravillosa e inesperada ganancia que le había reportado la actuación de Katz, y por su reciente boda, así que metió la mano en el bolsillo y contó quince dólares.

—Para ti —dijo.

Nate, mirando todavía la fachada, bajó la vista, vio el dinero y negó con la cabeza.

—¿No te gusta mi dinero? —preguntó Moshe.

Nate se apoyó en el poste. Era un hombre alto, de piel morena clara y suave y brazos musculosos y nervudos; fruto del tiempo que debía de haber pasado trabajando al aire libre, suponía Moshe.

—Me gusta —dijo Nate—. Pero mi trabajo me gusta más. ¿Cómo voy a mantener este trabajo si va por ahí regalando hasta su último centavo, señor Moshe? No había visto un baile igual desde que Erskine Hawkins pasó por el local de Anna Morse en Linfield. Allí solía ganarme un buen dinero.

Moshe recordaba vagamente a Anna Morse, una mujer negra,

bien vestida, que conducía un Packard. También recordaba el edificio del local, una pequeña sala de ladrillo en una carretera secundaria a las afueras de Linfield, una comunidad agrícola a unos once kilómetros de allí.

—¿No lo ha convertido en una funeraria? —preguntó.

—Antes *era* un salón de baile para gente de color —dijo Nate—. Pero ahora Anna gana más dinero con los muertos que con los vivos. Una lástima. Los negros tienen que ir hasta Chambersburg para poder bailar. A menos que desees meterte en un antro donde puedan pegarte un tiro.

Moshe asintió, pero su pensamiento empezó a darle vueltas a otro asunto. Más tarde, esa misma noche, le habló a Chona de lo que había estado rumiando.

—¿Qué te parecería si dejase entrar en mi teatro a la gente de color?

—¿Y eso?

—A los gentiles no les gustaría.

Chona estaba cocinando y le daba la espalda. Se echó a reír y levantó la cuchara haciéndola girar en círculos. Ese era su don. Ni un ápice de amargura ni un asomo de vergüenza. Al igual que Moshe, Chona era estadounidense. Había nacido en Pottstown. Se la podía ver en cualquier rincón de Chicken Hill con su desgastado vestido de lana, su viejo jersey y sus botas de suela especial, que costaban una fortuna, riendo y bromeando con los vecinos. Parecía conocer a todas las familias que vivían allí. Cuando Moshe volvía a casa para comer, o incluso a altas horas de la noche, a menudo encontraba a su mujer de pie en la tienda, riéndose con alguno de los negros de la zona.

—Esta mujer —refunfuñó una vez su primo Isaac— es una auténtica búlgara. Siempre que tienen ganas de trabajar, se sientan y esperan a que se les pase el impulso. No pueden ni servir un vaso de agua sin montar una fiesta.

Pero Isaac era un amargado y Moshe ya hacía mucho tiempo que había aprendido a ignorar sus opiniones sobre ciertos asuntos.

De pie junto a su estufa, Chona dijo en yidis:

—Me ken dem yam mit a kendel nit ois' shepen. (No puedes ir en

todas las direcciones a la vez.) ¿Qué importa lo que piensen? El dinero de la gente de color vale lo mismo que el nuestro.

Cuatro semanas después, Moshe contrató a Chick Webb, un artista de color.

La noche del espectáculo de Webb, los negros de Pottstown entraron como fantasmas en el Teatro y Sala de Baile Auténtico Americano de Moshe. Entraron en silencio, cabizbajos; los hombres con trajes sobrios y corbatas, las hermosas mujeres con vestidos vaporosos y grandes sombreros. Unos cuantos estaban inquietos. Otros, tensos. Algunos parecían aterrorizados. El centro de Pottstown estaba vedado a los negros, a menos que fueran allí a trabajar como conserjes o criadas, o bien para servirse de alguna fuente pública cuando el agua de los grifos de Chicken Hill desaparecía misteriosamente, algo que ocurría con frecuencia.

Pero en cuanto empezó a sonar la banda de Chick Webb, los silenciosos y reticentes negros de Pottstown se transformaron: se convirtieron de pronto en una masa en movimiento de una salvaje y danzarina humanidad. Tonteaban y se reían, bailando como si fueran pájaros que disfrutaban de su capacidad para volar por primera vez. La banda de Webb tocó a las mil maravillas cuatro series de magníficos, bailables, rugientes, desgarradores y trepidantes temas de jazz. El resultado fue una actuación escandalosamente alegre, que tan solo podía igualarse en intensidad a lo ocurrido con Mickey Katz.

Moshe observó embelesado desde los laterales cómo Webb, un hombre diminuto con la columna vertebral curvada que vestía un traje blanco, rugía entusiasmado, carcajeándose al tiempo que tocaba alentando a sus compañeros desde la retaguardia, con su magistral control de la batería, y la atronadora banda hacía temblar el suelo del local con rugientes oleadas de un sonido magnífico. Ese hombre, se dijo Moshe, era capaz de hacer feliz a la gente. Moshe, por otra parte, no pasó por alto el hecho de que Webb, al igual que su encantadora Chona, sufría una discapacidad física. Era algo así como un jorobado, pero al moverse transmitía alegría, algo parecido a la ligereza, logrando que todos y cada uno de los momentos fuesen algo precioso.

«Los lisiados», pensó Moshe, «me han traído suerte: Moisés, Chona y Chick.»

Fue entonces cuando Moshe empezó a soñar con Moisés. Una docena de veces. Doce visiones diferentes. Doce noches diferentes. Moisés cruzando doce puertas diferentes. Doce ciudades diferentes. Moisés en el monte Sinaí, contemplando doce picos montañosos diferentes. Empezó a observar todo lo que le rodeaba teniendo en cuenta el número doce. Doce bandas en doce meses. Mil doscientos dólares invertidos en acciones de doce empresas diferentes, con resultados fantásticos. Incluso la casa que compró, una pequeña casa de ladrillo en Chicken Hill, estaba situada en un barrio formado por doce manzanas en unos dos kilómetros y medio cuadrados de extensión.

Moshe no le habló a nadie de sus sueños, ni siquiera a su mujer. En lugar de eso, se fio de las visiones e invirtió primero unos pocos centavos en acciones de empresas diferentes. Más adelante, a medida que el rendimiento crecía, también invirtió en su teatro, contratando a doce bandas de músicos negros durante doce meses; a Webb lo llevó cuatro veces a su local. Los bailes atrajeron a negros de todas partes y, en los doce meses siguientes, su fortuna aumentó.

A medida que la cosa iba a mejor, la respuesta de los propietarios de los teatros rivales de la ciudad fue pasando de los refunfuños a las quejas y de ahí a la ruidosa indignación. Los negros cruzaban el centro de la ciudad, aullando, ¡para acudir a un teatro judío! ¡Y todo el mundo sabe que los judíos hornean sus matzás con sangre cristiana!

La respuesta no se hizo esperar. En primer lugar, el inspector de edificios del ayuntamiento se presentó en el teatro y le dijo a Moshe que las tuberías estaban en mal estado y que el yeso de las paredes se estaba descascarando, y le puso una multa. El propietario del edificio del teatro se quejó de la basura. El jefe de bomberos le multó porque las puertas eran muy viejas y el local no disponía de salida de emergencia. Incluso la sinagoga le impuso a Moshe una multa de cinco dólares.

Moshe contraatacó. Pagó la multa del inspector de edificios.

Fue a ver al jefe de bomberos, un borracho, con cuatro botellas de whisky y una caña de pescar nueva. Hizo que el siempre fiel Nate y una cuadrilla de negros barrieran la acera de todas las tiendas de la manzana, luego fue a ver al propietario del edificio y le prometió un beneficio de ciento cincuenta dólares por cada actuación para negros que programase, aparte de ofrecerle la posibilidad de comprarle el edificio por una cantidad sustancial a un año vista si hacía la vista gorda con respecto a los negros. El propietario aceptó.

En cuanto a la cuestión de la sinagoga, Isaac viajó desde Filadelfia y se reunió con el *chevry,* el grupo de hombres que había multado a Moshe. Isaac, cuatro años mayor que Moshe, era un hombre ceñudo y severo que había ejercido como su protector desde que era niño, cuando todavía estaban en Europa. Isaac se presentó en la reunión, colocó un dólar de plata sobre la mesa y dijo:

—Le daré diez de estos a cualquier hombre de esta sala que pueda demostrar que estuvo en el baile de Mickey Katz con su mujer.

No se movió ni un alma. De ese modo puso fin al debate sobre la multa de Moshe.

Con los beneficios que obtenía montando bailes para los negros, Moshe pudo comprar el local del teatro dos años después y, más adelante, un segundo local a dos manzanas de distancia. En los cinco años siguientes se expandió y ganó mucho dinero; suficiente, en cualquier caso, para comprarle a su madre una confortable casa en Rumanía, y a Chona un cómodo apartamento justo encima de la Tienda de Comestibles el Cielo y la Tierra, que le compró a Yakov después de que la madre de Chona falleciera y Yakov se trasladara a Reading para ponerse al frente de un templo más grande. Moshe pensaba echar abajo la tienda, pero Chona no se lo permitió.

—¿Cómo se te ocurre librarte de El Cielo y la Tierra? —rio su mujer.

Moshe no le vio la gracia.

—No hay ninguna razón para pasarse la vida vendiendo carne

de vaca *kosher* y cebollas a la gente de color. Cerremos la tienda. Los judíos se están marchando de la colina. Hagamos lo mismo.

—¿Y adónde iríamos?

—Colina abajo, a la ciudad. Donde viven los americanos.

—¿Qué americanos?

—Chona, no me lo pongas difícil.

—Yo llevaré la tienda.

—¿No hablarás en serio? ¿Mi mujer vendiendo queso y galletas mientras yo dirijo uno de los mejores teatros de la ciudad? Ahora tenemos dinero de sobra.

La exuberante sonrisa de Chona se transformó en una mueca.

—¿Así que tengo que quedarme sentada en casa todo el día mientras tú te diviertes en tu teatro musical?

Moshe no tuvo más remedio que ceder.

Eso dio mucho que hablar a las amas de casa judías de Pottstown. ¿Qué clase de marido consentía que su mujer llevara su negocio? ¿Por qué no se mudaban colina abajo como el resto de los judíos? Su padre se había trasladado a Reading tras la muerte de su madre..., ¿por qué Chona no había obligado a su marido a mudarse allí para ayudar a su padre? ¿Qué hay más importante que la familia?

Pero los años que Chona había pasado batiendo mantequilla, clasificando verduras y leyendo en la trastienda de El Cielo y La Tierra le habían permitido pensar a conciencia. Siendo niña, leía de todo: cómics, libros de detectives, novelas de diez centavos; y para cuando se convirtió en una joven esposa, había evolucionado hacia lecturas relacionadas con el socialismo y los sindicatos. Se suscribió a periódicos judíos, publicaciones en hebreo y libros sobre la vida judía, algunos de ellos procedentes de Europa. Esas lecturas le aportaban ideas descabelladas sobre arte, música y asuntos mundanos. Sabía más hebreo que cualquier mujer judía de la ciudad, muchas de las cuales apenas tenían un conocimiento rudimentario del idioma. Recitaba el Talmud mejor que la mayoría de los hombres de la *shul*. En lugar de sentarse con las mujeres en el balcón, insistía en rezar abajo con los hombres, alegando que su maltrecho pie le impedía subir escaleras. Alguien en el templo tuvo

la brillante idea de colocar al menos una cortina para separarla de los hombres de la congregación. Como la mayoría de las ideas de la congregación Ahavat Achim de Pottstown, también esta resultó ser un desastre, pues cuando el padre de Chona se marchó, fue sustituido por un hombre bienintencionado pero torpe llamado Karl Feldman, que ceceaba y a quien los feligreses llamaban Fertzel —pedo— a sus espaldas. Muchas mañanas, el desventurado Feldman veía cómo sus confusas interpretaciones de la ley judía eran enmendadas por aquella guapa ama de casa, cuyas agudas correcciones talmúdicas, realizadas desde detrás de la cortina, revoloteaban en el aire del templo como mariposas cuando, por ejemplo, decía:

—Karl, ¿de qué estás hablando? ¡Hay cuatro versiones distintas de la muerte de Caín!

Además, de vez en cuando su encantadora y cantarina voz ayudaba a Feldman en sus vacilantes cantos, que destrozaban las gloriosas melodías talmúdicas. Todo el mundo sabía que las mujeres no debían cantar, pero la encantadora voz de Chona provocaba sonrisas de alivio incluso entre los feligreses más gruñones. El inadecuado comportamiento de Chona era tolerado por la congregación de Ahavat Achim. Su padre había sido el primer rabino de la ciudad. Había construido la *shul*. La mayoría de los feligreses se habían acostumbrado a sus excentricidades. Incluso Irv y Marvin Skrupskelis, los malcarados e idénticos gemelos de Lituania que regentaban la zapatería de Pottstown, y que discutían por todo, apreciaban a Chona. Era uno de los escasos asuntos en los que ambos estaban de acuerdo; y eso que todo el mundo sabía que eran los dos judíos más desagradables de la ciudad. Por otra parte, Irv aclaraba:

—Cantar representa el llanto de Sion, y con Fertzel, eso es lo que hay: llanto.

Los dos eran honestos respecto a su creencia de que Estados Unidos era una tierra donde los judíos de todo pelaje debían formar una sola voz. ¿Por qué no permitir que se oyese la más bonita de las voces?

Aun así, Moshe le suplicó a su mujer.

—Chona, ¿realmente tienes que pasar tanto tiempo en la *shul?* Cantar es el trabajo de Fertzel…, de Karl.

Ella le hizo un gesto para que cambiase de tema.

—Hay vagabundos en Chicken Hill que saben más hebreo que Fertzel. ¡Lee el Libro de Moisés!

Moshe tenía miedo de contarle a su mujer que había soñado doce veces con Moisés. Suponía que sus sueños eran algo profano, una superstición provocada por su pasado rumano, y pensaba que su esposa, nacida en Estados Unidos, no lo aprobaría. Ella querría corregirlo y él no sentía ninguna necesidad de ser corregido. Ahora tenía dinero. Era americano. Él estaba pagando por su tienda, que, financieramente hablando, les hacía perder dinero.

A medida que pasaban los meses, y viendo que los judíos seguían marchándose de Chicken Hill, Moshe no dejó de presionar a su esposa para que se mudaran. Las casas del centro son mejores, argumentó Moshe, la iluminación es mejor, los clientes allí tienen más dinero. Podríamos abrir una tienda rentable en el centro, insistía. Chona, tan despreocupada como siempre, se negaba.

—Tenemos unos vecinos maravillosos —le decía.

Finalmente, Moshe le confesó que había visto una nube negra.

—Hubo una explosión en la colina, en algún lugar detrás del teatro, después del baile de Mickey Katz. Aquel bailarín increíble también la vio. Dijo que era un mal presagio. Temo que tenga razón.

—Supersticiones —se burló Chona con tal firmeza que puso fin a la discusión.

Moshe se olvidó del asunto. Se olvidó de la predicción del jasídico, dejó de lado la idea de cerrar la tienda de Chona y siguió adelante. Además, la vida le iba bien. Ganaba dinero. En sus dos teatros actuaban animadas bandas yidis, compañías de teatro judías y bandas negras de jazz. Su mujer escribía cartas todos los meses al *Mercury* de Pottstown sobre causas judías y reuniones sindicales. Incluso escribió una airada carta de protesta por el desfile anual del Ku Klux Klan, en la que aseguraba conocer con total exactitud quién era uno de los cabecillas. Lo sabía por su forma de andar. A Moshe le pareció que aquella carta era peligrosa

y los dos discutieron al respecto, pues la cojera que delataba al cabecilla del Ku Klux Klan apuntaba directamente a Doc Roberts, el médico, que tenía muy buena relación con la gente más poderosa de la ciudad. Para tener tranquilos a los poderes fácticos, Moshe contrataba todos los meses a varias bandas de música de pésima calidad. Los presbiterianos de clase alta y cara pálida disfrutaban con ellas y, de ese modo, Moshe mantenía la paz: las Damas Coloniales de América, el Club de Jardinería de Pensilvania, los Diecinueve Montañeses Cuyo Decimocuarto Primo Llegó en el *Mayflower*. Aquellas bandas eran horribles, sonaban como el ulular de los búhos. Moshe observaba siempre perplejo cómo los americanos bailaban con torpe satisfacción al son de los sollozos y quejidos de aquellos deshuesados y ruidosos chatarreros, cuyos aburridos y torpes sones caían sobre la pista de baile con la fuerza propia de un puñado de cáscaras de cacahuete lanzadas al aire. Las parejas se movían formando tristes círculos, iban de la mano como niños, bailando en silencio, las mujeres zapateaban con unos zuecos de madera que ninguna mujer judía que se preciase se atrevería a llevar; los empresarios se contoneaban ataviados con sombreros de copa y trasnochadas pajaritas. Todos los actos de ese cariz se veían interrumpidos por sentidos discursos sobre el fundador de la ciudad, el gran John Potts, cuyo retrato colgaba en todos los edificios de la ciudad: el rostro del anciano mirando por encima del hombro de todos y cada uno de los ciudadanos como si se tratase de un fantasma pasando lista.

Pensamientos de esa índole provocaban que Moshe se sintiera avergonzado de sí mismo. Era un americano de éxito. El país había sido bueno con él. Sin embargo, seguía creyendo en la brujería y los encantamientos y en el estúpido asunto del número doce. «Es una forma de pensar antigua para un tiempo nuevo», se dijo, «y debo cambiarla.» Así que en 1935, once años después de su primer éxito con Mickey Katz, justo después de que su primo Isaac le escribiese diciéndole que acababa de comprarse un Packard nuevo, Moshe decidió que hasta ahí habían llegado. Una noche, después de cenar en la mesa de la cocina, sacó el tema a colación.

—Ya no tenemos por qué seguir viviendo encima de una

tienda de comestibles. Podemos tener nuestra propia casa. Vamos a mudarnos.

—¿Adónde?

—Al centro. A una casa nueva. Abriremos una nueva tienda de comestibles cerca. Ya he entregado un depósito.

—Ve a recuperar tu dinero.

—No pienso hacerlo.

—Entonces, espero que disfrutes cuando estés allí —dijo Chona—. Te visitaré de vez en cuando.

Se sentó a la mesa tranquilamente, con sus finas facciones expresando su plena convicción. Una vez más, Moshe supo que el amor que sentía por ella era demasiado fuerte. La idea de aparcar su gran Packard delante de una casa vacía, sin su Chona, le aterrorizaba. Su determinación se vino abajo.

—Chona, por favor.

—No quiero una casa en el centro. No quiero una tienda en el centro. Vivir aquí arriba y simplemente bajar las escaleras para ir a trabajar es más fácil. Apenas hay que andar.

—Pero los judíos se están yendo de Chicken Hill.

—¿Trasladarse a diez manzanas de aquí es irse?

—Ya sabes lo que quiero decir. Vayamos a donde están ellos. Son nuestra gente.

—Moshe, me gusta estar aquí. Crecí en esta casa. El cartero sabe dónde vivo.

Exasperado, Moshe señaló por la ventana de la cocina hacia Pottstown.

—¡Colina abajo está América!

Pero Chona se mostró inflexible.

—América está aquí.

—Esta zona es pobre. Y nosotros no lo somos. Aquí viven los negros. Y nosotros no lo somos. ¡Nos está yendo *bien!*

—Porque lo nuestro es *servir,* ¿no lo entiendes? A eso nos dedicamos. El Talmud lo dice bien claro. Tenemos que servir.

—Pero aquí nuestros clientes son solo negros.

—¿Y acaso no han gastado siempre su dinero?

—Esa no es la cuestión.

Tenía las manos sobre la mesa, acunando una taza de té. Ella colocó con suavidad una de sus manos sobre las de él.

—¿No ves lo que ellos tienen, Moshe? ¿No ves el pozo del que sacan el agua?

—¿Qué pozo? ¿De qué estás hablando?

Chona permaneció en silencio un momento y luego dijo con calma, muy dulcemente:

—Me acuerdo de Mickey Katz. Con él iba un hombre que tocaba la mandolina al que le faltaban dos dedos. Recuerdo verle tocar. Tocaba de maravilla. ¿No te acuerdas?

—Ha habido muchas actuaciones desde entonces... —murmuró.

—¿Y Chick Webb? —dijo ella—. Te hizo ganar un dineral.

—Webb era caro..., para un lisiado —dijo Moshe.

Lo dijo en broma, pero sintió un martillazo de frío silencio en la habitación.

—¿Así es como me ves? —dijo ella en voz baja.

Se levantó de la mesa, se alejó cojeando y no le dirigió la palabra durante varios días. Solo le perdonó cuando él le regaló un volumen del *Shulján Aruj* en el que se explicaban los siete requisitos para llevar una buena vida judía: sabiduría, mansedumbre, temor de Dios, amor a la verdad, amor a la gente, buena reputación y rechazo al dinero. Él se disculpó y ella volvió a ser la Chona de siempre, yendo de un lado a otro de la casa y proclamando alegremente:

—¡Caridad de espíritu! Sin caridad de espíritu, ¿qué es la vida? Estaba en la ciudad y oí a una mujer que decía: «Esa pobre lisiada». Pensé: «¿Quién es la lisiada? ¿La que adora un objeto? ¿O la que adora algo superior?».

Esa clase de soflamas incomodaban a Moshe, porque creía que si uno tenía más dinero, la vida era más fácil. Pero las toleraba porque sabía de qué estaba hecho el corazón de su esposa; no tenía precio. Así que guardó silencio y se quedaron en Chicken Hill.

Una mañana gris de 1936, cuando llevaban doce años casados, Chona se despertó con tos y dolor de estómago.

Ella evitaba a los médicos, por lo que Moshe esperó un día, pero Chona no tardó en empeorar. Entonces comenzó una serie de largos peregrinajes de un médico a otro sin que ninguno les ofreciese una respuesta concluyente. Su enfermedad resultaba inquietante. Un día se encontraba bien, caminaba, reía, leía sus locos libros judíos; al día siguiente se sentía enferma y se veía postrada en la cama, incapaz de moverse. Un ciclo interminable. Cuando constató que el estado de su mujer no dejaba de empeorar, Moshe contrató a Addie, la mujer de Nate, para que le ayudara en la tienda de comestibles y en las tareas del *sabbat*. Chona odiaba cualquier tipo de ayuda, pero, a medida que su enfermedad fue empeorando, se vio obligada a ceder.

Moshe la llevó a médicos de Filadelfia, Baltimore e incluso de Nueva York, sin resultado alguno. Su extraña enfermedad, dolor de estómago y desmayos repentinos, seguía su curso. Los médicos estaban desconcertados.

Los viejos temores y supersticiones de Moshe volvieron a cobrar fuerza. ¿Cabía la posibilidad de que su sueño secreto con Moisés y el número doce, así como su ridícula creencia en el mal presagio del jasídico, a quien solo había visto una vez en su vida, hubieran alterado drásticamente su buena fortuna? La pareja no tenía hijos, circunstancia que Chona soportaba sin rechistar, aunque es cierto que a veces miraba por la ventana a los niños de color del vecindario y se sumía en el silencio, pero no tardaba en recuperarse y volver a ser la Chona de siempre, risueña y animada, dispuesta a contar los entresijos de alguna radionovela que había oído recientemente. El suyo había sido un matrimonio feliz. Doce años maravillosos, tal y como su sueño de Moisés y el número doce extrañamente parecían haber predestinado. Quería contarle a su mujer sus sueños, pero a medida que su enfermedad empeoraba, se negaba a incomodarla con semejante trivialidad. Cuando una noche el rabino Feldman pasó por casa para cantar y rezar mientras Chona yacía inquieta, medio desvanecida por la fiebre, Moshe se planteó la posibilidad de confesarle su secreto al rabino,

pero no le pareció el momento adecuado. Así que cuando el rabino anunció:

—Creo que Chona mejorará.

Moshe se sintió aliviado.

Pero Chona no mejoró. Empezó a desmayarse sin previo aviso, y el médico más cercano al que podían acudir estaba en Reading, a una distancia considerable de la ciudad: casi treinta kilómetros. Chona despreciaba al médico local, Doc Roberts, y no permitió que la tratara.

—Crecí con él —decía—. Si tengo que ver a un médico gentil, lo veré. Pero a él, no.

Eso complicaba aún más las cosas, ya que Doc Roberts, un hombre corpulento que seguía desplazándose a caballo o en carro, a pesar de que tenía aparcado su nuevo y reluciente Chevrolet en la entrada de su casa cubierta de hiedra, que se encontraba junto al cementerio, era el único médico de Pottstown. Sufría una cojera similar a la de Chona y, sin embargo, todos los años encabezaba el desfile local del Ku Klux Klan. A pesar de que se cubría con una sábana, todo el mundo sabía que era Doc. El diámetro de su panza y su cojera lo delataban. Pero nadie hablaba de ello. Era una de esas cosas propias de la ciudad. Una vez al año, el día del desfile del Ku Klux Klan, los negros desaparecían, las tiendas judías cerraban, el Ku Klux Klan desfilaba y ahí se acababa el asunto. Pero a Chona todo aquello le parecía de lo más desagradable y, para horror de Moshe, se negaba a cerrar su tienda durante el desfile como hacía el resto de los comerciantes judíos.

—¿Por qué tendría que cerrar por ellos? —exclamó—. La oficina de correos no cierra. —Y, con respecto a Doc Roberts, le dijo a Moshe—: Está tan gordo que su nuca parece un paquete de salchichas. —No lo soportaba.

Pero ahora Moshe necesitaba a Doc, y como Chona se negaba a verle, había que ir a Reading a consultar al amable médico judío de allí. Sin embargo, nada de lo que proponía ayudaba a Chona y sus desmayos estaban adquiriendo un tinte peligroso.

Se recuperó un poco en primavera, pero luego volvió a notar con fuerza los síntomas de la enfermedad y caminar se le hizo casi

imposible. Cuando llegó el verano, se pasaba postrada en la cama todo el tiempo. No era su maltrecho pie lo que parecía arrastrarla a la muerte, sino su estómago, que empezó a abultarse de forma peculiar, como si pretendiese burlarse de su infertilidad.

Moshe acudió con desesperación a un médico tras otro, cada vez con mayor urgencia, e incluso llevó a Chona a un especialista de Boston conocido en todo el país, pero se mostró tan confundido como los demás. Así que Moshe se la llevó a casa.

Puso su cama en la habitación delantera del apartamento, cerca de una ventana, para que pudiera ver amanecer y leer el Talmud al despuntar el día, pues el hecho de que fuese una actividad prohibida para las mujeres no parecía tener la menor importancia en esas circunstancias. La habitación estaba justo encima de la tienda, lo que permitía a Chona darle instrucciones a Addie a voz en grito, pues insistía en conservarla abierta.

—Mi trabajo me mantiene viva —decía.

Chona se dedicó a escribir cartas al periódico para recordarles a los lectores las festividades judías, y a leer libros de chistes para entretener a su marido, que se acercaba a su cama todas las noches, después del trabajo, con gesto afligido y cansado. Ella le contaba chistes y charlaba un rato con él antes de dormirse, y Moshe le frotaba los pies y los tobillos, que se le habían hinchado hasta alcanzar un tamaño inquietante. Le leía el Talmud en voz alta incluso mientras dormía, porque sabía que a ella le gustaba mucho.

Aun así, en invierno su salud empeoró. Sus desmayos se hicieron más frecuentes y la fiebre le subió y no se le iba.

Fue entonces, en el momento en que Chona parecía aproximarse a la muerte, cuando los negros de Chicken Hill empezaron a peregrinar de manera constante hasta la Tienda de Comestibles el Cielo y la Tierra. Pasaban por allí durante el día y la noche, le llevaban sopa, verduras frescas de la huerta, tartas y remedios caseros. También bromeaban y se reían con ella, la amable y chiflada judía que había obligado a su marido a abrir su teatro a los negros y que había concedido tantos créditos a las familias de color de Chicken Hill que ni las propias familias ni ella

sabían a ciencia cierta cuánto debía cada cual. Los negros de Chicken Hill adoraban a Chona. No la veían como a una vecina, sino como una posibilidad de libertad, porque el recuerdo de la característica cojera de Chona cuando iba cada mañana a la escuela con su amiga de la infancia, una muchacha alta, bella y silenciosa llamada Bernice Davis, a través de los caminos de barro de la colina, había quedado grabado en su memoria colectiva. Ella era la prueba material de que la igualdad era posible en Estados Unidos: «Todos podemos llevarnos bien pase lo que pase, mirad a esas dos». Chona, por su parte, no los veía como negros, sino como vecinos con vidas la mar de interesantes: Darlene, cuya hija había sufrido el ataque de hipo más prolongado del que Chona tenía noticia; Larnell, el niño de doce años que no sabía leer pero podía llevar a cabo mentalmente complejas operaciones matemáticas; y, por supuesto, Bernice, su vecina de la casa de al lado y mejor amiga durante la infancia, pero con la que ahora apenas hablaba, que tenía tantos hijos que los negros de la colina se referían a la prole de Bernice, entre risotadas, como los «ciento y la madre», porque nadie sabía exactamente *cuántos* hijos tenía Bernice y temían preguntar al respecto.

Los negros llenaban de vida el dormitorio de Chona. Contaban chistes, relataban historias de espectros y fantasmas, rememoraban anécdotas graciosas sobre su huida del sur de Estados Unidos, que hacían que Chona riese y se olvidase del dolor. Addie y su hermana Cleota se turnaban para atender en la tienda, respetar el *kosher* en sábado, encender y apagar los interruptores de la luz, prender el fuego de la cocina, mantener los platos y cubiertos debidamente separados, conscientes ambas de lo que Chona les había dicho: pasara lo que pasase, debían permitir que Moshe la despertara al llegar a casa del trabajo. Algunas noches, Moshe llegaba y se encontraba a Addie sentada junto a la cama de Chona y a Chona dormida, con el Talmud en la mesilla de noche y la mano sobre la página abierta que ella había seleccionado para que él le leyera. La despertaba y le leía en voz alta. Ella elogiaba su hebreo, diciéndole lo bien que sonaba, aunque ambos sabían que era horrible. Luego ella volvía a dormirse mientras él leía, y él se quedaba observando

su rostro oscuro y hermoso, hipnotizado, y lloraba. El dolor copaba su mente en esos momentos, electrificaba sus recuerdos. Los pintorescos símbolos de la santa súplica en los letreros hebreos, que siendo niño le habían parecido insignificantes, ahora suponían un estímulo para él durante aquellas frías noches, transcurridos doce años desde que se enamoraron. Después de llorar un poco, seguía leyendo aunque ella estuviese dormida. Ahora leía la Palabra para mantenerla viva y, al hacerlo, una parte de su ser también revivía.

Pero cuando el invierno se transformó en primavera, Chona inició el largo proceso de desvanecimiento.

Una noche, a finales de primavera, perdió la conciencia y tuvieron que llevarla de urgencia al hospital de la cercana Spring City. Recuperó el conocimiento y fue dada de alta al día siguiente, pero, antes de eso, los médicos le dijeron a Moshe que, si la fiebre volvía a subir, tendría que regresar al hospital, porque eso querría decir que el final estaba cerca.

Al día siguiente, Moshe se quedó junto a su cama, aunque ella no parecía saber que él estaba allí. No dejó de delirar hasta que la medicina y el cansancio hicieron efecto; pasó buena parte de la tarde durmiendo. De hecho, durmió hasta la noche, momento en que Addie sacó a Moshe de la casa para que tomase un poco el aire. Moshe bajó la colina hasta llegar a su teatro para ver cómo iban las cosas. Encontró al siempre leal Nate y a una pequeña cuadrilla de negros limpiando después de tres entusiastas noches de actuación del director de orquesta negro Louis Jordan. Moshe tomó una escoba, dispuesto a unirse a ellos para no perder la cabeza, cuando se fijó en una persona que salía por la puerta de bastidores. Era su primo Isaac, de Filadelfia.

—Vamos a dar un paseo —le dijo Isaac.

Moshe se negó. A modo de contraoferta, señaló con la cabeza una mesa y unas sillas vacías frente al escenario.

Isaac, alto y delgado, se acomodó en una de las sillas. Llevaba puesta una levita y un sombrero de fieltro, pero no se quitó ninguno de los dos. Al parecer, no pensaba quedarse mucho tiempo. Le hizo un gesto a Moshe para que se sentara, pero Moshe

volvió a negarse y permaneció de pie frente a su primo.

A sus treinta y siete años, Isaac era un hombre imponente, nada que ver con el flacucho de catorce años que guio a pie a su manso primo durante más de mil kilómetros para atravesar los Cárpatos y Europa del Este, desde Bârlad (Rumanía) hasta Hamburgo (Alemania), esquivando a policías y soldados, metiéndose en callejones y escondiéndose detrás de los cubos de la basura, robando un poco por aquí y otro poco por allá, hasta que una amable anciana de Hamburgo les permitió vivir en su sótano, donde liaban puros para su enfermo marido, que trabajaba a destajo en una fábrica de cigarros local; mientras el viejo se consumía en la planta de arriba, los chicos estuvieron trabajando abajo durante tres años para poder comprar el pasaje de barco a América. Ahora era un gran americano, grande en todos los sentidos, un hombre arrogante y poderoso, de pecho fornido y anchos hombros, propietario de nueve exitosas salas de espectáculos en Filadelfia. Iba orgullosamente ataviado con traje oscuro, camisa blanca, pajarita y relucientes zapatos; quedaban muy lejos ya sus días en Rumanía, donde vestía pantalones raídos y zapatos rotos, y se guardaba en la boca el pan robado mientras esquivaba a los enfadados tenderos y a los soldados rusos.

—He venido a preguntarte cómo se contrata a una banda de gente de color —dijo Isaac.

A Moshe, aquello le olió a chamusquina de inmediato. Isaac era el más destacado propietario de teatros de Filadelfia. El más pequeño de los nueve teatros de Isaac era más grande que los dos teatros de Moshe juntos. Isaac contrataba de todo, desde espectáculos yidis hasta vodeviles y películas. De haberlo deseado, podría haber contratado un circo ambulante de pulgas amaestradas. No necesitaba ninguna ayuda para contratar a una banda de músicos negros.

Sin embargo, Moshe le siguió el juego y le dio algunos consejos, mientras Isaac le hacía algunas preguntas superficiales. Entonces, tal como Moshe esperaba, Isaac cambió sutilmente el sentido de la conversación y se centró en Chona. Le habló de una residencia judía para enfermos en Filadelfia.

—Conozco a gente allí —dijo—. Son buenas personas. Tu mujer podrá vivir allí el resto de su vida. Estará en un lugar cálido y seguro, entre amigos.

Moshe asintió con la cabeza, esforzándose por reprimir la indignación.

—Rara vez te equivocas, primo. Pero en este asunto sí lo estás haciendo.

—Sé sensato. Está muy enferma.

—Le he dado muchas vueltas a este asunto —dijo Moshe.

—¿Y a qué conclusión has llegado?

Moshe sintió que la sangre le subía a la cara.

—¿Te estás burlando de mí?

Isaac se sobresaltó.

—No me burlo.

—¡Será mejor que no lo hagas! Porque si lo haces, ¡te daré tal *chamalyah* (golpe) en las *kishkes* (tripas) que no lo olvidarás!

Isaac, superviviente de mil peleas callejeras desde Rumanía hasta el sur de Filadelfia, estaba atónito. Las penurias experimentadas durante su infancia lo habían transformado: ya no era un muchacho de movimientos rápidos y agudo ingenio, sino un hombre resistente y fuerte. Ahora era un hombre duro. Él lo sabía. Su mujer lo sabía. Sus hijos lo sabían. Llevaba una vida lúgubre y vacía. Pero también sabía que el único punto positivo de su vida americana, ordenada, rica y sin amor, era la persona que había experimentado el mismo odio y la misma maldad que él sentía, pero que jamás había verbalizado..., hasta ese momento.

Al ver la rabia en el rostro de Moshe, Isaac se estremeció. Sintió como si la tierra se moviera bajo sus pies.

—Solo me preocupo por tus intereses, primo —murmuró.

—Sé muy bien cuáles son mis intereses —dijo Moshe—. ¿Por qué vienes a verme y me hablas de esta manera?

—¿Cuál es la mejor manera de hablar de ello?

—¿Por qué nuestra gente no puede hablar de la enfermedad en voz alta?

—Nuestra gente no sabe de esas cosas —respondió Isaac—. Solo te digo lo que sé.

—Entonces, no sabes lo suficiente —replicó Moshe—. *¡Vivirá!*

4

Dodo

A cuatro casas de distancia de donde Chona agonizaba, una esbelta anciana negra llamada Addie Timblin se encontraba tras la puerta de su pequeña vivienda de color marrón y observaba a través de las rendijas hacia la fría oscuridad. Sus ojos escudriñaban el camino embarrado, buscando una linterna, lo que significaría que su marido, Nate, estaba ascendiendo la colina. A su espalda, en la mesa de la cocina colocada en la habitación delantera, se estaba llevando a cabo la reunión mensual de la Asociación de Hombres Negros de Pottstown, todos hablando a voz en grito, soltando su habitual sarta de tonterías.

La asociación se reunía la noche del tercer sábado de cada mes en torno a la mesa de la cocina de Addie, en teoría para debatir sobre cómo conseguir más trabajo y oportunidades para los negros de Chicken Hill, e incluso llegar a disponer algún día de agua corriente y un alcantarillado sencillo, en lugar de las letrinas externas, las fosas sépticas y los pozos esparcidos por el barrio como ampollas. Las reuniones estaban presididas por los líderes negros de Pottstown; cada uno de ellos, pensó Addie con ironía, peor que el anterior. En la mayoría de las ocasiones, los hombres se reunían para jugar a las cartas, cotillear, contar chistes, presumir de coches que nunca llegarían a tener e idear formas de saltarse las normas de los hombres blancos de la ciudad sin llegar a cabrearlos.

Había tres hombres sentados a la mesa: Rusty, un joven de veintidós años, de hombros anchos y tez morena, con mono de trabajo y sombrero de paja; el tío de Rusty, Bags; y el reverendo Ed Spriggs, a quien todos en el barrio llamaban Snooks. Junto a

Snooks estaba sentada su mujer, Holly, que no dejaba de tejer. Hasta ese momento, la conversación había girado en torno a la señorita Chona, pues todos sabían que se estaba muriendo y todos, excepto Addie, le debían dinero por compras, favores, usar el teléfono, ropa extra y todo tipo de chucherías.

Addie se quedó un rato observando la oscuridad de la noche mientras oía cómo barajaban las cartas. Volvió la cabeza y vio cómo Rusty, con un paquete de cigarrillos asomando por el bolsillo delantero de su mono, le acercaba la baraja a Snooks y le preguntaba:

—Snooks, ¿los judíos cubren los relojes de la casa cuando uno de ellos muere?

Snooks, un hombre corpulento que vestía un traje arrugado con pajarita, agarró las cartas y le guiñó un ojo a Bags mientras barajaba.

—Por supuesto, Rusty. También mastican con los dientes. Además, sus mujeres llevan abrigos de piel en invierno. Y los hombres mean de pie.

Bags se echó a reír, pero Snooks miró a su mujer, Holly, que había fruncido el ceño. Snooks miró también a Addie, que estaba en la puerta.

—Addie, asegúrate de vestir a la señorita Chona con sus mejores galas. No le alises el pelo, ni se lo peines de ninguna manera. Déjaselo suelto. Y colócale un plato de sal en el pecho. Eso evita que el cuerpo ascienda.

—No va a palmar —dijo Addie mientras clavaba la mirada en la oscuridad de la noche.

Snooks hizo un gesto despectivo con la mano y volvió a concentrarse en la mesa. Barajó las cartas y dijo:

—Si te hubieras criado en casa, conocerías las viejas costumbres. Son buenas costumbres. Un plato de sal mantiene alejado al diablo.

—¿Los judíos creen en el diablo? —preguntó Rusty.

—Espero que sí —respondió Snooks.

—Entonces, ¿por qué asesinaron a Jesucristo? —preguntó Rusty.

Snooks, momentáneamente desconcertado, se volvió hacia su mujer en busca de una respuesta, pero Holly fingió estar demasiado ocupada tejiendo.

—Yo no he dicho que asesinaran a Jesucristo —dijo Snooks.

—Sí, lo dijiste. Lo has dicho en la iglesia. Muchas veces.

Snooks le ignoró.

—La Biblia tiene sesenta y seis libros, Rusty. No los recuerdo todos. Addie, si la señorita Chona la palma, ponle un poco de melaza en los pies y un pedazo de pan de maíz en el pelo. Y ponle monedas de veinticinco centavos en los ojos.

—¿Para qué? —preguntó Rusty.

—Evita que se les abran los ojos —aclaró Snooks—. Addie, hazlo antes de que aparezca su familia. Es posible que no les guste.

—No se puede hablar de parientes —dijo Addie—. El padre está en Reading. La madre murió hace años, antes de que tú llegases a este país.

—No recuerdo a la madre —dijo Snooks.

—No te habría gustado tenerla cerca, Snooks. No les dejaba pasar ni una a los que se mostraban ignorantes. —Deseaba que Nate se diera prisa. Volvió a hablar por la rendija de la puerta, pero sus amargas palabras sonaron lo bastante fuerte como para que las oyeran los presentes en la habitación.

—Si la señorita Chona muere, todos los medio hombres de este pueblo van a ponerse mohínos. Llorarán a moco tendido, fingiendo estar tristes. Pero lo cierto es que se alegrarán de verla partir.

Las palabras se mezclaban con el frío aire de la habitación. Se instauró un silencio embarazoso.

—Addie está agotada —dijo Snooks alegremente—. Holly, quédate junto a la puerta y avisa cuando veas a Nate. Addie, acomódate aquí y siente un poco de la calma del Señor.

Addie se volvió hacia él.

—Aclárame esto, Snooks.

—¿Eh?

—Explícame cómo voy a sentir la calma del Señor mientras tú te dedicas a parlotear de cualquier cosa. Hablando del diablo y,

acto seguido, de colocar monedas en los ojos de la señorita Chona. Venga. ¿Dónde está la calma del Señor en todo eso?

—Cálmate, Addie —dijo Bags. Era picapedrero, fuerte y corpulento—. El reverendo no se refiere a nada en particular.

—Se refiere justamente a lo que dice, hablando del Señor mientras sostiene una baraja de cartas. En Hemlock Row echaron a un hombre de la ciudad por hacer exactamente eso. Se hacía llamar Hijo del Hombre. Dicen que era un demonio andante.

—En Hemlock Row no ha habido ningún Hijo del Hombre —dijo Snooks—. Son solo cuentos de los negros de campo. Allí necesitan un predicador de verdad.

—Pues ve tú y sermonéalos.

—Row está a cinco kilómetros de aquí, Addie, y sufro de gota.

—Déjale en paz, Addie —dijo Bags—. Dios no tiene nada en contra de los hombres que juegan a las cartas.

—No pasa nada, Bags —dijo Snooks—. Todos somos diferentes. Las mujeres tienen su propia forma de entender las cosas.

—Los hombres entienden de una manera y las mujeres de otra y después está la sabiduría —dijo Addie—. Tú no te pusiste a contarles cuentos de judíos cuando tu hijo enfermó y la señorita Chona hizo que Doc Roberts fuera a visitarlo. Y ella no lo soporta más que tú o que yo.

—Doc Roberts no vino a Chicken Hill por la señorita Chona —replicó Snooks—. Vino para olvidar su amnesia. Le pagué por adelantado y se olvidó de que yo era de color y me dio las gracias.

Los hombres se echaron a reír.

Addie ya estaba harta. Salió al aire frío y cerró la puerta tras de sí.

Era una mujer delgada y guapa, con unos ojos oscuros de un brillo intenso, lo que le aportaba a su rostro la inocencia de una niña: eran unos ojos que rebosaban sorpresa, resplandecientes, expectantes. Coronaban una nariz ancha y una elevada y enjuta mandíbula propia de los nativos americanos. Su familia había emigrado del sur y se instaló en Chicken Hill cuando ella era muy pequeña. A diferencia de la mayoría de los negros del barrio, ella

no tenía recuerdos de «su tierra», del mundo del sur, de los cinamomos y los nogales, de las zarzamoras o de las risas que se oían en los camiones que llevaban a los negros a recoger algodón. A veces deseaba poder recordar el sur solo para tener algo agradable con lo que soñar, como les sucedía a otros habitantes de Chicken Hill para quienes su «hogar» era Carolina del Norte, Alabama o Georgia. El hogar de Addie era Chicken Hill, Pottstown, Pensilvania.

Dio unos cuantos pasos vacilantes, se asomó a la oscura carretera, escudriñando la oscuridad, buscando la familiar gorra de colegial irlandés y la camisa blanca de algodón de manga corta que a Nate le gustaba ponerse incluso en los días más fríos. El viento le mordía la piel, pero se quedó donde estaba, escrutando la carretera con la mirada.

Nada.

Justo cuando se disponía a entrar, una sombra alta y delgada pasó bajo la única farola que iluminaba la esquina más alejada. Vio que era él. Sus largas zancadas se detuvieron al cruzar, con extremo cuidado, las zanjas que conducían las aguas residuales y pluviales. Cuando lo vio acercarse, caminó hacia él y le tocó la cara con una de sus cálidas manos.

—¿Por qué no traes tu linterna? —le preguntó.

Nate ignoró sus palabras. No necesitaba linterna alguna. Llevaba años recorriendo el mismo camino desde el teatro. Se detuvo un instante mientras ella acercaba su mano a la cara de su marido, y solo después de que él le tocase la mano con la suya, ella se dirigió hacia la casa, con Nate a su espalda.

Las risas y la charla cesaron cuando Nate entró en la casa. Echó un vistazo a la habitación, luego señaló con el mentón hacia la puerta de la Tienda de Comestibles el Cielo y la Tierra de Chona y se dirigió a Addie.

—¿Ha pasado a mejor vida?

—No. ¿Cómo está el señor Moshe?

Nate negó con la cabeza.

—Ha venido su primo de Filadelfia. Han estado hablando de ingresarla en una residencia o algo así.

—¿Para qué? No ha perdido la chaveta.

Nate suspiró. Apartó una silla de la mesa y se sentó, dejando caer su largo cuerpo sobre ella.

—Poco importa lo que ellos decidan. El Señor tiene su propio plan para ella.

—Así es —se apresuró a decir Snooks.

Una corriente de vergüenza recorrió la habitación. Sobre el papel, Snooks era el «líder de la comunidad» de Chicken Hill. Cuando la gente importante de la ciudad quería hacer una donación o anunciar algún plan para Chicken Hill, se dirigían a Snooks, a quien llamaban «reverendo Spriggs». Pero en el barrio la opinión que importaba era la de Nate Timblin.

Nate sonrió a Snooks.

—¿Sigues leyendo el Libro de las Revelaciones, Snooks?

Snooks asintió.

—Así es.

—Dime una, entonces.

Snooks se removió incómodo en la silla. Como la mayoría de la gente de color de Chicken Hill, Snooks temía un poco a Nate. Nate Timblin transmitía un profundo silencio interior, una agitación que no invitaba a hacer tonterías, una tranquilidad que encubría una tempestad futura. Como la mayoría de la gente de allí, Nate se refería al sur como su hogar, pero, a diferencia de sus vecinos, nunca hablaba de su pasado. Era un agujero oscuro. Nate era una luz apagada. Pero, para la gente de color de Chicken Hill, que una luz estuviese apagada no significaba que no pudiera volver a encenderse. En este mundo podía ocurrir cualquier cosa, y muy especialmente en aquel barrio, donde la paz ocasional entre gallinas y cabras, que cacareaban y balaban alegremente, podía desintegrarse y desembocar en una salvaje algarabía de alcohol, balas, tripas desparramadas y caos. Nate era de trato fácil, tranquilo, hábil, de movimientos lentos, con una amplia sonrisa, manos que agarraban los martillos con fuerza y ojos que miraban fijamente; era, incluso con sesenta años de edad, lo que los viejos llamaban «un hombre de verdad». Incluso Fatty Davis, un hombre musculoso, gregario, con los dientes de oro, que regentaba la única

taberna clandestina de la zona, capaz de pelearse a puñetazos con la policía y luchar con los bomberos irlandeses de la Compañía de Bomberos Empire, evitaba cruzarse con Nate.

—Preferiría morir en una tormenta —solía decir.

Snooks, sentado a la mesa de la cocina, estaba enfadado consigo mismo por haber discutido con Addie, pues ella era, todo el mundo lo sabía, una mujer seria y también la esposa de Nate.

—«No todos dormiremos, pero cambiaremos al instante cuando suene la última trompeta» —logró decir Snooks.

Nate asintió. Se quitó la gorra y la arrojó sobre la mesa. Addie, de pie junto a la estufa, detrás de Holly, decidió soltar la bomba lo antes posible.

—Dodo ha desaparecido —dijo.

Los oscuros ojos de Nate se clavaron en el rostro de Addie.

—¿Qué has dicho?

—Que ha desaparecido.

—¿Cuándo?

—Hoy. Dicen que ha recorrido ochenta kilómetros. Hasta Filadelfia.

—¿Cómo sabes que se ha ido tan lejos?

—Eso es lo que dicen.

—¿Quiénes?

—Los chicos de Yula: CJ y Callie. Esta mañana estaban pescando en el arroyo Manatawny, detrás de la nueva fábrica de neumáticos. Lo vieron montado en el mercancías a Berwyn, agarrado de la escalera. El camino que sale del patio va directo a Filadelfia, unos quince o veinte kilómetros. Los puede recorrer andando. O montado en un tren de carga. Ya lo intentó antes.

Los tres hombres de la mesa miraron alarmados a Addie.

—¿Por qué no nos habías dicho nada? —dijo Rusty.

—¿Alguno de vosotros tiene coche? —preguntó.

Ninguno tenía.

Nate se mostró incrédulo.

—El chaval está sordo como una tapia. ¿Esos chicos no se plantearon ir a por él?

—Se pusieron a correr para alcanzarlo, pero un hombre

blanco de la fábrica de neumáticos los echó de allí. Tuvieron que dar toda la vuelta para llegar a la otra orilla del Manatawny y atravesar la Escuela Hill para poder llegar aquí. Ya era de noche.

—¿Ninguno de ellos tenía un centavo para llamar?

—¿Desde qué teléfono iban a llamar? —preguntó Addie—. La señorita Chona tiene el único teléfono público que los de color podemos usar gratis. Esos chicos no iban a entrar en la casa de ningún blanco para pedirle llamar por teléfono.

Nate frunció los labios, evidenciando que la frustración y la irritación marcaban ya su terso rostro. Se puso en pie y buscó su sombrero.

—¿Quién tiene coche a estas horas?

—Fatty.

—A estas horas de la noche, Lloyd está ocupado vendiendo alcohol —dijo Nate. Los allí presentes se percataron de que Nate había llamado a Fatty, el dueño de la cantina, por su verdadero nombre. Se volvió hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó Addie.

—A la panadería de Fabicelli. El señor Fabi tiene un camión.

—Ya no está aquí —dijo Addie.

—¿Desde cuándo?

—Hace dos semanas. Vendió su tienda.

—¿A quién?

—A un amigo suyo judío.

Nate rebuscó en su memoria.

—Conozco a todos los judíos de esta ciudad. No he oído que nadie haya comprado un nuevo negocio.

—Es alguien nuevo. El señor Malaquías. Rusty le ayudó a colgar un cartel ayer mismo —dijo Addie.

Nate centró su dura mirada en Rusty.

—¿Cómo es, Rusty?

—Es buen tipo —respondió Rusty midiendo sus palabras.

—De acuerdo. Vi el camión del señor Fabi aparcado junto a la panadería cuando venía hacia aquí. Creo que el nuevo debe de habérselo comprado.

—Iré contigo —dijo Snooks.

—No, ni hablar —replicó Nate—. Con que aparezca un solo negro por la noche es suficiente. —A Addie le preguntó—: ¿Dónde está mi abrigo largo?

—Lo lavé ayer. Se está secando en el cobertizo de atrás. No sé si ya estará seco.

Pero Nate ya había agarrado una lámpara de gas de encima de la estufa, había salido por la puerta trasera y había desaparecido.

Nate avanzaba en silencio por las oscuras hileras del jardín que se extendía detrás de su casa. No había luna y la luz de la lámpara iluminaba de forma inquietante los setos de quingombó y las berzas. Pasó junto a ellos con la facilidad que entraña estar familiarizado. Había creado aquel huerto con sus propias manos. Él y su mujer habían plantado allí toda clase de verduras.

Un pequeño arroyo atravesaba el extremo del jardín, detrás del cobertizo, que también se utilizaba como secadero de tabaco y jamón. Descorrió el pestillo de la puerta del cobertizo, entró, descolgó su largo abrigo de un gancho para carne que pendía del techo, cerró la puerta y metió una mano en la manga del abrigo.

Al hacerlo, oyó un chapoteo en el arroyo a escasos metros detrás de él. Se detuvo al instante; cabía la posibilidad de que se tratase de un castor. Escuchó con atención, pero no oyó nada más, así que se alejó de la puerta, pero entonces oyó otro chapoteo.

Apagó la lámpara, se puso el abrigo y rodeó el cobertizo en dirección al arroyo.

Se asomó a la oscuridad, sin ver nada al principio. La luz de las casas ubicadas en lo alto de la colina llegaba hasta allí e iluminaba el agua, los reflejos creaban breves sombras en los árboles del lado en que se encontraba. Desde allí, podía ver varios metros de la orilla. Pero nada más allá.

Entonces, a unos veinte metros de distancia, menos de veinte pasos, vio al chico.

Nate Timblin era un hombre que, sobre el papel, tenía muy

pocas cosas. Como sucedía con la mayoría de los negros de Estados Unidos, los estatutos y decretos de la nación en la que vivía declaraban que era un igual, pero no lo era; su vida estaba regida por un conjunto de normas y reglamentos en materia de igualdad que, en gran medida, no tenían nada que ver con él. Su mundo, sus deseos, sus necesidades tenían escaso valor para cualquiera que no fuera él mismo. No tenía hijos, ni coche, ni póliza de seguro, ni cuenta bancaria, ni vajilla, ni joyas, ni negocios, ni juego de llaves de algo que fuera de su posesión, ni tierra alguna. Era un hombre sin patria que vivía en un mundo de fantasmas, porque no tener patria significaba no implicarse, no preocuparse por nada excepto el propio corazón y la propia cabeza, así que los fantasmas y los espíritus eran lo único estable en un mundo donde su existencia resultaba invisible. La verdad era que la única patria que Nate conocía o que le importaba, aparte de Addie, era aquel niño delgado y sordo de doce años que, justo en aquel momento, o bien estaba montado en un tren de mercancías camino de Filadelfia, o bien era un fantasma hecho y derecho con gorra de colegial, botas viejas, una camisa y un chaleco andrajosos, de pie, a tres metros de él y arrojando pequeñas piedras al arroyo Manatawny, ante sus propios ojos. ¿Cuál de los dos era?

—Dodo.

Fue la sorpresa lo que le llevó a pronunciar el nombre del chico, pues sabía muy bien que quizás estaba hablando consigo mismo. El niño no le oyó. Parecía estar ocupado, se desplazaba con la rapidez de un atleta, clasificaba piedras en la orilla del río, apilaba las grandes para formar una suerte de terraplén a lo largo de la orilla del arroyo; lanzaba las rocas más pequeñas al agua.

Nate se acuclilló, volvió a encender la lámpara y la sostuvo en alto, agitándola para llamar la atención del niño sordo. Con Dodo, todo tenía que ver con la vista, el tacto y la vibración, no con el sonido. La luz proyectaba un brillo espeluznante sobre el agua. Pero el niño estaba tan concentrado en lo que hacía que Nate tuvo que agitar la luz varias veces.

El chico vio primero el reflejo de la lámpara en el agua, luego dejó caer la piedra que sostenía, se volvió hacia el origen de la luz

y se irguió. Alzó uno de sus delgados brazos en un tímido saludo mientras Nate se acercaba.

Nate señaló la formación rocosa.

—¿Qué estás haciendo, chaval?

Dodo sonrió. Le hizo un gesto a Nate para que se acercara. Dibujó un amplio círculo con los brazos, imitando un círculo de rocas, y luego simuló sostener una cuna como si estuviera meciendo a un bebé.

—¿Y ahora qué?

El chico se frotó las manos, como si pretendiese generar magia o calor, y luego se llevó las manos a la oreja, como si pudiera oír algo.

Nate negó con la cabeza, pues no comprendió lo que intentaba decirle. Se metió dentro del terraplén de piedras, que formaba un muro de unos sesenta centímetros de altura. Era como una especie de caja de metro y medio por metro y medio.

—¿En qué tontería estás trabajando aquí?

Dodo le miró sin comprender y luego se frotó las manos en los pantalones para secárselas.

—¿Acaso tienes un agujero en la cabeza, hijo? ¿Ibas en el tren esta mañana? ¿Eras tú?

Dodo parpadeó, sin alterarse, todavía frotándose las manos en los pantalones. Nate tocó con delicadeza una de las manos del chico. Las tenía heladas. Sostuvo la lámpara en alto para que se le vieran los labios. El chico no había nacido sordo. Un accidente había puesto fin a su capacidad auditiva. Una estufa explotó en la cocina de su madre cuando tenía nueve años. Le hirió los ojos y los oídos. Recuperó la vista. El oído, no. Pero podía leer los labios. Nate aguantaba la lámpara junto a su cara para que Dodo pudiera verlos.

—¿Qué estás haciendo?

Al chico le bailaron los ojos y luego dijo:

—Estoy haciendo un jardín.

—¿Para qué?

—Para plantar girasoles.

—CJ y los otros dijeron que te montaste en un tren esta

mañana.

Dodo apartó la mirada. Era su forma de ignorar lo que le estaban diciendo.

Nate extendió la mano con calma y obligó al chico a que volviese la cabeza para que le mirase.

—¿Estabas en ese tren o no?

Dodo asintió.

—Muy bien. —Nate miró a su alrededor y señaló hacia un cornejo cercano—. Arráncame una rama de ese árbol de allá y haz una vara. Luego entra en casa. Tu tía te va a cantar las cuarenta.

Nate se volvió hacia la casa. Dio varios pasos y se percató de que andaba solo. Dodo no se movió de donde estaba, en medio de su terraplén de piedras.

Nate le hizo señas para que le siguiera, irritado.

—Vamos, hijo. Aquí fuera hace frío. Tu tía te preparará unas tostaditas y todo habrá acabado.

La respiración de Dodo se aceleró, pero se quedó donde estaba.

Nate dio varios pasos rápidos para acortar la distancia entre ellos, se acuclilló y apoyó una de sus grandes manos en el hombro del chico.

—Recibir una azotaina será beneficioso para ti, hijo. La verdad nunca hace daño a nadie. Eras tú el que iba en el tren, ¿no es cierto?

—Sí.

—Elegiste un mal momento para marcharte de juerga. Lo sabes, ¿verdad?

Dodo asintió.

—Pues bien. Cuando uno añade más problemas a las circunstancias, tiene que pagar un precio. Tu tía te calentará un poco el trasero. La lección perdurará y eso será suficiente, creo.

Buscó la mano del chico, pero este, en lugar de extenderla, sacó de su bolsillo un papel blanco, doblado y arrugado.

Nate lo tomó con delicadeza de la mano del muchacho y, desplegándolo, lo acercó a la lámpara. Leyó las palabras muy despacio, recorriendo el papel con la mirada. Cuando terminó, bajó

el papel y sus ojos se posaron en el chico.

—No sé leer palabras raras, Dodo. Pero el reverendo Spriggs, que está en casa, lee bien. Le pediremos que las descifre.

Dodo habló.

—Sé lo que dice —dijo.

—¿Qué dice?

—Mi mamá está muerta.

Nate guardó silencio durante un momento. Alzó la vista desde el pequeño terraplén al cobertizo y la casa, pensando en todo lo que estaba mal en el mundo. Muchos de los peligros de Dios, pensó, no son los dones que parecen ser.

—No necesitas ningún papel que te diga que tu madre tiene alas, hijo.

—Entonces, ¿por qué tengo que irme?

—¿Quién ha dicho que tengas que irte?

—Lo dice este periódico.

Nate tomó con cuidado el papel de manos del niño, lo arrugó y lo lanzó al arroyo. Inclinó su alto cuerpo y golpeó suavemente el pecho del niño.

—Dios te abrió el corazón cuando te cerró los oídos, muchacho. Ahí dentro tienes todo un país. No te preocupes por ningún papel. Ese papel no significa nada.

Tomó al chico de la mano y lo condujo por el pequeño terraplén, rodearon el cobertizo y se dirigieron hacia la casa.

5
El forastero

Dos días después, Moshe dormía profundamente en una silla junto a la cama de Chona cuando le despertaron unos golpes en la puerta del piso de abajo. Vio, con los párpados medio abiertos, cómo Addie, que dormía en una silla al otro lado de la cama, se despertaba y tambaleándose, somnolienta, se dirigía hacia la puerta y bajaba a oscuras las escaleras hasta la tienda de comestibles.

Moshe miró su reloj. Eran las cuatro y media. Miró a su mujer, que yacía con los ojos cerrados. Se inclinó hacia delante, le tomó el pulso y apoyó la mano en su pecho. Notó con alivio que respiraba, que seguía viva.

Addie volvió a subir y se quedó en la puerta con un gesto de evidente irritación.

—Hay un hombre abajo que quiere verle.

—Dile que se vaya.

—No va a marcharse.

—¿Quién es?

—Es el tipo que ha comprado la panadería del señor Fabicelli.

—¿Es panadero?

—No sé lo que es.

—¿Qué quiere?

—Dijo algo así como… —hizo una pausa— que estaba mala.

—¿Qué?

—Algo sobre ayudar a la señorita Chona y mala.

—¿Mala?

—Creo que son palabras judías, señor Moshe.

—¿Cómo sabes que son palabras judías?

Addie frunció el ceño.

—No sé lo que son. Solo lo supongo. ¿Por qué no se lo pregunta usted mismo? Vino ayer y anteayer. Ya ha venido tres veces.

—Que se vaya.

Addie se quedó en la puerta, vacilante, y luego, con un resuelto movimiento, entró en la habitación, acercó la silla a la cabecera de la cama de Chona y se sentó encorvada, con los antebrazos apoyados en las rodillas, con la vista clavada en el suelo. Miró después a la durmiente Chona, con ojos empañados, tosió y se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano.

—No voy a volver ahí abajo.

Moshe vaciló, confuso. Entre Addie y Chona se sentía como una pelota de pimpón. Las dos mujeres se habían turnado durante años para cuidar de él. Nunca había tenido que cocinar. Ni limpiar. Ni llevar a cabo ninguna de las tareas de las que había tenido que ocuparse siendo niño en su tierra de origen. Pero ellas conspiraban contra él. Chona le dio voz a Addie, le permitió regentar la tienda, tomar decisiones, dirigir el lugar mientras ella leía sus libros de socialismo y otros que hablaban de tonterías de mujeres chifladas. ¡Y ahora andaban así! La mujer que tenía que ayudarle en su propia casa le estaba diciendo que abriese él la puerta en mitad de la noche. Si Chona se iba de este mundo, tendría a su lado a Addie, que no dejaría de regañarle hasta el día de su muerte. Quiso ponerse en pie y gritar, pero lo que hizo fue mirar a su mujer. Se inclinó hacia ella y le frotó la frente con suavidad.

—¿Y si se despierta mientras estoy abajo? ¿Y si no se despierta?

Addie, sentada al otro lado de la cama, se había recompuesto. Estiró el brazo y ahuecó los bordes de la almohada de Chona, luego le limpió con mucho cuidado la cara con un paño suave.

—Se despierta todos los días, señor Moshe —dijo—. Se despierta como un reloj. Está bien.

Moshe echó una última mirada de preocupación a su durmiente esposa y se dirigió a la puerta. Al pie de la escalera encendió la luz, pasó por delante de las hileras de artículos para el

hogar, de las cajas y tarros de caramelos que había en la tienda a oscuras. Estaba amaneciendo. Al acercarse a la puerta acristalada, pudo ver la luz del sol asomando tras la silueta de una persona de escaso tamaño que quedaba enmarcada por la puerta. Abrió un poco y al otro lado vio a un judío bajito y corpulento, de unos treinta años, con ojos brillantes, bigote fino y las comisuras de los labios muy abiertas, lo que le otorgaba un aire de pícaro. Aquel hombre le resultó vagamente familiar. Además sonreía, y eso hizo que Moshe lo odiase de inmediato.

—Buenos días —dijo en yidis.

—¿Qué desea? —respondió Moshe en inglés. No estaba de humor para favores de ninguna clase.

—¿No te acuerdas de mí? —preguntó el hombre. Volvió a hablar en yidis, y eso irritó aún más a Moshe. Ahora tenía muy claro que quería algo.

Moshe respondió al instante:

—*Ver fahblondjet! Trog zich op!* (¡Largo de aquí!)

Empujó la puerta para cerrarla. Pero el hombre introdujo una bota vieja y destrozada entre la puerta y el marco para impedírselo.

—¡Ay! —gritó—. ¿Te importaría liberar mi pie?

—¿Te largarás de aquí si lo hago?

—Me largaré.

Moshe tiró de la puerta ligeramente entreabierta para liberar el pie, pero en lugar de sacarlo, el desconocido apoyó el antebrazo en la puerta y empujó para abrirla más. Moshe, sorprendido, se mantuvo firme, apoyándose en ella.

—¿Qué estás haciendo?

—¡Solo necesito harina! —exclamó.

—¡Está cerrado!

—Necesito *kosher*. Para el pan jalá.

Moshe frunció el ceño y se pasó la lengua por los dientes. «Jalá», no «mala». Eso fue lo que oyó Addie. Empujó la puerta de cristal para cerrarla, pero el hombre al otro lado se mantuvo firme.

—¿Es eso lo que le dijiste a mi criada? —preguntó Moshe.

El hombre se rio.

—Otro judío americano con criada. Es una maleducada —dijo.

—Ve a Reading. Allí tienen muchas cosas *kosher*. Y criadas maleducadas también, por si quieres una —dijo Moshe. Siguió empujando la puerta, pero el hombre no se movió.

—¡Eso está a veinte kilómetros!

—¿Te parezco un taxi? ¡Consigue un coche de caballos!

Moshe empujó la puerta con más fuerza. Para su sorpresa, el hombre, al que podía ver a través del cristal, era mucho más pequeño que él y, sin embargo, aguantaba por su lado con firmeza y cierta facilidad.

«Tengo que comer mejor y dormir más», pensó Moshe. Empujó aún más fuerte y, para su incredulidad, la puerta no se movió ni un centímetro. El hombre la mantuvo parcialmente abierta sin aparente esfuerzo.

—¿Qué diantres te pasa? —le espetó Moshe. Frustrado, golpeó la puerta con el hombro. El hombrecillo hizo lo mismo y la puerta permaneció entreabierta, lo suficiente para que Moshe viera el contorno de la cara de su adversario, que, para su consternación, no parecía tenso en absoluto—. ¡Qué clase de demonio eres tú! —gritó.

—¡Solo necesito harina! Para hacer jalá.

—¡Ve a buscarla a otro sitio!

Moshe empujó ahora con todas sus fuerzas. Le caía el sudor por la frente. Apretó los dientes y presionó con el costado de la cara contra el borde de la puerta. Observó a su adversario a través del cristal; su cara se encontraba a escasos centímetros. El hombrecillo, que seguía sin esforzarse, no daba el brazo a torcer. Parecía estar divirtiéndose. ¿Sería algún tipo de demonio? «El ángel de la muerte», pensó Moshe. «¡Viene a por mi mujer!» De repente, se sintió indefenso. Deseó que Nate estuviera allí. Nate era lo bastante fuerte como para cerrar la puerta con un brazo y empujar a ese mequetrefe con el otro. O su primo Isaac. Una simple mirada de Isaac haría huir a ese mulo. Pero estaba solo. Estuvo a punto de llamar a Addie, pero decidió no hacerlo; le pudo la vergüenza. En lugar de eso, decidió empujar con todo de lo que

disponía, cada músculo de su cuerpo en tensión. Sin embargo, el forastero, que parecía tener la fuerza de tres hombres, se mantuvo firme.

Moshe sintió que sus fuerzas empezaban a menguar. Estaba agotado. Entre dirigir el teatro, pasarse la noche despierto al lado de Chona y la precaria alimentación, su energía era más bien escasa. Sentía que su espíritu abandonaba su cuerpo a través de los pies. «Qué ridículo», pensó.

—Por favor, vete —jadeó.

—Quiero decirte una cosa —repuso el hombre.

—¡Eres un demonio! —gruñó Moshe en yidis apretando los dientes, y se dijo: «¿Por qué estoy hablando en yidis? Odio el yidis».

Desde el otro lado de la puerta, el hombrecillo dijo con tono uniforme:

—No digas que soy un demonio. Soy bailarín.

—Entonces, vete bailando por la calle o llamaré a la policía. ¡Estás intentando entrar en mi propiedad!

—No voy a entrar.

—¡Aléjate! Mi mujer está enferma.

—Por eso estoy aquí —dijo el forastero. Dio un gran empujón y abrió la puerta de par en par haciendo caer a Moshe de espaldas. Este aterrizó en el frío suelo de madera, junto a la vitrina de la carnicería, con tal fuerza que hizo temblar las botellas y los productos de las estanterías.

Sentado en el suelo, oyó a Addie gritar desde el piso de arriba.

—¿Qué está pasando ahí abajo? ¡Cállense todos!

Moshe alzó la vista, esperando que el desconocido entrara en la tienda, se inclinara sobre él y le diera una paliza.

Pero el hombrecillo estaba de pie en la puerta, a varios metros de distancia, mirando hacia abajo, con las manos en las caderas y su ancho cuerpo ocupando el espacio de la puerta. De la cintura le colgaba un talit. Su sombrero de fieltro estaba rozado y su traje raído, como si los ratones hubieran mordisqueado los bordes. Llevaba una camisa blanca y una corbata de cordón le

colgaba de la cintura. Hinchó las mejillas y le echó un vistazo a la tienda a oscuras.

—No te preocupes por tu mujer judía y librepensadora, amigo. No va a estirar la pata dentro de poco. Su estilo de judaísmo encaja bien en este país. He podido comprobarlo.

—¡Que te crezcan cebollas en el ombligo por hablar así de mi mujer!

—Ese es un dicho español, amigo. ¿Hablas español?

—No. ¿Y tú?

—A decir verdad, sí. Incluso he estado en España.

—Entonces, hazme un favor, chalado. ¡Vuélvete a España!

—¡No hasta que consiga mi harina!

Moshe recurrió instintivamente a uno de los muchos astutos trucos que había aprendido de niño en Rumanía, cuando los líderes de la compañía teatral judía ambulante de la que formaba parte se instalaban a las afueras de una ciudad, frente a las hordas de campesinos rusos, armados con rifles y garrotes, que exigían un pago de última hora por algún tipo de infracción, habitualmente inventada, cometida por la compañía, pues siempre resultaba más sencillo negarse a pagar por un espectáculo que ya había tenido lugar, sobre todo teniendo en cuenta que las encantadoras doncellas judías, cuyos bailes habían impulsado en primer lugar al campesinado a disfrutar de la compañía teatral, no habían aparecido por ningún lado. Desde entonces, por otra parte, Moshe había aprendido algunos trucos más tras doce años de negociar en su teatro con directores de bandas de música duros de pelar.

Sentado sobre su trasero, con una mano apoyada en una vitrina que contenía caramelos, agujas de coser y otros artículos, alzó la vista y dijo con amabilidad:

—Voy a dejar en tus manos, amigo, decidir qué es lo que más te conviene. Habida cuenta de que eres un desconocido para mí, es mi deber ser hospitalario contigo. No soy ajeno a las penurias, pues provengo de una tierra donde la pezuña de un caballo es más valiosa que un trozo de pan. Una pezuña de caballo puede ayudar a arar un campo y a alimentar a todo un pueblo. Pero ¿el pan? ¿Para qué sirve el pan? Te lo comes y luego debes hornear otro. Yo

no tengo ni lo uno ni lo otro. No soy más que un pobre comerciante que vende dulces y alimentos secos. Así que adelante. Toma toda la harina que quieras. Y dejaré que tú decidas cuánto me tienes que pagar.

El forastero se rio y dijo en yidis:

—Ten cuidado, granuja romaní.

—¿Eres húngaro?

—Polaco.

—En Polonia también tienen *schmeichlers* (charlatanes).

—Mira quién habla. Lo único que ganarías en Polonia con tu charlatanería sería sentirte vacío. —Echó un vistazo a la tienda—. No puede decirse que seas pobre, amigo. Pero lo importante ahora es que tengo buenas noticias. Vengo a decirte que he encontrado esposa.

—¿Que has encontrado qué?

—Esposa.

Moshe, que seguía en el suelo, lo miró atónito.

—¿Por qué debería importarme que hayas encontrado esposa? Ya tengo a mi propia esposa de la que preocuparme.

Por primera vez, el hombre de la puerta, cuyo rostro emanaba confianza, pareció entristecerse. Dio la impresión de sentirse realmente dolido.

—¡Pero me dijiste que tenía que encontrar una!

—Pero ¿qué te has creído? ¿Qué me importa a mí si has conseguido esposa? Mi esposa está enferma. Maldito seas por molestarme en este momento. ¡Debería darte vergüenza! ¡Llévate toda la harina que quieras y vete a darle a la sinhueso a otra parte, polaco estúpido! ¡Aléjate de mí!

—¡Pero hice lo que me dijiste!

—¡A otro perro con ese hueso, amigo!

—Dijiste que si no buscaba esposa, para qué iba a ir al baile. Pero no me obligaste a irme. Dejaste que me quedara. Y bailé. Por eso estoy aquí ahora. Tú me invitaste.

—Yo no hice tal cosa.

—Tú lo dijiste. Dijiste que donde yo viviera viviría el mejor bailarín del mundo.

—¿De qué estás hablando? ¡Largo de mi casa!

—¿No te acuerdas del baile?

—¿Qué baile?

El hombre echó la cabeza hacia atrás, incrédulo. Extendió las manos, evidenciando su decepción.

—¿Qué baile? —dijo en tono de burla—. ¿Qué baile? El único baile. El *mejor* baile. El mayor baile de diversión en familia que este país haya visto jamás. El mejor baile de la historia.

Moshe contempló desde el suelo a aquel hombre mientras en su memoria empezaron a revolotear retazos de recuerdos como si fuesen las páginas de un libro. A la temprana luz del amanecer, cuando el sol asomaba ya por las laderas orientales y brillaba sobre las chozas y chabolas de Chicken Hill, en el edificio en el que se encontraba el cálido sótano donde, doce años antes, el amor se coló en su corazón con la gracia de una mariposa, y una hermosa joven, con la que ahora estaba casado, batía la mantequilla hasta que quedaba amarilla —recitándole las mágicas palabras de la Torá, un libro que ella tenía prohibido tocar, recorriendo con sus manos las páginas, haciendo patente la promesa que encierran sus palabras de santidad, amor e historia—, los postigos del recuerdo volvieron a entreabrirse y Moshe, entre la multitud que se agolpaba frente a su teatro, vio el rostro pícaro, el sombrero, el talit, los hoyuelos de un joven rodeado por todo tipo de judíos; acto seguido, como el sonido de una campana en la lejanía, o el silbato de un tren en la distancia, Moshe oyó, en la remota memoria, el fantástico y ululante clarinete de Mickey Katz.

Y recordó con total claridad aquella maravillosa tarde fría de diciembre, cuando, recién casado y en plena efervescencia del amor, dobló la esquina de High Street y alzó la vista para ver la mayor concentración de judíos, en Estados Unidos, que jamás había visto en su vida, hordas que se alzaban como se alzaban los grandes templos de Egipto a la luz del sol del amanecer árabe, cientos y cientos de judíos reunidos frente a su teatro, ansiosos por atravesar la puerta, por hacerle rico, por entrar en su local para poder aullar, gritar, bailar y pasar un buen rato como en los viejos tiempos.

Y entre ellos un joven jasídico que le aseguró que no pensaba bailar con ninguna mujer. Porque estaba buscando esposa.

Al mirar fijamente a aquel hombre, Moshe sintió la misma ligereza que la primera vez, cuando dobló la esquina de High Street y vio a toda aquella gente reunida; era como si le hubieran quitado un gran peso del pecho y se lo hubieran colocado en la espalda, donde debía estar, firmemente asentado. Habían pasado doce años, pero de golpe volvió a sentirse un hombre joven, de pie junto a su teatro, viendo cómo la alegre banda de Mickey Katz conseguía con su música que se despegara el papel pintado mientras cientos de felices judíos americanos bailaban. Y entre ellos se encontraba, girando y dando vueltas sin parar, el cuerpo de aquel chiflado bailarín jasídico. El joven que había anunciado que no pensaba bailar con ninguna mujer. El joven que proclamó que no buscaba pareja de baile, sino esposa, pero que bailó con todas las mujeres de la pista. Y menudo bailarían resultó ser.

—¡Me acuerdo de ti! —exclamó Moshe con entusiasmo—. Eras el mejor bailarín que había visto en mi vida. ¿Cómo te llamas?

En lugar de responder, el joven jasídico se quitó el sombrero con orgullo, se rascó la frente y bajó la vista para mirar a Moshe, que seguía en el suelo junto a la vitrina de la carnicería. Habló despacio, como si fuera un sabio anciano:

—Nuestros sabios rabinos nos dicen que tenemos tres nombres: el que nos dan nuestros amigos, el que nos da nuestra familia y el que nos ponemos nosotros mismos.

—Entonces, ¿cómo debo llamarte: guisantes, tomates o cebollas?

—Malaquías —contestó.

Dio la impresión de querer decir algo más, pero Moshe, en pleno arrebato memorístico, arrastrado por la exaltación, quería hacerle una pregunta que venía atosigándolo desde hacía años, y que ahora, y no podía creer su suerte, estaba en disposición de hacerla.

—¡Te vi al día siguiente! —exclamó—. Después de que Katz se fuera. En la puerta del teatro. Me diste una botella de aguardiente de ciruelas. Oímos un estallido en la colina. Vimos una

columna de humo negro. Dijiste que era un mal presagio.

—Eran malos tiempos —dijo Malaquías. Entró en la tienda y le tendió una mano para ayudarle a ponerse en pie—. Esos tiempos han quedado atrás.

6

Jalá

A Chona le bajó la fiebre a los dos días. Sus delirios febriles cesaron un día después. Al día siguiente, logró sentarse, la calma pareció regresar entonces a su pequeño cuerpo y comenzó el largo y lento retorno del bienestar. Pero, por desgracia, no podía permanecer mucho tiempo de pie ni caminar sin ayuda. La visitó un médico especial que había enviado desde Filadelfia Isaac, el primo de Moshe, y confirmó que algún problema vascular le había producido un ataque cerebral que, dado el mal estado de su pie, podría dificultarle caminar sin asistencia. A Moshe eso le importó bien poco. Aunque necesitara una silla de ruedas el resto de su vida, y siempre y cuando Chona volviera a ser la de siempre, él sería feliz.

Al cabo de una semana, comprobó que la luz volvía a los ojos de su esposa. Una semana más tarde, empezó a utilizar frases largas, aunque hablaba despacio. A la tercera semana, ya estaba de pie, apoyada en Addie y dando órdenes, exigiendo que la ayudasen a bajar para abrir la tienda.

Moshe obedeció encantado. Atribuyó su mejoría a la aparición de Malaquías, que insistía en pasar todos los días por el teatro para entregarle a Moshe una hogaza de su jalá para que se la llevara a su mujer.

—Esto formará parte del proceso curativo de tu mujer —le dijo con orgullo.

Le entregó la primera jalá a Moshe en el teatro, vestido aún con su harapiento traje con americana, talit y sombrero de fieltro. Sostenía la hogaza con orgullo, como si cargase en brazos a un niño.

—Tú vas a ser mi primer cliente —le dijo.

Moshe tomó la hogaza con el mismo delicado cuidado con que el otro se la había ofrecido. Estaba encantado, aunque nunca le había gustado la jalá. Prefería el pan de molde blanco para preparar sándwiches de jamón y queso al estilo americano, que eran como todo lo demás en América: sencillos y rápidos de preparar, no eran mullidos ni abultaban, ni eran caldosos como la vieja comida europea. Pero el pan de Malaquías era nuevo y había algo en él que a Moshe le había subido el ánimo, así que arrancó un trozo, se lo metió en la boca y estuvo a punto de atragantarse. Logró darle las gracias con un balbuceo, y evitó, de esa manera, vomitar en el suelo aquel turgente amasijo que sabía a cebolla, arena y grasa.

—Maravilloso —dijo.

—Esta jalá lleva la curación consigo —repuso Malaquías con orgullo—. Será como tu maravilloso teatro. Unirá a la gente.

«Para que vayan juntos al hospital», pensó Moshe mientras asentía. Sonrió y no dijo nada. Le habría dolido mucho ofender a su nuevo amigo. Prometió llevarle el pan a su mujer esa misma noche, pero en lugar de eso se lo ofreció a Nate mientras caminaban juntos hacia casa, subiendo los dos por los estrechos caminos de tierra de Chicken Hill a altas horas de la noche, después de cerrar el teatro. Lo hizo descargándose de toda responsabilidad, diciendo:

—El nuevo panadero todavía está aprendiendo.

Nate le dio un mordisco al pan, no hizo comentario alguno y le lanzó lo que quedaba a un chucho marrón moteado que acababa de salir de una de las casas de mala muerte que bordeaban las carreteras de la colina. Aquel perro era un incordio, pues solía aterrorizarlos durante el camino de vuelta a casa por la noche. De hecho, cuando Moshe regresaba solo, daba una gran vuelta para evitar cruzarse con aquella criatura.

El chucho se tragó la jalá de un bocado, y así, cuando Malaquías le preguntó a Moshe al día siguiente si su jalá estaba resultando «curativa» en su casa, Moshe se alegró de informarle:

—Sí, en efecto. Y también ha traído paz. —Pues el chucho,

para su sorpresa, le había dejado tranquilo por primera vez en su vida.

Por horrible que fuera la jalá, sin duda era una prueba de la magia que parecía acompañar todo lo que tocaba Malaquías; el perro, en cualquier caso, no volvió a molestar a Moshe. La calamidad y el desorden parecían seguir al nuevo amigo de Moshe allí adonde iba, sin embargo eso nunca le afectó ni llegó a inquietarle. Malaquías no era un hombre pulcro. Vestía siempre un traje arrugado, llevaba un sombrero maltrecho, su talit estaba deshilachado, sus claros ojos azules siempre miraban hacia otra parte. Inclinaba la cabeza de manera invariable, se abstraía leyendo las páginas de su libro de oraciones, a veces durante horas, incluso cuando horneaba, lo que conllevaba que se le quemasen el pan y los pasteles. Moshe tenía claro que su nuevo amigo no era un panadero nato. También se fijó en que el apartamento de Malaquías, encima de la panadería, estaba lleno de trastos, objetos que había reunido, vendido, comprado y, de algún modo, recogido de aquí y de allá, pues, según le confesó Malaquías, desde la llegada al Nuevo Mundo proveniente de su tierra de origen había ejercido de vendedor ambulante de todo tipo de cosas. Sus viajes, sin lugar a dudas, habían ampliado su percepción, pues demostraba ser una fuente inagotable de conocimientos sobre todo tipo de cosas, desde automóviles hasta las fábricas de hierro de Pottstown. A pesar de no saber hornear y de su total desorganización, Malaquías evidenciaba un sentido de la ligereza y un entusiasmo sin límites por los asuntos mundanos. Parecía aportar luz, frescura y bondad a todo lo que tocaba. Se maravillaba ante los objetos más sencillos —un pelador de manzanas, un barril, una menorá, un vaso de papel, una canica— mostrando entusiasmo y humor, a menudo alzando el objeto y diciendo:

—¡Qué maravilla! Imagínate. ¿A quién se le habrá ocurrido esto?

Moshe tenía pocos amigos. Para cuando él llegó a Chicken Hill, la

mayoría de los judíos de Pottstown se habían marchado de allí. Nate era uno de sus amigos, pero era negro, así que había cierta distancia entre ellos. Pero con Malaquías no había esa distancia. Los dos habían huido y, tras soportar el desembarco en Ellis Island y escapar de los talleres clandestinos y de la despiadada delincuencia que imperaba en el Lower East Side, infestado de alimañas, habían llegado, a trancas y barrancas, a aquella tierra de promisión que era Pensilvania, hogar de cuáqueros, mormones y presbiterianos. ¿A quién podría importarle si se trataba de una vida solitaria, o que los trabajos implicaran una ingrata monotonía, o que el romanticismo de los orgullosos Estados Unidos fuera un mito, o que las reglas de la vida estuvieran cuidadosamente establecidas en pulcros libros y leyes redactadas por severos europeos que acechaban la ciudad y el estado como si se tratase de la parca, con sus estrictas iglesias proclamando que los judíos habían asesinado a su adorado Jesucristo? Sus paisanos de Pensilvania no sabían nada de los *shtetls* arrasados ni de las sinagogas destruidas en su tierra de origen; no habían visto morir de hambre a los atónitos ancianos inmigrantes en las tiendas de Nueva York, los ancianos que habían llegado solos, que solo hablaban yidis, cuyos hijos habían muerto o los habían abandonado para poder alojarse en casas de caridad, las mujeres asustadas hasta el final de sus días, los hombres condenados a vender verduras y frutas en carros tirados por caballos. Eran una nación perdida esparcida por la campiña americana, desconcertada, sabiendo de la inutilidad de la educación que habían recibido en la yeshivá, dejando de lado la orgullosa historia de su pueblo, mientras el chirriante ruido de la industria americana los envolvía; su orgulloso pasado como relojeros y sastres, eruditos e historiadores, músicos y artistas, desaparecido, desperdiciado. A los americanos solo les importaba el dinero. Y el poder. Y gobernar. Los judíos no tenían nada de eso, su trabajo había consistido hasta entonces en pisar con respeto la tierra de la leche y la miel y dar gracias por ser libres de caminar por ella sin que les patearan el trasero... o algo peor. La vida en Estados Unidos era dura, pero eran libres, y si trabajabas duro podías disfrutar de

alguna oportunidad, incluso abrir una tienda o algún otro negocio.

Moshe, satisfecho propietario de dos prósperos teatros y de una tienda de comestibles que perdía dinero todos los años gracias a su esposa judía nacida en Estados Unidos, se sentía orgulloso de ser estadounidense. Apreciaba la vida en América. Por eso se esforzó en convencer a su nuevo amigo de las bondades de las costumbres estadounidenses. Le regaló un colgante que era una *mezuzá,* a pesar de que, por lo general, sirven para adornar las puertas de las casas judías. Pero este colgante podía llevarse al cuello y tenía una inscripción especial en el reverso que decía: «Hogar del mejor bailarín del mundo». De ese modo, explicó Moshe, Malaquías se sentiría como en casa y bienvenido allá adonde fuera.

Pero Malaquías, al que por lo general le agradaban los gestos amables y los pequeños regalos, le devolvió la *mezuzá* y le rogó cortésmente a Moshe que se la diera a Chona, cosa que él hizo, para deleite de su esposa. A diferencia de la mayoría de los judíos, Malaquías estaba orgulloso de lo que llamaba con una sonrisa su «chirriante» vida en Europa, que había dejado atrás. No le importaba ser un recién llegado. Se negaba a vestirse como un estadounidense y prefería llevar el talit bajo la camisa, cuyos extremos le colgaban por encima de los pantalones. Respetaba lo *kosher* hasta un punto que Moshe consideraba inútil. Un grueso y gastado libro de oraciones, un *majzor,* sobresalía del bolsillo trasero de sus pantalones de gran tamaño como si se tratase del talonario de multas de un policía de una gran ciudad. Lo llevaba consigo a todas partes. Lo sacaba una y otra vez del bolsillo, dejaba de hacer lo que estuviera haciendo y lo abría con pericia para leer un pasaje con total concentración; a veces, lo que leía le conmovía tanto que se llevaba el libro al pecho e inclinaba la cabeza, mascullando con fervor una oración en hebreo. Una tarde, mientras ambos tomaban el té, Malaquías dejó su libro de oraciones sobre la mesa. Moshe le dio un golpecito y dijo midiendo sus palabras:

—En este país, me dan vergüenza las cosas judías.

—¿Por qué?

—No creo que sea adecuado perder el tiempo con cosas antiguas.

Malaquías sonrió.

—Las oraciones de este *Sidur* —dijo Malaquías— no son antiguas. —Tomó el viejo *majzor*—. En realidad, son para las festividades importantes, como Pésaj y Sucot. No son para asuntos cotidianos. Pero yo, de todos modos, lo uso para asuntos cotidianos.

—¿Y eso no está mal? —preguntó Moshe.

Malaquías se rio.

—El profeta Isaías condena las oraciones rutinarias y mecánicas. Así que no importa.

—¿Eres un *rebe?* —preguntó Moshe.

—Depende de quién lo pregunte.

—¿Un *rebe* no tiene que haberse educado en la yeshivá?

—¿Por qué te preocupa si soy un *rebe* o no? Siempre y cuando uno pronuncie las palabras de manera reflexiva y con toda intención, no importa. Lo que hacemos da consuelo, no causa tristeza. Conlleva alegría en lugar de dolor. Te dije que tu esposa se pondría bien. Y así fue. ¿Qué importa si esas palabras las dijo un *rebe* o yo? A todo esto, te aseguro que no soy un *rebe*. Solo recito el Talmud, aunque mi pan logró que tu mujer sanase.

Moshe se rio.

—Mi primo Isaac dijo que fue el médico que él trajo el que la curó.

Malaquías sonrió, aunque con un deje severo.

—Amigo mío, lo cierto es que ninguno de los dos la curó. Ni mi pan ni el sofisticado médico de tu primo. Fue la plenitud de la tierra lo que la ayudó. El salmo veinticuatro dice que la humanidad debe disfrutar de la plenitud de la tierra. ¿Acaso no forma parte el pan de la plenitud de la tierra?

Moshe se encogió de hombros y lo dejó estar. Estaba tan contento de que Chona hubiese mejorado que temía gafar el proceso.

—¿Por qué no vienes a comer a casa? —dijo—. Todavía no conoces a mi mujer.

—A su debido tiempo —respondió Malaquías.

Era precisamente ese tipo de respuesta lo que mantenía a Moshe en vilo y alimentaba la curiosidad con respecto a su nuevo amigo, esa extraña manera de comportarse que parecía formar parte de su carácter. A Moshe le dio por pensar que tal vez Malaquías no quería conocer a Chona porque tenía prohibido, al menos mentalmente, tocarla. Pero, aun así, acudía al teatro con una hogaza de pan casi todas las tardes después de cerrar su tienda, y siempre estaba alegre y animado y le hacía un montón de preguntas sobre el teatro, el equipo de Moshe, su negocio, la vida en Estados Unidos. Y aunque se empeñaba en estar al día de la mejoría de Chona, Malaquías se negaba a hablar de su propia esposa, de la que tanto alardeó el día que volvieron a encontrarse. Moshe nunca le preguntaba. Entendía que el matrimonio, para los judíos recién llegados a América, era complejo. Algunos hombres habían estado casados en Europa y volvían a casarse al llegar aquí. Otros echaban tanto de menos a sus esposas que hablar de ellas les hacía llorar, despotricar e incluso maldecir y pelearse. Algunos tuvieron que trabajar durante años para ahorrar lo suficiente para poder traerse consigo a sus esposas, únicamente para descubrir, tras la llegada de la esposa, que ambos habían cambiado tanto que su matrimonio ya no tenía sentido. Moshe, consciente de esa clase de asuntos y feliz de que su propio matrimonio siguiese siendo sólido, no dijo nada al respecto. Aun así, la reticencia de Malaquías a hablar de su pasado y también de su esposa estableció una extraña brecha entre ellos, que no hizo otra cosa que aumentar la curiosidad de Moshe. Quería cruzar esa brecha y lo habría hecho de no ser por la inestable panadería de Malaquías, que tenía prioridad sobre el resto de los asuntos, pues casi de inmediato empezó a ir mal.

Aunque Malaquías hubiera sido el mejor panadero del mundo, había llegado a Pottstown en un mal momento. Fabicelli, el amable y viejo panadero italiano que todos los domingos por la noche dejaba los pasteles que no había vendido durante la semana en una caja de madera a disposición de quien los quisiera en el barrio, la persona a la que Malaquías había comprado la panadería, era ya en

su momento uno de los últimos comerciantes blancos que permanecían en Chicken Hill. Ya solo quedaban allí la tienda de hielo de Herb Radomitz, que repartía hielo montado en un carromato tirado por caballos, y Marvin e Irv Skrupskelis, los irascibles propietarios lituanos de la zapatería, que tenían aterrorizados a los vecinos del barrio. Las demás tiendas regentadas por blancos se habían trasladado a los pastos más verdes de High Street, a escasas diez manzanas de distancia.

Por otra parte, si bien el amable anciano Fabicelli le vendió encantado al judío errabundo su viejo camión de reparto, la panadería y el edificio en el que se encontraba el apartamento, obviamente no le vendió también sus recetas, porque el resto de los productos que Malaquías vendía en su panadería eran igual de malos, si no peores, que su jalá. Los pasteles eran un desastre. Parecían dibujos hechos con los dedos por un niño de seis años, el glaseado goteaba y los bordes eran siempre irregulares. Sus bollos sabían a hígado picado. Sus pasteles de carne parecían rellenos de mohosa carne encurtida que pedía a gritos la mano de un pintor que les diese una buena pincelada con pintura roja. Incluso los negros de Chicken Hill, acostumbrados desde tiempo atrás a la comida en mal estado y a los productos caducados, evitaban la tienda de Malaquías. Que la panadería hubiese sobrevivido a las primeras semanas atestiguaba la presencia en Pottstown de diecisiete familias judías.

Moshe fue testigo de esa decadencia con preocupación, y una tarde, cuando Malaquías pasó por el teatro para dejar su habitual amasijo de harina y agua con aspecto de jalá, Moshe decidió sacar a colación el tema de la panadería. Los dos permanecieron de pie, cerca de la entrada del teatro, y charlaron mientras Nate y un pequeño equipo de trabajadores preparaban el escenario para la actuación de esa noche: la potente orquesta de Count Basie.

Antes de que Moshe pudiera siquiera abordar el tema, Malaquías, con ganas de hablar de su negocio, lanzó una hogaza de jalá envuelta en papel de estraza sobre el escenario y confesó:

—No voy a tardar en cerrar la panadería.

—¿Por qué?

—El negocio va lento. A la gente no le gusta mi pan. ¿Qué tiene de malo mi pan? Es un buen pan. —Se apoyó en el borde del escenario, mirando a Nate y a los otros tres negros del fondo, que limpiaban las mesas y barrían los restos de la actuación de la noche anterior.

Moshe preguntó midiendo sus palabras:

—¿Habías regentado antes una panadería?

—Claro que no.

—Entonces, ¿por qué compraste la panadería?

—Estaba en venta.

—Hay otros muchos negocios.

—¿Qué tiene de malo comprar una panadería?

—Nada. Pero se necesita tener algo de experiencia en el asunto.

—¿Por qué? Se me da bien cocinar.

—Hornear no tiene nada que ver con cocinar. Hornear, por lo que tengo entendido, requiere precisión. ¿Tú horneabas en tu tierra?

Malaquías no respondió de manera directa. En lugar de eso, se quitó el sombrero, se pasó los dedos por el pelo, tupido y rizado, se colocó de nuevo el sombrero en la cabeza y rebuscó en los bolsillos de la chaqueta. Sacó toda clase de utensilios de repostería: un batidor, un tamiz, una esterilla de repostería, una rasqueta, una pala de amasar, una espátula y un rodillo. Los colocó con cuidado en el borde del escenario, bien alineados.

—Estas son mis herramientas. Practico todo el tiempo. Me enseño a mí mismo.

—No puedes enseñarte a ti mismo y vender al mismo tiempo, amigo.

—¿Por qué no? ¿No es así como se hacen las cosas en América?

—Es posible. Pero lo hacen *antes* de comprar un negocio. No después.

Los ojos de Malaquías, por lo general brillantes, se apagaron un poco.

—Estoy confundido. Cuando llegué a Estados Unidos, fui a

Pittsburgh. Pero nadie quería contratarme porque había ido a la yeshivá. Pensaban que era demasiado intelectual. Fui a unos grandes almacenes. Les dije: «Puedo trabajar como intérprete porque hablo muchos idiomas. Hablo yidis, alemán, polaco, ruso y español. Puedo hablar con los clientes en su idioma y aconsejarles». En lugar de eso, me pusieron a trabajar etiquetando vestidos. Después me ocupé de un carrito de verduras. Pero el dueño quería que trabajara los sábados, así que lo dejé. Luego trabajé en una cafetería limpiando barriles de pepinillos. Tenía los dedos hinchados por la salmuera. Luego vendí provisiones para las esposas con un carromato tirado por un caballo. Acabé comprándole el caballo y la carreta al dueño. A partir de ahí, ahorré lo suficiente para comprar una panadería. Tardé nueve años.

—¿Tu esposa estuvo contigo todo ese tiempo? —preguntó Moshe.

A Malaquías se le humedecieron los ojos e ignoró la pregunta. Señaló los utensilios de panadería que había dejado sobre el escenario.

—Practico todo el tiempo. Incluso por la noche. Hago los pasteles más bonitos. ¿Has probado alguna vez mis tartas?

Dada la experiencia que había tenido Moshe con la jalá, nunca había querido probarlas. En lugar de eso, señaló distraídamente hacia Nate, que se encontraba al fondo del teatro limpiando y preparando la actuación con su pequeño equipo.

—Mi Nate puede ayudarte a encontrar algunos trabajadores de color.

Malaquías negó con la cabeza.

—¿Él es *kosher?* —preguntó.

—Una panadería *kosher* no necesita un panadero *kosher* —contestó Moshe.

Malaquías guardó silencio un momento y luego dijo:

—No es adecuado mezclar las cosas como hacen aquí, en América.

Moshe se quedó estupefacto ante esa réplica, que consideró propia de un ignorante.

—¿Qué más da? ¿Quieres que tu negocio tenga éxito o no?

Pero Malaquías ya no le escuchaba. Miraba fijamente a Nate y a sus hombres, que estaban ocupados desplazando sillas y mesas, colocando manteles blancos en las mesas y dejando velas encima. Señaló al fondo de la sala.

—¿Quién es ese chico? —preguntó.

Moshe miró hacia donde apuntaba el dedo de Malaquías, un solitario niño negro que se encontraba entre los hombres que limpiaban las mesas cerca de una de las salidas. Era alto y delgado para su edad, pues no debía de tener más de diez o doce años, supuso Moshe. Se veía atlético, tenía los brazos y el cuello largos, y una piel que daba la impresión de que lo hubiesen sumergido en una cuba de chocolate. Tenía la cara ovalada y oscura, nariz ancha, pómulos elevados y las pestañas más largas que Moshe había visto en su vida. Sus ojos eran hermosos y expresivos. El niño estaba barriendo de las sillas las palomitas y los envoltorios de caramelos con una escobilla. Se fijó en ellos, sonrió tímidamente y luego agachó la cabeza, retomando el trabajo con celeridad, tal como le había indicado Nate; el niño se movía deprisa, como si pretendiese desaparecer entre las mesas y las sillas.

Moshe lo observó sin mover un solo músculo. Estaba acostumbrado a que los negros desaparecieran, se esfumaran y se escabulleran. Pero cuando vio a aquel chico abrirse paso por la pista de baile, mientras recogía la basura, desplazando mesas y sillas con rapidez y desesperada eficacia, le asaltó una repentina ráfaga de recuerdos, como si su pasado hubiera invadido de repente la habitación y le hubiese soplado en la nuca, igual que una brisa que se hubiese colado por una puerta abierta en una oficina alborotando todos los papeles sueltos, lanzándolos al suelo. Se vio a sí mismo en Rumanía a los nueve años, hambriento y agotado, en la puerta de una panadería de Constanza, mirando aterrorizado con un ojo a la carretera, por si aparecían los soldados, y el otro fijo en la puerta de la panadería, al tiempo que Isaac salía corriendo con una hogaza de pan bajo el brazo, como si fuera un balón de fútbol americano, con una anciana pisándole los talones, mientras Isaac exclamaba: «¡Date prisa, antes de que

vengan los soldados!». Los dos chicos habían echado a correr, engullendo el pan como lobos mientras huían. Con razón, Moshe odiaba la jalá.

Apartó la mirada del muchacho y se percató de que Malaquías le miraba fijamente.

—Es lo más extraño con respecto a la jalá —dijo Moshe—. ¿Quieres que te lo cuente?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque sé que no es mi manera de hornear lo que te disgusta, amigo —dijo Malaquías—. Se trata de lo que despierta en tu interior. Y en eso no puedo ayudarte. Solo rezar puede hacerlo.

Moshe abrió los ojos de par en par. ¿Cómo podía saberlo?

—¿De qué estás hablando? —preguntó—. No sé qué te estás inventando. No es más que pan.

Malaquías ignoró sus palabras. En lugar de eso, se encaramó al borde del escenario, se sentó, con las piernas colgando, y observó cómo el chico negro trabajaba entre la fila de hombres que se desplazaban rápidamente por el salón de baile. Comprobó la hora en su reloj y luego volvió a mirar al chico.

—Es la una. Ese muchacho debería estar en la escuela.

Moshe se encogió de hombros. La educación de aquel chaval no era asunto suyo.

—Fue Nate quien lo trajo. Nate se encarga de traer a todos los que trabajan aquí.

Los ojos de Malaquías adquirieron una tonalidad amarillenta. El desaliento se apoderó de sus facciones mientras observaba cómo trabajaban los negros.

—Cuando llegué a Ellis Island, el primer americano que vi fue un negro. Creí que todos los americanos eran negros.

Moshe rio nervioso. Las conversaciones sobre cuestiones de raza siempre le incomodaban. Intentó cambiar de tema.

—No había probado un tomate hasta que llegué aquí —dijo con tono desenfadado—. Tampoco había comido un plátano. El primero que comí no me gustó.

Malaquías, ajeno a sus palabras, parecía distraído. No le

quitaba ojo de encima al chico, observó cómo tiraba los papeles arrugados a una pequeña lata mientras se dirigía al fondo del pasillo.

—Eso es lo que no está bien en este país —dijo—. Los negros.

Moshe se encogió de hombros.

—No han hecho nada malo. Tengo buena relación con ellos... Mi Nate. Su mujer, Addie, los ayudantes que traen. Me ayudan mucho.

Malaquías sonrió con suficiencia.

—¿Sabías que todas las fuentes históricas de la Janucá están en griego?

—¿Qué tiene eso que ver con mis trabajadores negros?

—La luz tan solo se logra mediante el diálogo entre culturas, no mediante el rechazo de una u otra.

Moshe dejó escapar una risotada y señaló con la cabeza a Nate, que se había abierto paso hasta el fondo de la sala, para darle indicaciones al chico.

—Mi Nate no habla griego.

—*¿Tu* Nate? ¿Te pertenece?

Moshe parecía desconcertado.

—Ya sabes lo que quiero decir —murmuró.

Malaquías frunció el ceño.

—Costumbres americanas que has aprendido. —Sacudió la cabeza—. Este país es demasiado sucio para mí.

—¿Qué te pasa? Nate es mi amigo.

—¿En serio?

—Por supuesto.

—¿Porque le pagas?

—Por supuesto. ¿Acaso tendría que trabajar gratis? —espetó Moshe.

Pero Malaquías no le escuchó. Miraba fijamente a Nate, al chico que trabajaba detrás de él y al resto de los negros. Los observó durante un buen rato y luego murmuró:

—Creo que en este país los negros tienen ventaja.

—¿Por qué lo dices?

—Como mínimo saben quiénes son.

Bajó del escenario de un salto y empezó a recoger sus utensilios de panadero —el rodillo, la espátula...—, y se los metió en los grandes bolsillos de su desgastada chaqueta. La siguiente frase la dijo en yidis:

—Nos estamos integrando en una casa en llamas —dijo.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Moshe.

Malaquías se volvió hacia el fondo de la sala y sus ojos azules siguieron el movimiento de los negros. De pronto, uno de ellos empezó a cantar en voz baja, se trataba de un himno religioso, y los demás se unieron, moviéndose en sincronía, trabajando ahora más deprisa, mientras cambiaban de sitio las mesas y arrojaban la basura a los barriles.

Iré a donde Tú quieras que vaya,
a la montaña, la llanura o al mar.
Diré lo que Tú quieras que diga.
Señor, seré lo que Tú quieras que sea.

La canción recorrió la húmeda y oscura sala de baile.

Malaquías escuchó un momento y luego dijo en yidis:

—Me gustaría que vendieras mi panadería por mí. Te dejaré los papeles por la mañana. Si hay ganancias, haz el favor de enviármelas.

—¿Adónde vas?

Pero Malaquías ya había llegado a una de las puertas laterales y había desaparecido.

Moshe observó cómo se cerraba la puerta, perplejo. Echó un vistazo al escenario. Malaquías se había dejado un par de utensilios: un molde para tartas y un batidor. Pensó: «Se los daré cuando lo vea mañana».

Pero al día siguiente no vio a Malaquías. Ni al otro. No volvió a verlo hasta el cabo de tres años.

7

Un nuevo problema

Un mes después de que Malaquías se fuera de Pottstown, Moshe se encontraba dentro de su local colocando las mesas en la pista de baile después de limpiar los restos del concierto de blues para bailar en calcetines de la noche anterior, protagonizado por Jay McShann, cuando Nate dejó la escoba a un lado y se acercó a Moshe.

—¿Podemos hablar?

Moshe apenas le oyó. Seguía preocupado por la repentina desaparición de Malaquías. Había enviado a Nate a la panadería días después y este le informó de que la panadería estaba cerrada y el apartamento de arriba a oscuras. Pocos días más tarde, Moshe recibió una carta con matasellos de Chicago y, al cabo de dos días, otra con matasellos de Des Moines, Iowa, ambas redactadas con la hermosa letra cursiva de Malaquías, en las que le daba instrucciones sobre la venta de la panadería, lo que debía hacerse con las herramientas y utensilios y adónde enviar el dinero una vez realizada la transacción. Era un quebradero de cabeza en el que Moshe no quería meterse.

Moshe esperó una semana, con la esperanza de que Malaquías cambiara de opinión, pero, finalmente, se dispuso a cumplir lo que le había pedido. Tras llevar a cabo algunas averiguaciones, su suegro, que vivía en Reading, le presentó a dos hermanos judíos de Lituania que estaban interesados en comprar la panadería. Eran novatos, acababan de llegar y desconocían las costumbres estadounidenses. Así que fue Moshe el que tuvo que ir al ayuntamiento y lidiar con los gentiles, con sus preguntas sarcásticas y sus desconcertantes formularios. Isaac se ofreció para

enviar a un abogado judío de Reading, pero Moshe se negó. Conocía a todos los empleados de la ciudad. Podía cumplir con todo con relativa rapidez. Además, Malaquías era su amigo, aunque creyera en ciertas cosas que él, Moshe, ahora que era americano, ya no creía. Malaquías, se dijo Moshe, estaba aferrado al pasado. Las viejas costumbres no tenían sentido alguno en Estados Unidos. Aun así, lo que le había dicho Malaquías le había molestado. «Este país es demasiado sucio para mí», le había dicho. ¿Cómo se atrevía? Estados Unidos era un país limpio, limpio, limpio, mucho más limpio que cualquier parte de Europa. ¿Qué demonios le habría ocurrido para pensar así de ese gran país? ¡Estados Unidos le había tratado bien!

Sin embargo, lo que más le molestó a Moshe fue lo que dijo Malaquías sobre los negros. «Creo que en este país los negros tienen ventaja. Como mínimo saben quiénes son.»

—Eso es ridículo —le había dicho Moshe.

Alzó la vista y vio que Nate le estaba mirando fijamente.

—¿A qué viene eso? —preguntó Nate con la mirada clavada en la mano de Moshe.

Moshe se percató de que tenía en la mano un billete de diez dólares. Era la propina que había pensado darle a Nate por haber lidiado con su buen hacer habitual con la banda de McShann. Siempre le daba propina a Nate. Nate era su mano derecha.

Le tendió el billete.

—Para ti.

Nate le miró a los ojos.

—¿Se encuentra bien, señor Moshe?

Moshe echó un vistazo al interior del local. Al fondo, se encontraban dos de los trabajadores de Nate; uno de ellos era el chico en el que se había fijado Malaquías un mes antes. Señaló al chico con la cabeza.

—¿Quién es? —preguntó.

En los suaves ojos de Nate se reflejó la preocupación.

—De eso quería hablarte. Es mi sobrino, Dodo.

—¿Qué clase de nombre es ese para un niño?

—Así es como le llamamos. Es un buen chico. Es sordo y

mudo… Bueno, mudo no.

—¿Débil mental?

Nate se encogió de hombros.

—No… Sufrió un accidente. Bueno…, la estufa de la hermana de Addie explotó un día y algo le entró en el ojo. Durante un tiempo, no pudo ver, y todavía no oye bien. Pero hablar, habla.

—¿Lo llevaste a que lo viese Doc Roberts?

Nate sonrió. Moshe pudo apreciar que se trataba de una sonrisa amarga. Doc Roberts participaba todos los años en el desfile local del Ku Klux Klan. Había sido Chona quien le había llamado la atención sobre ese detalle. Las cartas que su esposa enviaba al periódico protestando contra los hombres que desfilaban por Main Street cubiertos con sábanas blancas, obligando por ello a los comerciantes judíos a cerrar sus negocios, causaban más problemas de los que solucionaban, según la opinión de Moshe. Tampoco fue de ninguna ayuda que el *Mercury* de Pottstown se atreviera a publicar una carta en la que se daba noticia de que los judíos no podían acudir al club de tenis de Pottstown ni a la pista de patinaje sobre hielo. Esa carta generó un gran revuelo no solo en la ciudad, sino también en la *shul*. La mayoría de las diecisiete familias judías de Chicken Hill era originarias de Alemania y les gustaba llevarse bien. Pero los judíos que habían llegado de Europa del Este eran impacientes y difíciles de controlar. Los húngaros eran propensos al pánico, los polacos se mostraban hoscos, los lituanos eran iracundos e impredecibles, y los rumanos…, bueno, Moshe era el único rumano, y hacía todo lo que su mujer le decía, aunque no siempre estuvieran de acuerdo. Pero los judíos que habían llegado hacía relativamente poco no tenían miedo de oponerse a lo que fuese. Parecían actuar según el entendimiento tácito de que, aunque las peleas eran malas para los negocios, si los judíos de Pottstown abandonaban sus trabajos, Pottstown se vendría abajo en cinco minutos. Chona, búlgara de origen nacida en Estados Unidos, era un personaje influyente, su pedigrí estadounidense le otorgaba un estatus superior entre los judíos intelectuales de las agencias de servicios sociales, que no dudaban en mirar por encima del hombro a sus hermanos judíos

llegados hacía poco, con ropa maloliente y hablando únicamente yidis. El padre de Chona había fundado la *shul*. Su marido era el comerciante más rico de la ciudad, aunque programaba obras en yidis y espectáculos para negros; y el primo de su marido era el mayor propietario de teatros de Filadelfia, con contactos hasta en Hollywood. La aparición de Isaac en el *chevry,* donde defendió la decisión de Moshe de abrir su teatro a la gente de color, había sido muy concienzuda. Así que nadie la puso en cuestión abiertamente. De todos modos, Chona estaba lisiada. ¿Quién podía discutir con una lisiada? Que despotrique cuanto quiera, parecían decir. Pero los judíos más viejos del lugar observaban con reparo todos sus movimientos.

Su enfermedad complicaba las cosas, porque Chona se negaba en redondo a que la tratase Doc Roberts. Pero el médico era un orgullo para la ciudad, un hombre nacido allí, hecho y derecho, por lo que el historial de los viajes de Chona para consultar a médicos de lugares lejanos suponía una vergüenza. Doc Roberts incluso aseguró que iría a visitarla a la colina, pero no le habían hecho caso. Moshe trató de evitar la confrontación alegando que la enfermedad de Chona requería especialistas, lo que, al menos hasta cierto punto, habría sido cierto... de haber existido un diagnóstico. Pero en realidad no lo había. Su cambio empezó a tener lugar, según le contaba ella misma a cualquiera sin ningún reparo, cuando apareció Malaquías y rezó por ella invocando a su grueso *majzor*. Y declaraba, por si no se habían enterado, que aquel pobre hombre no había durado ni cuatro días en Pottstown. Porque la gente no lo apoyó. Ahora estaría en algún lugar curando al mundo. ¡Al diablo con Pottstown! Preferimos a Doc Roberts, que cada año desfila con su estúpido disfraz de payaso blanco. ¿Dónde aprendió a ser médico?

Moshe oía esas cosas en su casa y daba gracias a su buena estrella de que los problemas físicos de Chona le dificultasen ir al centro de la ciudad. Aunque eso no solucionaba el problema que suponía Doc Roberts. Moshe lamentaba que el tema saliese a colación cada dos por tres.

Nate, como si pretendiese incidir en dicho problema, rechazó

de plano la sugerencia de acudir a Doc Roberts.

—Dodo no necesita médicos —dijo—. Sufrió un accidente. Enfermó. Después mejoró. Y ahora está bien.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —preguntó Moshe.

Nate deslizaba nerviosamente las manos por el palo de la escoba mientras hablaba.

—Quería preguntarle... si le parece bien que venga conmigo aquí para ayudar, echar una mano y eso.

—Puedes traer a quien quieras —dijo Moshe.

—Sí, pero lo que quiero saber es si, como suele decirse..., tengo su bendición sobre este tema en particular.

Moshe miró al joven, que se acercaba a ellos mientras barría el suelo. Era un muchacho hermoso. Su oscura piel era la más suave y brillante que Moshe había visto en su vida. Centelleaba como una luz. Moshe le sonrió. El joven le sostuvo la mirada y luego la apartó, ocupado como estaba en recoger la basura.

Un pensamiento asaltó a Moshe y recordó las palabras que Malaquías había dedicado a aquel muchacho. Comprobó la hora. Era casi la una de la tarde.

—¿Cuántos años tiene?

—Andará por los diez.

—¿No tendría que estar en la escuela?

Nate se apoyó en su escoba.

—Bueno, ahí está la cosa —respondió Nate—. Dodo es el hijo de Thelma, la hermana de Addie. ¿Se acuerda de Thelma?

Moshe apenas recordaba a aquella tranquila mujer negra a la que Nate había llevado algunas veces al teatro para que le ayudara.

—Creo que sí.

—Thelma consiguió sus alas el mes pasado.

—¿Qué es eso de que consiguió sus alas?

—Falleció.

—Oh.

Nate frunció el ceño y sus viejas manos ascendieron y descendieron muy despacio por el palo de la escoba. Dijo en voz baja:

—Mi mujer y yo nos hacemos cargo de él.

Moshe clavó la mirada en el suelo durante unos segundos, avergonzado. Rara vez tenía presente que Nate y él tenían algo en común: sus esposas no podían tener hijos. Habían trabajado en el teatro día tras día, codo con codo, durante doce años, pero rara vez hablaban de sus esposas o de los asuntos del hogar. ¿Para qué molestarse? De todos modos, eran sus esposas las que hablaban. La enfermedad de Chona había alterado la vida de todos y su recuperación les había ofrecido un motivo por el que alegrarse. ¿O no había sido así? Se dio cuenta, en ese momento, de que siempre evitaba preguntarle a Nate por su vida familiar. Era mejor así, lo había aprendido durante su infancia como *fusgeyer,* cuando se hacía amigo de los niños cuyas familias se unían a la compañía de teatro y un día, dichos amigos, se marchaban de repente, cuando algunos de ellos eran adoptados, a otros se los llevaba la enfermedad, la mala suerte, la muerte o, en raras ocasiones, una buena oportunidad. La comida escaseaba. La vida no tenía demasiado valor. De hecho, la vida de un judío en la vieja Europa no valía nada. Era mejor no hacer amigos. ¡Cómo *se atrevía* Malaquías a decir que este país era sucio! Todo era mucho mejor aquí.

—Bueno, me parece bien —dijo Moshe—. Puedes organizarlo todo como mejor te parezca.

Nate frunció el ceño.

—Un hombre del estado apareció por casa la semana pasada. Dijo que iba a llevar a Dodo a una escuela especial en Spring City. Dodo no quiere ir a ninguna escuela especial. Está bien aquí con nosotros.

A Moshe se le aceleró el pulso. Sintió que era el momento de que le pidiese algo, pero Nate prosiguió.

—El hombre dijo que vendría a buscarlo la semana que viene. Me preguntaba si me permitiría que Dodo se ocultase en el teatro, solo por unos días, hasta que el hombre desaparezca. El chico es silencioso. No oye nada. No se asusta ni hace ruido. Trabaja bien, limpia y más cosas.

—¿Por cuánto tiempo?

—Solo un par de días hasta que el hombre se haya ido.

—Pero no hay donde dormir —replicó Moshe—. Hace demasiado frío.

—Puede dormir en el sótano. Tenemos un sofá allí y la vieja chimenea de ladrillo. Estará bien.

—¿Y el hombre del estado?

—El Gobierno no va a preocuparse en exceso por un niño de color, señor Moshe.

Moshe sintió una punzada de miedo en su interior al oír la palabra «Gobierno». Los Estados Unidos. La ley. Le bastaba con rememorar la imagen de Addie al lado de su esposa, las lágrimas cayendo por su rostro, cuidando de Chona mucho después de que esta se durmiese; despertarse en su silla y ver a Addie allí por la mañana, luchando contra la enfermedad, luchando contra el demonio que intentaba privarle del amor de la mujer que tanto le había dado... Le bastaba esa imagen para infundirle el valor necesario para ignorar el puro terror que ascendió por su garganta y le recorrió al mismo tiempo la columna vertebral cuando pronunció estas palabras:

—Tengo que consultarlo con mi señora, Nate.

—Me parece bien.

Pero Moshe ya sabía la respuesta incluso antes de entrar en su cocina aquella misma noche. En realidad, no esperaba otra cosa, porque Chona no temía al Gobierno. Cuando su padre se trasladó a Reading y le insistió a Moshe para que vendiera su teatro y se mudasen allí para estar cerca de él, Chona insistió en quedarse.

—Estamos construyendo nuestro futuro —dijo.

A diferencia de Moshe, que sentía terror de la policía, a Chona no le asustaba desafiar a nadie. Cuando el granjero cuyo pozo era el que estaba más cerca de la sinagoga se negó a vender agua a la *shul* para el baño ritual mensual de las mujeres, Chona llamó a la policía. Cuando la policía se negó a actuar, alegando que sus coches no podían ascender por los caminos sin asfaltar de Chicken Hill, Chona se personó en la comisaría y les dijo lo que pensaba sobre el asunto. Poco después, sin consultarlo con nadie en la *shul,* contrató a un hombre de color con un caballo y un carro, se montó en la parte de atrás y fue con el hombre hasta el

pueblo, llenó los barriles en la fuente e hizo que el hombre de color llevase los barriles hasta la *mikve,* en la que no había nadie, y vertiese el agua en los baños. Los líderes de la *shul* se indignaron hasta tal punto que amenazaron con expulsar a Moshe y a Chona. La animadversión se prolongó durante años, lo que provocó que Moshe estuviese convencido de que, cuando Chona y él murieran, no los enterrarían en el cementerio de la *shul,* junto a los abuelos de ella, que los habían precedido, sino en un pequeño pedazo de tierra judía propiedad del *shtetl,* cerca de Hanover Street, junto al cementerio que utilizaban los pobres y la gente de color de la ciudad.

Chona se encogió de hombros.

—Cuando me encontraba al borde de la muerte, ¿dónde estaban? —Rio para sí—. Estaban ocupados intentando que el dinero cambiase de manos, a eso se dedicaron. Me llamaban la *kolyekeh,* la enferma. Pero viviré más años que todos ellos.

Cuando entró en casa aquella noche, Moshe se la encontró de pie ante los fogones, preparando *gefiltefish* con cebollas y canturreando entre dientes. Le contó que la madre del niño sordo había muerto, que Nate y su Addie lo habían acogido en su casa y que esa noche había permitido que el niño durmiese en el sótano del Teatro y Sala de Baile Auténtico Americano para que el Gobierno estatal no pudiera separarlo de la única familia que le quedaba.

Chona le daba la espalda, removía la olla con una mano y tenía la otra apoyada en la encimera para mantener el equilibrio. Volvió la cabeza por encima del hombro, y solo tuvo que mirarlo una vez con sus ojos brillantes y nublados por la irritación para decírselo todo a su marido. Luego se volvió de nuevo hacia la olla y habló dándole la espalda.

—¿Qué te pasa? —dijo ella.

—He dicho que sí.

—¿Le vas a hacer dormir en el frío sótano del teatro? ¿Con las ratas?

—Allí abajo hay una estufa. Nate y yo la encendimos para él.

—¿Y?

—Es un problema, Chona. El Gobierno anda tras él.

—¿Para qué?

—Para meterlo en un lugar especial.

—¿Qué lugar?

—Un lugar para niños como él.

Pudo ver, y casi sentir, cómo se le enrojecía la nuca a Chona. Ella guardó silencio un momento y luego dijo:

—Niños como él —repitió ella en yidis, lo que daba a entender que estaba enfadada.

—Pero di mi consentimiento —dijo—. Incluso le pedí a Nate que pusiera más carbón en la estufa para mantenerlo caliente.

—¿Crees que porque un niño no pueda oír no tiene frío por la noche? ¿Crees que no tiene miedo a la oscuridad? ¿Crees que es feliz durmiendo en un teatro frío? ¿Crees que porque sus oídos no funcionan no siente el frío? ¿O la soledad? ¿O que no le duele el corazón por su madre? ¿Es eso lo que crees?

—Dirijo un teatro —contestó Moshe—. ¿Qué sabré yo de niños?

Chona dio unos golpecitos con la cuchara en el borde de la olla, la colocó sobre el fuego y habló por encima del hombro.

—Ve a apagar ese fuego y tráete al muchacho a casa.

8

Paper

La decisión de Chona de esconder a Dodo del estado de Pensilvania ni siquiera fue la noticia más importante cuando Patty Millison —conocida como «Newspaper», Paper para abreviar— se convirtió en la protagonista principal de la Tienda de Comestibles el Cielo y la Tierra el sábado siguiente.

Paper —a cuya tersa piel marrón chocolate oscuro, pechos turgentes, nalgas esbeltas y abundante cabellera trenzada venía a sumarse una boca incontenible que no era capaz de guardar secreto alguno y que engullía sin parar, comiendo como un caballo, pero sin engordar un solo gramo— era una lavandera que todos los sábados se convertía en el centro de atención en la Tienda de Comestibles el Cielo y la Tierra. El sábado era el *sabbat* de la señorita Chona, lo que posibilitaba que Paper diese rienda suelta a su particular intercambio de ocurrencias, jugosos cotilleos y cualquier tipo de noticias locales de vital importancia sin que Chona pudiese oírla. Sin embargo, a las mujeres de color de Chicken Hill —ya fuesen criadas, amas de llaves, limpiadoras, trabajasen en fábricas u hoteles— que se reunían cerca de la parada de las verduras cada sábado por la mañana para escuchar las noticias de Paper, les encantaban sus chismorreos. Paper estaba al corriente de más noticias que todos los periódicos locales, que, a decir verdad, nunca leía. De hecho, corría el rumor de que Paper no sabía leer, pues la habían visto en la Segunda Iglesia Bautista sosteniendo el libro de himnos del revés en más de una ocasión. Poco importaba. Su pulcra casa de madera en Franklin Street estaba situada en una de las vías principales que conducían a Chicken Hill, lo que le permitía ver, desde la parte de delante, la

ciudad y, desde la de atrás, la colina. Sin embargo, no era la ubicación de su casa lo que le permitía a Paper llevar a cabo las crónicas más intrépidas del barrio, ni haberse convertido en una informadora tan capacitada como el más hábil de los reporteros del *Mercury* de Pottstown o incluso del poderoso *Philadelphia Bulletin*. Sus habilidades se debían, más bien, al efecto que causaba en los miembros masculinos de la especie. Su belleza, su risa fácil, sus brillantes ojos y su capacidad para dedicarle una de sus instantáneas sonrisas a cualquier desconocido con el que se cruzaba la convertían en un imán para los hombres. Los hombres se desahogaban con ella. Los tipos más duros, de esos que se destripaban unos a otros con cuchillos en los callejones, la miraban de reojo por los caminos embarrados que llevaban a Chicken Hill por la tarde y sentían un súbito impulso de arrepentirse, al rememorar la inocencia de su infancia, la gloriosa luz del sol que besaba sus rostros cuando al salir de la iglesia después de la escuela dominical, con camisa y corbata, el Domingo de Ramos, agitaban las hojas de palma en el aire mientras sus madres reían. Diáconos de suaves modales, que se sentaban en los porches de sus casas con rostro adusto tras una extensa jornada trabajando como sonrientes camareros con chaquetas blancas en el Club Social de Pottstown, sirviendo comidas a los padres blancos de la ciudad, clavaban la mirada en los orgullosos pechos de Paper, que se balanceaban libremente bajo su vestido cuando pasaba a su lado, casi levitando, y de repente creían oír el sonido de mil tambores sonando en la Amazonia, acompañados de visiones en las que ahogaban a sus jefes. Los albañiles arreglaban la chimenea de la casa de Paper solo para verla inclinarse sobre las petunias de su patio gloriosamente florido. Los muleros transportaban barriles de agua potable hasta su casa con el único objetivo de oír el sonido de su risa. Los mejores de entre los mozos de carga de Pullman, de la cercana línea de ferrocarril Reading, pasaban por su porche con regularidad para dejarle la ropa sucia y contarle historias de viajes a lejanos lugares como Iowa, Florida e incluso Los Ángeles, al tiempo que soñaban con hacer el bunga-bunga con Paper, a la que veían como la belleza del lugar. Los hombres blancos la

encontraban irresistible, por eso había dejado el lucrativo trabajo de criada.

—Mis días de trabajar quedaron atrás —les decía riendo a sus amigas—. Demasiados problemas. Los hombres manosean y las mujeres se deprimen.

Las amas de casa blancas de Pottstown que deseaban que sus maridos ascendiesen en el grasiento escalafón de las oportunidades, ya fuese en el próspero mundo de la banca o en el de las manufacturas, se desplazaban constantemente a casa de Paper para llevarle la ropa sucia de sus maridos, ya que hacía la colada con tal esmero y planchaba con tal habilidad profesional que incluso Willard Millstone Potts, el principal banquero de la ciudad, nieto del mismísimo John Potts, el vejestorio que criaba malvas en el cementerio, gracias a Dios —lanzado en paracaídas al infierno, aunque hubiesen volado el puente, según decían los viejos negros—, enviaba sus camisas a la casa de Paper para que las lavara y planchase. Como decían los viejos, Paper tenía... *talento*. Las mujeres la encontraban divertida e interesante, ya que, a diferencia de la mayoría de los hombres, mostraba curiosidad por sus opiniones, *todavía* no se había casado y juraba que no pensaba hacerlo.

—La vida me va mejor sin un hombre —declaraba, lo que la situaba en lo más alto del escalafón, muy cerca de la mujer más respetada de Chicken Hill, Addie, la mujer de Nate, que era una Townsend; y todo el mundo sabía que las Townsend eran demasiado osadas para vivir muchos años. Llevaban demasiado tiempo lejos del sur. Demasiado negras, demasiado fuertes, demasiado osadas. Se negaban a bajarse de la acera cuando se cruzaban con una mujer blanca; olvidaban evitar mirar a los ojos a una persona blanca. Olvidaban todo aquello que, en su tierra de origen, podía llevarlos a ver cómo pasaba su vida ante sus ojos mientras les colocaban la soga al cuello; o, lo que era peor, a tener la vista clavada en las rejas de hierro durante veinte años, con la esperanza más disipada que la cerveza del día anterior, soñando con trastos viejos que deberían haber vendido, o ciervos a los que deberían haber abatido pero fallaron, o con mujeres con las que

deberían haberse casado y no lo hicieron, tras caer de bruces debido al golpe de kárate de cinco dedos de las leyes del hombre blanco. Una persona de color no podía sobrevivir en el mundo de los blancos siendo ignorante. Tenía que estar al corriente de las noticias. Por eso, Paper era tan importante. En Pottstown era todo un personaje.

De ahí que, cuando decidió que la principal noticia de aquel sábado por la mañana en la Tienda de Comestibles el Cielo y la Tierra no tuviese nada que ver con la decisión de la señorita Chona de esconder a Dodo de los representantes del estado, ni una sola persona del grupo de amas de casa, vagabundos y empleados de fábrica que se encontraban a su alrededor la puso en cuestión. Por otra parte, todos los presentes sabían que Dodo estaba condenado. Era el sobrino de Addie, el hijo de su difunta hermana, Thelma, que había muerto tres años antes, cuando una de las estufas de su casa explotó y borró para siempre las capacidades auditivas del niño. La «escuela especial», que todo el mundo sabía que no era una escuela, sino el horrible sanatorio Pennhurst, en Spring City, no era más que otro acto de injusticia en un mundo plagado de ellas. Así que ¿para qué darle más vueltas? Además, el cotilleo de Paper de ese sábado era demasiado jugoso como para pasarlo por alto. Lo contó así:

—Big Soap le ha arrancado el diente de oro a Fatty.

Big Soap no hacía demasiado que se había establecido en Chicken Hill y le caía bien a todo el mundo. Era un enorme y risueño italiano llamado Enzo Carissimi, de metro ochenta de estatura, porte majestuoso, hombros anchos, enormes manos, seductores ojos marrones y carácter afable. Había emigrado de Sicilia a Estados Unidos a los doce años junto a su familia, una de las pocas familias blancas que quedaban en la zona. Fatty Davis, un inteligente buscavidas, corpulento, peleón y gregario, era propietario de la única cantina con gramola del barrio. También tenía doce años cuando los dos se hicieron amigos rápidamente. Fatty se convirtió en el tutor e intérprete de Big Soap, ambos compartían el amor por la construcción y por el dinero. Cuando dejaron el instituto, trabajaron juntos en varias fábricas, la última

de ellas fue Industrias Flagg, en la cercana Stowe, que fabricaba espigas de acero y accesorios para conducciones de vapor. A menudo volvían a casa juntos del trabajo.

El anuncio de Paper no tardó en atraer a una auténtica multitud. Rusty, de pie en el extremo del grupo, recibió la noticia con incredulidad.

—¿Lo has visto con tus propios ojos, Paper? ¿O te lo ha contado alguien?

Los enormes ojos marrones de Paper se posaron en Rusty, cuyo esbelto cuerpo se tensó al ser consciente de su mirada.

—Rusty —dijo con evidente paciencia—, *vi* a Soap arrancarle el diente a Fatty, ¿vale? Con mis propios ojos. Ayer.

—¿Cómo es que no he oído a Fatty comentar nada al respecto? Anoche pasé por su casa.

—¿A hacer qué?

—Eso es asunto mío.

—¿Viste a Fatty anoche?

—No fui allí por él. Estaba ocupándome de otros asuntos.

—Bueno, fueran cuales fuesen esos negocios, Fatty no estaba allí. Porque fue en coche hasta Filadelfia para que le arreglaran el labio. Tenía el labio superior tan hinchado que parecía un perrito caliente.

Las mujeres del círculo se echaron a reír. Addie, que estaba trajinando en el otro extremo del mostrador, cerca de la parte trasera de la tienda, se acercó para escuchar lo que decían.

—¿Estaban bebiendo? —preguntó.

—No lo creo —dijo Paper.

Rusty sonrió burlonamente.

—¿Cómo lo sabes? ¿Les oliste el aliento?

Paper inclinó la cabeza y clavó la mirada en él. Rusty era guapo, pensó, pero tenía muy mala pinta cuando sonreía. Se preguntó si él sería consciente de lo bien que lucía cuando estaba relajado y no se dedicaba a hacer aquellas estúpidas muecas. Supuso que no. Después de todo, al igual que la mayoría de los hombres, era un imbécil.

—¿Qué tienes contra mí, Rusty? —preguntó Paper con

frialdad.

Rusty, de pie y con las manos metidas en los bolsillos del mono, se puso a rebuscar sus cigarrillos y, de pronto, comprobó que no recordaba en qué bolsillo estaban. Se palpó el mono y sintió que le faltaba el aire. Siempre se sentía así cuando Paper estaba cerca.

—Todos esos chismorreos no tienen ningún sentido a menos que lo hayas visto todo, Paper. ¿Lo viste todo?

—Solo el final —dijo.

—¿Y cómo fue?

—Ya lo he dicho. Soap le arrancó el diente.

Rusty dejó de palparse en busca del tabaco, se dio por vencido y enterró las manos en sus bolsillos, con la sensación de que algo se le había escurrido para abajo. Se oyó a sí mismo suplicar:

—Vamos, Paper..., cuéntalo como tú sabes. Échale un poco de salsa, ponle un poco de picante... Ya sabes.

—¿Y eso, por qué?

—Porque si lo cuentas de otro modo, no va a parecer verdad.

Por primera vez, Paper se ablandó un poco y le sonrió. Sentía cierta debilidad por Rusty, tenía que reconocerlo. Conservaba cierta inocencia y, a pesar de su mono holgado, sus brazos musculosos y su pecho firme, a ella le provocaba una punzada en las entrañas que no había vuelto a sentir desde hacía años, desde que a los diecisiete llevó a cabo su primer y último viaje en autobús desde Vestavia, Alabama, hacia los desconocidos territorios del norte.

—He oído que tu tía Clemy va a llevar sus galletas de queso a la comida de mañana después de misa.

—Ella las llama pajitas de queso.

—Como si le hubiese dado por llamarlas George Washington. Si ella las trae, espero que te acuerdes de tus amigos.

—Es posible.

Satisfecha y habiendo atraído ya la atención de todos los presentes, Paper se lanzó.

—Estaba desbrozando mi jardín cuando vi a Fatty y a Soap

subir por la colina después del trabajo. Se detuvieron a unos metros de mi jardín y Fatty dijo: «Vamos, Soap, hazlo. Sé que quieres hacerlo. Hazlo. Hazlo. Hazlo de una vez».

Paper llevó a cabo una representación, sacando la mandíbula inferior y curvando el cuerpo con la espalda arqueada. Provocó las risas del público, que ahora incluía a varios clientes nuevos que se habían acercado, forasteros de color procedentes de las cercanas Hemlock Row, Phoenixville y Stowe, jornaleros que vivían en granjas de blancos a las afueras de la ciudad y acudían a El Cielo y La Tierra los fines de semana para disfrutar de las vistas y de lo que allí se contaba.

Paper, mirando a su público, tuvo que esforzarse para no sonreír al retomar su relato.

—Ya sabéis cómo es Soap. No le haría daño ni a una mosca. Dijo: «No voy a hacerlo, Fatty». Pero Fatty siguió insistiendo: «Vamos, vamos, acabemos de una vez».

Y entonces sus ojos brillaron y se irguió, con su hermoso y resplandeciente rostro bajo la luz del sol que atravesaba el escaparate, rebotaba en la fruta y la verdura y caía en cascada sobre las paredes de la tienda de alimentación El Cielo y La Tierra, iluminando los pimientos y las zanahorias, las galletas saladas y los peladores de manzanas, haciendo que la vida pareciera tan plena, nueva y fresca como lo había sido la promesa que supuso Pensilvania para muchos de los que habían venido del sur al norte, una tierra de supuesta libertad, buena y limpia, donde un hombre podía ser un hombre y una mujer podía ser una mujer, y no la realidad en la que se encontraban ahora: un apretado grupo de casas, sin agua corriente ni baños, envueltas por la suciedad de las fábricas, que arrojaban su amargo humo a un cielo gris, con estrechos patios llenos de cabras y gallinas en una parte de la ciudad que nadie quería. Vivían como lo habían hecho en *casa*. Pero no estaban en casa. Estaban en el norte. Y todo era igual. Aunque momentos como ese hacían que la vida mereciera la pena, porque Paper era como un tambor resonante. Y hacer correr los rumores y las noticias era su canto evangélico, siempre melodioso y alegre.

Estaba de pie, entre ellos, con los ojos brillantes.

—Soap no quería ceder, pero Fatty no dejaba de golpearle, diciéndole: «Dale fuerte, Soap. Soy un hombre. Adelante». Y resultaba evidente que la idea a Soap le resultaba atractiva —dijo—. Empezó a darla por buena. Y con Fatty empujándole, me da a mí que su mente le dijo que ya estaba bien. —En ese instante, se echó a reír—. Así que cerró el puño… Y aquí me refiero a que el chico blanco se echó hacia atrás, haciendo que su gran puño recorriese cuatro o cinco estados antes de saludar a Fatty. Empezó en Mississippi, siguió por las dos Carolinas, se detuvo a tomar café en Virginia, tomó impulso al salir de Maryland… ¡y boom! Le gustó apartar a Fatty de este mundo. En la cara de Fatty aterrizó algo terrible. Puedo rememorar el sonido perfectamente. Noqueó a Fatty con claridad y su diente de oro, el de delante, salió disparado.

—¿Y después? —preguntó Rusty.

—No hubo un *después,* Rusty —dijo ella—. Soap se dio la vuelta y se fue a casa. Y Fatty se quedó allí, sin poder levantar el culo del suelo. Cuando se dio cuenta de que aún conservaba la cabeza sobre los hombros, se puso a cuatro patas y empezó a dar vueltas sobre las manos y las rodillas como un perro que pretendiese cagar un hueso.

—¿Y qué hiciste tú durante todo ese rato? —preguntó Rusty.

—¿Tú qué crees? Salí afuera.

—¡No me lo creo!

—Anda este… Salí a mi patio y le dije: «Fatty, ¿qué te pasa?». Me contestó: «¡Mi diente de oro ha desaparecido!». Nos pasamos un buen rato buscándolo entre la tierra, pero por fin lo encontramos. No le hizo ninguna gracia tener que guardárselo en el bolsillo. Se marchó con un agujero entre los dientes del tamaño de Milwaukee.

Rusty y los demás se echaron a reír y, cuando se calmaron las carcajadas, Paper se metió un palillo en la boca.

—Dick Clemens, que trabaja en Flagg, vino más tarde y me contó lo que había pasado. Resulta que había venido un importante inspector de la empresa. Es un pez gordo. Acude dos

veces al año desde Filadelfia. Tienen que limpiarlo todo cuando él viene. Lavarlo todo: las máquinas, las ventanas, las vigas, los postes, todos los aparatos. Hay que darle un tratamiento de belleza a todo el tinglado.

»Pues bien, Fatty acababa de conseguir un ascenso y Soap quedaba por debajo de él. Formaban un equipo, pero a Fatty se le subió el humo a la cabeza. Se puso en plan tirano, dando órdenes sin parar. Obligaba a Soap a hacer todo el trabajo mientras él se echaba la siesta.

Se detuvo, observó a su público y, de forma instintiva, miró la silla en el extremo del mostrador donde normalmente se sentaba la señorita Chona, como una reina sobre los dulces. La silla estaba vacía.

—Cuando el gran inspector llegó a la sala donde estaban Fatty y Soap, señaló una de las mangueras contra incendios que colgaban de la pared y dijo: «¿Habéis probado esa manguera contraincendios?». Fatty le respondió: «Sí, señor, la hemos probado». «¿Quién la ha probado?» «Pues Soap», dijo Fatty.

»Soap sabía tan poco en qué consistía probar una manguera contraincendios como lo que sabe un cerdo de lo que son vacaciones. Pero como era italiano y no hablaba muy bien inglés, vio que Fatty asentía con la cabeza y le dijo: *“Aye, aye, sì sì”*, o como sea que los italianos dicen “sí”.

»Así que el inspector sacó la manguera del estante y la sacudió. Un cacahuete cayó de la boquilla. El inspector dijo: “Metí ese cacahuete hace seis meses, cuando estuve aquí la última vez”.

»Fatty dijo: “Pero es un cacahuete limpio, señor”.

»Bueno, el pez gordo se enfadó y los despidió a los dos en el acto. De camino a casa, supongo que Fatty quería aclarar las cosas, ya que sabía que la madre de Soap le daría una paliza por perder su empleo. Ya sabéis cómo es la madre de Soap. ¡Esa pequeña dama seguro que puso al gigantón en vereda! ¡Debió de darle un buen repaso!

La multitud soltó una carcajada y, mientras se dispersaban, varios comentaron que Fatty, todo un granuja, tenía demasiados trabajos. Conducía un taxi. Regentaba un servicio de lavandería.

Trabajaba en una fábrica. Además, tenía su propia hamburguesería. Otros especulaban con el hecho de que el pobre Big Soap se sentía en deuda con Fatty, ya que este le había ayudado a unirse a la Compañía de Bomberos Empire antes de trabajar juntos en Flagg, que le había presentado a los irlandeses, que se pasaban todo el día sentados, bebiendo cerveza y jugando a las cartas, mientras Soap se deslomaba lavando el nuevo camión de bomberos y tirando del viejo carro de caballos para demostrarles que era un miembro más de la compañía, el primer italiano en formar parte de ella en la historia. Todos estaban de acuerdo en que Big Soap no había hecho las amistades adecuadas.

Mientras la gente charlaba, Paper se desvió hacia el mostrador de la parte de atrás, donde estaba Addie. Esperó a que la gente se alejara lo suficiente para que no la oyeran y se inclinó sobre el mostrador.

—Dame un paquete de levadura BC —dijo despreocupadamente, señalando por encima del hombro de Addie.

Addie metió la mano por detrás, tomó una caja y la arrojó sobre el mostrador. Sus ojos revolotearon a la izquierda, hacia la puerta cercana al puesto de verduras, y se detuvieron en un negro desconocido, alto, con camisa blanca y gorro de fieltro, que estaba de pie junto a las verduras fingiendo examinar las cebollas. Paper le echó un vistazo y después reposó sus largos y bonitos dedos sobre los polvos para el dolor de cabeza.

—¿Te duele la cabeza, Paper? —preguntó Addie.

—No. Pero a ese negro le va a doler. Voy a hacer todo lo posible para que Rusty no lo vea. Rusty le daría una buena paliza.

—Tal vez es de Hemlock Row.

—No. Los de color de Hemlock Row son más bajitos, sus cabezas son diferentes, y se ayudan unos a otros. Es un funcionario del estado.

—El estado no contrata a gente de color —dijo Addie—. Tal vez sea un mozo de carga de Pullman.

—Si es un mozo de Pullman, me lo comeré sin sal. Mira sus zapatos. A ningún mozo de Pullman lo pillarían muerto con esos zapatos andrajosos. Además, conozco a todos los mozos que pasan

por aquí. A mí me da que trabaja para el estado. Podría venir del manicomio Pennhurst. Enviado para buscar a Dodo.

—¿Un hombre de color? A los de color solo los usan para limpiar el suelo y hacer el trabajo sucio en Pennhurst, según tengo entendido. Pero quién sabe. Podría ser. ¿Cómo podemos asegurarnos?

Paper pensó un momento y luego dijo:

—Miggy Fludd, que es de Hemlock Row, conoce a todos los de color de allí. Tal vez sepa quién es.

Addie observó al hombre y luego apartó la mirada, preocupada.

—El estado ha enviado tres veces a un blanco en busca de Dodo. Siempre el mismo hombre.

—Seguramente le tocaste la moral cuando te libraste de él.

—Yo no me libré de él. Fue la señorita Chona.

—Bueno, ella se libró de él —dijo Paper.

Las dos observaron cómo el hombre volteaba la cabeza rápidamente para mirar al otro extremo de la abarrotada tienda, estudiando lo que había a su alrededor. Luego se alejó de las cebollas, se acercó a los quingombós y empezó a toquetearlos. Paper sonrió con malicia.

—Menudo acontecimiento. Nunca había conocido a un hombre de color que trabajase para el estado. ¿Quieres que hable con él?

—No —dijo Addie—. Tendrá que pasar junto a tu casa cuando se vaya. Si conduce un coche, anota la matrícula.

Paper se rio entre dientes.

—Soy alérgica a esas cosas. Soy capaz de escribir unas cuantas palabritas en una página, pero poco más. ¿Quieres que se lo diga a Fatty? Fatty puede darle una tunda.

—Creía que habías dicho que Fatty se había ido a Filadelfia a ver lo de su diente.

—Volverá.

—No lo metas en esto.

—¿Y qué hacemos con la señorita Chona? —preguntó Paper.

—Mantenla fuera de esto también, por el amor de Dios. No

está en tan buena forma como parece. Si se entera de quién es, podría echarle la bronca. O peor aún, caer enferma por su culpa, lo cual conllevaría más problemas con los blancos. Por aquí le tienen tanto cariño como a las cáscaras de cacahuete. Tú no le digas nada a nadie.

Addie se frotó el mentón durante unos segundos y luego se apoyó en el mostrador, acercándose un poco más a Paper.

—Una cosa —dijo, bajando la voz—. La señorita Chona le dijo *tres* veces al hombre del estado que el chico ya no estaba por aquí. ¿Por qué lo siguen buscando?

—Porque alguien en el barrio se está yendo de la lengua —contestó Paper.

—¿Cómo podríamos dar con el bocazas de turno?

Paper sonrió y sus preciosos ojos se le iluminaron anticipadamente casi hasta parecer verdes.

—Déjamelo a mí —dijo.

9

El petirrojo y el gorrión

En la casa que había justo al lado de la Tienda de Comestibles el Cielo y la Tierra de Chona, vivía la encantadora Bernice Davis, hermana de Fatty Davis. Al igual que Fatty, Bernice estaba emparentada con casi todos los negros de Chicken Hill. Era prima segunda de Earl «Shug» Davis, chófer del vicepresidente del Banco Nacional de Pottstown; prima segunda de Bobby Davis, que una vez trabajó como manitas todoterreno para Buck Weaver, el gran jugador de béisbol de Pottstown, que llegó a jugar en los White Sox de Chicago; y también, debido a un retorcido y enrevesado matrimonio entre su abuelo y la hijastra de su hijo, era tía abuela de la señora Traffina Davis, esposa del reverendo Sturgess, lo que implicaba que Bernice era, en realidad, doce años más joven que su sobrina nieta. También era hermanastra de Rusty Davis, el manitas que lo arreglaba todo; prima cuarta de Hollis Davis, el único cerrajero del barrio; y todo ello venía rematado por el hecho de ser la sobrina de Chulo Davis, el legendario batería de jazz que abandonó Chicken Hill para irse a tocar con los famosos Harlem Hamfats en Chicago antes de morir asesinado a tiros sobre un cuenco de judías.

Bernice era también la orgullosa madre de, según el último recuento, ocho hijos, todos los cuales se parecían más o menos a Bernice con una gradación diferente del color de la piel que iba de más clara a más oscura.

Eso no estaba mal. Aunque tampoco bien. Todo el mundo sabía que Bernice tenía el tipo de cara que hacía que un hombre fuese capaz de enviar un telegrama a casa pidiendo dinero. La pregunta era: ¿quién había sido el hombre y dónde estaba ese

dinero?

Chona, apoyándose en un bastón, se acercó al fregadero de la cocina desde el que se veía la pequeña casa de tablones de madera donde vivía Bernice. Estuvo mirando por la ventana durante un buen rato. Las dos casas tenían parcelas idénticas, compartían una valla y se encontraban a seis metros de distancia una de la otra. Sin embargo, hacía años que Chona no hablaba con Bernice. Toda la información relativa a Bernice la obtenía de Addie, una de las pocas personas del barrio que hablaban con ella, y a quien Addie describía como «la persona más desagradable, mezquina, malhumorada y loca» de Chicken Hill, a la altura de Irv y Marv Skrupskelis, para quienes Bernice, irónicamente, trabajaba como cocinera, lo que a Chona le parecía de lo más adecuado, ya que, puestos a elegir a los judíos más ruines, beligerantes y desagradables de Chicken Hill, los Skrupskelis sin duda se llevaban la palma. Durante años corrió el rumor de que Bernice llevaba décadas «tonteando» con Irv, luego se dijo que era Marv con el que Bernice tonteaba, y luego otra vez Irv, hasta que Irv se casó y puso fin a los rumores; al menos con la mitad de ellos. Nadie, ni siquiera Nate, se atrevió nunca a preguntarle a Bernice por el padre de sus hijos. Incluso Fatty, a quien le encantaba charlar con cualquiera, cuando le preguntaban por su hermana, decía:

—No le hago preguntas. No quiero perder la vida.

Chona, sin dejar de mirar la casa, suspiró. En los últimos catorce años de vecinas, Bernice y ella no habían intercambiado más de cinco palabras.

No siempre había sido así. Cuando Chona era pequeña, su padre y el de Bernice, Shad, eran buenos amigos. El padre de Chona, Yakov, había llegado de Bulgaria en 1917, uno de los primeros judíos en afincarse en Pottstown. Llegó siendo vendedor ambulante, como le ocurrió a muchos judíos, con una mochila llena de utensilios de cocina, herramientas usadas y artilugios caseros adquiridos en el Lower East Side, donde desembarcó cuando logró salir de Ellis Island con seis centavos en el bolsillo, una *mezuzá* diminuta que le había regalado su madre y un pomelo que le entregó un amable frutero negro de Delancey Street que lo

había visto llorando y sintió lástima por él. Yakov nunca había visto un pomelo. El negro tuvo que enseñarle a pelarlo, pero, cuando lo mordió, le supo tan agrio y ácido que los ojos se llenaron de lágrimas y comprendió de golpe que tenía que dedicar su vida a difundir el mensaje judío para no acabar como aquel extraño americano, relegado a vender fruta que provocaba el llanto. Yakov era amable y generoso, muy trabajador, y después de varios meses ocupado en una fábrica de pantalones, ganando un dólar cincuenta a la semana y estudiando la Torá por las noches, logró acumular un montón de trastos, un poco de dinero, y mantuvo intacto el deseo de difundir la Palabra. Así pues, puso rumbo al oeste.

Llegó a Pottstown con un montón de chatarra en buen estado y escasos conocimientos de inglés. Vendió su chatarra a bajo precio, pero el dueño de la ferretería local no tardó en apartarlo de esa línea de negocio, pues llamó a la policía para que lo sacara de Main Street y lo desplazasen a Chicken Hill, donde Reb, así era como lo llamaban, consiguió primero un trabajo en una curtiduría junto a hombres de color y, después, tuvo un segundo empleo trajinando con ganado junto a más hombres negros. Reb era una persona alegre, capaz de un entusiasmo sin límites, que estaba convencido de que el Talmud le había otorgado el don de hacer felices y de agradar a todos los que le rodeaban, incluidos los negros, a los que veía como compañeros inmigrantes que, igual que él, se habían visto obligados, debido a la pobreza y a la imposibilidad para adquirir otras habilidades, a adaptarse a las circunstancias una y otra vez. Cuando ahorró el dinero suficiente para traerse a su mujer de Europa, Reb compró una vieja máquina de coser y, por las noches, ambos cosían abrigos, pantalones y chaquetas ya confeccionados, que vendía a sus compañeros negros de la curtiduría que deseaban hacerse con ropa bonita y barata para ir a la iglesia los domingos. Por otra parte, los domingos repartía leche a primera hora de la mañana, vendía frutas y verduras frescas por la tarde y, por la noche, tenía un puesto de castañas en la pista de patinaje sobre hielo, pues aunque los padres fundadores de Pottstown habían prohibido a los judíos patinar en su maravilloso parque, no parecían tener problema alguno con que

los miembros de la raza que había asesinado a su amado Jesucristo asaran aquellas excelentes y sabrosas castañas, eran tan populares que acababan en la mesa de casi todos los hogares protestantes de la ciudad durante las fiestas navideñas, cocinadas nada menos que por el propio Reb, pues se le daban muy bien los fogones.

—Ese judío —comentó en una ocasión un concejal de la ciudad— es muy hábil.

Valiéndose de esas habilidades, Reb logró reunir seiscientos dólares y, con la mitad de estos, adquirió la vieja fábrica de hielo de Chicken Hill, donde tenía planeado montar una tienda de comestibles con un apartamento encima para alojar a su familia. Con la otra mitad del dinero compró una vieja destilería que había en lo alto de una loma, a dos manzanas de allí, para construir una *shul,* a la que pensaba llamar Ahavat Achim, para dar servicio a la población judía de la ciudad, que deseaba desde tiempo atrás que algo así ocurriese. Tardó cuatro años en lograrlo. La población judía pasó de dos a diez y luego a diecisiete familias, pero el crecimiento se detuvo una vez alcanzada esa cantidad, pues los padres fundadores de la ciudad decidieron, sirviéndose de intimidaciones, ingeniosas leyes y robos descarados, que diecisiete familias judías eran más que suficientes. A pesar de que el Congreso había empezado a aprobar cuotas de inmigración, las diecisiete familias judías, alemanas, polacas y una lituana, decidieron quedarse. Los diferentes grupos no se llevaban bien entre sí. Los alemanes y los polacos se despreciaban mutuamente y todos temían al patriarca de la única familia lituana, Norman Skrupskelis, un hombre grueso, con el pecho en forma de tonel, dueño de unos amenazadores silencios, que rara vez se aventuraba a salir de su casa, una modesta vivienda de ladrillo ubicada entre un corral de cerdos y una casa destartalada. Se decía que la mujer de Norman lo mantenía enjaulado y solo lo dejaba salir para el Yom Kipur, el día de la expiación, momento en el que se acercaba a la fábrica de hielo de Reb, convertida temporalmente en sinagoga, rezaba durante unos minutos y después regresaba a su sótano, donde fabricaba con maestría unos maravillosos y elegantes zapatos que su mujer vendía a un zapatero local por muy

buen precio. Los zapatos de Norman Skrupskelis eran unas obras de arte extraordinarias, tan cómodos como elegantes. Con el paso del tiempo, sus hijos Irv y Marv heredaron su maestría para con los zapatos y abrieron una tienda; ambos habían heredado también el carácter de su padre. Irv era el único dotado de la templanza necesaria para gestionar las ventas en su propia tienda, siempre y cuando no se tratase de una devolución. Los zapatos Skrup, como los llamaban, no se podían devolver.

El primer trabajo de Reb Flohr fue construir su casa. Le gustaba bromear diciendo que el nacimiento de la *shul* tuvo tanto que ver con el nacimiento de su casa como con la voluntad de D…, pero lo cierto era que la construcción de la casa de Reb requería habilidades que él no poseía en ese momento. Músculos. Cálculos. Ladrillos. Madera. Y hombres. Hombres que pudieran levantar y transportar cosas por las empinadas laderas de la Chicken Hill, embarradas e inmanejables después de cada lluvia en verano; frías e implacables después de cada tormenta de nieve. No tenía a nadie que le ayudara porque gastó los seiscientos dólares que había ahorrado en los planos para construir tanto su casa como la *shul,* así que Reb solo pudo contratar a cuatro negros y a uno más que había trabajado con él en la curtiduría llamado Shad Davis, dueño de un mulo gordo que pesaba cuatrocientos cincuenta kilos llamado *Trueno*. Shad vivía en una vieja choza al lado de la fábrica de hielo donde Reb planeaba construir su tienda y Reb se había fijado en que aquel hombre de color había hecho un buen trabajo transformando su vieja choza. Shad era un negro apacible que vestía con pulcritud, pues, a diferencia de otros negros del barrio, evitaba los monos y la ropa de granjero y prefería llevar una elegante chaqueta, un andrajoso sombrero de fieltro y zapatos de cuero, fuera cual fuese el trabajo que hubiese que realizar. Reb creía que el hecho de mantener limpios su abrigo y su sombrero respondía sin duda a un pequeño milagro. Por otra parte, Shad, de voz suave, resultó ser el mejor cantero que Reb había visto nunca.

Shad, con solo mirar un terreno, podía intuir las grietas de la tierra que había debajo. Podía sostener un pequeño pedrusco en la mano, sopesarlo y decidir dónde colocarlo, cuánto mortero iba a necesitar y cuál iba a ser su posición con el fin de soportar los cientos de kilos de ladrillos y mortero que iban a ir encima. Su equipo de negros y él construyeron en cinco semanas la casa de tres plantas de Reb, que iba a albergar la Tienda de Comestibles el Cielo y la Tierra.

Cuando llegaron las diecisiete familias y decidieron construir la *shul,* Reb sugirió que Shad se encargara de dirigir la construcción de su primer templo. Pero la congregación, encabezada por los alemanes, que siempre se esforzaban al máximo por conseguir el respeto de los cristianos blancos de la ciudad, expresó con claridad su desaprobación. Insistieron en que se contratara a un joven arquitecto recién llegado a la ciudad para que lo diseñara y construyese, ya que había estudiado en una de las grandes universidades de Estados Unidos. Reb aceptó a regañadientes. Después de recaudar mil setecientos dólares, que representaban la totalidad del presupuesto de la congregación para la construcción del templo, el arquitecto, un joven serio de largo bigote, calzado con elegantes botas de goma hasta las rodillas, un bonito bombín y abrigo de piel de oveja, se dirigió a la cima de las fangosas laderas de Chicken Hill y se situó sobre el montículo de tierra designado. Contempló con arrogancia las fangosas laderas, los corrales llenos de gallinas, cerdos y cabras, las zanjas de aguas residuales abiertas, los negros que deambulaban por allí, y luego descendió la colina hasta la ciudad, donde desapareció en su oficina, dibujó unos cuantos bocetos, se los entregó a un equipo de construcción local junto con trescientos dólares, se embolsó el resto de sus honorarios y se marchó de Pottstown con rumbo desconocido. Nunca volvieron a verlo.

El equipo de construcción se puso manos a la obra y cuando se les acabó el dinero, un mes después, lo abandonaron. Tres meses más tarde, la estructura a medio construir se vino abajo.

Con su querida *shul* convertida en un montón de escombros —parte de los cuales era de mármol, procedente de una cantera de

Carrara, Italia, comprado a un precio ridículo por Norman Skrupskelis, ya que originariamente iba a ser utilizado para que la *mikve* femenina llevara el nombre de su difunta madre, Yvette Hurlbutt Nezefky Skrupskelis, a la que nadie había visto nunca pues había muerto en Europa en una ciudad cuyo nombre resultaba tan difícil de pronunciar que los alemanes la llamaban Pulgar-en-tu-nariz—, la congregación se enfrentó a su primera crisis. El dinero para la construcción del edificio se había agotado. Resultaba imposible recaudar otros mil setecientos dólares entre las diecisiete familias, que eran simples comerciantes, empleados del ferrocarril y obreros. Y lo que era aún peor, Norman Skrupskelis había aportado casi un tercio del presupuesto inicial para la construcción, además del maravilloso rollo de la Torá, que se había tomado la molestia de mandar traer de Europa.

La idea de que Norman Skrupskelis entrase en cólera al ver desperdiciados seiscientos de sus preciados dólares en un inservible proyecto de construcción resultaba más aterrador que la posibilidad de que D… hubiese volcado su furia sobre Moisés y no le hubiese permitido entrar en la tierra de Israel.

—Si tuviera que elegir entre ser Moisés o ser yo mismo en este momento —confesó el jefe del *chevry* a Reb Flohr—, elegiría a Moisés.

La confusa congregación convocó a amigos y parientes de Reading, Filadelfia, Baltimore e incluso Vermont, recordándoles a todos ellos la maravillosa parte de la oración *kadish* que reza: «Bendito sea Su gran nombre por los siglos de los siglos y por toda la eternidad», añadiendo también que un lituano loco de su congregación había invertido seiscientos dólares en un proyecto que se había desvanecido y que era un cíclope capaz de apalear a todos los que estuvieran a su alcance si el fracaso se concretaba. Con la ayuda de todas esas personas, la *shul* logró reunir otros trescientos cincuenta dólares y se los ofrecieron a Reb diciendo: «Tú estás al mando, espabílate».

Fue entonces cuando Reb llamó a Shad. El delgado hombre de color subió a lo alto de la loma, a las riendas de *Trueno* y con un carro lleno de piedras. Se detuvo entre la madera astillada, las

paredes destrozadas y la piedra aplastada, y miró en silencio a su alrededor, quitándose el bombín para protegerse de la luz del sol y alzando la mano sobre la cara. Finalmente, señaló una esquina de aquellas ruinas.

—El norte está por ahí. Vuestras piedras tienen que llegar hasta el borde. Hasta el final. Colocad las piedras a lo largo del borde, acortadlo tres metros en el costado sur, por ahí, extendedlas por el oeste unos seis metros y tendréis un muro que resistirá bien. De ese modo, las ventanas seguirán mirando al este, por donde sale el sol, y tendréis vuestro edificio.

Con el dinero extra de la congregación en el bolsillo, Reb se puso de acuerdo y selló un tranquilo trato con Shad por la totalidad de los trescientos cincuenta dólares, y cuando un mes después hubo que volver a colocar la primera piedra de Ahavat Achim, lo hizo Shad Davis.

Era una extraña relación de amistad, porque Shad, habida cuenta de lo que Reb había llegado a descubrir, no era ni profundamente religioso ni excesivamente amistoso con nadie, incluida su propia gente. Y si bien era capaz de construir maravillosas casas de piedra y ladrillo macizo para otros, apenas mantenía en pie su destartalada casa, que se encontraba junto a la tienda de comestibles de Reb, El Cielo y la Tierra. La casa de Shad no era de ladrillo ni de piedra, era, sobre todo, de madera y metal. En ella vivían Shad, una mujer llamada Lulu, que casi nunca hablaba con nadie, y sus dos silenciosos y retraídos hijos. Los patios de las dos casas colindaban, las parcelas coincidían exactamente y se extendían casi media hectárea, hasta el arroyo Manatawny, pero las similitudes terminaban ahí. En el patio de Reb había provisiones, barriles, una vaca y varias gallinas *kosher*. En el patio de Shad no había nada, salvo su mulo, *Trueno,* y las pocas verduras que cultivaba su mujer. Rara vez hablaban si no estaban trabajando, pues Reb había aprendido que, en Estados Unidos, lo que un hombre hace para vivir a menudo no tiene nada que ver con cómo vive. Además, el don de Shad para construir la *shul* le reportó otros tantos encargos de los residentes judíos del pueblo, que le pidieron a Shad que arreglara con ladrillos, piedras

y mortero las destartaladas casas que habían comprado más cerca del pueblo en cuanto pudieron permitirse abandonar Chicken Hill.

Reb creía que el genial constructor debía de gastarse el dinero en alcohol o apostando, hasta que se enteró por su mujer, que sí charlaba de vez en cuando con la esposa de Shad Davis, que este no tenía pensado quedarse muchos años en Chicken Hill. Estaba ahorrando hasta el último centavo que ganaba para trasladarse a Filadelfia, educar allí a sus hijos y enviarlos después a la Lincoln University, una universidad para negros en Oxford, Pensilvania, o quizás incluso al Oberlin College de Ohio, la primera universidad blanca de Estados Unidos que había abierto sus puertas a los negros. Reb respetaba esa clase de aspiraciones. Estaban en consonancia con las creencias de Reb, que estaba convencido de que en Estados Unidos todo era posible. Para él, Shad era un hombre de verdad, con un propósito, talento, tenía palabra, merecía lo mejor que la nación pudiese ofrecerle.

Por desgracia, ninguno de sus sueños se hizo realidad.

Poco después de construir la *shul,* Shad cayó enfermo y murió, dejando devastados a los miembros de su familia. Reb supuso que los ahorros de Shad cubrirían, al menos durante un tiempo, las necesidades de su mujer y sus hijos, ya que Shad rara vez gastaba dinero en arreglar su desvencijada casa. Pero, según su esposa, Shad desconfiaba de los bancos y había puesto su dinero en manos de un asesor financiero que resultó ser tan turbio, y de pies tan ligeros, como el primer arquitecto de la *shul*. El hombre en cuestión desapareció justo después de la muerte de Shad, dejando en la ruina a la familia del dotado constructor.

Fue la amistad que habían trabado aquellos dos hombres lo que ayudó a sobrevivir a la familia de Shad, ya que Reb se acostumbró a hacer la vista gorda cuando su mujer le entregaba pan, leche y mantequilla de su tienda a la viuda de Shad. Y cuando el peculiar Marv Skrupskelis, hijo de Norman Skrupskelis, empezó a dejarse caer por la residencia de los Davis para hacer trabajos

ocasionales para la viuda de Shad y, de vez en cuando, se le veía corretear tras Bernice, la hija de Shad, por el patio, Reb prefirió no especular, porque los niños eran niños.

De no haber sido por Chona, que, a pesar de haber contraído la poliomielitis a los cuatro años, era una niña activa y revoltosa, las familias probablemente se habrían separado por completo. Llevarla a la escuela había supuesto un desafío desde el primer día, porque Chona, a los seis años, se negaba a montar en vehículo alguno, ya fuese un carromato o una silla de ruedas o la caja del antiguo camión que Reb había comprado para su negocio de comestibles. Prefería ir andando a la escuela, como el resto de los niños de Chicken Hill, y como el alumnado de las escuelas de Pottstown estaba formado mayoritariamente por blancos y un puñado de negros, a Bernice y Fatty, los dos hijos de Shad, se les acoplaba aquella bonita niña judía de seis años, con falda oscura y una rizada cabellera que enmarcaba su rostro ovalado, que iba cojeando tras ellos mientras descendían por la colina en dirección a la escuela de ladrillo del pueblo.

A los nueve años, a Fatty no le importaba que otra chica más fuera caminando detrás de él. De hecho, no soportaba a su hermana. Pero Bernice se moría de ganas por tener una hermanita. Las dos niñas empezaron juntas el primer curso, a pesar de que Bernice era un año mayor. En su primera caminata a la escuela, Chona le dijo a Bernice que era demasiado alta para estar en primer curso. Bernice recibió aquel insulto en silencio, pero las dos consolidaron su amistad aquella misma tarde, cuando la maestra se sentó detrás del piano y tocó «Polly Parrot Ate the Carrot», una cancioncilla infantil muy popular por aquel entonces. Fue convocando a cada uno de los alumnos al frente de la clase y tocó la canción, exigiendo que cada niño cantase. Si el niño cantaba, le llamaba petirrojo. Si no lo hacía, era un gorrión.

Chona no tardó en convertirse en un petirrojo, dando saltitos y cantando con voz fuerte y clara. Pero Bernice, la única negra de la clase, se negó a cantar cuando la maestra la llamó.

—Eres un gorrión —anunció la maestra—. Siéntate.

Chona observó, atónita, cómo Bernice volvía a su asiento.

Eran vecinas. Escuchaban la vida una de la otra: sus discusiones, las sillas raspando el suelo de la cocina, los chirriantes escalones del porche, los portazos. La única constante que a Chona le gustaba era el sonido de la voz de Bernice. En casa, Bernice cantaba como un pájaro. Tenía una voz preciosa, de soprano, una tonalidad afligida marcada por la tristeza y la nostalgia. Bernice cantaba en todas partes, en el jardín mientras limpiaba de malas hierbas el huerto de su madre, en el porche mientras barría, por las tardes mientras recogía las verduras en El Cielo y la Tierra para su madre, con una voz clara y angelical. Hasta tal punto era así, que cuando Chona pasaba los domingos con su madre por delante de la Segunda Iglesia Bautista, se detenían únicamente para escuchar la voz de Bernice, que se elevaba por encima del resto, más fuerte y hermosa que nunca.

Cuando Bernice se sentó, Chona dijo:

—Bernice no es un gorrión. Es un petirrojo.

El comentario provocó las risitas de sus compañeros y que ambas tuvieran que ir al despacho del director por hablar cuando no correspondía. Esa misma tarde, de vuelta a casa con pasos cansados, Chona intentó abordar de nuevo la cuestión.

—Tú no eres un gorrión, Bernice. Eres un petirrojo.

Pero Bernice siguió mostrándose hosca y silenciosa.

Chona se dio cuenta, por primera vez, de que Bernice se parecía a los gemelos de la *shul,* Irv y Marvin. Su padre, el señor Norman, que con tanto esmero había confeccionado la bota especial para Chona, era igual. Estaban como reconcentrados. Había algo cerrado en su interior. Se dio cuenta, mirando a Bernice, de que algo dentro de ella, por alguna razón, se había apagado, como un grifo de agua sellado o una lámpara que se negara a encenderse. Pero Chona, de tan solo seis años de edad, no sabía exactamente de qué se trataba. Por eso agarró de la mano a Bernice y le dijo:

—Me gustan más las flores que los pájaros.

A cambio, Bernice la recompensó con una sonrisa.

A medida que fue pasando el tiempo, la distancia entre ellas se redujo. Chona enseñó a Bernice a jugar al pinacle, que ella había

aprendido a jugar viendo a su padre con otros judíos en la trastienda, a hacer ganchillo con la mano izquierda y también con la derecha y a bajar rápidamente las escaleras deslizándose por la barandilla sin tocar los escalones. Bernice enseñó a Chona a hacer gruesas colchas de lana que protegían del frío, y también a cultivar perejil, verduras y todo tipo de hortalizas en su patio trasero. Las dos niñas se hicieron muy amigas.

Su relación duró hasta el final del instituto, iban siempre juntas y ninguna de las dos se apuntó a ningún club o deporte. Tenían que trabajar en casa. Cuando ambas tuvieron que confeccionar un vestido para la asignatura de economía doméstica, Chona desempolvó la vieja máquina de coser que su padre tenía en el sótano, un vestigio de cuando llegó a Pottstown, y le enseñó a Bernice a hacer puntadas francesas, dando la primera puntada por un lado, volteando la tela y volviendo a dar la puntada por el otro lado. Primero trabajaron en el vestido de Chona y luego en el de Bernice.

—Yo daré la primera pasada con la máquina —anunció Chona —, tú da la segunda.

Trabajaron en los vestidos de ambas y quedaron encantadas con los resultados. El día del examen, los llevaron a la escuela y, orgullosas, los colocaron sobre la mesa en la que se amontonaban los vestidos hechos por el resto de las alumnas. Chona había confeccionado un vestido morado con azaleas; Bernice un vestido negro con margaritas amarillas.

Su profesora, una mujer canosa con cara de pocos amigos y que siempre vestía de negro, sostenía cada uno de los vestidos, los examinaba y realizaba comentarios sobre la calidad del trabajo.

Cuando llegó al vestido de Chona, mostró su satisfacción. Pero cuando tomó el vestido de Bernice, que era sin ninguna duda el más bonito de todos, llamó a Bernice para que se colocase frente a la clase.

Bernice obedeció, parpadeando avergonzada. La muchacha, alta y delgada, se deslizó hasta la parte delantera de la clase y se colocó delante de la profesora, que estaba sentada a su mesa. La profesora alzó el vestido de Bernice y le dijo:

—Esta no es la puntada que te dije que usaras. —Y rasgó la costura trasera, haciéndola pedazos.

Mientras caminaban de vuelta a casa, después de la escuela, Chona le dijo:

—Te enseñaré otro tipo de puntada. Tengo una mejor.

Pero Bernice no dijo nada. Miró a su amiga de un modo que Chona nunca había visto antes.

—Me hiciste dar la puntada equivocada —le recriminó.

Antes de que Chona pudiera recordarle que ella también había utilizado puntada francesa y que no sabía por qué la profesora no se lo había indicado, ya que ambos vestidos estaban cosidos de forma idéntica, Bernice hizo algo que nunca había hecho en todos los años que llevaban juntas.

Aceleró el paso y dejó atrás a Chona.

Al día siguiente, cuando Chona salió de su casa para reunirse con los niños negros que bajaban a la escuela, Bernice no estaba entre ellos.

Bernice no volvió a la escuela ese día. Ni al siguiente. Ni nunca. Se quedaba en casa y rara vez se dejaba ver.

Para Chona, el día en que Bernice Davis decidió apartarse del mundo marcó el inicio de su edad adulta, ya que la comprensión de lo que tenía ante sí empezó a resultarle dolorosa y pudo ver Chicken Hill y el resto de la ciudad tal como realmente eran. A partir de ese momento, tuvo una opinión propia sobre lo que le esperaba y también sobre las limitaciones de su propia existencia. Su madre quería que se casara con un joven judío ortodoxo de Reading que había encontrado para ella. Era bastante simpático, un polaco bajito y un tanto seco que, tarde o temprano, heredaría la zapatería de su padre; por lo demás, era amable y parecía receptivo a nuevas ideas. Pero tenía la costumbre de chuparse los dientes, cosa que a Chona le resultaba desagradable, por lo que, después de cenar con él en una ocasión, decidió que no lo soportaba y evitó volver a cruzarse con él. Se fijó con atención en los matrimonios rotos entre los judíos de la ciudad: las amas de casa desdichadas, los maridos frustrados. Observó las desgarradas disputas entre la pequeña población judía, dominada por los

nacidos en Alemania, que dedicaban todos sus esfuerzos a mirar por encima del hombro a sus homólogos cristianos, mostrándose altivos ante sus agencias de servicios sociales y sus organizaciones de aire esnob, tratando con condescendencia a sus paisanos europeos que hablaban en yidis, enviándoles dinero, ropa de segunda mano, consejos también de segunda mano…, en inglés, pues no se permitían hablar en yidis. Enviando de todo menos cariño. Había soñado con marcharse de Chicken Hill al acabar el instituto, e incluso trazó más de un plan y tanteó en ese sentido, pero cuando Moshe apareció en el sótano de su padre trayendo el amor a su vida, todo cambió. Aquel hombre quería que ella se sintiese plena, nunca le impidió el acceso al conocimiento, al crecimiento, a la pasión y a la planificación vital, y le fue trayendo libros, discos y música. Cuando se casó con él, se olvidó de Bernice y de los Davis que vivían en la casa de al lado, pues la vida lo ocupó todo. Su madre murió dos años después de la boda de Chona, su padre se marchó a Reading, a una *shul* más grande, y se impuso el reto que iba a suponer apoyar a su apacible marido para que no imitase al resto de los judíos de la ciudad en su viaje hacia la oscuridad; poco después, además, llegó lo de su enfermedad, que engulló el mundo al completo. Tenía su propia vida y ningún hijo del que ocuparse. Aparte de algún fugaz saludo a Bernice, cuya creciente prole de encantadores niños pasaba por su tienda, apenas dejándose notar como su madre, y alguna risa ocasional con el hermano de Bernice, Fatty, que seguía siendo el mismo, Chona no tenía espacio en su vida para pensar siquiera en Bernice. Cómo se había quedado Bernice embarazada, de quién, por qué tenía hijos, o la forma en que llevaba su existencia… Chona nunca indagó al respecto. Tenía muchas cosas que hacer, aunque se sentía incompleta. No tenía hijos. Bernice, en cambio, tenía muchos. Bernice era rica debido a sus hijos, pero había culpado a Chona por su vestido de costuras francesas, lo cual no era cierto. Todo el asunto era demasiado complicado y se remontaba al pasado, como las raíces de un árbol viejo.

Pero ahora tenía un problema.

Ahora Chona tenía un hijo. En realidad no era suyo, pero era

lo más parecido a un hijo propio. Durante los últimos cuatro meses, Dodo, el niño sordo, había sido un sueño. Poco importaba cómo lo llamaran los demás feligreses de la *shul* cuando ella no estaba presente. Había llegado a casa debido a una cuestión de principios, pero había acabado convirtiéndose en una cuestión de amor. Era inteligente. Sensible. Veía cosas que los demás no podían ver. A pesar de no poder oír, lo entendía todo. Era agudo. Brillante. Y necesario. Durante años había rezado para tener hijos, pero al ver que no llegaban lo aceptó como parte de la vida. Pasaba horas leyendo sobre política, socialismo y cambios sociales en lugares como Nueva York, el violento mundo de Emma Goldman y los judíos progresistas, anarquistas, alborotadores, creadores de sindicatos y pacifistas que dejaban de lado las restricciones que pretendían imponerles para disfrutar de la plenitud que podía ofrecer la vida americana de la que otros disfrutaban; eran judíos que intentaban, a su manera, traer la luz al mundo. ¿No es eso lo que debería hacer el judaísmo, aportar luz y concordia entre culturas? El carácter prepotente del discurso basado en el judaísmo, sin embargo, le había resultado cada vez más inútil y distante a medida que se hacía mayor, hasta que se vio obligada a rendirse de manera incondicional a la soleada realidad que Dodo había traído consigo. El niño era portador de su propia luz. Chona lo instaló en la trastienda, donde ella acostumbraba a tumbarse durante su enfermedad, y Dodo iluminó aquella oscura habitación de un modo que logró desintegrar el dolor de sus recuerdos. Ese niño silencioso y taciturno despertó allí la vida de nuevo. Tenía algo, como si fuese un mago. Estaba allí por la mañana cuando ella se despertaba. Entraba en su habitación para darle las buenas noches. Tenía doce años y estaba aprendiendo las cosas propias de un niño de su edad, fuera de la vista de los demás: dibujaba, jugaba con globos y leía cómics en su habitación. Por la noche, pescaba en el arroyo. Limpiaba la tienda cuando ya habían cerrado. Para ser sordo, lo captaba todo. Leía los labios con pericia. Coleccionaba tapones de botellas y canicas, le encantaban la jalea de manzana y las castañas asadas, y como encontró el acordeón del padre de Chona en el sótano, se dedicó a tocarlo con muy poca

fortuna. Dejaba huesos de melocotón por toda la cocina. El *sabbat,* él estaba allí por la mañana cuando ella se despertaba, tras apagar las luces la noche anterior y encender la estufa a la mañana siguiente. No paraba quieto. Mientras ella y Moshe leían tranquilamente en el piso de arriba, desde la trastienda, donde él dormía, equipada con un fregadero y una estufa de leña, llegaba ruido de golpes y traqueteos. Algunas noches, Chona bajaba, encendía la luz y se encontraba con un paraíso de cacharros para jugar: fregonas usadas como palos de escoba, viejos cómics, tizas, piedras, puntas de flecha y alambres. Del ventilador del techo colgaban artilugios voladores que pendían de cables y giraban en círculos. En apenas cuatro meses, se había convertido en la encarnación viviente de la *l'chaim,* un brindis a la vida. Un niño. Un niño que simplemente vivía. Algo que Chona había deseado y por lo que había rezado desde que era una muchacha. A quién le importaba que fuera negro. ¡Aquel niño era suyo!

Y él respondió a ese deseo. Chona no habría podido imaginar lo fácil que resultó todo. Nunca tuvo que repetirle que hiciese algo. Cepillarse los dientes. Peinarse. Lavarse la cara. Tender la colada. Ordenar las estanterías. Le encantaba el chocolate. Chona tenía que contenerse para no darle demasiado. Barría, limpiaba y trabajaba todos los días, con tanta intensidad y concentración que ella tenía que frenarle. Y, al final de la semana, aparecía en la trastienda, después de cerrar, y alzaba la mano mostrándole una canica, indicando de ese modo que le gustaría usarla para pagar su trozo de chocolate. Era un juego que Chona mantenía con varios niños del barrio. Entraban en la tienda hambrientos, echaban el ojo a una lata de sopa de guisantes y preguntaban:

—¿Cuánto cuesta?

A lo que Chona respondía:

—¿Cuánto tienes?

—Solo tengo una canica roja.

—¿Tienes alguna canica verde?

—Es posible que tenga una en casa.

—De acuerdo. Llévate la sopa, vete a casa, tráeme la canica verde mañana y ya veré si es la que quiero.

Al día siguiente, el niño traía una canica roja. Y ella decía:

—No, esa no. No me gusta el color. Quiero una canica azul.

Entonces el niño desaparecía y volvía al día siguiente con una canica azul. Luego una verde. Hasta que pasaba la semana y el tema de la canica quedaba olvidado. A la semana siguiente, el niño pedía alguna verdura o una caja de galletas, pretendía pagar con la canica equivocada y el juego volvía a ponerse en marcha.

A veces el tira y afloja duraba semanas. Eran varios niños los que se dedicaban al asunto de las canicas y Dodo se convirtió en uno de ellos, uniéndose al Grupo de las Canicas. Pero ella nunca cedía, nunca le daba demasiado chocolate. Pero sí le daba el suficiente. Una canica roja por un trozo de chocolate ahora. Una canica azul por un trozo de chocolate más tarde. Las canicas que iba acumulando de los niños del barrio las guardaba en un tarro. La cantidad de canicas del tarro, sin embargo, disminuía misteriosamente y, una semana después, alguna de esas canicas aparecía en la mano de uno de los niños. Nunca le importó. Lo entendía. Le encantaba la generosidad de Dodo. Lo suyo era el amor, fácil de satisfacer y muy generoso.

Ella supo, desde el primer momento, que aquel sueño no estaba destinado a durar. No quería amarlo con tanta intensidad. Tan solo le estaban proporcionando un refugio, de ese modo les daban un respiro a los siempre leales Nate y Addie, y también a Thelma, la difunta hermana de Addie, que más de una vez había ayudado a cuidar a Chona durante el largo tiempo que duró la enfermedad. Pero cuatro meses después de mantener a salvo a Dodo, el hombre del estado había descubierto el paradero del niño. Chona conocía vagamente a aquel hombre: Carl Boydkins. Tenían más o menos la misma edad. Habían estudiado los dos en el mismo instituto. Recordó que había sido deportista; era posible que se hubiese dedicado al fútbol americano. Y que, como a la mayoría de sus compañeros, no le gustaban mucho los judíos. Pertenecía a una de las familias de agricultores que salieron perdiendo al no vender cuando las grandes empresas siderúrgicas compraron algunos miles de hectáreas cerca del arroyo Manatawny. A las familias que se habían quedado allí no les había ido bien.

Precisamente por eso, cuando Carl Boydkins entró en la tienda haciendo preguntas, ella intentó ser agradable. Pero él no estaba de humor para esas sutilezas. Hizo algunos comentarios sobre lo que suponía quebrantar la ley y dar cobijo a fugitivos. Chona agradeció que Moshe no estuviese presente cuando apareció aquel hombre, porque su marido habría entregado a Dodo al instante. Moshe temía a las autoridades. Pero Moshe no se había enterado de la visita. Todavía no. Aunque acabaría sabiéndolo. Las noticias sobre los dos hombres que el estado había enviado a la tienda, primero Carl Boydkins y después el hombre negro, para encontrar a Dodo pasarían rápidamente de boca en boca: de Addie a Nate y de Nate a Moshe.

Por eso, Chona necesitaba ahora a Bernice. Bernice tenía un montón de hijos, ocho según el último recuento. Parecían conformar los colores del arco iris, del más claro al más oscuro, del más alto al más bajo. Cómo los había concebido o quiénes eran sus padres no era asunto de Chona. Pero ninguno de los hijos de Bernice se parecía al otro; eran negros, eso sí, lo que para Chona ya era suficiente.

Chona se apartó del escaparate, bastón en mano, y caminó despacio hacia la puerta principal de la tienda. Addie se hallaba detrás del mostrador. Dodo estaba de pie sobre una caja para transportar leche, apilando cajas de galletas en los estantes. Ella alzó el bastón para llamar su atención. Cuando él la miró, le dijo:

—Ven conmigo.

Él obedeció. Salieron de la tienda y caminaron diez pasos hasta la casa de Bernice. Chona llamó. Bernice abrió la puerta.

Ya no había luz en los ojos de Bernice. Parecía marchita y agotada. Su rostro, demacrado, parecía haber estado expuesto a los rigores del sol demasiado tiempo. Aun así, pensó Chona, seguía siendo hermosa, más hermosa debido a la luz que brillaba en su interior, la luz que siempre mantenía oculta. A su espalda, varios niños miraban con curiosidad a Chona.

—¿Qué sucede? —preguntó. Habló con calma, casi con indiferencia, como si hubiesen estado hablando la semana anterior, a pesar de no haber cruzado más de cinco palabras en los últimos

catorce años.

Chona sintió que se sonrojaba. No le salían las palabras.

—Quería que conocieras... Tengo conmigo al hijo de Thelma.

—Conozco a Dodo —dijo Bernice.

—Está viviendo conmigo.

—¿Y?

—Me preguntaba si... —Chona se detuvo—. Hay un hombre del estado...

Pero Bernice no la dejó terminar. Señaló con la cabeza hacia la parte trasera de la casa, por encima del hombro, hacia los patios contiguos.

—Haz un agujero en la valla donde nadie pueda verlo —dijo Bernice—. Cuando venga el hombre del estado, mete al muchacho en mi patio mientras mis hijos juegan. Todos los chicos de color se parecen.

Chona sonrió y se volvió hacia Dodo para explicarle que tenía permiso de Bernice para colarse en su patio, que, de hecho, ella y aquella mujer habían sido amigas en otro tiempo. Pero se sintió abrumada por una confusa emoción, porque también había querido darle las gracias a Bernice, tomarla de la mano como había hecho cuando eran niñas y decirle: «No eres un gorrión. Eres un petirrojo», y preguntarle por qué hacía años que no oía el sonido de su canto, una voz que le había abierto un mundo de comprensión siendo niña.

Pero antes de que Chona pudiera volverse hacia ella, Bernice había cerrado la puerta y había desaparecido.

10

El zapato Skrup

Earl Roberts, a quien en Pottstown llamaban Doc, había oído durante mucho tiempo rumores sobre una judía de Chicken Hill que ocultaba al niño negro ilegalmente para que no lo encontrasen los representantes del estado. Se había enterado de ello por boca de su primo lejano Carl Boydkins. Carl trabajaba para la oficina de bienestar social del estado. Ellos dos no mantenían una relación estrecha. Habían crecido en granjas vecinas. Las dos familias, al parecer, podían remontarse diez generaciones atrás hasta los Blessington, de los que se decía que habían llegado en el *Mayflower,* allá por 1620. Para ambas familias era motivo de orgullo, aunque, por lo que se supo después, ninguna de las dos enlazaba directamente con el *Mayflower*. En realidad, la familia al completo estaba vinculada a un marinero irlandés llamado Ed Bole, un pariente lejano que trabajó como ayudante del emperador chino Chaing Kai Wu en la provincia de Monashu en 1774. A Bole, marinero y borracho de origen inglés, lo echaron del carguero inglés *Maiden* ese año cuando el capitán se cansó de sus trastadas de borracho, y lo abandonaron a su suerte en el puerto de Shanghái. Las autoridades chinas lo recogieron y lo arrastraron ante el emperador, a quien la mera idea de que un hombre blanco le sirviese el té, y aquellos bollos chinos que ellos llamaban *mantou,* le complació mucho. Al cabo de tres años, Bole consiguió escapar y regresó a Inglaterra, donde se anunciaba como el conde Blessington de Sussex, y, gracias a sus conocimientos de la lengua china y del té, consiguió un empleo en una compañía naviera británica, donde amasó una fortuna comerciando con sal y medicinas chinas; lo que le permitió casarse con la hija de un

comerciante inglés en Londres. En 1784, cuando un primo lejano de Bole, procedente de Irlanda, se presentó en Londres y empezó a hacer preguntas, Bole se apresuró a meter a su mujer y a sus cuatro hijos pequeños en un barco llamado *Peanut* y los envió a América, una tierra en la que nadie hacía preguntas sobre el pasado de los blancos. Tres días después de la partida del *Peanut,* Bole se atragantó con un *char siu bao,* un pequeño pastel de cerdo, por los que sentía especial debilidad desde su estancia en el País de las Maravillas. Por suerte, había enviado a su mujer y a sus hijos al extranjero con una buena suma de dinero, cuatro mil dólares, toda una fortuna en aquellos tiempos, más una niñera para ayudarles, pues suponía que pasarían unos cuantos meses antes de que pudiese reunirse con ellos; plan que, por desgracia, se truncó cuando aquel pastelito de cerdo, *char siu bao,* se atoró en su tráquea.

Cuando la noticia de la muerte de Lord Blessington, originariamente Bole, llegó a oídos de su viuda en América, provocó en ella los habituales lamentos, chillidos y tirones de pelo, tras lo cual se derrumbó entre lágrimas en brazos de su fiel niñera. La niñera la abrazó con fuerza. En aquel abrazo saltaron chispas. De hecho, aquellas dos mujeres no tardaron en enamorarse. Cuando ya vivían juntas, consultaron un mapa, encontraron un arroyo cerca de Pottstown, Pensilvania, lejos de las indiscretas miradas de la sociedad neoyorquina —que, en cualquier caso, observaba con suspicacia a la viuda, pues no mostraba desprecio ni desdén por la especie masculina, sino el más puro desinterés—, se mudaron allí haciéndose pasar por hermanas, las Blessington, y compraron una enorme extensión de terreno junto al arroyo Manatawny. Criaron a los niños con la ayuda de sirvientes y de los granjeros de la zona y, a la muerte de las mujeres, las tierras quedaron repartidas entre sus cuatro hijos.

Ni Doc ni Carl sentían el más mínimo interés por poner en cuestión su linaje familiar, pues durante su infancia habían sido igual de felices que cualquier otro descendiente de aquellos que llegaron en el *Mayflower*. Eran cristianos blancos nacidos en Estados Unidos, un país que parecía hecho especialmente para

ellos. Las dos familias, ahora escindidas y con apellidos diferentes, estaban felizmente instaladas en granjas vecinas de Pine Forge, las maravillosas tierras que bordeaban el arroyo Manatawny, llenas de girasoles, pastos y tierra fértil. Las dos familias vivían una enfrente de la otra: la familia de Doc, los Roberts, a un lado del río; la familia de Carl, los Boydkins, al otro. Las dos familias solían ir juntas en carruaje a la iglesia, por supuesto presbiteriana, los domingos. Los civilizados servicios religiosos llenaban hasta los topes el santuario de buena gente blanca. Fue una época maravillosa, la infancia de Doc, plagada de hombres fuertes que no necesitaban otra cosa que un buen apretón de manos, y mujeres que sabían cocinar y criar a sus hijos. Familias agradables y limpias. Pero eso fue antes de que llegara la «gente nueva»: los judíos, los negros, los griegos, los menonitas, los ortodoxos rusos.

Las dos familias vivieron en paz justo hasta antes del crac de 1929, cuando el padre de Doc tuvo una visión del futuro y lo vendió todo, gracias a Dios. Pero la familia Boydkins se quedó allí y sufrieron las consecuencias, porque el nuevo propietario de las tierras de los Roberts era ahora un buen cristiano que forjaba piezas de hierro y acero, y eso producía basura maloliente y un líquido negro provocado por los tintes que se filtraba en la tierra, por lo que les prometió a los Boydkins que enterraría su basura y no vertería toda aquella porquería de su forja en el hermoso arroyo. Se alegraron cuando hizo esa promesa y le creyeron. Al fin y al cabo, era un buen cristiano.

Poco después se le unió un segundo hombre, otro buen cristiano, que también era una persona de palabra. Luego vino un tercer compañero, otro buen cristiano del que, en realidad, se decía que *quería* ser buen cristiano, lo cual ya era algo, aunque había dejado a su mujer por una chica de quince años llamada Uma, que tenía unas tetas del tamaño de melones y de la que se decía que había pasado una temporada en la penitenciaría de Muncy. Aquel tipo, al cabo de un tiempo, se trasladó a Nueva Orleans con su nueva esposa y fue sustituido por otro hombre, un irlandés llamado Fitz-Hugh, de quien se decía que había hecho fortuna con el opio. Fitz-Hugh negoció con los propietarios originales y, a partir de ese

momento, el pequeño molino se convirtió en dos molinos con cuatro trabajadores cada uno. Luego fueron tres molinos y, más tarde, cuatro pequeños molinos. Como quien no quiere la cosa, al despertar por la mañana y asomarse por la ventana de la cocina, el clan Boydkins pasó a ver a ocho trabajadores que iban y venían por la orilla del Manatawny, vertiendo cubos de lodo en el arroyo durante todo el día. En cuestión de seis meses, los ocho trabajadores pasaron a ser nueve, luego doce y después diecinueve. Los cuatro molinos se convirtieron en siete, más tarde en ocho, dividiéndose como amebas, salpicando la ladera hasta que dichos molinos fueron sustituidos por pequeñas fábricas de grifos y tornillos y piezas de hierro, que no dejaban de expulsar humo por sus pequeñas chimeneas hacia el despejado cielo de Pensilvania. Las pequeñas fábricas se dividieron entonces para generar otras más grandes que fabricaban tuberías de hierro, accesorios de acero y botellas de vidrio para las destilerías de whisky. Y más tarde aun construyeron grandes fábricas de vigas de hierro de dos metros de longitud, viguetas, barriles, accesorios para tuberías, piezas de fundición, señales, marcos de ventanas enteros y vigas de acero. Al cabo de ocho años, el pequeño molino desapareció para que en su lugar se erigiese una fábrica-fortaleza gris, muy ruidosa, de ochocientos metros de lado, con una chimenea de treinta metros de altura que lanzaba un espeso humo gris las veinticuatro horas del día. Las cuadrillas de trabajadores que arrojaban lodo negro al Manatawny desaparecieron, fueron sustituidos por tres tuberías de quince centímetros de grosor que vomitaban un lodo inmundo en el antaño hermoso arroyo que daba de beber a las vacas de los Boydkins y servía para regar los cultivos. Para cuando los Boydkins pusieron el grito en el cielo, tres chimeneas de treinta metros arrojaban humo negro al cielo; doscientos veinticinco trabajadores lenguaraces y risueños que hablaban todos los idiomas imaginables sobre la faz de la tierra entraban y salían de las fábricas siguiendo tres turnos diferentes; y el silbato de trabajo chillaba tres veces al día, incluidos los domingos, todo ello a menos de cincuenta metros de la ventana de la cocina de su casa.

La familia Boydkins protestó, aduciendo que las impías

palabras malsonantes de los trabajadores podían oírse desde la mesa de la cocina y que los niños se escandalizaban y que el lodo estaba arruinando sus tierras y había hecho enfermar a sus vacas. Pero era el año 1932 y, a esas alturas, Flagg, Bethlehem Steel y Jacobs Aircraft Engine Company ya se habían asentado allí, junto a su tropa de abogados de cuello almidonado y relucientes Packards. Y los abogados eran inflexibles: «Tenemos que fabricar motores para los poderosos aviones de nuestro país que han de llevar la libertad a todo el mundo», decían. «Tenemos que fabricar las grandes vigas de acero del puente Golden Gate que permitirán el paso de maravillosos automóviles.» «Necesitamos pólvora, casquillos y acero para la guerra que se avecina.» Desesperados, los Boydkins se encomendaron a los responsables municipales de Pottstown, pues ellos dictaban las leyes: la guerra se acerca, dijeron, tendréis que mudaros. Así que la familia Boydkins se vio obligada a vender las sesenta hectáreas que bordeaban el arroyo por unos pocos centavos de dólar para mantener la libertad en Estados Unidos. No había otro remedio.

Fue una mala decisión quedarse junto al Manatawny en 1929, por eso Doc agradeció la previsión que había evidenciado su padre.

Carl y él no trabaron una gran amistad en el instituto, en parte porque Carl era alto y buen deportista y todas las chicas le adoraban, en tanto que Doc era un ratón de biblioteca que había sufrido la poliomielitis, lo cual le dejó tocado el pie izquierdo. Su pie mostraba una curvatura extraña, así como una hendidura en el centro, donde deberían haber estado los dedos dos y tres del pie. Le dolía desde que tenía conciencia. De niño, su madre le ordenó que lo llevase cubierto, pero le dolía mucho y ningún zapato le quedaba bien, así que, en la medida de lo posible, hizo caso omiso de sus órdenes. En secreto, pensaba que su pie izquierdo no era tan diferente del derecho, pero en primero aprendió una dolorosa lección cuando se le cayó el calcetín en clase de gimnasia. Los chicos le vieron el pie, se pusieron a gritar y a llamarle «Pezuña». Desde entonces, no volvió a enseñar el pie en público.

Pero eso no impidió que Doc disfrutase de su paso por el instituto. Le encantaba la biología, fue elegido presidente del

equipo de debate de la escuela y, a pesar de lucir lo que las chicas denominaban nariz de nuez —sobresalía de su cara como una nuez llena de bultos—, descubrió que a las chicas les gustaban los chicos listos. Leyó libros sobre el humor, el amor, la biología y el sexo; estos últimos revelaban todo tipo de secretos sobre lo que les gustaba a las chicas, incluidos ciertos lugares secretos donde unos dedos intrépidos podían lograr que las chicas hicieran todo lo que un chico quisiera. Memorizó algunos de esos trucos y durante su primer año los probó con Della Burnheimer, una animadora rubia y saltarina que se compadeció de él y accedió a hacer un pícnic en el arroyo del cercano parque de Saratoga. Después de comer, Doc le confesó que nunca había besado a una chica y que le gustaría intentarlo. Della, un alma generosa, observó el curioso zapato de Doc, sintió aún más pena por él y aceptó. Doc demostró ser todo un entusiasta en lo que a besos se refería, se abalanzó sobre ella y le hizo la respiración boca a boca mientras sus manos se deslizaban por debajo de su ropa interior, donde hizo buen uso de las técnicas de movimiento de dedos sobre las que había leído. Para su sorpresa, y también la de Della, la chica gimió de aprobación. Pero en un arrebato de autocontrol, ella se incorporó de repente y sugirió que se metieran en el arroyo cercano y se tomaran de la mano como una pareja de verdad en lugar de hacer cosas que les comportarían problemas en la iglesia a la que ambos acudían. Doc accedió, una decisión de la que no tardaría en arrepentirse, porque cuando se quitó el calcetín y los ojos azules de Della contemplaron su pie hendido, esta declaró al instante que quería irse a casa. Se acabó lo que se daba, colega.

Doc no era precisamente lo que se denomina un alma sensible, pero su madre sí, y cuando le confesó lo que había ocurrido con Della Burnheimer, omitiendo los detalles más tórridos de la parte relativa al movimiento de dedos y al besuqueo, lo llevó a Chicken Hill, donde vivía Norman Skrupskelis, el mejor zapatero de la ciudad. Todo aquel que lo conocía temía a Norman, un judío ceñudo y fumador de puros que rara vez hablaba y del que se rumoreaba que vagaba de noche por los caminos embarrados de Chicken Hill como un jorobado, aterrorizando a los negros del

barrio y robándoles su dinero. Pero era un genio haciendo zapatos, pues sus relucientes creaciones adornaban los escaparates de las tres zapaterías de Pottstown.

Cuando llamaron a la puerta, Norman los condujo a un oscuro taller en el sótano; la madre de Doc se dio cuenta de que no había ninguna jaula a la vista. Norman se sentó en un taburete ante una mesa de trabajo desordenada y no miró a Doc a la cara ni una sola vez. En lugar de eso, observó el maltrecho pie de Doc, que llevaba puesto un zapato que le había hecho a medida un zapatero de Filadelfia —un zapato por el que sus padres habían pagado un dineral—, señaló una silla junto a su mesa de trabajo y bramó con un marcado acento:

—Quítate el zapato.

Doc se sentó y le entregó el zapato.

El viejo tiró a un lado el viejo zapato de Doc, como si se tratase de una botella vacía, y tomó el dolorido y palpitante pie de Doc con su áspera mano. Su mano tenía el aspecto de una garra, con unos duros dedos que parecían de papel de lija. Volteó el pie a un lado y a otro, como si se tratase de un kilo de carne de vaca vieja, examinándolo con atención, retorciéndolo sobre las duras palmas de sus manos. Cuando finalizó su examen, dejó caer el pie como si fuera el periódico del día anterior y se volvió hacia su mesa de trabajo, de la que sacó un retazo de cuero y diferentes utensilios de los estantes que tenía encima.

Como no dijo ni una sola palabra, al cabo de un rato la madre de Doc, que estaba cerca y parpadeaba avergonzada, dijo:

—¿No va a medirlo?

El viejo se limitó a hacerle un gesto con la mano por encima del hombro.

—Vuelva dentro de una semana —le dijo.

—¿Y el precio?

—Ya hablaremos de eso.

Una semana más tarde, madre e hijo volvieron y el zapato les pareció mágico. Era una obra de arte extraordinaria, de cuero negro reluciente, perfectamente cosido, y se adaptaba de maravilla al arco del pie de Doc, con una plantilla diseñada con mucho

esmero para proporcionarle comodidad y apoyo; por otra parte, se parecía mucho al zapato del otro pie. El viejo cabrón incluso le había añadido un centímetro a la suela y la había inclinado con cuidado, lo que hacía casi imperceptible la cojera de Doc y le alivió casi de inmediato el dolor de pies e incluso de espalda. Todo ello por un precio sorprendentemente ajustado. La madre de Doc estaba extasiada.

Si bien Doc se sintió agradecido, también notó un deje de humillación. El viejo no le había dirigido la palabra. Ni siquiera le había saludado. Pero le había confeccionado un zapato maravilloso, por lo que cada año Doc se veía obligado a volver para que se lo cambiase. Doc temía las visitas al sótano de Norman, porque, a pesar de los dones del zapatero, su arrogancia le resultaba inaceptable. ¿Acaso no sabía con quién estaba tratando? ¿No sabía lo que era mostrar un poco de respeto?

Ese resentimiento acompañó a Doc durante años, y cuando Norman murió y sus hijos Irv y Marvin se hicieron cargo del negocio, Doc siempre los evitó, a pesar de tener que pagar el triple de lo que ellos le habrían cobrado al encargar su zapato especial en Filadelfia. ¿A quién le importaba que los gemelos Skrupskelis tuvieran tanto talento como su padre, fabricaran algunos de los mejores zapatos del estado y fueran recomendados por médicos de todo el mundo? Ya los conocía de antes. Se parecían a su padre: eran arrogantes. ¡Cómo se atrevían! Así pues, Doc compraba siempre sus zapatos en una zapatería americana de Filadelfia, no a unos judíos inmigrantes de Chicken Hill que no sabían cuál era su lugar.

Tras su desastrosa cita con Della, Doc dejó de lado las aventuras amorosas. Sin embargo, durante aquellos años no le pasó por alto que había otra estudiante en el instituto de Pottstown que compartía su suerte con los zapatos y el viejo Skrup: la judía Chona. Iba un curso por detrás de él en la escuela, pero cuando pasó cojeando a su lado el primer día de clase, se fijó de inmediato en ella, porque aquella cojera suya le resultaba familiar. Observó sus pies y lo captó al instante: llevaba un zapato Skrup. Ella desapareció por el pasillo y él se alegró. Al principio la evitaba, lo

cual no era difícil, ya que la mayoría de los judíos de Chicken Hill estaban siempre juntos y no participaban en el coro, ni en las excursiones ni en las actividades extraescolares. Pero se dio cuenta de que a la judía la seguía a menudo una muchacha negra esbelta que también vivía en Chicken Hill.

Chona desapareció de su vista ese año y el siguiente, pero, durante su último curso, a los dos les asignaron taquillas en el mismo pasillo y, el primer día de clase, la vio de espaldas, rebuscando algo en su taquilla. Cuando ella cerró la portezuela y se dio la vuelta, él pudo echarle un vistazo y, de repente, vio ante sus ojos una neblina de estrellas y oyó el sonido de mil trompetas de jazz tocando en Nochevieja. La chica coja y tímida se había transformado en toda una belleza, indiscutible, tranquila, de la cabeza a los pies. Una adolescente orgullosa de espalda recta, cabello negro rizado, pechos saltarines, hermosas caderas, lindos tobillos, piernas ocultas por un sencillo vestido de lana y una luz en sus ojos oscuros que parecía iluminar el pasillo al completo. Observándola desde su taquilla, Doc se olvidó de una vez para siempre de Della Burnheimer. Chona era preciosa. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

La siguió con la mirada, asombrado, mientras desaparecía por el pasillo. Durante esa primera semana, la observó clandestinamente. Fantaseó con la posibilidad de pedirle para salir. ¿Qué dirían sus compañeros? ¿Qué diría su madre? ¿Y su padre? ¿Qué importaba si era judía? Era hermosa. Se imaginó paseando con ella junto al arroyo Manatawny, hablando de cosas importantes, tal vez de la posibilidad de llegar a ser médico algún día; contándole la gran historia de su familia, los importantes Blessington de Pottstown, que habían llegado en el *Mayflower,* y de lo bonito que era el Manatawny antes de que estableciesen allí las fábricas, de los domingos en la iglesia y tomando helado después... A lo mejor ella podría convertirse al cristianismo. Podría ser flexible, ¿no? Él estaba convencido de que lo sería. Ella sabía lo que era verse marginada, por su pie. Al menos, tenían eso en común. Podría convertirse, ¡claro que sí!

Semana tras semana, iban creciendo en su interior esa clase

de sentimientos, aunque luego retrocedían; regresaban al mes siguiente y volvían a retroceder. Hasta que una tarde de primavera, a punto ya de graduarse, por fin se armó de valor y la invitó a unirse al equipo de debate, que él presidía.

Era torpe y estaba nervioso —no estaba acostumbrado a hablar con judíos— y la jugada no le salió bien, porque hacía poco había visto una película de Dana Andrews y le había dado por hablar con el desparpajo con el que había visto hacerlo al actor. Chona estaba de pie junto a su taquilla cuando él se acercó, y cuando se dio la vuelta y lo vio tan cerca, se sobresaltó. Él logró mascullar su invitación y vio cómo los hermosos ojos de Chona bailaban por encima de su hombro, hacia el pasillo, y luego volvían a centrarse en él, notando cómo el corazón le latía con fuerza.

Ella rio nerviosa y dijo:

—Oh, no, no puedo. —Y se escabulló por el pasillo, seguida por la esbelta muchacha que la acompañaba a todas partes.

La observó alejarse, y se sintió destrozado. Un día después, su desolación dio paso a la indignación y finalmente a la rabia. Se había comportado como un buen cristiano. Le había tendido la mano para ponerla a su altura, pero ella estaba demasiado ciega para apreciarlo. Vivía en Chicken Hill, ¡por el amor de Dios! El padre de Chona tenía una tienda de comestibles en la que servía a negros, en tanto que su padre era concejal y pastor presbiteriano. Era un hombre importante. Se había acercado a ella para hacerla sentir a su altura y ella lo había rechazado. Madre mía. Era igual que Norman, el viejo zapatero judío, con toda su maldad y arrogancia. Pensar en ello le revolvía las tripas. Judíos. Era muy probable que Chona y el viejo Norman se burlaran de él a sus espaldas.

El malestar desapareció cuando se fue a la universidad y después a la escuela de Medicina de Penn State, donde se sumergió en un torbellino de biología, cadáveres y estudios clínicos, codo a codo con estudiantes de familias acomodadas de Filadelfia, Pittsburgh e incluso Nueva York. Pero si bien sus compañeros tenían grandes planes para volver a sus grandes ciudades una vez

titulados, él no podía imaginarse en otro lugar que no fuera su ciudad natal. Es cierto que llegó a soñar con instalarse en alguna gran ciudad, con trabajar en un gran hospital, con vivir en un apartamento con una criada negra y una esposa rubia y glamurosa. Pero ¿quién habría cuidado de él una vez allí? La absoluta mayoría eran desconocidos: italianos y gente de color, grandes mercados, coches de lujo y familias cuya fortuna se remontaba a varias generaciones atrás. La mera idea le asustaba. Era más seguro quedarse en casa, volver a Pottstown para curar a los enfermos. Incluso sus sarcásticos profesores de la escuela de Medicina, dos de ellos alemanes y otro judío, le habían mostrado respeto por semejante compromiso.

Pero la ciudad natal a la que regresó después de estudiar Medicina, donde los blancos decentes se conocían por su nombre y asistían a la misma iglesia presbiteriana y comían helado en la Heladería Bristol después de la misa de los domingos, se había convertido en una ciudad plagada de inmigrantes. Griegos que conducían camiones, judíos propietarios de edificios, negros que paseaban por Main Street como si fuera suya, rusos, menonitas, húngaros, italianos e irlandeses. Los pintorescos caballos y calesas de su infancia habían sido sustituidos por remolques que transportaban acero; y las granjas lecheras, por aceitosas y sombrías fábricas que echaban humo. Los sábados, Main Street se llenaba de automóviles y no había uno, sino dos semáforos y un tranvía. El encantador Pottstown se había convertido en una ciudad donde nadie parecía conocer a nadie. Aun así, cuando decidió casarse con alguien que su padre aprobaba, una sencilla granjera de la cercana Fagleysville, la boda fue portada del *Mercury* de Pottstown. Fue todo un acontecimiento y algo bueno.

Pero los años pasados reparando piernas rotas y cosiendo dedos cercenados en las manos de los trabajadores de las fábricas le fueron desgastando y sus decepciones no hicieron sino aumentar. Las nuevas fábricas aumentaban la humareda y llegaba sin descanso más gente de fuera. Y cuando la sencilla granjera con la que había decidido casarse resultó ser una mujer perezosa y aburrida cuya única ilusión eran las noches de bingo, las novelas

baratas y la tarta de arándanos, cuyos perniciosos efectos resultaban evidentes en su creciente cintura mientras paseaba orgullosa por la ciudad con sus cuatro hijos montada en un flamante Chevrolet, que insistía en que su marido cambiase cada dos años, perdió todo el interés por ella. Había sido testigo de cómo su juventud se desvanecía, su ciudad se desmoronaba, la sangre de los orgullosos fundadores se diluía entre la de los invasores: judíos, italianos, incluso negros que deambulaban por Chicken Hill vendiéndose helados y zapatos unos a otros mientras los blancos decentes se enfrentaban a esos mismos comerciantes judíos y a los inmigrantes italianos que parecían querer adquirirlo todo. Por no hablar de los menonitas con sus caballos y calesas. Y los irlandeses de la compañía de bomberos. Y los griegos que cerraban sus negocios entre susurros en las cafeterías. Y los italianos que daban por saco en la lechería. Y los negros de la colina que preferían trabajar en fábricas a ser criados o conserjes, que era lo que se suponía que tenían que ser. Ahora los judíos estaban comprando casas en Beech Street, planeaban construir una sinagoga más grande, y, lo que era aún peor, contaminaban a los buenos adolescentes cristianos blancos de la ciudad con música negra —jazz— que traía a la ciudad nada más y nada menos que el marido de Chona, otro judío que no poseía una, sino *dos* salas de fiesta. ¿Qué quedaba de Estados Unidos en todo eso? Pottstown era para los americanos. Era la voluntad de Dios. La Constitución lo garantizaba. La Biblia lo decía. ¡Jesús! ¿Dónde estaba Jesús en todo eso? Doc sintió que su mundo se derrumbaba.

Así que unos años después de salir de la escuela de Medicina, cuando unos amigos le propusieron asistir a una reunión de los Caballeros de Pottstown, que se dedicaban a difundir los buenos valores cristianos, aceptó la invitación. Y cuando esa reunión de los Caballeros de Pottstown resultó ser en realidad la de los Caballeros Blancos del Ku Klux Klan, no apreció en ello diferencia. Aquellos hombres eran como él. Querían preservar Estados Unidos. El país había sido un bosque antes de la llegada del hombre blanco. Había que conservarlo. La ciudad, los niños, las mujeres, necesitaban ser rescatados de las manos de aquellos que pretendían contaminar la

pura raza blanca a base de ignorancia y suciedad, embarrando las cosas al mezclar el legado puro WASP con el de los griegos, los italianos, los judíos —que habían asesinado a su adorado Jesucristo —, y con el de los negros que soñaban con violar a las mujeres blancas y cuyas lujuriosas mujeres negras suponían un peligro para todo hombre blanco decente y temeroso de Dios. No todos eran malos, claro está. Los Caballeros Blancos se encargarían de decidir quiénes eran los buenos. Porque algunos eran buenos. Doc conocía a varios de ellos.

Las reuniones se parecían más a las de un club de aficionados que a celebraciones de fuego y azufre. Los hombres hablaban de las cosechas y de la pérdida de propiedades, de los retos que entrañaba cultivar y sembrar con mal tiempo, del coste del ganado y del transporte, así como del aumento de los precios. Muchos eran antiguos agricultores, otros trabajaban en fábricas y también había banqueros. Buena gente. Gente de Pottstown. Gente que Doc conocía de toda la vida. Así que cuando Carl se le acercó una tarde, después de una reunión de los Caballeros Blancos, para hablarle del tema de la judía que retenía de forma ilegal al niño negro sordo, le obligaba a trabajar en su tienda y le impedía ir a la escuela, y eso que una buena escuela estaba deseando acogerlo, Doc se interesó de inmediato. Le dijo a Carl que se pasara por su despacho la semana siguiente.

Conocía a Chona, claro está. Cuando él empezó a visitar pacientes, Chona había acudido a su consulta en una ocasión debido a sus desmayos. En aquella visita, ninguno de los dos quiso dejar patente que él había intentado entablar amistad con ella en el instituto, años atrás. Él quiso creer que ella se había olvidado de aquel asunto. *Él* no lo había olvidado, por eso, cuando ella entró en su consulta, su corazón se puso a latir con una fuerza inusitada, porque a ella el paso de los años la había tratado bien. Los hermosos pechos, las estilizadas caderas, los ojos brillantes seguían ahí, junto con el zapato Skrup enfundado en su pie. El estilo del zapato Skrup, observó, había evolucionado hasta convertirse en un ejemplar esbelto y atractivo, mucho mejor que la costosa caja en forma de ladrillo que adornaba su pie, por el que había pagado un

dineral y que, justo en ese momento, le dolía. Pero ese era el precio de tener principios, algo por lo que estaba dispuesto a pagar.

En aquella visita, mantuvo la profesionalidad, le recetó unos analgésicos y le dijo que si los espasmos continuaban, volviera a llamarlo; se lo dijo con la esperanza de que lo hiciese. Pero nunca volvió a llamar y él se sintió ofendido de nuevo. ¿Acaso creía ella que por tratarse de un médico local no entendía su caso? Tenía amigos médicos en Reading y Filadelfia. Leía las últimas revistas médicas. De hecho, dos médicos le llamaron desde Filadelfia, semanas después de que ella se marchara, pidiéndole su opinión sobre los desconcertantes desmayos de Chona. ¿Qué había descubierto?, le preguntaron. Lo apreciaban más que ella.

Se mantuvo al corriente de su caso cuando estuvo a punto de morir, se sintió extrañamente aliviado cuando se recuperó, y después se ofendió de lo lindo cuando ella tuvo la desfachatez de escribir al periódico quejándose de que él participase, vestido de Caballero Blanco, en el desfile anual. ¿Cómo se atrevía? Aquellos desfiles no hacían daño a nadie. Eran una celebración de la América real.

Todo lo relativo a ese asunto le irritaba. Pero cuando Carl se presentó en su despacho para decirle que Chona estaba escondiendo a un niño negro de doce años, Doc hizo todo lo posible por mantener una distancia profesional, pues su primo no le caía bien. Carl había sido, hasta cierto punto, un gallito en el instituto, pero hoy en día lo que había sido su firme vientre de futbolista le colgaba por encima del cinturón. Sus antaño esculturales hombros estaban caídos. Su rostro, en aquel tiempo perfectamente afeitado, mostraba el rastro de un bigote mal rasurado. Llevaba puesto un sombrero de fieltro desgastado y una corbata barata con manchas de comida. Aun así, Carl lanzó un hueso que Doc no pudo evitar morder.

—El estado te pagará por examinar al chico negro —dijo Carl. Se sentó en el borde de la mesa de Doc y sacó un paquete de cigarrillos. Doc estaba detrás de la mesa mientras hablaban.

—¿Por qué tienen que examinar al muchacho? —preguntó

Doc—. ¿Está enfermo?

—Sordo y posiblemente mudo —dijo Carl, sacando un cigarrillo y encendiéndolo—. El estado quiere enviarlo a una escuela especial. Necesitan el visto bueno de un médico. De eso se trata.

—¿Qué escuela?

—Pennhurst. Tienen una escuela allí.

Doc había estado en la Escuela y Hospital Estatal Pennhurst. Justo al final de la carretera de Spring City. Era un lugar horrible, abarrotado, pero no quiso decir nada al respecto.

—¿Aceptan negros? —preguntó.

—Aceptan a cualquiera que esté loco.

—Sordo y posiblemente mudo no implica locura, Carl.

—¿Te parezco un tablero güija, Earl? —dijo Carl, usando el nombre real de Doc, un signo de familiaridad; y de falta de respeto, pensó Doc con tristeza—. El chico tiene doce años. Hace mucho que no va al colegio. Allí tienen cosas especiales para niños como él. Es mejor que lo que tiene ahora, viviendo en Chicken Hill y trabajando para los judíos de allí. El estado lo quiere. Están gastando mucho dinero haciéndome ir de un lado a otro en su búsqueda. Cada vez que aparezco, nadie sabe nada. Incluso envié a un negro que no fue capaz de sacar nada en claro. Los negros lo esconden allí. Y ella está conchabada con ellos.

—¿Es su hijo? —preguntó Doc.

Carl miró a Doc como si no hubiese entendido sus palabras y luego balbuceó:

—¿Su qué? Está casada, Doc.

—¿Y?

—Sea lo que sea lo que estás pensando, Doc, no quiero saberlo. —Carl le dio una calada a su cigarrillo, pensativo, y luego añadió—: Ahora que lo mencionas, se dicen muchas cosas en esta ciudad. Sobre todo en Chicken Hill. Podría ser.

A Doc se le subieron los colores. Este tipo de conversaciones le hacían sentirse incómodo. Se sentía un poco estúpido. No sabía por qué había sacado el tema.

—Nunca he visto al chico, la verdad —dijo Carl—. Pero por lo que he oído es un negro de color puro. No tiene padre. Su madre

murió no hace mucho.

—¿De qué?

—Tú eres el médico —dijo Carl—. Lo único que sé es que el chico se esconde en la tienda, bajo la protección de la judía y de su marido, el tipo del Teatro y Sala de Baile Auténtico Americano. El marido financia todo el tinglado. Puedo hacer que la policía vaya allí contigo si quieres.

—Que lo hagan ellos. No me metas en eso.

Carl frunció el ceño.

—No es muy inteligente irritar a esos negros de Chicken Hill. Ella tiene mucha influencia sobre ellos. El año pasado, por estas fechas, estuvo a punto de morir, enfermó de no sé qué y los de color se pusieron muy nerviosos. Ella es la que escribió la carta sobre nuestro desfile, ¿verdad?

Doc se encogió de hombros.

—¿Quién lee ese estúpido periódico? ¿Y el negro que enviaste? ¿Ahora el estado tiene investigadores negros?

—No. Él es solo chófer. Lleva al superintendente. Recibimos el soplo de que la señora judía estaba escondiendo al niño en el patio de la vecina de al lado, así que le pagamos un par de pavos extra y le dejamos conducir un coche hasta allí y preguntar por los alrededores. Nadie quiso hablar con él. Se escabulló hasta la parte de atrás para mirar en el patio y dijo que allí debía de haber veinte niños. No fue capaz de distinguir a unos de otros y tuvo que marcharse rápidamente. Dijo que los de color se lo olieron. En Chicken Hill todos son parientes, ya sabes, primos y todo eso. Vamos, Doc, mi supervisor está muy molesto. ¿Me entiendes? Examinas al chaval, firmas y lo meten en Pennhurst. Te pagan por escribir un pequeño informe. Caso cerrado. Pan comido.

—De acuerdo. Escribiré el informe.

—¿No necesitas verlo primero?

Doc se lo pensó un momento. Hacía años que no veía a Chona. No había sido capaz de olvidar a la diosa judía junto a su taquilla en el instituto, aquellos ojos brillantes, aquellos pechos saltarines, los dos jóvenes e inocentes, los prometedores años que tenían por delante. Pero el tiempo había volado. Los dos eran

personas de mediana edad. Aunque todavía tenían algo en común. *Zapatos Skrup*. Eso era ya era algo. Tal vez Chona y él, después de todo, se parecían. «Tal vez su marido sea como mi esposa», pensó. «Un perdedor. Un desastre. ¿Por qué no? ¿Cómo serían las cosas entonces?»

Asintió con la cabeza.

—Muy bien, Carl. Iré a ver al chico. Que la policía se mantenga al margen de momento.

11

Se acabó

Eran casi las dos de la tarde cuando la bombilla del techo parpadeó en medio de la Tienda de Comestibles el Cielo y la Tierra, que servía para indicarle a Dodo que alguien iba a entrar. Pero la bombilla tenía su complicación. A veces parpadeaba sola, o el temblor del suelo la hacía saltar. Así que cuando parpadeó la primera vez, Dodo no le hizo caso, porque era primera hora de la tarde, la hora con menos actividad en la tienda. La tía Addie había ido a por hielo. El señor Moshe se había ido al teatro. Pocos clientes entraban a esa hora.

Estaba de pie en la trampilla con escalera que conducía al sótano, con la cabeza casi a ras de suelo, oculto tras la vitrina de la carnicería para que no pudiera verlo nadie que entrara en la tienda. Menos mal, porque cuando la luz parpadeó por segunda vez, vio que la señorita Chona, sentada en una alta silla tras el mostrador, tomó su bastón y se colocó en la parte delantera del mostrador. Cuando la vio caminar unos pocos pasos para llegar al otro extremo del mostrador le daba la espalda a Dodo, pero cuando se dio la vuelta al final y se dirigió al centro de la tienda para saludar al visitante, pudo verle la cara por primera vez. La angustiada mirada de ella hizo que Dodo se quedara paralizado.

La señorita Chona no era una mujer que perdiera la calma con facilidad. A pesar de los extraños temblores y de las ocasionales convulsiones provocadas por su discapacidad, se desplazaba de un lado a otro de la tienda sin problemas, llevando a cabo todo tipo de tareas. Si había que levantar una caja, intentaba hacerlo ella misma. Si había que apilar comestibles o clasificar verduras, se ponía manos a la obra. No le gustaba que la ayudaran, por lo que

Dodo había aprendido a mantenerse al margen a menos que se lo pidiera. Únicamente le dejaba hacer un trabajo en el que poder ir a su aire, porque él odiaba quedarse quieto, y era cuando ella se ponía a leer. Dodo nunca había visto a nadie a quien le gustase tanto leer. Se pasaba el día leyendo. Le recordaba a su madre. Pero su madre leía básicamente la Biblia. La señorita Chona leía de todo —libros, revistas, periódicos— y animaba a Dodo a que también lo hiciese. En los últimos cinco meses, gracias a su estímulo, había empezado a gustarle lo de leer, aunque no tanto como ella habría querido. Sobre todo, fingía que le gustaba, para tenerla contenta. Suponía que algún día, cuando fuera mayor, se sentaría a leer uno de los muchos libros que ella le había regalado en lugar de simplemente fingir que lo hacía. Aunque todavía faltaba un tiempo para eso. Prefería trabajar en la tienda y jugar en el patio de la casa de al lado con los hijos de la señorita Bernice. Era el único lugar por el que le permitían pasear libremente. Empezaba a sentirse, en cierto sentido, como un prisionero. No era justo. Lo que él quería era ir libremente de un lado para otro del barrio, como antes. Pero la señorita Chona y la tía Addie se lo habían grabado a fuego en la cabeza. «Quédate cerca. Cuidado con el hombre del estado. Quiere llevarte a una escuela especial. Y tú no quieres que te lleven allí.»

Dodo no tenía ni idea de cómo era el hombre del estado, pero el destello de terror que apareció en los ojos de la señorita Chona al ver a aquel cliente al otro lado del mostrador de la carnicería, le paralizó y de forma instintiva bajó la cabeza unos centímetros hacia el sótano.

Nadie podía verlo desde donde se encontraba a menos que se inclinara por encima del mostrador y mirase directamente hacia la abertura de la trampilla. Él tampoco podía ver con claridad quién estaba al otro lado del mostrador. Pero podía sentirlo, y eso era suficiente. Sentirlo y olerlo. Vibraciones, casi tan efectivas como la vista y el oído. Y lo que estaba sintiendo en ese momento no indicaba nada bueno.

Todavía de pie en la escalera, presionó con el dorso de la mano las tablas del suelo a su izquierda. Reconoció el rebote

irregular que provocaban las pisadas de la señorita Chona a medida que se acercaba al centro de la tienda. Tras ella, un sonido desconocido, el extraño clonc, clonc de unos pasos similares procedentes de la entrada de la tienda. Los dos golpes se detuvieron frente a la vitrina de la carnicería, a menos de metro y medio de su cabeza.

Pudo ver la cara de la señorita Chona al otro lado del mostrador de la carnicería. La expresión de alarma en sus ojos mientras hablaba con el visitante, un hombre que llevaba puesto un sombrero de fieltro y un abrigo negro; un personaje inquietante.

Entonces el hombre volteó ligeramente la cabeza un segundo y Dodo pudo ver su perfil. El pánico ascendió por su garganta cuando vio de quién se trataba.

Doc Roberts.

Para los blancos de Pottstown, Doc Roberts tenía el típico rostro moteado que aparecía en las cajas de cereales para el desayuno. El amable y gentil médico rural. Amigo de todos, el partero de confianza, hombre de bien, presbiteriano. Pero para los negros de Chicken Hill, Doc era poco menos que un chiste: «¿Por qué ir a ver a Doc Roberts y pagar para morir?». Para los niños negros del barrio entrañaba un temor especial, tenían pesadillas con él, pues las madres lo invocaban cuando querían asustar a sus hijos para que se durmiesen. Aquellas madres cuyos hijos corrían inquietos más allá de la hora de irse a la cama irrumpían en los dormitorios a oscuras y les advertían: «Si no cerráis los ojos ahora mismo, os llevaré a Doc Roberts», lo que congelaba de inmediato las risitas y las carcajadas. A los niños que se negaban a tragar aceite de hígado de bacalao o alguno de aquellos horribles remedios caseros que se utilizaban para curar resfriados, fiebres y males desconocidos, se les decía: «Tómate esta medicina ahora mismo o iré a buscar a Doc Roberts. El viejo Doc te la dará... en la cárcel», y por el gaznate les bajaba de inmediato el horrible brebaje en cuestión. A Dodo le daban miedo los médicos. Cuando aquella estufa le explotó en la cara, su madre le hizo esperar tres largos y dolorosos días hasta que reunió el dinero para llevarlo en tren a un médico de color en Reading. El médico de color le cubrió

la cara hinchada con firmeza y sin ceremonias y le vendó los ojos y las orejas, lo que le dejó indefenso. Cuando le quitaron las vendas, el problema de los ojos fue desapareciendo poco a poco, y Dodo vio llorar amargamente a su madre mientras pronunciaba las palabras «infección» y «médico» ante el tío Nate y la tía Addie. Pero ni ella, ni el tío Nate ni la tía Addie se plantearon la posibilidad de llevarlo a Doc Roberts para ver si mejoraba. Daba la impresión de que Doc Roberts era el problema.

Y ahora se encontraba a metro y medio de distancia, hablando con la señorita Chona.

La señorita Chona había apoyado la mano izquierda en el mostrador y daba con ella golpecitos nerviosos. Doc estaba de espaldas a Dodo, así que no podía leerle los labios. Pero sí podía ver la boca a la señorita Chona y, desde su ventajosa posición, vio cómo la conversación se deterioraba con rapidez, pasando de extremadamente educada a tormentosa.

—Un tiempo maravilloso... Llovió la semana pasada... ¿Tanto tiempo ha pasado?... Instituto... Graduación... Estoy bien —dijo ella.

Pero no era eso lo que su aspecto daba a entender. Tenía la cara pálida y la mano izquierda le temblaba ligeramente. Al darse cuenta de ello, Dodo sintió pánico, pues era la señal de que estaba a punto de desmayarse o, peor aún, de sufrir una de sus convulsiones. Había sido testigo de ello anteriormente y le aterrorizaba. Durante la última semana, había visto sus movimientos débiles y temblorosos, y eso, según le había dicho la tía Addie, era una señal. De hecho, justo antes de que la tía Addie fuese a comprar hielo, no hacía ni veinte minutos, se empeñó en decirle que vigilara con atención a la señorita Chona, que no la dejase agarrar nada y que estuviera atento para que no se cayese al suelo. «No te alejes de ella», fueron sus palabras. Únicamente había bajado al sótano en busca de las cajas de latas porque la señorita Chona había insistido en que lo hiciese. Intentó darse prisa, pero obviamente no había sido lo bastante rápido, pues ahora estaba atrapado en la trampilla que se abría detrás del mostrador y no sabía si dejarse ver, pues no quería que la señorita Chona cayese al

suelo mientras él estaba allí abajo. Si algo así ocurría, se vería obligado a lidiar con la ira de la tía Addie.

Justo cuando estaba a punto de asomar la cabeza por la trampilla, la señorita Chona separó la mano izquierda del mostrador y señaló hacia la parte delantera de la tienda, lo que hizo que Doc se diera la vuelta y mirase hacia la puerta principal. En ese instante, con la cara de Doc vuelta hacia otro lado, ella miró a toda velocidad hacia la trampilla y extendió la mano izquierda, con la palma extendida y los dedos separados, como los policías de tráfico, dando a entender: «¡Quédate ahí!», para que no se moviese.

Sintió el impulso de bajar corriendo por la escalera hacia la relativa seguridad del sótano, pero Doc se había vuelto hacia ella de nuevo, y el chico se quedó mirando alarmado mientras la conversación se caldeaba rápidamente, viendo solo los labios y la cara de la señorita Chona desde la trampilla mientras hablaba, con el rostro enrojecido por la ira:

—Marchar en tu desfile... Tu problema... Vergonzoso... Impuestos... Yo también soy norteamericana.

Esto último lo dijo de muy mal humor, señalando a Doc con mano temblorosa. Vio cómo al doctor se le enrojecía la nuca y encorvaba los hombros al responder. Ahora estaban discutiendo, de eso no cabía duda, y el rostro de la señorita Chona, que había mostrado sorpresa cuando se abrió la puerta, ahora estaba tenso debido a la rabia, con las cejas arqueadas mientras proseguía con su diatriba.

—La gente de color... Los negros... No sabes de lo que hablas... La policía.

Vio cómo Doc respondía, moviendo la cabeza mientras gritaba, interrumpiéndola. Estaba a punto de responder, pero justo al abrir la boca para hablar, la señorita Chona palideció, jadeó y puso los ojos en blanco, su cuerpo se agitó violentamente durante un segundo y, de repente, la perdió de vista, su rostro desapareció al otro lado del mostrador de la carnicería. Era como si alguien hubiese tirado de ella desde un agujero en el suelo.

Dodo no necesitó oír nada para saber lo que había ocurrido. El golpe hizo temblar el suelo y Dodo entendió que había caído

como un saco de patatas.

Se llevó una mano a la boca de manera instintiva, pues sabía por experiencia que hasta sus más insignificantes balbuceos provocaban ruido; lo había aprendido con el tío Nate, cuando salían de caza. «No hagas ruido. Tápate la boca o espantarás a la presa.» Pero ahora no se trataba de una salida de caza con el viejo rifle del tío Nate, que te tumbaba con el retroceso cuando escupía fuego por el cañón al disparar a un ciervo o a una ardilla. La actual explosión surgió de su interior, cuando el miedo retumbó por todo su cuerpo al notar el temblor del suelo y, durante unos segundos, no fue capaz de recordar dónde se encontraba. Muchos meses más tarde, recordaría el siniestro *golpe* que le cambió la vida y que le atravesó la mano izquierda que tenía debajo de la tabla del suelo, y cómo esa misma mano izquierda le había golpeado la boca con TANTA fuerza que se mordió el labio, aferrándose a la escalera de la trampilla con el brazo derecho, introduciéndolo entre los peldaños. De no haber dispuesto de ese brazo, se habría caído escaleras abajo, pues en ese momento sus piernas cedieron y se sintió abrumado por la misma sensación que había tenido cuando, tres años antes, arrodillado ante la estufa de la casa de su madre, esta estalló, lanzándole fragmentos de hierro caliente contra el pecho, los brazos y la cabeza, que él sintió como un millar de cuchillos, tan calientes que no dejó de sentir frío durante semanas. El dolor de cabeza llegó a ser tan intenso que se convirtió en un ser vivo. El ardor que sentía en los ojos era tan insoportable que sus oídos, eso pensó él, se habían cerrado como mecanismo de defensa. Por eso, cuando le quitaron las vendas, fue tambaleándose de un lado a otro con gafas de sol durante meses, cosa que odiaba. El hecho de que el sonido hubiese desaparecido del mundo le resultó un efecto casi secundario con respecto al verdadero problema: la repentina enfermedad de su madre, cuya vida parecía ir desvaneciéndose a medida que sus oídos, poco a poco, se iban sellando. Después el tío Nate, la tía Addie, ¿y más tarde qué? Tan solo la señorita Chona y sus oídos. A veces oía débilmente algunas cosas. El petardeo del motor de un coche. El caballo del verdulero al pasar tirando del carro. Pero la vista y el oído habían sido sustituidos por la vista y

las vibraciones y los ruidos que surgían de su interior. Dentro de su corazón. De ahí que, cuando la señorita Chona cayó al suelo, le dio la impresión de oír cómo su propio corazón se quebraba, como si ese sonido existiera, algo que se rompía, en lo más profundo de su ser, porque una parte de él sabía que nunca volvería a verla del mismo modo, si es que volvía a verla. Se iba..., se iba..., se fue. Igual que su madre. Como sucedía con todas las cosas.

Ese pensamiento les devolvió la fuerza a sus temblorosas piernas y se impulsó hacia arriba, se armó de valor a toda prisa y salió por la abertura de la trampilla, saltó como un gato y se agazapó detrás del mostrador de la carnicería. La parte de delante del mostrador era de cristal. Dodo miró a través de la vitrina en silencio, respirando con dificultad. Lo que vio entre los pies de cerdo, las lonchas de carne, los codillos de jamón, las diferentes partes de vaca y la carne picada que había en la vitrina iba a cambiar su vida para siempre: Doc Roberts, de espaldas a él, estaba agachado sobre el cuerpo tendido en el suelo de la señorita Chona.

Todos y cada uno de los caminos que Dodo había recorrido hasta ese momento, cada cruce, cada desvío, cada movimiento, los había llevado a cabo siguiendo las normas de los adultos que conformaban su mundo y en los que confiaba: su difunta madre, su tío Nate y su tía Addie, su primo Rusty, la señorita Paper, incluso la sombría señorita Bernice, la vecina de al lado. Para el resto del mundo, era un chico de color «lento» o «débil mental», pues no le conocían bien. Las meticulosas instrucciones que había recibido en los meses anteriores por parte de esas mismas personas, entre las que se incluía la señorita Chona, le habían conducido hasta ese punto exacto: «Mantente cerca. Hazte el tonto. No salgas de la tienda. No te aventures más allá del patio de al lado, el de la señorita Bernice. No corras. Finge que no entiendes». Haber hecho lo contrario, comprendió, habría supuesto un desastre para él. La señorita Chona, de hecho, le había repetido esas mismas instrucciones hacía apenas unos segundos, antes de caer al suelo, con la mano extendida. «Quédate ahí», le había dicho. «Quédate ahí. No te muevas. El problema pasará.»

Pero ahora...

Fue pensar en la tía Addie, en su previsible furia —peor aún, en su decepción—, lo que le hizo poner el pie encima del mostrador y saltar por encima.

Solo tenía doce años, así que para él el sexo tenía más que ver con extrañas imágenes que se había formado en la mente, y con cierta curiosidad ocasional por una de las hijas de la señorita Bernice, a la que prefería por razones de las que no estaba muy seguro. Entendía que las niñas eran necesarias, pues algún día se convertirían en mujeres, y él las necesitaría en su vida, como ellas lo necesitarían a él, pero hasta entonces suponían un obstáculo en su búsqueda diaria de canicas, rocas y piedras, para hacerlas saltar sobre la superficie del arroyo que corría por detrás de los patios de El Cielo y La Tierra y de la casa de la señorita Bernice. Las niñas no eran importantes. Pero, por lo que parecía, Doc no estaba de acuerdo, porque le estaba acariciando el pelo e introduciendo las manos por dentro de la ropa a la señorita Chona de una manera que provocaba que el niño no pudiese respirar.

La señorita Chona se había desmayado. No cabía duda de que había tenido uno de sus ataques —apenas duraban unos pocos segundos—, pero después, por lo general, la tía Addie la colocaba de lado, le limpiaba la cara y, al cabo de unos minutos, mejoraba y se incorporaba hasta sentarse. Pero Doc no esperó a que se sentara. Le dio la vuelta y, cuando cesó el ataque, la volteó para que quedara boca arriba. Con un rápido gesto, le pasó la mano derecha por el pecho y lo apretó. Luego la sujetó con la mano izquierda y le apretó el pecho con la otra, trajinando por debajo de la blusa, inmovilizándola mientras le acariciaba el vientre y después la entrepierna, subiéndole el vestido y dejándola con las piernas al aire hasta el muslo, su bota incómodamente expuesta, la blusa arrugada por el punto en el que Doc había pasado las manos con total libertad. Iba a convertirse en un recuerdo que perduraría mucho más tiempo de lo que al chico le habría gustado.

Dodo no recordaba haber gritado. Y, más tarde, cuando le preguntaron al respecto, insistió en que no había gritado, aduciendo que, en caso de haberlo hecho, lo sabría.

—Sé guardar silencio —le dijo a su tía Addie.

Pero eso fue después, mucho después. En ese momento, saltó por encima del mostrador sin pensarlo dos veces y golpeó a Doc, provocando que este chocase contra los estantes de latas y galletas que había detrás de él.

Nunca había tocado a un hombre blanco, en toda su vida, y se sorprendió de lo blando y gordo que sintió el cuerpo de Doc, de la facilidad con la que voló hacia atrás cuando se abalanzó sobre él, apartándolo de la señorita Chona y haciéndolo chocar contra las estanterías, de las que cayeron los comestibles en cascada sobre los tres.

Doc se recuperó y lo apartó de un empujón, pero antes de poder levantarse, Dodo ya estaba de pie y volvió a abalanzarse sobre él como un jugador de fútbol americano. Dodo era delgado pero fuerte, y con su peso y su fuerza inmovilizó a Doc. El chico, a pesar de lo que le dijeron, no recordaba haber golpeado a Doc con los puños, porque la señorita Chona sufrió un segundo ataque justo en ese momento y, aunque normalmente duraban segundos, fue peor que el primero y duró mucho más.

Ver cómo se debatía Chona parece que despertó una nueva fuerza en Doc, y el chico pudo sentirla vibrar y supo que estaba gritando. Dodo hizo caso omiso de los gritos, le mantuvo inmovilizado contra la estantería con la cabeza y los hombros, al tiempo que echaba un vistazo hacia la señorita Chona, que se agitaba ahora vigorosamente, con salvajes espasmos. Sintió unas manos en su cuello. Doc intentaba estrangularlo y Dodo, realmente, se vio luchando por su vida. Sintió la furia de Doc, se zafó de sus manos y le empujó contra la estantería con más fuerza, pero Doc no iba a rendirse y el chico levantó la cabeza justo a tiempo para sentir cómo Doc le golpeaba. De forma instintiva, Dodo le golpeó dos veces, con fuerza, en la cara. La boca de Doc dejó de moverse por un momento y le brotó sangre de los labios. En ese preciso instante, el chico entendió que estaba en serios problemas.

Con el rabillo del ojo, Dodo vio parpadear la luz del techo, indicando que la puerta principal se había abierto, y entonces la tía Addie se abalanzó sobre la señorita Chona. Al mirar a su tía,

aligeró su presión sobre Doc, que pudo de ese modo arrojarlo al suelo y arrastrarse hasta la señorita Chona, que se estremecía violentamente, golpeando con la cabeza contra el suelo. La tía Addie colocó una mano bajo la cabeza de la señorita Chona, que tenía la boca abierta. Vio que la tía Addie echaba un vistazo al mostrador y, sin que nadie se lo dijera, Dodo saltó por encima de este, tomó una cuchara y se la tendió a la tía Addie.

—Intentaba ayudar —gritó Dodo.

La tía Addie le ignoró y metió la cuchara en la boca de la señorita Chona mientras Doc se acercaba a ellas. Ambos se acuclillaron junto la señorita Chona, tratando de poner fin a sus espasmos; Doc le colocó las manos bajo la espalda. No daba la impresión de que fuese a parar de dar sacudidas nunca.

La tía Addie, que aún sostenía a la señorita Chona de lado, se volvió hacia Dodo y él vio cómo movía los labios, diciendo con calma:

—Trae agua. Deprisa.

Dodo obedeció.

Tras un buen rato, la señorita Chona dejó de forcejear y se quedó quieta, con los ojos cerrados, como si estuviese muerta, con Addie a su lado y varios vecinos que habían entrado en la tienda y le estaban cubriendo la cara con toallas. Dodo miró con ansia hacia la puerta. Doc se había ido. Se percató de que los vecinos que estaban ordenando las estanterías y apilando los objetos caídos le miraban nerviosos. Varios residentes de Chicken Hill también miraban desde el otro lado del escaparate de la tienda.

La tía Addie le secó la cara a la señorita Chona, le acarició el pelo y le alisó la ropa. Con una rápida mirada le dio a entender a Dodo que estaba furiosa. Él se acercó a ella y le tocó el hombro. Quiso explicárselo, pero ella no quiso atenderle y se puso a hablar con un vecino. Dodo vio cómo movía los labios. ¿Qué estaría diciendo?

Entonces alguien le palmeó en el hombro y señaló hacia la puerta principal.

Alzó la vista.

Doc estaba de vuelta y le acompañaban dos policías. Detrás

de los tres hombres, pudo ver a varios vecinos observando atentamente con gesto adusto.

Doc le señaló. Dodo leyó claramente sus labios.

—Ahí está —dijo.

No le quedaba más remedio que echar a correr. Se puso en pie de un salto, entró en la trastienda y salió por la puerta trasera, con un agente de policía pisándole los talones. Atravesó a toda velocidad el patio, esquivando a la solitaria vaca que la señorita Chona tenía para vender leche *kosher,* pero cuando llegó al terraplén del arroyo, en un extremo del patio, entendió que ya no tenía hacia dónde correr. Sin embargo, era un chico rápido y ágil, así que giró sobre sí mismo, se agachó a toda velocidad y esquivó al agente, después esquivó al segundo agente, que venía detrás, y regresó corriendo hacia el edificio. Sabía que no podía volver a entrar. Por eso se dirigió a la escalera de incendios que colgaba de la ventana del segundo piso. Estaba a dos metros del suelo, fuera de su alcance, pero había un cajón que guardaba al pie de la escalera para ese propósito. De un salto, se subió en la caja, agarró un peldaño de la escalera con una mano y luego se impulsó con la otra hacia arriba y ascendió por los peldaños hacia el tejado.

El tejado era plano. Se le ocurrió que tal vez podría correr hasta la fachada del edificio, descender por ella de algún modo — algo en lo que había pensado alguna vez, pero sin intentarlo nunca — y llegar hasta las vías del tren. Conocía todos los recovecos de aquellas vías. Conocía la mayoría de los trenes que circulaban por allí. La policía nunca lograría atraparlo.

Pero cuando llegó al tejado, un tercer policía salió por la puerta por la que se accedía al desván de la tienda y corrió hacia él; estaba a unos diez metros de distancia. Dodo se detuvo en seco, corrió hacia la escalera por la que había subido y miró hacia abajo. Los dos policías estaban subiendo y no eran lentos precisamente. Estaba aterrorizado. Tenía que escapar. Miró a los policías que se retorcían por la escalera, miró detrás al policía que se acercaba por su espalda y miró hacia el patio. Desde aquella altura no parecía estar lejos; no demasiado, en cualquier caso. Podía saltar y cruzar el arroyo para ponerse a salvo. Ya había saltado de trenes, y estos

eran bastante altos.

Saltó justo en el momento en que la mano extendida del policía que estaba en el tejado le rozaba el cuello. No llegó a agarrarlo. Pero al tocarlo estropeó su despegue. Dodo sintió que daba vueltas sobre sí mismo y después de arriba abajo. Luego le alcanzó una dulce oscuridad, al tiempo que el silencio que habitaba en el interior de su cabeza estallaba en forma de crujido para volver a apagarse al instante. Y ese silencio sí fue real.

Segunda parte
Atrapado

12

Monkey Pants

Monkey Pants fue la primera persona que Dodo conoció en el pabellón C-1. Estaba tumbado en la otra cuna de la habitación. Un niño más o menos de su edad, a unos veinte centímetros de distancia. Estaba metido dentro de una especie de cuna de acero pegada a la de Dodo, donde este yacía, encogido, tras los barrotes de acero en una calurosa y abarrotada sala en la que había noventa camas. Era el primer golpe de suerte que Dodo había tenido en mucho tiempo.

El niño de al lado era bajito, dolorosamente delgado, blanco y de pelo castaño; tendría unos once o doce años, supuso Dodo. No llevaba bata de hospital, sino un pañal y una camiseta, y se había contraído de una forma que parecía imposible: tumbado de costado, hecho un ovillo, con el cuello y los hombros encorvados, enroscado hasta formar una maraña de manos y pies retorcidos, con una pierna a la altura de la cara —el tobillo rozaba la barbilla — y la otra perdida en una cacofonía de brazos, codos, rodillas y dedos deformados, con una mano fuera de ese maremágnum de miembros sobre el pecho para taparse los ojos. Daba la impresión de que el muchacho había hecho un nudo de su propio cuerpo para esconderse de sí mismo.

Dodo nunca había visto nada igual. Pero como estaba retorcido de forma inimaginable, enroscado como un primate, Dodo lo llamó Monkey Pants, porque parecía un mono sin pantalones. A decir verdad, Dodo nunca llegó a saber su nombre.

Ver a Monkey Pants de aquella guisa fue lo que le devolvió a Dodo la conciencia de la realidad, ya que a la explosión de sufrimiento que se abatió sobre él durante los primeros días en el

Hospital Estatal Pennhurst para dementes y débiles mentales, fueron a sumarse las heridas sufridas al caer desde el tejado de la tienda de la señorita Chona. La caída lo redujo a un estado de inmovilidad absoluta. Se rompió los dos tobillos, la cadera y el peroné de la pierna derecha. Permaneció en el hospital de Pottstown, esposado a una cama, con las piernas colgando, durante una semana. Ni siquiera le quitaron las esposas cuando recobró el conocimiento, a pesar de tener las piernas inmovilizadas. Obviamente, los policías estaban furiosos.

Sí le quitaron las esposas cuando llegó en camilla a la oficina de admisiones de Pennhurst, donde lo examinó otro médico.

Llegó sumido en la confusión, ya que lo habían llevado a la sección hospitalaria de la institución, no de vuelta a casa para enfrentarse a la bronca por el desastre que había montado en casa de la señorita Chona. El hecho de que la tía Addie y el tío Nate no estuvieran en el hospital no le puso sobre aviso, porque nunca había estado en un hospital, ni siquiera después de perder el oído. Simplemente, supuso que los blancos del hospital lo estaban preparando para la llegada de sus tíos, que no tardarían en llevarlo de vuelta a casa.

Pero a medida que fueron pasando los minutos tumbado en la camilla, y al no ver a sus tíos por ninguna parte, empezó a impacientarse y le dio por forcejear intentando levantarse de la camilla. Dos celadores lo sujetaron mientras el médico le inyectaba algo que le produjo un consistente mareo y que, en cuestión de segundos, hizo que todo se desdibujara.

El médico midió su estatura, estimó su peso, le movió los brazos, comprobó sus ojos, habló brevemente con Dodo, que no logró entender ni una palabra porque el médico hablaba entre dientes con acento extranjero. De todos modos, aunque no hubiese hablado entre dientes, la niebla en la que estaba sumido hacía imposible que Dodo descifrase lo que le decía el médico. Al médico le llevó media hora declararlo imbécil.

Los celadores le pusieron una bata de hospital y recogieron sus efectos personales, que alguien, seguramente la tía Addie, había empaquetado con sumo cuidado, y entre los que se incluían

una camisa, una corbata, algunas cosas pequeñas, zapatos, calcetines y varias canicas que Dodo siempre llevaba consigo a modo de amuleto y que la señorita Chona le había regalado; todo ello lo metieron en una bolsa. Dodo nunca volvió a ver sus pertenencias.

Lo colocaron en una camilla con ruedas y atravesaron dos series de puertas y varios pasillos largos. En ese momento, algo terrible empezó a filtrarse entre la densa niebla que se había apoderado de su cerebro. Su sentido del olfato, siempre fino, se había agudizado aún más desde que perdió el oído, y eso le llevó a captar la ligera sensación de un olor nuevo y terrible, apenas un matiz, como una especie de advertencia, algo muy leve, como un hilito que se soltase de una camisa, cuando se despertó por primera vez; el olor se elevó rápidamente y desapareció, como un duende que, de repente, asomase la cabeza por encima del suelo durante un instante y luego desapareciese. Tan solo un breve atisbo de algo horrible.

Pero ahora, mientras dejaba atrás, tumbado en la camilla, los alegres, pulidos y relucientes suelos de la oficina de admisiones y atravesaba varias series de puertas y pasillos, un túnel subterráneo y una rampa, la alegre atmósfera dio paso a un corredor en penumbra, y aquel olor espantoso empezó a ocuparlo todo, transformándose como si cobrase vida propia. Daba la impresión de brotar de las paredes de granito a medida que la camilla avanzaba, como si fuese musgo o enredaderas que surgiesen del suelo para cubrir las paredes. Aquel olor era algo vivo, respiraba y se apropiaba de las paredes, las ventanas y, en última instancia, de él, pasando de ser un olor fuerte a algo horrible y abrumador. Sintió que se ahogaba. Mientras la camilla recorría los pasillos, doblando una esquina tras otra, creyó que iba a desmayarse, pero el movimiento lo mantuvo consciente. El olor, por otra parte, le invadía una y otra vez, cada vez con más fuerza, transformándose en una vida nueva de la misma manera que crecían sus girasoles en el patio de la señorita Chona. Le encantaba verlos crecer y olerlos. Olían tan bien que, en más de una ocasión, imaginó que era la propia fragancia la que creaba las flores, y no al revés. Aquella

fragancia atesoraba maravillosos mensajes. Hermosos. Alegres. Felices. Pero los olores en el hospital transmitían un mensaje diferente. Hablaban de crueldad. Ira. Profunda soledad. Y muerte. Y a medida que la camilla atravesaba aquellos pasillos, Dodo notó cómo se le contraía la boca del estómago y, finalmente, el contenido de su estómago ascendió por su garganta.

Levantó la cabeza y vomitó por encima de la camilla. El vómito cayó sobre los pantalones de uno de los celadores que le acompañaban, lo que provocó que los dos hombres se detuvieran, desapareciesen durante un momento y regresaran con una camisa de fuerza. Lo sentaron —con las piernas aún colgando—, se la colocaron alrededor del pecho y los brazos, apretaron las correas y reemprendieron la marcha. Hicieron rodar la camilla hasta llegar a la esquina más alejada de una amplia sala repleta de camas —el pabellón C-1— y allí lo dejaron.

Intentó incorporarse, pero no podía moverse, así que se tumbó boca arriba, agotado. Sollozó durante un rato y luego se durmió.

Cuando se despertó, giró la cabeza para mirar a su alrededor, lo primero que vio fue a Monkey Pants.

Solo les separaban unos veinte centímetros, y al ver por primera vez a Monkey Pants, retorcido hasta formar un horrible nudo, Dodo volvió a echarse a llorar.

Monkey Pants no parecía inmutarse. Aparentemente impasible, un ojo observaba con indiferencia a través de la maraña de brazos y piernas el llanto de Dodo. Al percatarse de su indiferencia, sintió que estaba siendo cruel, por lo que decidió hablarle a alguien de Monkey Pants y, para empezar, no volver a mirarle.

Dodo tenía las piernas suspendidas y no podía ponerse de lado, pero podía girar la cabeza, así que miró en otra dirección.

No había nadie a ese otro lado, aunque no le resultó tranquilizador. En aquella abarrotada sala había varias hileras de camas, todas, gracias al cielo, vacías, pues era de día y, al parecer, todos se habían ido a otra parte.

Así que se volvió hacia Monkey Pants, que lo miraba con

aquel ojo suyo por entre la maraña de brazos y piernas.

Los dos chicos estuvieron mirándose durante un largo rato y, en ese momento, Dodo experimentó su segundo golpe de suerte del día; el primero había sido que lo dejasen en la sala a mediodía, cuando los celadores ya habían llevado a los desafortunados pacientes a la sala diurna. Y es que la enfermera que se encargaba de Monkey Pants, cuya afección, al cabo de treinta años, quedaría definida dentro del laberinto de la terminología médica como «parálisis cerebral», un término torpe e inútil, casi tan inútil como la idea de recluir a un niño con esa clase de problemas físicos en un manicomio donde normalmente se le sedaba todas las mañanas, se había olvidado de él. Cuando Dodo miró fijamente a Monkey Pants a los ojos, pudo apreciar, con total claridad, que se trataba de un niño.

—Monkey Pants —dijo.

El niño solo podía verle con un ojo, el otro se lo tapaba con una mano. Pero el ojo con el que miraba a Dodo se movió ligeramente. Apenas alzó la ceja. Entonces Monkey Pants movió los dedos y dejó a la vista un segundo ojo.

Dodo creyó apreciar algo parecido a una risita en el rostro de Monkey Pants.

No pudo oír nada, pero la maraña de miembros tembló ligeramente. Dodo sabía cómo era una risita agradable.

El hecho de que Monkey Pants se riera de él le irritó, así que volvió a decirle:

—Monkey Pants.

Y esta vez sí lo vio. Con toda seguridad. Monkey Pants bajó la mano y su boca esbozó una retorcida sonrisa. Luego habló.

Su cara se retorcía debido al esfuerzo y Dodo no podía entenderle en absoluto, porque solo era capaz de leer los labios y los labios de Monkey Pants se movían de forma extraña. Pero Dodo se sintió muy agradecido de hablar con una persona viva. Era como si alguien hubiese abierto una ventana y hubiera entrado por ella una ráfaga de aire fresco. No habían permitido que nadie lo visitase en el hospital. Había captado, de los labios de uno de los policías que custodiaban su habitación mientras hablaba con una

enfermera, algo relativo a su tendencia a atacar a otras personas. Y aunque no tuvo oportunidad de explicarle a nadie, ni siquiera a la tía Addie, lo que había ocurrido, sabía que cuando en un problema estaban implicados los blancos, el problema adquiría otra dimensión. Si la señorita Chona estuviera allí, lo aclararía todo. Ella le ayudaría a explicarse. La tía Addie y el tío Nate estarían enfadados, pero también le ayudarían. ¿Dónde estaban? Le asaltó entonces el recuerdo de la señorita Chona tirada en el suelo con el vestido remangado, temblando como una loca, y la pelea con Doc Roberts, y el gesto de furia de la tía Addie al verlo huir de la policía, y se sintió totalmente abrumado y volvieron a brotarle las lágrimas.

Le picaban las piernas debido a las escayolas. Le dolía la cabeza. Necesitaba ir al baño y temía mancharse. Tenía una sed atroz. Levantó la cabeza y miró a su alrededor. No había ni un alma. Había camas vacías por todas partes y, en medio de la pared del fondo, una garita acristalada en la que se sentaban los celadores para vigilar a los pacientes. La garita estaba vacía.

Se volvió hacia Monkey Pants y sollozó:

—Quiero irme a casa.

Monkey Pants se movió. El espasmo de brazos y piernas enredados pareció hacerse más intenso cuando, muy despacio y con evidente dolor, apartó el brazo que tenía alrededor de su cabeza, dejando al descubierto una oscura cabellera y un rostro anguloso y apuesto. Su boca volvió a moverse, pero como su rostro se contrajo, Dodo no pudo leerle los labios. Sacudió la cabeza, pues no comprendió lo que decía.

Monkey Pants se detuvo un segundo, reflexionó y luego movió los ojos.

Miró a la izquierda. Miró a la derecha. Miró hacia arriba. Miró hacia abajo.

Dodo, mirándole fijamente, gritó llevado por la impaciencia:

—¿Qué estás haciendo, Monkey Pants?

Mucho tiempo después fue consciente de su buena suerte. Aquel primer día, estuvieron los dos solos en el pabellón, lo que fue un golpe de suerte increíble, ya que su lesión y un diagnóstico

erróneo de sus capacidades mentales le habían llevado al pabellón de las llamadas bajas capacidades. Los celadores, cumpliendo con el desfile diario, se habían llevado a todos los instalados en dicho pabellón, un lamentable grupo de seres humanos drogados, noventa hombres en total, a la sala de día, una habitación sin más muebles que dos bancos en los que sentarse para mirar por la ventana durante horas, tirarse excrementos unos a otros y golpearse la cabeza contra las paredes si les apetecía. Aún no habían llegado los dos pacientes asignados para limpiar la sala de orines y heces y pulir el suelo con una pulidora antes de centrar su atención en los dos «bebés», Dodo y Monkey Pants, dos niños entre todos aquellos hombres, para limpiar sus camas y sus desechos corporales, moviéndolos de un lado a otro como trozos de carne. Es decir, estaban solos. Y durante las primeras cuatro horas, Monkey Pants le dio a Dodo una detallada conferencia sobre el fascinante y extraordinario arte de sobrevivir en una de las peores y más antiguas instituciones mentales de Estados Unidos.

Aunque no fue nada fácil. Ver a Monkey Pants dar una conferencia era como ver a un pulpo intentando darle la mano a un lanzallamas. Nada funcionaba como debía. El muchacho se esforzaba por comunicarse. Se le contraía el pecho. Fruncía los labios. Sus extremidades se agitaban de un modo salvaje, con ráfagas espasmódicas; daban la impresión de seguir su propio criterio sobre la dirección que querían tomar. El esfuerzo era titánico, agitaba los miembros, movía la boca siguiendo estallidos ininteligibles, deteniéndose al sentirse agotado, para proseguir justo después de recuperar el aliento… y agotarse de nuevo. Todo esto tuvo lugar varias veces antes de que Dodo dedujese que Monkey Pants intentaba decirle algo importante.

—¿Qué quieres?

Monkey Pants volvió a intentarlo, pero las sacudidas de sus miembros y el movimiento espástico de la cabeza no transmitían nada que tuviese sentido. Así pues, a pesar de sus esfuerzos y de incluso entrecerrar los ojos, Dodo rompió a llorar debido a la frustración y a la desesperación.

—¿Qué te pasa?

Las lágrimas no despertaron la empatía de Monkey Pants. Más bien al contrario, empezó a hacer patente su propia frustración. Contrajo el pecho y sus miembros se retorcieron de impaciencia con una agitación aún mayor, lo que hizo que Dodo se lo quedara mirando asombrado, pues aquellos movimientos transmitían una evidente irritación.

Pero, de repente, Monkey Pants se detuvo. Sus brazos y piernas, que habían estado golpeando los barrotes de hierro de la cuna, dejaron de moverse. Se tumbó boca arriba, juntó despacio sus piernas y sus brazos, los elevó como si fuesen las patas de una araña, y enrolló unos en otros de forma imposible por encima de su cabeza. En esa posición, con las piernas y los brazos retorcidos como *pretzels,* miró fijamente a Dodo, con tanta intensidad que sus ojos parecían faros.

Dodo observó cómo Monkey Pants miraba hacia arriba. Luego hacia abajo. Luego hacia arriba. Luego hacia abajo. Luego a la izquierda. Luego a la derecha. Repitió esos movimientos varias veces. Arriba. Abajo. Izquierda. Derecha. Estaba tratando de decirle algo. Pero ¿qué?

Dodo se cansó del asunto y, justo en ese momento, le vino a la cabeza una canción. No habría sabido decir por qué. La pérdida de audición no había disminuido su amor por la música. De hecho, lo había intensificado. A menudo arrastraba a su tío Nate a un camerino entre bastidores de la sala de baile del señor Moshe, donde había un viejo fonógrafo en el que el tío Nate escuchaba música. Le gustaba colocar las manos en el altavoz del fonógrafo para sentir la música mientras sonaba el disco. Poco importaba que solo pudiera oír una pequeña fracción. El mero hecho de sentirlo encendía la música en su interior. Y cuando a veces el tío Nate dirigía al grupo de trabajadores que limpiaban el teatro del señor Moshe cantando su viejo himno evangélico favorito, «I'll Go Where You Want Me to Go», Dodo desafinaba, para diversión de los demás.

—Conozco una canción, Monkey Pants —dijo—. ¿Quieres oírla?

Sin esperar respuesta, empezó a cantar.

Iré a donde Tú quieras que vaya.
Diré lo que Tú quieras que diga.
Señor, seré lo que Tú quieras que sea.

Monkey Pants se quedó mirando, sin pestañear, con los ojos muy abiertos y las cejas arqueadas. En ese momento, Dodo se sintió reconfortado y un poco menos solo.

De repente, Monkey Pants volvió a agitarse. Tumbado boca arriba, empezó a balancearse, girando a izquierda y derecha, sus delgados y torpes brazos y piernas se movían de manera alocada mientras intentaba separar aún más su cara de sus brazos y piernas. Parecía imposible. Los brazos y las piernas se enroscaban como espaguetis, se separaban y volvían a enroscarse. Pero, con gran esfuerzo, los miembros empezaron a desenrollarse y los brazos se arquearon hacia el techo. Su brazo derecho, en concreto, que parecía moverse por cuenta propia más que cualquier otra parte de su cuerpo, fue el primero en liberarse. Se elevó en el aire por encima de su cara y luego golpeó contra el lado derecho de la cuna, como si fuese una manguera a presión que se hubiese soltado y rociase agua en todas direcciones. El brazo izquierdo le siguió, agarrando uno de los tobillos que parecía querer moverse también por sí solo, empujando lentamente la pierna y separándola de su pecho, apartándola de él. De ese modo, la parte superior de su cuerpo volvió a quedar libre de tobillos, piernas y pies. A continuación, el brazo izquierdo se coló por entre los barrotes de acero de la cuna en dirección a Dodo.

Dodo pudo ver con claridad la cara del muchacho, tumbado boca arriba con la cabeza vuelta hacia él.

Se miraron fijamente y, en ese instante, algo extraordinario tuvo lugar.

Fue como si la magia que había invocado el himno que había cantado Dodo hubiese entrado en aquella estancia. Los dos chicos fueron conscientes de la situación del otro. Se produjo entre ambos una transmisión de conocimiento, de sabiduría, que nadie más allá de ellos podía poseer: supieron que eran niños entre hombres, con mentes extraordinarias atrapadas en cuerpos que no permitían que

aflorara ni una milésima parte de los pensamientos y sentimientos que albergaban. Monkey Pants le hizo saber a Dodo que si quería sobrevivir como niño entre aquellos hombres, debía actuar con sabiduría y tenía que atender a lo que iba a decirle.

Dodo se encontró mirando directamente a Monkey Pants, que hizo algo asombroso.

Se llevó una mano temblorosa a la cara y con un dedo se cubrió los labios. Como diciendo «Shh».

Y en ese preciso momento Dodo lo entendió: tenía que hacerse el tonto. Comportarse como un estúpido. No tenía que decir ni una sola palabra. Esa era la única manera.

Dodo sintió movimiento y giró la cabeza para ver qué ocurría a su espalda. Contempló aterrorizado cómo una figura oscura atravesaba la puerta del pabellón, luego otra, cuando varios hombres entraron dando tumbos: figuras corpulentas, con todo tipo de discapacidades, palpándose a sí mismos, algunos de ellos medio desnudos, temblando, cabeceando; ni un solo niño entre ellos. Dodo se volvió hacia Monkey Pants asustado, pero Monkey Pants se había acurrucado de nuevo. Dodo entendió después que aquella era su habitual postura de protección, con la rodilla izquierda cerca del pecho y los brazos retorcidos por encima de la cabeza, la otra pierna levantada por encima del pecho, de modo que el tobillo casi le llegaba a la cara. Dodo sintió el olor a heces frescas procedente de la cama de Monkey Pants y supuso que este había manchado el pañal. Cuando los pacientes se acercaron a él para arremolinarse en torno al recién llegado, para tocarlo y zarandearlo, Dodo comprendió, incluso entonces, que su nuevo amigo ensuciaba el pañal para alejar el peligro, para desviar la atención de Dodo, para ofrecerle a Dodo un atisbo de luz en una tierra de tinieblas. A pesar del olor a mierda y orina, Dodo entendió aquel acto como lo que era: un gesto de afecto y solidaridad. Y por eso estaba agradecido.

13

Vaquero

Moshe se apoyó en la barandilla del pabellón exterior que se alzaba sobre la pista de patinaje de Ringing Rocks y miró a su alrededor con aire distraído y una mano metida en el bolsillo para protegerse del frío. A su espalda, varios patinadores adolescentes que tomaban chocolate caliente se reían, esquivando y lanzando ligeras bolas de nieve que pasaban silbando muy cerca del hombre bajo y rechoncho con sombrero de fieltro, abrigo largo y un puro apagado a medio consumir. Moshe los ignoró.

Le encantaba ir a la pista de hielo de Ringing Rocks, a las afueras de la ciudad. Las rocas que daban nombre al lugar eran toda una atracción turística, una curiosidad geográfica de la Edad de Piedra. Si se golpeaban con un martillo, sonaban en diferentes tonos. La pista de patinaje y la torre con su pabellón se construyeron junto al grupo de rocas para alojar a los turistas. Para Moshe era una liberación subir a lo alto del pabellón y contemplar las montañas que rodeaban el bosque del condado de Berks. Entonaba una *Birkot Hashajar,* una oración matutina que le ayudaba a liberar la mente, despejar la cabeza y disfrutar de un descanso temporal del caos que entrañaba todo lo relacionado con su teatro. Empezó a llevar a cabo esa clase de salidas aconsejado por su viejo amigo Malaquías. Su amigo, que había embelesado a los que estaban en el teatro con sus frenéticos bailes al son de la gloriosa música del gran Mickey Katz, le había escrito en varias ocasiones desde un pequeño asentamiento judío en Janów Lubelski, Polonia, donde por fin había logrado abrir, quién lo iba a decir, una granja avícola, donde vendía huevos y pollos *kosher*. Las cartas de Malaquías transmitían siempre su habitual entusiasmo

desbordante, en ellas ensalzaba las virtudes de la vida en el campo y las divertidas existencias de los clientes con los que trataba. Moshe admiraba la capacidad de adaptación de Malaquías tras cada uno de sus fracasos, a pesar de su apego a las viejas costumbres. Las cartas de Malaquías tenían siempre un sencillo toque humorístico, y Moshe siempre intentaba devolverle también el gesto.

Tenía intención de escribirle a su viejo amigo esa mañana y había previsto contarle cosas ligeras, sin excesiva importancia, pues esa era la regla tácita entre ambos: que todo pareciese brillante y alegre. Pero en ese momento Moshe no tenía nada por lo que alegrarse. Su mujer estaba en coma, ingresada en un hospital de Reading. Los médicos no sabían qué hacer con ella. El niño estaba en manos del estado. No quería pensar en ello. Había caído en una espiral horrenda. ¿Cómo era posible?

Miró a los patinadores y dejó escapar un suspiro. Chona había insistido en acompañarle a la pista de patinaje desde que llegó el niño. Formaban una peculiar familia: el comerciante judío, su esposa discapacitada y su hijo negro de doce años subían la colina hasta el aparcamiento en su viejo Packard y se detenían a no más de diez metros de la entrada de la pista, donde no hacía muchos años habían colocado un cartel que decía PROHIBIDO EL PASO A JUDÍOS, PERROS Y NEGROS. Ese cartel ya lo habían retirado, pero cuando iban allí, Chona nunca patinaba. Ni una sola vez. Tampoco permitía que el niño patinase. Ella se excusaba afirmando que el pie le impedía patinar, pero Moshe sabía que ese no era el motivo. Chona podía hacer lo que se propusiera. Podría haberse encargado un patín especial a medida. Marv Skrupskelis habría hecho cualquier cosa por ella, le habría confeccionado uno en un segundo. Y el niño no necesitaba patines. Podía volar por la pista con sus zapatos, era tan atlético. Moshe intentó convencer a Chona de que le dejara patinar, pero ella se negó en redondo. En lugar de eso, le ordenaba:

—Ve a la torre y fúmate el puro.

Él accedía encantado. Subía a la cima y se fumaba su puro tranquilamente, observando desde lo alto cómo su mujer y el niño trepaban por entre las rocas sonoras. Se fijaba en cómo ella

golpeaba las rocas con un martillo mientras el niño colocaba las manos sobre ellas para sentir las vibraciones. A Moshe aquello le parecía una tontería, incluso llegó a decírselo, pero Chona no estaba de acuerdo.

—Las rocas son tan viejas como la tierra. Puede oírlas un poco. Son útiles para él —le dijo.

«Útil», pensó Moshe con amargura. «Así pensaba ella. Siempre ayudando a los demás. Y ahora mira. ¿Quién iba a ayudarlos ahora?»

—Todo eso ha quedado atrás —dijo en voz alta, ignorando a los adolescentes que se reían a su espalda y jugueteaban con el extraño hombre de la barandilla, que mordisqueaba un puro apagado y se comportaba como si ellos no estuvieran allí. Una bola de nieve errante aterrizó cerca de sus pies, así que Moshe se acercó a un banco, se limpió los restos de nieve, se sentó, sacó papel y bolígrafo y empezó a redactar su carta a Malaquías.

Garabateó deprisa, con el puro apagado entre los dientes, ignorando el frío que sentía en las manos. No era solo que Chona estuviera en el hospital, escribió. Ni el niño negro internado en el manicomio, que sin duda también era una mala noticia. Se trata del teatro, le explicó. Los tiempos están cambiando. «Tenías razón», escribió. «Los judíos de aquí ya no quieren teatro yidis, ni música yidis, ni diversión alguna. Quieren cosas americanas. Quieren ser vaqueros. Incluso los músicos negros de jazz se han vuelto difíciles. Anoche fue la gota que colmó el vaso.»

Hizo una pausa, pues estaba decidido a contarle a Malaquías con pelos y señales los sucesos de la noche anterior. Lo intentó tres veces, tachó lo que había escrito, dejó de escribir y reflexionó sobre cómo explicar lo ocurrido. Reflexionó durante un rato, ya que no tenía claro cómo proceder, mientras el frío empezaba a abrirse paso por el cuello de su abrigo, pues había olvidado llevarse una bufanda. Metió la mano en el bolsillo en busca de una cerilla para encender el puro, no la encontró, reflexionó un poco más y luego, simplemente, garabateó: «Para que lo sepas, estoy pensando en marcharme».

Fue el incidente de la noche anterior lo que le llevó a

plantearse esa posibilidad. Después de dejar a Chona en el hospital, corrió al teatro, llegó a las siete y media —excesivamente tarde, habida cuenta de que abría a las ocho—, y allí se encontró con un lío.

Había contratado a la banda de Lionel Hampton y a la de Machito y sus Afrocubanos para que actuasen dos días. Los Afrocubanos habían sustituido en el último momento al cabeza de cartel original, Louis Armstrong, que tuvo que quedarse en Denver por culpa del mal tiempo. El punto de partida, obviamente, no era el más adecuado. El representante de Armstrong era el poderoso Joe Glaser, de Nueva York. Glaser le había ofrecido un sustituto, pero Moshe, distraído por la enfermedad de Chona y harto de tener que pagar siempre el enorme porcentaje que se llevaba Glaser, lo rechazó y decidió contratar él mismo al sustituto. Llamó a su viejo amigo Chick Webb. Pero, por desgracia, su viejo amigo, el primer negro al que había contratado, el jorobado genio de la música, estaba muy enfermo.

—Contrata a Mario Bauzá y sus Afrocubanos —graznó Webb por teléfono—. Son fantásticos.

Así pues, contrató a los Afrocubanos para honrar al enfermo Webb, porque estaba seguro de que su público de Chicken Hill no tenía ni idea de quiénes eran Mario Bauzá, Machito y los Afrocubanos. Mario era un músico maravilloso y Moshe estaba seguro de que los Afrocubanos serían estupendos. Pero había dado por sentado que los Afrocubanos serían los teloneros y que el grupo de Hampton cerraría como cabeza de cartel. Debería haberlo pensado con especial atención antes de que se presentasen allí los dos grupos. En lugar de eso, cuando la noche anterior iba caminando entre bastidores, vio que las dos bandas estaban enzarzadas en una discusión: la mujer de Lionel Hampton, Gladys, que dirigía la banda de su marido, y Mario Bauzá, que dirigía a los Afrocubanos, se peleaban por establecer quién tocaría el último.

—Nosotros tocamos los últimos —dijo Gladys—. Somos los cabezas de cartel.

—Podéis tocar los primeros —dijo Mario.

—Actúa según la edad que tienes, Mario, no según tu color. Si

no, puedes irte a la porra.

—Las damas primero, Gladys —dijo Mario.

Cuando Moshe cruzó la puerta, ambos se volvieron hacia él.

—¡Moshe! —exclamó Gladys—. Será mejor que nos aclares esto.

Moshe se quedó en la entrada del escenario, temeroso de hablar —odiaba los enfrentamientos—, mientras los integrantes de las dos bandas, vestidos ya con traje y corbata, se arremolinaban ansiosos, aferrados a sus instrumentos y fumando nerviosamente, fingiendo que no escuchaban.

Miró la hora en su reloj.

—Son casi las ocho —dijo con resignación—. ¿No podéis solucionarlo vosotros?

Dio la impresión de que se dirigía a ambos, aunque en realidad le estaba hablando a Mario, el más frío de los dos. Mario era tranquilo, tenía cierto aire profesoral. Gladys, en cambio, era un huracán. Era una negra guapa, siempre vestida de punta en blanco, capaz de pelearse con cualquier hombre del mundillo.

En lugar de responder, Mario, un latino elegante vestido con traje azul, pajarita y finas gafas de montura metálica, se acercó al cartel que colgaba de la pared, uno de los pocos que Moshe había conseguido imprimir en el último momento para anunciar el concierto. Apoyó el dedo sobre las palabras «Con Mario Bauzá y Machito y los Afrocubanos». Lo hizo con calma, como un profesor de economía que señalase una ecuación a los alumnos de la clase. Luego dijo:

—Gladys, ¿qué significa esto?

—Significa que sabes leer inglés.

—Significa que somos los cabezas de cartel.

—No, no es así. Pops era el cabeza de cartel —dijo Gladys, utilizando el nombre con el que los músicos se referían cariñosamente a Louis Armstrong.

—Así es —dijo Mario—, y nosotros hemos venido a sustituirlo.

—Mario, podrías mirarte diez veces al espejo y peinarte diez veces, y, aun así, Pops no te devolvería la mirada desde el espejo.

La calma profesoral de Mario se disipó y murmuró en español:

—Tienes razón. Te pareces mucho más a Pops que a mí. Eso es un hecho.

Varios de los afrocubanos que estaban cerca soltaron una carcajada.

Gladys se volvió hacia uno de los miembros de su banda.

—Pedro, ¿qué ha dicho?

El hombre apartó la mirada y dijo entre dientes:

—No lo sé, Gladys.

Gladys se volvió hacia Mario y señaló el escenario.

—¡Muy bien, mierda con patas! ¡Ponte a trabajar!

—¡Ya estoy trabajando!

—¡El contrato dice que somos los cabezas de cartel!

—¿Qué contrato? —replicó ella.

—¿Leíste el contrato, Gladys?

—¡Tocamos en DC el mes pasado con Pops y fuimos los últimos, Mario!

—¡Eso fue en DC! —espetó Mario—. Esto es Potthead... Pottsville...

—*Pottstown* —intervino cortésmente Moshe.

Mario estaba furioso. Miró a Moshe y murmuró en español:

—¡Todo alrededor de este maldito lugar está sumido en la niebla!

Gladys intervino.

—¡Deja de parlotear, pajillero engreído! ¡El público está esperando! ¡Sal de una vez para que podamos ganarnos el pan y seguir nuestra ruta!

El insulto golpeó como un rayo al recatado Mario y pudo apreciarse la rabia en su rostro. Antes de que pudiera responder, Moshe intervino.

—¡Por favor! —dijo.

Ambos le miraron fijamente. Se quedó petrificado, con la vista clavada en las tablas del suelo, deseando desaparecer bajo ellas. Odiaba esa clase de momentos. No tenía ni idea de qué hacer. Ojalá Chona estuviese ahí. ¿Cuántas veces le había ayudado a resolver esa clase de cosas de antemano, le había hablado de los

problemas, le había hecho ponerse firme y le había indicado la dirección correcta? Miró al marido de Gladys, Lionel Hampton, con la esperanza de que le echase una mano, pero el gran músico estaba en un rincón alejado junto a sus vibráfonos, que tenían ruedas, listos para salir al escenario. Hampton parecía concentrado en sus mazos, que sin duda necesitaban todo tipo de manipulaciones y ajustes.

—A lo mejor Mario podría tocar el último… esta noche —dijo Moshe con un hilo de voz—. Vosotros podéis ser los últimos mañana…

Gladys giró sobre sus talones y se dirigió al teléfono público antes de que él terminara de hablar.

—Voy a llamar a Joe Glaser —dijo.

Eso lo hizo pensando en Moshe. Si Joe Glaser descubría que había programado a otra banda a sus espaldas, estaba hundido. Respecto a las contrataciones, Glaser era el mandamás. Si traicionaba a Joe Glaser, las lucrativas escalas de las que dependían los teatros pequeños como el suyo —los Louis Armstrong, los Duke Ellington, los Lionel Hampton— desaparecerían.

Él gritó:

—¡Espera, Gladys, por favor! ¡Dame un minuto!

Gladys hizo una pausa y miró hacia atrás, asintiendo con satisfacción al ver que Moshe tocaba gentilmente el codo de Mario y lo conducía por una puerta lateral, alejándose de los demás. La puerta daba a un pasillo que separaba el escenario del salón de baile.

Moshe estaba de espaldas a la pista, con el bullicio de la abarrotada sala zumbando a sus espaldas, y miró a Mario, con el gesto del rostro tensado por la furia.

—Nunca más volveré a tocar en esta ciudad de mierda —dijo Mario.

—Cometí un error, Mario. Lo siento.

—Deberías haber resuelto esta cuestión antes. Ya sabes cómo es Gladys.

—No pude localizarla.

—Esa loca vive colgada del teléfono.

—Estaba en la carretera, Mario. Yo estaba... Mi mujer está enferma.

Mario asintió escuetamente, dio la impresión de relajarse un poco.

—Eso he oído. ¿Qué le pasa?

Moshe suspiró.

«Tiene» no le pareció la palabra adecuada. La gente «tenía» gripe.

—Es un tumor cerebral... o algo así. Los médicos... Hubo una pelea en su tienda... Sufrió un fuerte ataque. Todavía no se ha recuperado.

El gran músico, apretando la trompeta contra el pecho con ambas manos, miró a Moshe durante un largo rato; el color fue regresando poco a poco a su rostro. Entonces, la habitual amabilidad paciente por la que era tan conocido el gran trompetista volvió a verse reflejada en su rostro. Miró su instrumento y tocó las válvulas con los dedos, nervioso.

—Eso son malas noticias, mijo. Las hay por todas partes. Chick también está enfermo.

—Lo sé. ¿Lo has visto?

Mario asintió, frunciendo el ceño y con la mirada clavada en el suelo.

—No está bien, mijo. No está nada bien.

Los dos hombres guardaron silencio durante un momento. Moshe, pensando en el gran Chick Webb, tan cordial y talentoso, aporreando su batería, riendo alegre, gritando a su atronadora banda mientras los asistentes bailaban, su música rugiendo por el gran Teatro y Sala de Baile Auténtico Americano, aportándole algo de luz a la vida de Moshe, a su teatro, a la ciudad y a su mujer. Era demasiado duro y Moshe se encontró enjugándose las lágrimas.

—Lo estoy perdiendo todo —dijo.

Mario suspiró y dijo:

—Empezaremos nosotros.

Moshe se recuperó y se aclaró la garganta.

—Mi primo Isaac dirige los Teatros Seymour en Filadelfia. Le

pediré que te programe allí. Lo haremos el año que viene, después de ir al oeste. Entonces podrás venir aquí.

—¿Vas a contratarme a través de Joe Glaser o directamente? —preguntó Mario.

—Como tú lo prefieras.

—No quiero hacer nada con Glaser. Quiero hacer las cosas a través de mi gente —dijo Mario—. Permíteme que te enseñe una cosa.

Moshe estaba apoyado en la puerta. Mario lo apartó suavemente y abrió la puerta tras él. El sonido de una animada charla en español llegó hasta el pasillo. Mario volvió a cerrar la puerta.

—¿Has oído eso?

—¿El qué?

—Eso es español, mijo. Ese es el sonido del futuro. Esta gente no quiere swing. Quieren descarga, ponchando, tanga, guajeos de piano, mamba, afrocubano. El swing no les basta.

Moshe no pudo evitarlo. El promotor que llevaba dentro despertó de golpe y pensó: «¿De dónde ha salido toda esta gente? ¿De Reading? ¿Phoenixville? ¿Dónde puso Nate los carteles?». Se sintió un tanto avergonzado, pues estaba pensando en negocios mientras su mujer estaba en el hospital luchando por su vida. Pero, después de todo, era una oportunidad.

—No sabía que hubiera tantos españoles por aquí —dijo en voz baja.

Mario sonrió.

—Para ti, son españoles. Para mí, son puertorriqueños, dominicanos, panameños, cubanos, ecuatorianos, mexicanos, africanos, afrocubanos. Muchas cosas diferentes. Muchos sonidos diferentes mezclados. Eso es América, mijo. Tienes que conocer a tu gente, Moshe.

Mario abrió la puerta de los bastidores, llamó a su banda y, momentos después, Moshe contempló asombrado cómo los afrocubanos procedían a incendiar el papel pintado de las paredes del Teatro y Sala de Baile Auténtico Americano con los ritmos latinos más salvajes y calientes que Moshe había oído nunca. El

público enloqueció, bailando como demonios. Y cuando Mario y los suyos terminaron, los integrantes de la banda de Lionel Hampton subieron al escenario desmoralizados, su música swing no caló en aquellos oídos ya ambivalentes, dejando incluso a los habituales clientes negros clavados en sus asientos, bebiendo, charlando, carcajeándose y riendo, tomándose ese tiempo como una oportunidad para descansar los pies que habían arrastrado toda la semana barriendo suelos, sirviendo café, vaciando cubos de basura y transportando hielo. Era una lección. Y Moshe la entendió en toda su magnitud.

Sentado en la plataforma de la pista de patinaje sobre hielo de Ringing Rocks, justo cuando empezaba a nevar, Moshe volvió a sacar la carta que le estaba escribiendo a Malaquías. «Tienes razón», escribió. «Las viejas costumbres no sobrevivirán aquí. Hay demasiados tipos de personas. Demasiadas formas diferentes. Quizás debería hacerme vaquero.»

Selló la carta y la envió.

Tres semanas más tarde, Moshe recibió por correo un paquete cuidadosamente envuelto en una serie de tres cajas, con papel de periódico en cada una de ellas, y cada caja cuidadosamente atada con un cordel que llevaba una etiqueta en la que se leía: FRÁGIL. Tardó unos veinte minutos en abrirlo, y cuando por fin lo logró, se echó a reír, porque dentro había un diminuto par de pantalones vaqueros hechos de lo que parecía ser una especie de suave tela de algodón, demasiado pequeños para ponérselos, de tamaño infantil, con volantes a los lados y con una diminuta estrella de David cosida en la parte de atrás. Adjunta a ellos había una nota de Malaquías en yidis que decía: «Pruébatelos, vaquero».

Moshe respondió devolviendo aquellos horribles pantalones en un paquete aún más difícil de abrir. Los enrolló en una bola apretada, los metió en una lata metálica de tabaco, llenó la parte superior de la lata con papel de periódico y hojas de maíz, y luego introdujo la lata en otra lata de café más grande que selló con cera.

A continuación, entró en el teatro y le dijo a Nate, que estaba en lo alto de una escalera arreglando una de las poleas del telón, que quería cerrarlo con soldadura.

Nate, desde allí arriba, se quedó mirando en silencio un momento y luego dijo:

—¿Qué has dicho que quieres?

—Soldarlo. Quiero enviarlo al extranjero, a mi amigo Malaquías. Es una broma.

—No sé soldar.

—¿Conoces a alguien que sepa?

—Fatty aprendió a soldar en la fábrica Flagg. Él sí sabe. Se pasa el día soldando cosas.

—¿Podrías pedírselo?

Se hizo un largo silencio. Desde el suelo, Moshe observó cómo Nate alzaba la cabeza para mirar fijamente las oscuras sombras de la pasarela de arriba, la red de poleas, cuerdas y varillas metálicas esqueléticas que ocupaban la parte alta del escenario.

—Lo haré.

Moshe dejó la lata en el suelo. El placer que le causó ese absurdo diálogo le alegró el corazón y empezó a pensar con más claridad: en su mujer, en su situación y en la de Dodo, a quien su mujer quería tanto. Por primera vez se le aclaró la mente y llamó:

—Nate, ¿puedes pedirle a Addie que venga al teatro? Quiero hablarle de Dodo.

—¿Por qué?

—Tú sabes adónde lo enviaron, ¿verdad?

Se hizo el silencio. Desde su ventajosa posición, Moshe solo podía ver la suela de los gastados zapatos de Nate, que tenía la cara vuelta mientras trabajaba con la polea en lo alto de las vigas del escenario.

Nate habló despacio y sin transmitir emoción ninguna. Había algo en su inexpresivo tono de voz que no sonaba bien.

—Supongo que podrá hablar con Addie de ello cuando vaya a ver a la señorita Chona hoy —dijo.

—De acuerdo. La traeré aquí. Quiero hablar del asunto. Contigo. Y con ella. Y con mi primo Isaac.

—Está bien, señor Moshe. Ya ha hecho suficiente —dijo Nate —. Ahora está en manos de Dios.

—Pennhurst no es lugar para un niño.

Se produjo un momentáneo silencio en lo alto de la escalera.

—Como le he dicho, señor Moshe, ahora está en manos de Dios.

Moshe se dio la vuelta y se marchó a su despacho, perplejo. «Todavía hay muchas cosas sobre América y los negros», pensó, «que no comprendo.»

Pero si hubiera subido al andamio y se hubiera encaramado a la pasarela del escenario y hubiera visto claramente la cara de Nate, incluso a unos metros de distancia, se habría dado la vuelta y habría saltado del andamio y huido del escenario y del teatro, porque Nate, en lo alto de la escalera y con un martillo en una mano y una llave inglesa en la otra, miraba distraídamente a la pared, con los ojos ardiendo de una rabia oscura y asesina.

14

Diferentes pesos y medidas

Al final de Pigs Alley, en Chicken Hill, frente a una vieja choza destartalada con un cartel en la puerta en el que se leía: CANTINA DE FATTY. CUIDADO. DIVERSIÓN EN EL INTERIOR, el propietario estaba de pie en el porche delantero, con una expresión en el rostro que hablaba de cualquier cosa menos de diversión. Su mirada se posó en una pila de leña cerca de las escaleras del porche. La pila, de casi un metro de altura, estaba formada por una maraña de sillas rotas, listones de madera desechada y ramas de árbol que servían para alimentar la estufa de leña del local. Fatty, con camisa de franela, chaleco gris, pantalones desgastados y un sombrero de copa baja, se acercó a la pila y se sentó encima, con los brazos cruzados, ensimismado.

Eran las dos de la madrugada y en el interior del garito la animación no había cesado. Habitualmente, que el chirriante gramófono hiciese sonar los aullidos de Erskine Hawkins por encima de las risas de los clientes suponía una buena noticia. Pero en ese preciso instante, para Fatty no se trataba de una buena noticia. En absoluto. Allí dentro había un problema. Uno bien grande.

Nate Timblin estaba en la cantina, sentado solo en una de las desvencijadas mesas, bebiendo.

Fatty se apoyó en la pila de leña y maldijo en silencio su suerte. La puerta del garito se abrió. Salió por ella Rusty, con una botella de cerveza en la mano, se sentó también sobre la pila de leña, junto a Fatty, dio un trago.

—¿Sigue a lo suyo? —preguntó Fatty.

Rusty asintió.

—¿Qué está bebiendo?

—Sorbiendo su brebaje, Fatty. Un vaso tras otro. Sabrá Dios cuánto ha bebido ya.

Fatty suspiró y se quedó mirando hacia Pigs Alley, analizando el problema mientras contemplaba el callejón.

—¿Por qué estás tan preocupado? —preguntó Rusty.

—Nate Timblin pasándose de la raya en mi cantina. Eso es lo que me preocupa.

—Deberías haberlo pensado dos veces antes de meterte en este fregado.

Fatty asintió en silencio. Se echó hacia atrás, con la mirada fija en Pigs Alley, y reflexionó con calma, como lo haría un abogado. Era un problema complicado.

—¿Quieres que le pida que deje de beber? —preguntó Rusty.

—¿Acaso vuelan los burros? —replicó Fatty.

—Nate no le haría daño a nadie —dijo Rusty—. Yo nunca lo he visto enfadado. Nunca.

—Y ya te digo yo que no te gustaría verlo enfadado.

—¿Tú sí lo has visto?

Fatty, por lo general de muy buen talante, se molestó.

—¿Quién ha dicho que lo haya visto?

Rusty se encogió de hombros, se puso de pie, subió las escaleras del porche y volvió a entrar. Fatty lo vio alejarse y se lamió el labio superior hinchado, del que hacía poco le habían quitado doce puntos. Fue por culpa de aquel labio roto y del diente que le faltaba —gentileza de su amigo Big Soap— por lo que se había visto metido de pies a cabeza en todo ese embrollo. Si Big Soap hubiese limpiado la manguera como él le había pedido, el inspector no habría sacado de ella el cacahuete. Si el inspector no hubiera sacudido la manguera, no los habrían despedido a los dos. Si no los hubieran despedido, él no habría dejado que Big Soap le partiera la boca. Y si Big Soap no hubiera sido tan imbécil y no se hubiera tomado en serio su invitación, es decir, si no le hubiese partido el labio en dos y no le hubiera arrancado un diente, él no habría ido a Filadelfia y no se habría metido en todo ese lío.

—Maldita sea —dijo—. Necesito amigos nuevos.

Se frotó la mandíbula, intentando de ese modo aclarar sus pensamientos. Le habían partido el labio y le faltaba un diente, y necesitaba que le arreglaran ambas cosas. En Pottstown no había ningún lugar seguro donde pudieran hacerle algo así. Nadie en su sano juicio acudía a Doc Roberts, ni siquiera antes de que aquel malnacido hiciese encerrar a Dodo, el sobrino de Nate. La sala de urgencias del hospital de Pottstown llamaba la atención de la policía, así que también quedaba descartada. Eso dejaba como única posibilidad a Doc Hinson, el médico de color de Reading. Pero Doc Hinson era uno de esos buenos negros estilo Booker T. Washington. No sentía ninguna clase de afecto por la gente de color que frecuentaba las cantinas. Filadelfia era más seguro. Así que se subió a su coche y se dirigió a casa de su primo Gene, donde le esperaban más infortunios.

Gene, cuatro años mayor que él, la persona de la que Fatty lo había aprendido todo siendo niño, era uno de los más llamativos ejemplos de éxito entre la comunidad negra de Pottstown; si no se tenía en cuenta a Chulo Davis, el estupendo batería a quien dispararon y cayó muerto sobre un cuenco de judías mientras tocaba con los Harlem Hamfats en Chicago. Gene, a diferencia de Chulo, puso todas sus aspiraciones en Filadelfia, donde tropezó con una chica negra de la alta sociedad cuyo padre poseía una próspera tintorería en el barrio de Nicetown. El padre murió de un ataque al corazón poco después de que ambos se conocieran y Gene, un hombre brillante y emprendedor, fue consciente como por ensalmo del gran amor que sentía, de lo mucho que su corazón anhelaba, abrumado por la voraz necesidad de hacer suya a una chica que, según le dijo a Fatty, era «todo un chollo». Fatty opinaba que la cara de la chica en cuestión era lo bastante agria como para cuajar la leche de una vaca con solo mirarla, pero como Gene era más feo que pegarle a un padre, hacían buena pareja. Tras la boda, Gene se hizo cargo de la tintorería. Siempre disfrutaba de las visitas de Fatty. Suponían un alivio de las constantes demandas de su mujer relativas a la preparación de su hija para el cotillón de la organización Jack and Jill, donde los negros más pretenciosos se reunían para ir asintiendo aquí y allá mientras hablaban y

sostenían con amaneramiento copas de champán barato con sus nudosas manos, acostumbradas a lo largo de los años a apretar el tabaco y a cachetear a los cerdos en el sur, de donde procedían la mayoría de ellos, algo que habían olvidado ahora que disfrutaban de la vida en Filadelfia y se esforzaban por parecerse a los blancos. A Gene esas cosas le volvían loco y varias veces le había pedido a Fatty, que no estaba casado, que se fuera a vivir con él, pues, según afirmaba, en Filadelfia abundaban las mujeres.

Fatty hizo caso omiso de ese consejo, pero cuando le rompieron el labio, Gene se le antojó la opción perfecta. Su plan consistía en ir a casa de Gene, encontrar a alguien que le arreglara la boca, pasar un par de días con su primo y regresar a Pottstown lo antes posible. En vez de eso, resulta que llegó a Filadelfia dos días después de que su querido primo hubiera caído en desgracia.

Gene había comprado una autobomba de agua tirada por caballos a una compañía de bomberos de Filadelfia ubicada justo al final de la calle en la que vivía. La autobomba era una reliquia, una chatarra de la que la compañía de bomberos quería deshacerse, ya que hacía años que habían optado por los vehículos de gas. Gene pagó por aquel cacharro, lo llevó hasta su patio trasero con su viejo camión, llenó el depósito con ciento cincuenta litros de agua, después se le ocurrió acudir a una elegante caballeriza del barrio de Chestnut Hill, y una vez allí, en un arrebato de la típica cordialidad de Pottstown y de parcialidad sureña respecto a los blancos, a la que los habitantes de color de Pottstown estaban muy acostumbrados, ya que muchos de ellos habían pasado la mayor parte de sus vidas ejerciendo de conserjes y criadas, convenció al propietario blanco de que le alquilase uno de sus caballos. Los corceles de la Compañía Ecuestre de Chestnut Hill eran unas criaturas soberbias: caballos de carreras retirados; unos animales preciosos, muy bien criados, que los amantes de los caballos de la clase acomodada de la ciudad habían salvado de la muerte. Estas orgullosas criaturas disfrutaban hasta el día de su muerte de unas vidas fáciles, pues se dedicaban únicamente a trotar por un sendero ecuestre de quince kilómetros de largo, que atravesaba el parque Fairmount, uno de los parques urbanos más

grandes de Estados Unidos. La Compañía Ecuestre Chestnut Hill era un club exclusivo, vetado a negros y judíos, por supuesto, así que la idea de que un negro se acercara a la entrada para solicitar entrar en el club y alquilar una de sus orgullosas monturas era simplemente absurda. Pero dio la casualidad de que el domingo por la tarde en que Gene se acercó allí, el propietario de dicha institución, un viejo cuáquero llamado Thomas Sturgis, plenamente consciente de la historia abolicionista y de la relación con los negros de su comunidad religiosa, acababa de recibir una carta de un cuáquero moribundo que le recordaba un glorioso sermón sobre la autosuficiencia de los negros que ambos habían escuchado con deleite de boca de Booker T. Washington, uno de los más destacados líderes de la comunidad negra, en el centro de reuniones cuáquero de la ciudad años atrás. El recuerdo de las palabras de aquel gran líder negro, así como el hecho de que fue su amigo, ahora moribundo, el que le animó a asistir a aquella estimulante conferencia, conmovieron a Sturgis. De ahí que el viejo cuáquero decidiese que, estando en el año 1936, setenta y un años después del final de la Guerra Civil, donde se puso fin a la esclavitud, había llegado el momento de que un buen negro pasase a formar parte de la Compañía Ecuestre de Chestnut Hill.

Sturgis había llegado a dicha conclusión la mañana del día en que Gene, vestido con traje, corbata, bombín y botas de montar (tenía la costumbre de apropiarse de la ropa «perdida» de sus clientes de la tintorería), llegó allí, se anunció como propietario de su propia empresa y declaró que deseaba alquilar un caballo. A los ojos de Sturgis, aquel joven negro, educado y de contagiosa sonrisa, dueño de su propia tintorería, era un ejemplo perfecto del tipo de negro que se necesitaba para romper el hielo, de ahí que Sturgis accediese encantado, convencido de que el Señor le había enviado una señal. Condujo a Gene al establo y señaló un gran caballo blanco.

—¿Le parece adecuado? —preguntó—. Es un palomino.

—Cualquier amigo de Mino es amigo mío[1]—dijo Gene, aunque la visión del poderoso semental, que medía casi dos metros de altura hasta la grupa, le puso nervioso—. No necesito un caballo

tan joven. Me llevaré uno más viejo. O incluso una mula. ¿Tienen mulas?

El viejo cuáquero dejó escapar una risita, pensando que aquel negro tan elegantemente vestido estaba bromeando.

—Las criaturas cuadrúpedas de Dios juzgan con mayor precisión el alma que las criaturas humanas —dijo Sturgis—. El tamaño no marca la diferencia.

—Ciertamente, tiene razón, señor —dijo Gene.

—Tu caballo es, a menudo, mejor juez de tu carácter que tu esposa, o incluso que tus hijos, que son mucho más hábiles en ello de lo que uno podría imaginar —dijo Sturgis—. Aunque no tan agudos como los caballos. Un caballo percibe al instante tu naturaleza.

El hecho de que Gene, un tipo listo que no llegó a terminar sexto de primaria, no se sintiera ni ofendido ni desconcertado por que Sturgis lo tuteara, cosa por la que eran conocidos los cuáqueros, ayudó en el asunto, pues no tenía ni la más remota idea de lo que aquel hombre le estaba diciendo. Pero como sintió próxima la victoria, respondió:

—Y yo siento tu bondad en el escusado —dijo sin ser consciente, hasta que pronunció esas palabras, de que probablemente eran una ofensa, aunque suponiendo acertadamente que el viejo, con toda probabilidad, o no oía bien o no sabía lo que significaba «escusado». Pero para asegurarse, Gene se apresuró a darle la vuelta al asunto y se puso a hablar de su pasado, elogiando de manera más que llamativa la educación que había recibido en la encantadora Pottstown, condado de Montgomery, que describió como una «tierra rebosante de caballos, vacas y sirenas», omitiendo el pequeño detalle de que había nacido en Chicken Hill y de que el único caballo que había tocado en su vida era un jamelgo llamado *Stacy,* que pertenecía a un trapero judío medio ciego llamado Adolph a quien Gene le había robado las ganancias de toda una semana justo antes de huir a Filadelfia cuatro años antes.

Cerraron el trato, pagó lo que correspondía y Gene montó en el caballo y emprendió el sendero ecuestre, disfrutando de las vistas desde lo alto de aquel orgulloso animal. El caballo se conocía

el camino de memoria y avanzaron sin incidentes. Cuando el camino empezaba a serpentear, llegando a la entrada del parque, cerca de Nicetown, a solo dos manzanas de su casa, Gene, en un arrebato de entusiasmo, hizo que la criatura se desviase del camino y saliese del parque por la calle adoquinada en dirección al jardín de su casa. Enganchó el caballo a la autobomba de 1865 que acababa de comprarle a los de la compañía de bomberos, cargada con ciento cincuenta litros de agua, e intentó dar una vuelta rápida por la manzana para enseñarles el nuevo juguete a sus vecinos del norte de Filadelfia. El pobre caballo, que no estaba acostumbrado a los arneses ni a las trabas de un carro, se desbocó y echó a correr como loco por la calle adoquinada, volcando la autobomba de costado y lanzando por los aires a Gene, que se rompió tres costillas y se perforó un pulmón. El caballo arrastró el camión volcado media manzana antes de que los transeúntes pudieran acorralarlo. Cuando Fatty apareció por su casa, dos días más tarde, Gene yacía en una cama de hospital, el furioso cuáquero de Chestnut Hill lo había denunciado y nadie se encargaba de regentar la tintorería de Gene, pues su mujer estaba demasiado ocupada con las charlas en torno al cotillón como para atender el mostrador de cualquier negocio. Ella le rogó a Fatty que se quedara un par de semanas al frente de la tintorería, hasta que su hermano pudiera llegar desde Carolina del Norte.

—No puedo hacerme cargo de ninguna tintorería —dijo Fatty —. Mira esto. —Señaló su boca y el diente que le faltaba—. Tengo que arreglarme el diente. ¿Quién le dejaría su ropa a un hombre al que le falta un diente de delante?

La mujer de Gene le hizo un gesto desdeñoso con la mano y, para sorpresa de Fatty, su altanería se desvaneció y se puso muy seria con él.

—No tienes que comerte la ropa, Fatty. Recógela y repártela. Te conseguiré un dentista. Conozco a uno bueno.

—¿No puedes encontrar a otra persona para que lleve el negocio? —suplicó Fatty.

—Nadie podría manejar un negocio mejor que tú —respondió la esposa de Gene—. Gene dice que podrías regentar cualquier tipo

de negocio.

Tenía razón. Además de ser el propietario de la única cantina de Chicken Hill, Fatty había convertido su Ford de 1928 en un taxi, repartía hielo con su propia mula y su carro dos veces por semana, talaba los árboles de las casas vecinas, recogía la chatarra del pueblo, regentaba un puesto de hamburguesas y refrescos en la puerta de su garito durante el día, contrataba a un fotógrafo de color de Reading para que hiciese las fotografías de las bodas de la gente de color del barrio y trabajaba en el turno de tres a once de la noche en Flagg con su amigo italiano Big Soap; al menos hasta que este logró que los despidieran a los dos. Fatty siempre tenía algo entre manos.

Le explicó a la mujer de Gene que tenía que volver a casa para hacerse cargo de los diferentes negocios de los que se ocupaba. Pero el hecho de que le ofreciese la posibilidad de quedarse con los beneficios de una semana del próspero negocio de Gene le conmovió, así como la promesa de que el hermano de la esposa de Gene le traería varios litros de aguardiente casero —«del bueno», dijo ella, «no de esa porquería aguada que destilan aquí»— para que se los llevara a casa. Con eso se cerró el trato, pues los conocimientos sobre aguardiente de la esposa de Gene le hicieron entender que, después de todo, tal vez no era tan creída.

Así fue como Fatty se encontró detrás del mostrador de la Tintorería y Lavandería Gene’s durante dos semanas antes de volver a Chicken Hill.

En ese momento, le pareció un buen trato. Le cosieron el labio. A grandes rasgos, la mujer de su primo cumplió su promesa. Encontró un dentista que le reemplazó el diente de oro que le faltaba por uno de madera. Y cuando todo hubo terminado, regresó a Chicken Hill con su Ford de 1928 cargado con cincuenta litros del mejor aguardiente que jamás había probado, suficiente para ir vendiéndolo hasta bien entrada la primavera.

Todo había ido como la seda hasta esa noche, cuando Nate Timblin entró y pidió una copa.

Todavía sentado sobre la pila de leña fuera de la cantina, mientras Erskine Hawkins se lamentaba desde el gramófono, Fatty

miró hacia la puerta y sopesó sus opciones. De hecho, se planteó bajar por el callejón hasta la tienda de la señorita Chona, entrar por la puerta de atrás, que estaba abierta —ella nunca cerraba con llave, para qué robarle si te daba lo que querías a crédito y nunca te pedía que pagaras—, y utilizar la cabina de teléfono para llamar a la policía con la intención de que fuesen a su garito. Pensó lo siguiente: hacer la llamada, volver corriendo para avisar a Nate y a los demás antes de que llegara la policía, esconder la bebida en el bosque detrás de la cantina y dejar que los polis hicieran una redada, no encontraran nada y se marchasen. Pero ese plan tenía un gran punto ciego. Conocía a los cuatro policías de la ciudad. Dos eran borrachos, fáciles de sobornar con alcohol. El tercero, David Hynes, era un devoto cristiano de corazón bondadoso que se limitaba a mirar hacia otro lado a menos que te encarases a él. Pero el cuarto, Billy O'Connell, era un granuja que también ejercía de teniente de la Compañía de Bomberos Empire. Fatty había hecho todo lo posible para caerle bien a O'Connell: conseguía cerveza barata con descuento para la compañía de bomberos; en realidad era robada, pero a los bomberos de buen corazón ese detalle les importaba bien poco. Les daba a los bomberos pollo gratis del que sobraba de la cena anual del reverendo Spriggs. Incluso había arrastrado a Big Soap hasta allí y se lo había entregado a ellos, ya que Soap era lo bastante fuerte como para tirar de la manguera de cuero mojada de treinta metros de largo hasta lo alto de la torre de la compañía de bomberos para dejar que se secara después de usarla. Los chicos de la Empire estaban encantados con Big Soap. Les caía bien a todos.

Excepto a Billy O'Connell.

A Billy O'Connell no le gustaba Big Soap, y tampoco Fatty, ni siquiera le gustaba su grupo de bomberos. A Billy O'Connell nadie le caía bien. Fatty nunca había conocido a un irlandés como él. Eso convertía a O'Connell en alguien peligroso.

Fatty se apoyó en la pila de leña, replanteándose la idea. Era jueves. O'Connell no estaría de servicio..., a menos que se diera el caso contrario. Si uno de los otros tres policías se hubiese puesto enfermo, habrían llamado a O'Connell, ya que en la ciudad siempre

tenía que haber tres policías de servicio.

Volvió a pensar en el plan. ¿Quién podría saber si O'Connell estaba de servicio?

«Paper lo sabrá», pensó. Esa mujer estaba al corriente de todo. Pero o bien ya estaba durmiendo, o bien retozaba con alguno de los mozos de Pullman. Tuvo que contener un ramalazo de celos. Aquella mujer era un enigma. Si supiese lo que sentía por ella... Se libró a toda prisa de ese sentimiento y volvió a considerar el asunto. Una redada convocaría a los tres policías, ya que cualquier cosa que ocurriese en Chicken Hill conllevaba que apareciesen allí todos los policías. ¿Estaba O'Connell de servicio o no? ¿Merecía la pena sacar a Nate de allí antes de que causara algún estropicio? Lo pensó detenidamente. ¡Sí! Pero entonces recordó que le habían dicho que O'Connell era el policía que había perseguido a Dodo y que lo había llevado a Pennhurst. Supongamos que Nate sabía que O'Connell era el policía que había ayudado a Doc Roberts a enviar allí a Dodo. Si Nate estaba borracho y O'Connell aparecía por la cantina, la cosa no acabaría bien.

«Esta ciudad», pensó apesadumbrado, «es demasiado pequeña.»

Descartó la idea, barajó durante unos segundos la posibilidad de vaciar su garito entrando y anunciando que varios negros de Hemlock Row, un minúsculo barrio negro a las afueras de Pottstown, se dirigían hacia allí muy enfadados con pistolas y bates de béisbol; había oído decir que un tarado de allí, que por lo visto se hacía llamar «Hijo del hombre», iba asustando a todo el mundo. Pero desechó la idea. Los negros de Chicken Hill podrían acabar peleándose con los de Hemlock Row. Eso no estaría bien.

Finalmente, decidió tomar la vía más directa. Se puso en pie, respiró hondo, subió los escalones del porche, entró en el local, se acercó a la pared, bajó el volumen del gramófono y anunció:

—Voy a cerrar pronto. Mañana tengo que trabajar.

—Venga ya, Fatty —dijo uno de los presentes—. Deja que Erskine Hawkins termine.

—Erskine seguirá en esa caja mañana. Tenéis que iros a casa.

Había siete almas en el local, y permanecieron inmóviles,

concentrándose en sus bebidas, hasta que vieron a Fatty dirigirse hacia la mesa del fondo, donde Nate estaba sentado en silencio, con una jarra grande de Sangre de Cristo de Carolina del Norte y un vaso medio vacío sobre la mesa ante él. Eso los puso a todos en movimiento. Dieron buena cuenta de sus bebidas y se dirigieron hacia la puerta; excepto Rusty, que se quedó detrás de la barra, una improvisada construcción de tablas y listones de pino.

Fatty se sentó y le hizo un gesto a Rusty para que se uniese a ellos. Rusty se acercó y se sentó mientras Fatty decía:

—Buenas noches, Nate.

Nate tenía la mirada clavada en su vaso. Pasaron unos segundos hasta que apartó lentamente su vidriosa mirada del vaso y se fijó en Fatty. Después volvió a mirar el vaso con un lento movimiento de cabeza.

La mirada de Nate apenas duró un momento, pero fue suficiente. Fatty no pudo evitar clavar la mirada en el suelo, con el vello de la nuca erizado. «Maldita sea», pensó, «¿qué he hecho?» Cuando tenía diecinueve años, Fatty cumplió dos años de condena en la prisión de Graterford por un percance en el que prefería no pensar. Una vez allí, y tras esforzarse de lo lindo por conseguir mejor comida y buen trato, insultó por error a un viejo preso llamado Dirt, el líder de su pabellón, que cumplía cadena perpetua por tres asesinatos. A simple vista, Dirt era poca cosa: un anciano delgado y de aspecto frágil, con gruesas gafas y hombros pequeños, en tanto que Fatty era un joven corpulento y enérgico, ancho de hombros. Fatty no le dio mucha importancia a aquel insulto hasta un par de días después. Estaba sentado a una mesa de la cafetería cuando Dirt, que se había sentado a otra, se puso de pie, se desperezó despreocupadamente, se aproximó a la mesa de Fatty con un tenedor en la mano y le sacó un ojo al hombre que estaba sentado justo enfrente de Fatty sin inmutarse siquiera. Lo hizo con la serenidad propia de un ama de casa que se dispone a amamantar a su bebé.

Fatty estaba sentado lo bastante cerca como para oír con claridad el chasquido del tenedor al clavarse en el ojo de aquel pobre tipo. Nunca olvidaría la calma que apreció en la mirada de

Dirt cuando empezó a trajinar con el tenedor; el globo ocular del pobre diablo salió disparado y rodó por el suelo como una canica. Fue una operación limpia y precisa. La determinación de Dirt le estremeció. En cuanto Dirt salió de la celda de aislamiento —y Fatty se percató de que había sido una estancia corta, otra muestra de la influencia y el poder de aquel hombrecillo—, casi cayó de bruces al llegar a la celda de Dirt para disculparse por su leve transgresión. El anciano fue sorprendentemente amable con él.

Le preguntó:

—¿Eres de Pottstown?

—Sí, soy de Pottstown.

—Entonces conocerás a Nate.

—No hay más que un Nate en Pottstown. Todo el mundo conoce a Nate. Está casado con una de mis primas. Todos allí estamos emparentados de alguna forma o manera.

—Nate estuvo aquí hace unos años —dijo Dirt.

Fatty se sorprendió.

—Nunca me ha hablado de eso —replicó Fatty—. Es bastante mayor que yo. Escucha, Dirt, quiero pedirte disculpas...

Dirt alzó una mano y le detuvo en seco.

—Le saqué el ojo a ese tipo porque me quitó algo que me pertenecía. Pero si Nate me quitara algo que me pertenece, no me inmutaría. No me gustaría cruzarme con Nate Timblin ni por todo el queso y las galletas del mundo.

—¿Estás hablando del viejo Nate? ¿Nate Timblin?

—Aquí no lo llamábamos de ese modo. Pregunta por ahí.

Y eso fue lo que hizo Fatty. Aprendió de los presos mayores que el Nate que él conocía —el Nate confiado y tranquilo, el anciano que llegó a Pottstown proveniente del sur, que trabajaba para el señor Moshe en el Teatro y Sala de Baile Auténtico Americano, que iba siempre tras su mujer, Addie, como un perrito faldero, que llevaba a su sobrino Dodo de caza— no podía ser el mismo Nate Timblin que había cumplido condena en la prisión de Graterford. Allí era una leyenda, un mito, mencionar su nombre provocaba espanto. Nadie sabía a ciencia cierta por qué lo habían encerrado, aunque lo que se rumoreaba no era nada bueno.

A nadie parecían importarle mucho, por lo demás, las razones o los motivos, excepto en lo relativo a una cuestión: con toda probabilidad, Nate Timblin no era su verdadero nombre. Los prisioneros le llamaban Love.

—Nate Love —le dijeron—, no Timblin. Love era su nombre. Nate Love. Nosotros no lo conocimos como Timblin. Lo vimos en sus papeles. Love. Ese era su apellido, hijo. Nate Love. Dicen que es de Carolina del Sur. Lo que llaman el bajío surcarolino. El hombre más bueno que he conocido; el alma más bondadosa que haya caminado entre los muros de esta prisión. Pero que Dios se apiadase de ti si Nate Love te llamaba por tu apellido, hijo. Si te tenía entre ceja y ceja, no durabas ni una semana.

Cuando Fatty se enteró de eso, volvió a la celda de Dirt y le preguntó:

—¿Conocías bien a Nate?

—Lo conocía muy bien —dijo el anciano.

—¿Qué hizo para que lo encerrasen aquí?

Dirt se encogió de hombros.

—No es lo que hizo para llegar aquí, hijo. Es lo que lleva dentro. Llámalo maldición o demonio. Sea lo que sea, vive en el interior de algunas personas. No hay muchos tipos como ellos en este mundo. Pero Nate es uno de ellos. Tiene esa *cosa* en su interior, hijo, muy adentro. Es una lástima, porque es un buen hombre, mi tipo de hombre. Pero un hombre no puede controlar lo que lleva dentro una vez que se ha desatado, igual que tú o yo no podemos retener una bolsa de la compra si nos atropella un autobús. Hay cosas que están ahí, esperando a soltarse. Así es la vida. Debes mantenerte alejado de ese lado de Nate, hijo. Si tienes la capacidad de desatar ese demonio, te meterás en problemas.

Fatty, sentado frente a Nate en aquella desvencijada mesa, sintió que se le secaba la boca. Tragó saliva mientras observaba a Nate con la mirada fija en su vaso de aguardiente medio vacío. Los ojos de Nate brillaban de un modo inquietante. Entonces Fatty pudo verlo. Vio lo que habían visto los hombres. Nate Love, resplandeciente, como de otro mundo, con sus tranquilos e intensos ojos rebosantes de una rabia forjada al rojo vivo. Fatty

tuvo la impresión de estar mirando un volcán sumergido en un lago cristalino. Resistió el impulso de ponerse en pie de un salto y salir corriendo hacia la noche. Se maldijo en silencio, maldijo a Big Soap por haber metido la pata en la fábrica Flagg, maldijo a su primo Gene y a la mujer de Gene y también al hermano de la mujer de Gene, que le dio el aguardiente destilado ilegalmente Sangre de Cristo de Carolina del Norte y, por último, se maldijo otra vez a sí mismo.

—No debería haber traído aquí este aguardiente —dijo en voz alta.

Nate lo ignoró y permaneció sentado, inmóvil, con sus largos dedos aún rodeando el vaso. Fatty miró a Rusty, que también estaba nervioso. Rusty era un hombre grande, fuerte, ancho de hombros y joven, y Fatty no era precisamente pequeño. Pero en aquel momento, siendo testigo de cómo el miedo invadía el rostro del joven Rusty, sintiendo su propio miedo zarandeándole, supo que, aunque ambos se abalanzaran sobre Nate, sería como intentar apagar el incendio de una casa con un vaso de agua.

Fatty decidió no decir nada más. Fue Rusty quien habló. Señaló el vaso medio vacío de Nate.

—¿Cómo va todo, Nate?

Silencio.

—¿Estás bien?

Nate no respondió, tenía la mirada fija en el vaso. Finalmente, Fatty logró encontrar un hilo de voz.

—Nate... Tengo que cerrar pronto.

Los ojos de Nate pasaron lentamente del vaso a la cara de Fatty, y este apartó la mirada. «Dios», pensó. «Lo he conseguido.»

Fatty miró a Rusty, que, gracias a Dios, rompió el hielo de la forma más extraña. El joven Rusty estaba cansado. Se apoyó en la mesa, se llevó las manos a la cara y se frotó los ojos. Rusty atesoraba un aire de inocencia que parecía atraer el aire fresco allí donde estaba. Todos en Chicken Hill querían a Rusty, pues haría cualquier cosa por quien fuera. El simple bostezo, la muestra de su cansancio, eliminó un poco de tensión al momento. La diluyó en cierto sentido, y Fatty decidió guardar silencio para variar. Se

alegró de haberlo hecho, porque Rusty se apartó las manos de la cara y prosiguió.

—A mí tampoco me gusta lo que pasó, Nate. No está bien. Dodo no había hecho nada malo. Doc Roberts… no es bueno.

Los ojos de Nate se dirigieron a Rusty. La serena furia de su mirada, que ardía con tanta intensidad que mirarlo era como contemplar el sol, se clavó en el inocente rostro de Rusty y el furioso resplandor se atenuó levemente. Rusty se dispuso a decir algo más, pero mantuvo la boca cerrada; finalmente, balbuceó:

—Quizás haya una forma de salir de esta.

—Así es —añadió Fatty—. Conozco a varias personas en Pennhurst.

Nate le miró a los ojos y Fatty sintió como si el zumbido eléctrico que ocupaba la habitación hubiese disminuido. El cortante filo de rabia de aquel hombre se atenuó, la energía del odio en el individuo que estaba sentado ante él disminuyó mientras acariciaba su vaso, moviendo las manos por primera vez. Entonces Fatty vio que movía los labios y oyó, como en un sueño, que Nate murmuraba algo.

La habitación estaba en silencio. Fatty había bajado el volumen del gramófono y solo el crujido de las desvencijadas sillas y el crepitar de la estufa de leña, en sus últimos estertores ya, llenaban sus oídos, pero no oyó lo que dijo.

—¿Qué has dicho, Nate?

Tanto él como Rusty se inclinaron hacia delante, sobre la mesa, para acercar sus orejas a los labios de Nate, que habló de nuevo, en voz baja, con un tono de voz tan suave que ambos tuvieron que esforzarse al máximo para oír lo que decía. Pero después de hablar. Fatty asintió y declaró:

—De acuerdo, Nate. Ahora te llevaremos a casa.

Los dos se pusieron de pie, colocándose uno a cada lado de Nate, lo agarraron suavemente por debajo de los brazos, lo pusieron de pie y lo acompañaron hacia la puerta. Diez minutos después lo dejaron en la cama sin incidentes, pues no había dicho ni una palabra más. Lo acostaron con la ropa puesta y salieron de la casa a toda prisa, dando gracias a Dios de que Addie no

estuviera por allí, ya que pasaba la mayoría de las noches en el hospital de Reading cuidando a la señorita Chona, que se moría, según decían, y esta vez iba en serio.

Cuando ya se habían alejado de la oscura casa y ascendían por la fangosa pendiente hacia Pigs Alley para cerrar el garito de Fatty en aquel callejón, Rusty preguntó:

—¿Has oído lo que ha dicho?

—Sí —dijo Fatty.

—¿Qué quería decir?

—Quería decir lo que dijo.

—¿Y qué es?

—Pesos diferentes significan medidas diferentes. El Señor conoce las dos.

—¿Eso es de la Biblia? ¿Tendría que preguntarle al reverendo Spriggs?

—No, joder —espetó Fatty—. No lo metas en esto.

—Entonces, ¿qué significa?

—Significa que tenemos que sacar a ese chico de Pennhurst o se va a montar una buena.

15

El gusano

A la señora Fioria Carissimi, madre del joven Enzo Carissimi, a quien todos en Chicken Hill llamaban cariñosamente Big Soap, dos personas diferentes le hablaron del jaleo relacionado con el tendero judío y el niño negro sordo. La primera de ellas fue Vivana Agnello, presidenta de la Asociación de Mujeres Voluntarias de la iglesia católica St. Aloysius, ubicada en el centro de Pottstown, donde Fioria iba a misa todas las mañanas. El grupo se reunía dos veces al mes en el sótano de la iglesia para tomar café, cotillear y decidir quién necesitaba ropa en la ciudad. Vivana les comunicó que los judíos habían escondido al niño sordo para que la gente del estado no diese con él y, a cambio, habían cobrado de los negros una especie de rescate por esconder al muchacho, pero que se habían quedado con el dinero y habían llamado a la policía. Lo sabía porque su marido era capataz en la fábrica de estufas Enlevra, que fabricó la estufa que inició todo el asunto tres años antes. La empresa le dio a la familia del chico mil doscientos dólares después de que una de sus estufas explotara y matara a la madre del chico, lo que hizo rico a ese pequeño cabeza de chorlito. Como su madre había muerto, los negros del barrio se aprovecharon de él, le robaron la mayor parte del dinero y se lo gastaron en artículos de pesca y whisky, hasta que uno de ellos le dio lo que quedaba a los judíos de la tienda para que ocultasen al chico, porque lo buscaba el estado, aunque luego lo entregaron de todos modos.

Su explicación parecía tan absurda que podía ser cierta, pero los chismes de Vivana no causaban efecto alguno desde que condenó a Eugenio Fabicelli por haberle vendido su panadería a un

judío llamado Malaquías en lugar de a su primo Guido, que tenía intención de comprarla.

—El judío hundió el negocio y se largó de la ciudad —dijo—. Qué estúpido, ese Eugenio.

Ese último comentario, pronunciado en inglés, había provocado cierta disensión entre las mujeres de la St. Aloysius, que por lo general se mostraban comedidas, en parte porque Pia, la hermana pequeña de Eugenio, era una de las presentes en la sala en ese mismo momento. Pia hablaba poco inglés, y aunque el comentario no le impactó en ese momento, una posterior traducción sí causó el previsible efecto, ya que Pia se retiró de inmediato del grupo. Y como era una de las mujeres de la limpieza de la oficina del alcalde, que también era la sede de los departamentos de policía, electricidad y saneamiento, así como el habitual centro de reunión de los padres de la ciudad —un tercio de los cuales afirmaba ser descendiente directo de los pasajeros del *Mayflower*—, por allí corrían la mitad de las noticias útiles de la ciudad, incluida la información sobre valiosos bienes inmuebles que salían a subasta. Muchas de esas comunicaciones las garabateaban en notas que acababan arrugadas en los cubos de basura de las oficinas y que Pia guardaba en sus bolsillos del delantal para llevarlas después a la reunión de mujeres y compartirlas con el grupo; por no hablar de su receta secreta de tarta de calabaza, que, debido a la insistencia de sus compañeras, por fin había prometido compartir. Pues bien, ahora todo eso se había esfumado. Todo. Por un estúpido comentario.

Fioria se tomó la decisión de Pia con calma. No le interesaban las noticias relativas a la ciudad ni la receta de la tarta de calabaza de Pia; de hecho, era la única que sabía que, en realidad, el pastel de Pia era más de calabacín que de calabaza. Fioria tampoco era un miembro exigente del grupo de mujeres de Vivana, pues todo el mundo sabía que Vivana había llegado a ser la presidenta porque su marido, Enrico, afirmaba ser el capataz de la fábrica de Enlevra, e incluso salía de casa todas las mañanas vestido con camisa y corbata para ir a trabajar, pero en cuanto llegaba a la fábrica se colocaba un mono de trabajo sobre su elegante ropa y trabajaba en

las calderas como el resto de los inmigrantes. A Fioria le resultaba un tanto desagradable la insistencia de Vivana por hablar en inglés e intentar comportarse siempre como una americana más, animando al resto de las amas de casa a alimentar a sus hijos a base de hamburguesas y Coca-Cola en lugar de *arancini* y *ribollita*. Claro que Vivana era de Génova, donde nadie era feliz, por lo tanto, ¿qué se podía esperar de ella? En cambio, Pia era siciliana y vivía en la misma calle de Chicken Hill que Fioria. Así que mientras Fioria acudía silenciosamente al grupo de mujeres voluntarias, seguía manteniendo relaciones con su buena amiga, y una tarde, menos de una semana después de que enviaran a Dodo a Pennhurst, se encontró en la cocina de Pia observando cómo la mujer más joven cortaba su ingrediente secreto —el calabacín— en trocitos pequeños para hacer su tarta de calabaza.

Fue después de que Pia metiera una de sus tartas en el horno y las dos mujeres se sentaran a tomar café con leche en lata, conversando en italiano sobre el incidente de la tienda de alimentación El Cielo y La Tierra, cuando Pia soltó la bomba sobre Doc Roberts.

—Esa mujer no hizo nada malo al esconder al niño —dijo Pia —. ¿Sigue viva?

Fioria se encogió de hombros.

—Está en un hospital de Reading. En coma. Dicen que si Dios quiere despertará —respondió, cruzándose de brazos.

—¿Tiene hijos? —preguntó Pia.

Fioria decidió actuar con cautela. Era un tema delicado, ya que Pia, nueve años más joven, aún no era madre y había empezado a visitar a médicos americanos en busca de una solución, algo que Fioria no creía adecuado.

—No —le dijo—. Pero si quieres saber mi opinión, te diré que es un modo de vivir más años. Los hijos pueden ser un quebradero de cabeza.

Pia, que parecía haberse molestado sin motivo, preguntó de repente:

—¿Dónde se puede esconder a un niño por aquí? Aquí no hay más que alambradas y mierda de caballo.

Fioria se encogió de hombros. No le gustaba dar pábulo a los rumores.

—Lo único que sé es que la policía fue a llevárselo y los de color se enfadaron y la pobre mujer, no sé bien cómo, se metió en medio. Eso le dijo Doc Roberts al cura en misa.

Al oír hablar de Doc Roberts, Pia enrojeció y se puso en pie. De espaldas a Fioria, tomó la cuchara de madera de la encimera, recogió un poco de calabacín y vertió el contenido con rabia en el cuenco.

—¿Qué te preocupa? —le preguntó Fioria.

—Nada —respondió Pia mientras mezclaba con furia el relleno de la tarta.

—¿La conocías?

—¿A quién?

—A Chona. La mujer judía.

—No la reconocería aunque entrase aquí disfrazada de alce y tirara sal y aceite de oliva por toda la cocina —dijo Pia. Se quedó mirando hacia la puerta, a pesar de que la casa estaba vacía, y luego dijo acaloradamente en siciliano—: *Mi farei controllare in manicomio prima di lasciare che il dottor Roberts mi mettesse lemani addosso. È un verme cattivo*. («Preferiría que me examinaran en el manicomio antes de dejar que el doctor Roberts volviese a ponerme las manos encima. Es un gusano asqueroso.»)

A Fioria le impresionaron sus palabras y activaron en su interior el sentido de alarma. Ahí había un problema. Matteo, el marido de Pia, era yesero, un tipo simpático y extrovertido, excepto en todo lo relativo a su mujer, pues Pia era una joven esbelta y guapa.

Fioria cambió de tema.

—Soy demasiado vieja para los médicos americanos —dijo con celeridad—. Gracias a Dios tuve a mis hijos en Italia. Aquí nunca voy al médico. Es un método rápido para morir.

Pia rellenó la masa, metió el molde en el horno y volvió a sentarse a la mesa enfadada. Luego le dijo en voz baja a Fioria:

—No digas nada. Si Matteo va a la cárcel, ¿qué será de mí?

Fioria cruzó la mesa y dejó caer suavemente la mano sobre el

hombro de Pia. Ese gesto la tranquilizó, pues el corazón de una buena mujer es capaz de guardar secretos mucho mejor que cualquier cámara acorazada, y Fioria era una buena mujer. Pero aquella misma tarde, mientras preparaba la cena para su marido y para Enzo, Fioria se vio acosada por un repentino ataque de pánico que le atravesó las sienes a tal velocidad que tuvo que sentarse a la mesa y hundir los dedos en el salero para después chupárselos, algo que hacía en sus momentos de mayor inquietud. «Esta ciudad es demasiado pequeña», pensó, «y el tipo de problema al que se ha referido Pia está muy extendido.» Había oído algún que otro rumor con respecto a Doc Roberts, pero era mejor mantenerse al margen de esa clase de cosas. Aun así, si el marido de Pia se enteraba de lo de Doc... Sintió que se le erizaba el vello de los brazos y se persignó, pensando en su hijo. Enzo conocía bien a Matteo. De hecho, Enzo conocía bien a todo el mundo. Era demasiado bondadoso. Habría hecho cualquier cosa por cualquiera. Ese era su problema.

Le dio varias vueltas al tema en su cabeza. Si Matteo se metía en problemas, Enzo le seguiría de cabeza y también lo haría su amigo Fatty. Y, según pensó con repentina claridad, también lo haría la *polizia,* pues nunca andaban lejos de donde estuviese Fatty. Que su hijo fuese amigo del negro más famoso de Chicken Hill era algo que cada vez le preocupaba más. Habían sido mejores amigos desde la infancia. Cuando ella y su marido llegaron a Pottstown provenientes de Sicilia, doce años atrás, Enzo tenía doce años y no hablaba inglés. Pero Fatty, que vivía a la vuelta de la esquina, hablaba suficiente inglés para los dos. Por lo general, los inmigrantes italianos del barrio eran muy reservados, pero los niños jugaban sin límites y, aunque la mayoría regresaban al seno de sus ancestros cuando se hacían mayores, Enzo y Fatty habían permanecido unidos como dos delincuentes. Jugaban juntos en el equipo de fútbol e incluso entraron a trabajar en la misma fábrica después de graduarse. Y aunque su marido desaprobaba a Fatty, a Fioria le parecía encantador y sus locuras le hacían gracia; como aquella ocasión en que soldó todas las piezas de chatarra que encontró —cucharas, cucharones, latas, barras de acero— a un

viejo carro de hielo y lo llevó por la colina tirado por una mula, como si se tratase de un taxi. Hasta su marido se echó a reír cuando lo vio. Además, Fatty era un manitas. Sabía reparar coches y camiones, era buen carpintero y un excelente soldador, y le enseñó a Enzo a hacer todas esas cosas. Y a pesar de que Enzo le había hecho saltar un diente a Fatty en una pelea, rara vez discutían. Fatty incluso había metido a Enzo en el cuerpo de bomberos, convirtiéndose en el primer italiano que lo lograba. Todo un logro.

Pero esto era otra cosa. Enzo acababa de conseguir un nuevo trabajo en la planta de Dohler después de que un problemilla con Fatty le hubiese costado su anterior puesto de trabajo. No necesitaba más problemas. Decidió hablar con él sobre el hecho de meter las narices en asuntos ajenos.

Eran más de las cuatro de la tarde y la fábrica Dohler ya había finalizado su turno, lo que significaba que Enzo no estaba trabajando. Ella sabía dónde encontrarlo.

Se quitó el delantal, apagó la estufa, salió de casa por la puerta principal, pasó por delante de las estrechas casas adosadas de su calle, giró hacia el oeste en el cruce, atravesó un solar vacío lleno de maleza alta y tomó el camino embarrado hacia el garito de Fatty, adonde su hijo acudía todos los días después del trabajo para beber cerveza y escuchar jazz y la retransmisión de partidos de béisbol por la radio junto al resto de los clientes habituales, en su mayoría jóvenes negros.

Varios jóvenes sentados en cajas, bebiendo cervezas cerca de una mesa improvisada, junto a una parrilla con un cartel que rezaba: HAMBURGUESAS A DIEZ CENTAVOS, pudieron ver cómo se acercaba Fioria recorriendo los más de doscientos metros que los separaban, una figura diminuta con una bata de estar por casa que se dirigía hacia donde estaban ellos, muy decidida, las manos entrelazadas a la espalda mientras ascendía la cuesta con rapidez, al estilo italiano, inclinada hacia delante. Cuando Fioria se acercó, vio a cien metros de distancia la imponente figura de su hijo. A sus veinticuatro años, Enzo medía un metro ochenta y era como un horno de ladrillos. Era uno de los hombres más altos de Pottstown,

por lo que resultaba difícil no verlo desde lejos. Estaba sentado en un cajón, encorvado sobre un tablero de ajedrez en el porche de la casa. Al ver el voluminoso cuerpo de su hijo frente al de Fatty, mucho más bajo y fornido, la sangre se le subió a la cara y se puso furiosa.

Ni Fatty ni Big Soap la vieron venir, pero los otros jóvenes negros que estaban en el porche sí, y se apresuraron a levantarse de sus cajas, dejar las cervezas debajo del porche, apagar los cigarrillos, enderezar sus cuellos y sisear: «¡Soap! ¡Soap! Viene tu madre».

Pero ya era demasiado tarde. Cuando Big Soap los oyó y giró la cabeza, vio el dedo de su madre apuntándole directamente a la nariz. Era tan alto que, incluso sentado, era más alto que ella, así que el dedo de su madre le apuntaba a las fosas nasales.

Fioria le siseó en italiano.

—Te vas a meter en un lío —le dijo.

—¿Qué dices?

—¿Qué pasó en la tienda? —le preguntó.

—¿Qué tienda?

—No te metas en eso.

—¿En qué?

—No quiero que tengas nada que ver con lo que pasó en la tienda.

Big Soap miró a Fatty, que permanecía en silencio, y luego puso los ojos en blanco. Big Soap se sintió avergonzado. Pero como él y su madre eran los únicos que hablaban italiano, decidió disimular, hablando tranquilamente en italiano:

—¿Qué es lo que he hecho, mamá?

—¡No te hagas el listo! ¡La policía estaba allí arriba! ¿Estabas tú allí arriba?

—¿Arriba dónde?

—¿Crees que soy estúpida? ¿Qué ha pasado?

—¿De qué estás hablando?

—¡El manicomio! ¿Quieres que te lleven allí?

—¿Qué manicomio? ¡Vengo de trabajar!

A partir de ahí, Fioria perdió los estribos, y ni al día siguiente,

ni al otro, recordaría lo que se dijeron. Pero para los jóvenes que los estaban mirando, el torrente de italiano de la madre, seguido de la respuesta a trompicones de Big Soap, supuso un verdadero entretenimiento y no dejaron de resoplar y de ahogar sus risas. Todos se divirtieron menos Fatty, que salió muy despacio del porche y se quedó de pie junto a Rusty, los dos mirando, embelesados, cómo madre e hijo discutían acaloradamente.

—¡Aléjate de la policía o también te llevarán al manicomio! —gritó Fioria.

—No pueden llevarme al manicomio si estoy en el trabajo —dijo Big Soap.

—¿Quién dice que estabas en el trabajo? ¿Sabía la policía que estabas trabajando? ¿Quién quiere hablar de su trabajo con la policía? Acabas de perder un trabajo y ahora vas a perder otro. ¿Por qué? ¡Por hablar con la policía! No hables con la policía. ¡Nunca!

—¿Quién te ha dicho que estuve hablando con la policía?

—¡No te burles de mí! —Fioria señaló a Fatty, luego se volvió hacia Big Soap y exclamó en italiano—: Fatty tiene quince trabajos. Tú tienes uno. ¿Crees que los trabajos crecen en los árboles? No te metas en líos o no tendrás trabajo. ¡La policía envió al niño de color al manicomio! ¡Tú vas a ser el siguiente, por la forma en que hablas! Y no te acerques a ese médico. *Medici americani!Ciarlatani con mani veloci. Una pillola per tutti.* («¡Médicos americanos! Matasanos con manos rápidas. Pastillas para todo.») No te puedes fiar de ellos. Debería decírselo a tu padre. —Y siguió parloteando.

Rusty se inclinó hacia Fatty.

—Fatty, ¿qué es lo que hizo Soap?

—Hiciera lo que hiciese —respondió Fatty, frunciendo el ceño—, no volverá a hacerlo.

Al ver a la señora Fioria despotricar, Fatty se preocupó. La señora Fioria vivía al pie de la colina, cerca de Main Street, justo una calle por encima de Paper. Paper, que lavaba la ropa en un fregadero que daba a Main Street, se enteraba de todo. Básicamente, vivía en su jardín cuando no estaba lavando ropa o rompiéndole el corazón a algún pobre maletero del ferrocarril. Su

casa era como el puesto de guardia de Chicken Hill. Estaba al corriente de todas las personas y cosas que subían al barrio. Eso significaba que Paper había visto a la señora Fioria dirigiéndose a su garito, porque no había nada más allá de la maleza que su antro, lo que significaba que la noticia se difundiría en cuestión de minutos. «De hecho», pensó, «ya se habrá extendido.»

Suspiró, observando cómo la señora Fioria increpaba a Big Soap. A Fatty le gustaba la señora Fioria. Era buena persona; incluso podía considerarla una segunda madre. Le había pegado unas cuantas veces con el cinturón siendo niño cuando castigaba a Big Soap; ambos se lo merecían con creces. Pero era blanca. Y si los blancos se acercaban a su garito de Pigs Alley llamaban la atención de la poli. Y los policías no eran buenos para la economía. Si les daba la gana, podían presentarse en ese mismo momento y detenerle por vender hamburguesas y Coca-Cola durante el día. Y si el que se presentaba era Billy O'Connell, qué le impediría escarbar hasta descubrir el aguardiente que había enterrado en el bosque, por no hablar de otros bienes tangibles que había escondido allí, incluida una amoladora de mesa de ochocientos caballos de potencia que había conseguido en la planta de Dohler el año anterior y un par de artículos más que había «encontrado» en algunas de las fábricas cercanas, para venderlos más tarde.

Quería intervenir, pero sabía que no debía hacerlo. En lugar de eso, su mente empezó a buscar soluciones. ¿Cómo volver a la normalidad? Nate se estaba recuperando de su borrachera, con toda probabilidad volvería a ser el mismo de siempre en un par de días. De acuerdo. La mujer de Nate, Addie, estaba incomunicada en el hospital de Reading, junto a la señorita Chona. De acuerdo. Al pobre Dodo se lo habían llevado. Lo tenían en el manicomio de Pennhurst. Llevaba allí dos semanas. Tal vez Nate y Addie se dieran por vencidos con respecto al asunto del niño y dejaran que su adorado Buen Dios, que todo lo resolvía, se ocupara de él. De acuerdo. En cualquier caso, Doc Roberts prefería que las cosas estuviesen tranquilas con los blancos. De acuerdo. No había problema alguno. Todo eso se olvidaría. Tenía que dejar que la señora Fioria gritase y luego las cosas se calmarían. ¿Acaso no era

lo más razonable suponer que las cosas se calmarían siguiendo su propio curso?

Para alivio de Fatty, la señora Fioria dejó de despotricar, se dio la vuelta y emprendió la marcha por Pigs Alley. Pero, para su consternación, se volvió de repente y caminó hacia donde se encontraba él, señalándolo con el dedo meñique y hablando con un marcado acento italiano.

—Debería darte vergüenza, Fatty.

Fatty sonrió y extendió los brazos.

—Señora Fioria, no estábamos...

—¡Problemas, problemas, problemas! —exclamó Fioria—. La pobre señora está enferma porque... —Se detuvo, lo miró inquisitivamente y dijo—: ¿Qué le ha pasado a tu boca?

—¿Mi boca?

—Tu diente. ¿Qué ha pasado?

—Oh, tengo uno nuevo.

—Enséñamelo.

Fatty abrió la boca. La diminuta mujer se acercó y miró en el interior, examinando el diente de madera, agarrándole la barbilla y moviéndole la cabeza de un lado a otro antes de soltar las manos y decir:

—Deberían devolverte el dinero.

Detrás de él, Fatty oyó reír a varios hombres, pero a la señora Fioria no le pareció en absoluto divertido. Miraba fijamente a Fatty con las manos en las caderas.

—¿Qué pasó en la tienda? —preguntó.

—No lo sé. Oí que la señorita Chona se cayó...

Pero, de nuevo, la señora Fioria se dejó llevar y volvió a despotricar en italiano:

—*Ti porterò a casa e ti laverò la bocca con sapone di liscivia se hai intenzione di darmi un sacchetto di gomiti, okay? Cucinavo il cibo e vivevo prima che i tuoi primi denti crescessero.* («Te llevaré a casa y te lavaré la boca con jabón de lejía si intentas tomarme el pelo, ¿de acuerdo? Yo ya cocinaba y tenía una vida antes de que te salieran tus primeros dientes.») —Luego retomó el inglés, para terminar diciendo—: ¡No me digas una cosa y luego otra! Señorita Chona

esto y señorita Chona lo otro..., ¿qué pasó allí?

Por primera vez, Fatty se percató de que no sabía muy bien lo que había pasado en la tienda. Él no había estado allí. Se encontraba en Filadelfia arreglándose el diente y regentando la estúpida tintorería de su primo. Pero con la señora Fioria mirándole fijamente, se dio cuenta de que tenía que atar cabos de todos modos. La señora Fioria conocía a Bernice, que vivía al lado de la Tienda de Comestibles el Cielo y la Tierra. Si iba a casa de su hermana y le preguntaba qué había pasado, tendría problemas, porque Bernice estaba santificada, había sido salvada por el Señor, lo que significaba que era impredecible. Bernice odiaba el garito de Fatty. Es más, Bernice había ayudado a la señorita Chona a esconder a Dodo del estado, dejándolo jugar en el patio con sus hijos cuando enviaron a aquel negro a buscarlo. Eso convertía a Bernice en cómplice. Y el hombre del estado también era negro. Se lo habían dicho. ¿Quién se había ido de la lengua? En cualquier caso, que la señora Fioria acudiese a Bernice echaría más leña al fuego. De hecho, todo había empezado cuando Nate metió a los judíos en el asunto.

Con la señora Fioria mirándole fijamente, Fatty no tuvo más remedio que decirle todo lo que sabía.

—La madre de Dodo murió.

—¿Quién es Dodo?

—El chico. Se llama Dodo.

—Un momento —dijo Fioria. Señaló con la cabeza a su hijo y Big Soap dejó escapar un suspiro y se acercó. Necesitaba un traductor. Asintió en dirección a Fatty—. Venga —dijo.

Fatty habló mientras Big Soap traducía.

—Dodo es el hijo de Selma...

Y, de ese modo, Fatty Davis, una persona que no acostumbraba a preocuparse por nadie que no fuera él mismo, se puso a contar todo lo que sabía. Hacía tres años, una señora de color llamada Thelma Herring, hermana de Addie, que vivía en Chicken Hill, tenía una estufa Enlevra, hecha en una de las fábricas de Pottstown. La estufa explotó. Nadie sabía por qué. Pero ninguno de los habitantes del barrio olvidaría jamás el día de la explosión.

Dodo, el hijo de Thelma, cuyo verdadero nombre era Holly Herring, estaba cerca de la estufa cuando explotó. De algún modo, le afectó a los ojos y a los oídos.

—Se quedó ciego y sordo durante un tiempo —dijo Fatty—. Sus ojos se recuperaron. Pero sus oídos no.

—¿Y la estufa no mató a su madre?

—Ya se lo he dicho, señora Fioria. No.

—¿La compañía de estufas les indemnizó por el accidente?

Fatty se mostró incrédulo.

—¿Saben los perros cuándo llega la Navidad?

Big Soap tradujo sus palabras y la señora Fioria se echó a reír.

—¿Así que no murió?

—No —respondió Fatty—. Pero nunca volvió a ser la misma. Ese año enfermó y murió, eso fue todo. Nadie cobró nada. Los tíos de Dodo lo acogieron. No quería ir a la escuela porque no oía nada. El estado quería enviarlo a una escuela especial, así que sus tíos le pidieron a la señorita Chona que se quedase con él hasta que consiguieran el dinero necesario para enviarlo al sur. Allí tienen familia que podría cuidar de él.

—¿Estás seguro?

—Señora Fioria, ¿le mentiría yo?

—Más te vale que no lo hagas —dijo, agitando una mano con la palma abierta hacia arriba.

Fatty sonrió, pues resultaba evidente que la señora Fioria se estaba enfriando.

—¿Por qué acudió el médico? —preguntó—. ¿Estaba enfermo el niño?

—No lo sé. Doc Roberts no suele tratar a la gente de color.

—¿Cómo sabía el doctor que el chico estaba aquí arriba? Yo vivo aquí y *no* sabía que estaba aquí arriba.

—Lo mantuvieron en secreto.

—¿Cómo se enteró el doctor?

—Alguien se lo dijo, supongo.

—¿Así empezó la pelea en la tienda? —preguntó.

Por primera vez, Fatty parecía desconcertado.

—No hubo ninguna pelea.

Fioria se mostró firme.

—Hubo una pelea. Así es como la señora judía resultó herida.

—Ella no se lastimó en ninguna pelea. Lo juro por Dios.

—Entonces, ¿qué le pasó?

—Bueno... Se cayó... Fue como... No lo sé. La encontraron con la ropa... como si se la hubiesen arrancado.

—¿Se cayó y se rompió la ropa ella sola?

—No estoy seguro, señora Fioria.

Fioria observó a los jóvenes que la rodeaban. A la mayoría los conocía desde niños, a algunos desde hacía más de una década. Algunos habían estado en su salón haciendo alguna chapuza, otros se habían comido su pasta, porque después de servir a su marido y a su hijo, si veía pasar a un niño hambriento, no podía evitar darle de comer. Había algo en esos niños hambrientos que conmovía de la manera más profunda a Fioria Carissimi, que había crecido en un pequeño pueblo siciliano cerca de Palermo donde tan solo una vez al año, en Navidad, podían disfrutar de una cena de arroz con aceite de oliva y carne de verdad. Simplemente, no podía aguantarlo. Su oscura mirada se posó en Rusty, que fumaba nervioso un cigarrillo. Le señaló con el dedo.

—¿Estuviste allí?

—Yo... vi algunas cosas, señora Fioria.

—¿Y?

—Bueno, la señora Addie llegó antes que yo.

Fioria soltó una retahíla de palabras en italiano y Big Soap puso los ojos en blanco.

—Rusty, habla claro de una vez antes de que mate a alguien.

Rusty extendió los brazos para explicarse.

—Lo que vi, cuando entré, fue a la señorita Chona tirada en el suelo con su vestido... Bueno, Addie le estaba arreglando el vestido. Como si estuviera arrugado. Como si alguien hubiera intentado quitárselo.

—¿Estaba el médico allí?

Rusty tragó saliva y guardó silencio durante unos segundos.

—¿Se refiere a Doc Roberts?

—¿Estaba allí o no?

—Salió corriendo cuando yo entré. Volvió cinco minutos después con la policía.

—¿Y el chico?

—Dodo estaba allí —dijo Rusty—. Seguro que estaba. Estaba alterado. Se puso a gritar cosas sobre Doc Roberts mientras los policías lo perseguían. —Y en ese punto, Rusty palideció y dijo—: Señora Fioria, en realidad no vi nada. Se lo juro por Dios. La única persona que realmente vio algo fue Addie. Está en Reading, en el hospital, con la señorita Chona. Puede preguntarle a ella qué vio. Creo que las únicas personas que vieron lo que pasó entre Doc y la señorita Chona fueron Doc y la señorita Chona.

—El chico estaba allí —dijo Fioria—. ¿Alguien le preguntó a él?

—Es sordomudo —respondió Fatty.

Fioria frunció el ceño cuando escuchó la traducción y luego le habló a Fatty en inglés, directamente.

—Sordo —dijo en inglés, señalando sus propios oídos—. Pero mudo… —Señaló a Rusty, Big Soap y Fatty, contando mientras señalaba, diciendo en inglés—: Uno, dos y tres. —Entonces miró al resto de los jóvenes que estaban de pie, agitó un dedo como diciendo: «Cuidado. Os estoy vigilando». Luego se volvió hacia Fatty, dijo unas palabras más en italiano y se fue colina abajo.

La vieron marcharse. Fatty preguntó a Big Soap:

—¿Qué es lo último que ha dicho?

—Nada. Ha dicho que tenemos problemas.

—No me tomes el pelo, Soap. Sé cómo decir problemas en italiano. *Guaio*. Recuerdo esa palabra de cuando nos calentaba el culo en los viejos tiempos. No he oído esa palabra en ningún momento. ¿Me estaba echando la bronca de alguna otra manera?

—No.

—¿Qué ha dicho entonces?

—Ha dicho que Dios observa lo que hacemos.

Fatty suspiró.

—Prefiero que sea Él quien me vigile a que sea ella.

16

La visita

Chona yacía en una habitación privada de la última planta del hospital de Reading, en un ala normalmente reservada para enfermos graves o moribundos. Al parecer, eso era precisamente lo que el caballero de Filadelfia, un rico propietario teatral, había insistido en tener, y había pagado por ello en efectivo.

—Quiero silencio —les dijo a las enfermeras de la planta.

Al parecer, estaba acostumbrado a dar órdenes, lo que provocó cierta animosidad entre las enfermeras. Corría el rumor de que la judía de la 401 vivía en la cercana Pottstown y se había visto involucrada en algún tipo de altercado con las fuerzas del orden. No habían visto a muchos judíos en esa planta, ni tampoco a muchos negros como la cuidadora que se pasaba el día sentada junto a la cama de la enferma, con la cara a menudo hundida en una Biblia. La mujer negra rara vez sonreía. Hablaba con el personal de manera directa y seca. Las enfermeras no tardaron en definirla como arrogante e irrespetuosa. Para colmo, el marido judío de la enferma entraba y salía a horas intempestivas, por no hablar de los negros que iban y venían de la habitación a lo largo del día. Todo parecía un tanto desproporcionado: judíos ricos pagando por habitaciones privadas e inundando de negros la planta del hospital. Este país, murmuraban las enfermeras, se está yendo a la porra.

Addie no estaba al corriente de esas habladurías, al igual que Chona, que durante cuatro días había permanecido en coma y los médicos suponían que del segundo coma ya no iba a despertar. Addie no estaba tan segura. Cada mañana, Chona se agitaba, mascullaba y volvía a verse sumida en la inconsciencia. El primer

día, Addie no le dio importancia. Pero al cabo de tres días, sospechó que la mujer que habitaba dentro de aquel cuerpo seguía viva.

Addie se lo reveló a Moshe cuando, al tercer día, se presentó allí con Nate, con quien no había hablado desde el incidente. Los dos hombres, que parecían exhaustos, explicaron que montar y desmontar el escenario para los tres días de representación de *Hamlet,* por parte de una compañía de teatro yidis de Pittsburgh, les había requerido muchísimo tiempo.

—Espero que a la gente le gustara —comentó Addie, con la intención de parecer alentadora.

Moshe ignoró sus palabras y se sentó junto a la cama de su mujer sin decir nada. Estaba hecho un desastre. Tenía la camisa sucia y la chaqueta raída. Las bolsas bajo sus ojos eran tan grandes que podría haber guardado huevos en ellas. Se quedó mirando a Chona durante un buen rato y luego dijo:

—¿Alguna novedad?

—Está intentando sacarlo.

—¿Sacar el qué?

—Eso que hace por las mañanas. Lo hace siempre. —Addie sabía que existía una palabra judía para designarlo, pero no podía recordarla—. Es una cancioncilla. Una oración. Ella está tratando de hacer eso. Todas las mañanas. Desde hace tres días.

Moshe miró fijamente a su esposa, echó un vistazo a Addie y agitó la mano.

—Déjanos un rato a solas —dijo.

Addie y Nate salieron al pasillo. Al notar las torvas miradas de las enfermeras, se dirigieron al hueco de la escalera, bajaron hasta llegar al vestíbulo que daba a la entrada cubierta de césped del hospital, lejos de los oídos y de las miradas de los blancos. Era su primer momento a solas desde el incidente que había tenido lugar cuatro días antes.

—No hay ninguna necesidad de darle falsas esperanzas —dijo Nate.

—Lo he dicho de corazón —comentó Addie—. Sigue viva.

—Deja que sean los médicos quienes se encarguen de esto.

—No iría a un médico de por aquí ni por cien pavos de Navidad —replicó Addie—. Especialmente, si hablamos de Doc Roberts.

—No puedes reparar todos los males del mundo —dijo Nate.

—¿Y eso qué tiene que ver?

Nate señaló con la cabeza hacia el recinto del hospital, los médicos blancos, las enfermeras pulcramente vestidas que pasaban patrullando.

—Si alguien te pregunta sobre lo que pasó en la tienda, te voy a decir cómo tienes que comportarte: di que no estabas allí.

—Pero yo *estaba* allí. Y vi algo. Entré por la puerta trasera y vi lo que vi.

—¿Y qué viste?

—Doc Roberts le estaba rasgando la ropa, la estaba toqueteando como si fuera un trozo de carne.

Nate echó un vistazo al personal del hospital que pasaba, los médicos y las enfermeras los miraban al cruzar el vestíbulo en dirección a la concurrida zona de delante, junto al césped y el largo camino de entrada, donde esperaban los coches. Dos visitantes negros, vestidos como celadores, de pie en el reluciente vestíbulo del hospital de Reading no daban la impresión de ser, precisamente, un signo de bienvenida.

—No digas su nombre cuando estés aquí —dijo Nate—. Es posible que lo conozcan.

—Tendrían que conocerlo… Menudo canalla está hecho.

—Son cosas de blancos. No te metas.

—De no haber sido por él, Doc se habría salido con la suya.

—Doc ya se está saliendo con la suya —dijo Nate—. Se trata de su palabra contra la de un niño de color sordomudo. Lo demás son tonterías.

—¿Es eso lo que ha declarado Doc?

—Según sus palabras, fue a buscar a Dodo y el chico le saltó encima y le atacó. La señorita Chona cayó al suelo y se desmayó debido al jaleo.

—¿Con el vestido por encima de la cabeza? —dijo Addie.

Nate lanzó una acalorada mirada a su alrededor y dijo en voz

baja:

—Maldita sea, te vas a meter en un buen lío si sigues dándoles vueltas a las mentiras de los blancos. No te metas. No puedes hacer nada. —Habló con intensidad, pero mantuvo el rostro impasible mientras un nutrido grupo de médicos vestidos de blanco pasaba junto a ellos, riéndose a causa de alguna broma privada.

—¿Por eso estabas en la cantina de Fatty, hace un par de noches, poniéndote tibio?

Nate frunció el ceño.

—No volverá a pasar.

—¿Qué ha dicho Dodo? —preguntó Addie.

Nate guardó silencio. Addie lo miró fijamente, con el gesto endurecido. Ahora le tocaba a ella enfadarse.

—¿No has ido a verlo?

—No.

—¿Por qué no?

—No sé si me dejarían entrar —dijo.

—Dejan entrar a vacas patizambas. Es un manicomio, no una prisión. No te convertirán en celador. Tienen horarios de visita.

—Me da vergüenza ir a ese tipo de sitios —reconoció Nate.

Addie frunció el ceño. Así que se trataba de eso. A las personas que no les gusta compartir su pasado no les gusta tampoco meterse en lugares cerrados. Ni siquiera de visita. No cuando esa misma persona ha estado encerrada antes en uno de esos lugares.

—Carolina del Sur está muy lejos —dijo ella, y luego añadió —: Lo que ocurrió allí no importa. Lo que cuenta es lo que tienes por delante. Aquí nadie te conoce.

—Sería difícil —dijo Nate—, porque cambié de nombre.

Addie no dijo nada. Ese detalle era nuevo.

Le observó doblarse y apoyarse contra la pared. Su alto cuerpo encorvado, los ojos bajos, avergonzado. A Addie le encantaba la suave curva que dibujaba su nariz, las líneas de su mandíbula, la forma en que movía la cabeza cuando miraba hacia abajo, el arco que formaban sus hombros. Le puso una mano a un lado de la cara y frotó suavemente.

—Puedes dedicar tu vida a recordar el daño que te hicieron —le dijo—. Pero olvidarte de ello y seguir viviendo es casi tan bueno como perdonar. No me importa quién eras, ni lo que hiciste, ni siquiera cómo te llamabas entonces. Sé lo que hay en tu corazón. Pareces tan cansado.

Ella le tomó la mano con fuerza y se la llevó al pecho, la colocó sobre su corazón. Nate sintió una oleada de aquel viejo sentimiento, aquel brillo, la luz que ella había prendido en él, y de ese modo el yunque que pesaba sobre su corazón se esfumó.

—Tenía pensado ir. Me tomé vacaciones y todo. Pero no fui capaz —confesó—. Por eso me presenté en el garito de Fatty y me puse en ridículo.

—No eres el primero en este mundo que utiliza el licor para esas cosas.

—Fue peor que eso. Me emborraché con aguardiente casero. Traído del sur, nuestra tierra.

Addie se echó a reír.

—No me extraña que tengas tan mal aspecto.

Nate sonrió con un deje de amargura.

—Me desperté a la mañana siguiente con la sensación de que la banda de música del estado de Carolina del Sur tocaba dentro de mi cabeza. Los vi una vez. Estaba trabajando en una carretera, asfaltando. Podías oír el martilleo de los tambores a un kilómetro de distancia. Cuando doblaron la esquina, debían de ser unos doscientos muchachos de la universidad para negros, aporreando tambores y tocando las bocinas, vestidos como pavos reales. Fue increíble. —Suspiró, luego se frotó la frente y miró a través de las puertas de cristal hacia el tranquilo recinto del hospital—. Esperaba que Dodo fuera a una universidad así algún día, que hiciera algo por sí mismo. Es inteligente. Puede hablar, todavía oye un poco, ya sabes, pequeñas cosas. Tenía una oportunidad.

—¿Por qué has dicho *tenía?*

—No van a dejarlo salir del sitio al que lo han enviado.

—¿Quién dice que no van a dejarlo salir? Tenemos que ir y consultar a alguien.

—Va a ser como lavarle la cara a un gato —dijo Nate.

—¿Y si se lo pedimos al señor Moshe? —preguntó—. Tiene cierta influencia.

Nate negó con la cabeza.

—El señor Moshe no es el de siempre. Apenas es capaz de dirigir sus teatros. —Nate recapacitó durante unos segundos y luego dijo—: Tal vez el reverendo Spriggs. Conoce a muchos blancos.

—No creo que conozca a nadie —se apresuró a decir Addie.

—No le haremos daño a nadie preguntándole —repuso Nate —. Puedo decírselo.

—Déjalo tranquilo —dijo Addie—. Está demasiado ocupado predicando y sacudiendo la Biblia y gritando en la iglesia.

—¿Qué te ha hecho el reverendo?

Addie apartó la mirada, no tenía claro si hablar o no, pues si lo hacía, temía que la verdad sacase a la luz una historia que podría hacer que Nate, en cuanto, hasta cierto punto, recién llegado a Pottstown, pues solo llevaba allí nueve años, se fuese en busca de Earl Spriggs cuchillo en mano, pues ella conocía a Ed Spriggs desde la infancia. Ed Spriggs era una combinación de marginado y paranoico. Fácil de asustar, fácil de comprar, fácil de disuadir, especialmente cuando había por medio el hombre blanco. «Que sintiese la llamada de Dios», pensaba ella, «fue un milagro o una excusa, poco importaba.» Estaba segura de que había sido Ed Spriggs quien había entregado a Dodo al hombre de color del estado. Ed Spriggs era uno de los pocos de Chicken Hill que sabía que la señorita Chona había escondido a Dodo en el patio de Bernice, porque Bernice acudía a su iglesia. Bernice era una mujer dura y difícil, que no se conmovía ni con amenazas ni con tonterías. No le contaba nada a los blancos. Pero los hijos de Bernice también iban a la iglesia de Ed Spriggs, y este, espabilado como era, no habría tenido que preguntarle nada a Bernice sobre quién jugaba en su patio. Solo tenía que preguntarle a uno de sus hijos. Seguro que alguno lo soltó.

—Ed Spriggs no me ha hecho nada —dijo Addie.

—Él y Bernice se dijeron un par de cosas ayer en la iglesia.

—¿Sobre qué?

Nate se encogió de hombros y preguntó:

—¿Bernice ha estado aquí?

—Vino ayer. Vestida como para ir a la iglesia. Debe de haber sido justo después.

—¿Qué se cuenta?

—No la he oído hablar más de diez palabras desde que murió su padre y de eso hace años. Estuvo con la señorita Chona un rato y luego se fue.

—A mí me parece... —empezó a decir Nate, luego hizo una pausa y preguntó—: ¿Cómo sabía Doc Roberts que Dodo estaba en Chicken Hill?

—El hombre de color del estado debe de habérselo dicho.

—¿Y quién le dijo al hombre del estado que Dodo estaba allí?

—Nadie, que yo sepa. La señorita Chona lo escondió en el patio de Bernice con sus hijos cuando el hombre llegó. Yo estaba allí la mayoría de las veces que vino. El hombre del estado ni siquiera miró al jardín de Bernice.

—Tal vez Bernice se lo contó.

Addie frunció el ceño.

—Bernice nunca lo contaría.

Nate habló despacio.

—Paper me contó ayer que Bernice andaba corriendo por su casa azotando a uno de sus hijos, uno que tiene los brazos gordezuelos. Uno de los más pequeños.

—No es asunto de nadie cómo educa a sus hijos —comentó Addie, pero se percató, nerviosa, de que Nate empezaba a pensar por su cuenta. Vio cómo la idea iba calando en él, en su alto cuerpo pensativo. Había llegado encorvado y cansado, con la mirada perdida mientras los médicos y las enfermeras pasaban a su lado, lanzando miradas de desconcierto a los dos negros del vestíbulo. Pero ahora, ante la idea de que el reverendo Spriggs hubiera revelado el escondite de Dodo al estado, el único secreto positivo de Nate, tal vez por el precio de una tarta de café, la entrada de un coche o algún pequeño reconocimiento por parte los blancos, sintió como si una oruga se hubiese desprendido de su capullo y emergiera de él una malvada mariposa.

Nate apoyó el brazo en la ventana, un movimiento lento y delicado que, por lo general, transmitía la impresión de una persona despreocupada que se movía sin prisa, con un propósito amable. Pero el brillo sombrío de sus ojos contenía una suerte de furia latente, lo que le otorgó a aquel lento movimiento el aire de un tigre preparándose para atacar.

Preguntó en voz baja:

—¿Ha venido el reverendo Spriggs a ver a la señorita Chona? —Antes de que ella pudiera siquiera hablar, él respondió a la pregunta—: Por supuesto que no.

Miraba fijamente hacia delante mientras hablaba, sin ser consciente de los blancos que pasaban a su lado. Había algo salvaje en su interior que intentaba desatarse, pataleando justo detrás de sus ojos, a la espera de estallar. Al ver que aquello crecía, Addie se asustó. «El diablo», pensó. Al verle apoyar su largo y musculoso brazo en el cristal de la ventana, pensó durante un segundo que se estaba volviendo loca, pues se sentía agotada debido a la falta de sueño. Nate nunca le había levantado la mano a nadie en los años que llevaban juntos, ni siquiera a Dodo cuando el chico se lo merecía. No podía imaginárselo. Pero se lo habían advertido. Paper había pasado por el hospital el día anterior y le había transmitido una advertencia explícita de Fatty.

—Fatty dice que vigiles de cerca a Nate.

Addie había podido apreciar el nerviosismo en la voz de Paper. Y ahora, al ver a su marido de pie en el vestíbulo del hospital, con aquel anuncio de furia reconcentrada y reprimida en la expresión de su rostro, sintió miedo. Así que dijo:

—El reverendo Spriggs no tiene motivo alguno para venir a ver a la señorita Chona.

—Es un reverendo, ¿no? ¿No visitan a los enfermos?

—Ella tiene su propio reverendo judío. No necesita al reverendo Spriggs.

—Fue a ver al panadero, al señor Eugenio, cuando estaba enfermo, ¿no es cierto? Creo que el señor Eugenio era católico.

—Un reverendo no tiene tiempo para visitar a todo el mundo —dijo Addie, tratando de apartarlo—. Básicamente, ven a gente de

su propia congregación.

Nate guardó silencio un momento, y luego dijo:

—Spriggs tiene buena relación con Doc Roberts. Incluso yo lo sé.

—Hagamos lo que me has dicho antes —replicó Addie con celeridad—. No nos metamos en los asuntos de los blancos, cariño.

Nate guardó silencio. Inaccesible.

Addie lo intentó una vez más.

—¿Me harías un favor, cariño? —dijo.

Nate la miró de reojo.

—¿Qué quieres, mujer?

—¡No me llames mujer! ¡Soy tu esposa! —Vio que la rabia en sus ojos daba paso al enfado y al dolor y, en ese momento, Addie supo que aún podía apelar a su corazón. Así que hizo su propuesta —. Acércate a ver cómo le va a Dodo. Tengo algunas cosas para él en casa. Algo de ropa, dulces. Ve a buscar esas cosas, luego ve a la tienda, Paper es quien la regenta ahora, y haz que llame por teléfono a Pennhurst. Es buena hablando con los blancos. Deja que lo arregle para que puedas ir a verlo. Te hará bien.

Nate observó los ojos marrones de su mujer, escrutadores y suplicantes, y luego la mano de ella sobre su pecho, los largos dedos que le limpiaban el sudor de la cara después del trabajo, que le confeccionaban los pantalones, le acariciaban la oreja y le cuidaban como nunca le habían cuidado siendo niño. Y la rabia que lo invadía se calmó.

—No se me dan bien ese tipo de sitios —dijo—. Pero me lo pensaré.

17

La rana toro

La noticia de la hospitalización de Chona y las circunstancias que la rodearon no pudieron llegar en peor momento para la congregación Ahavat Achim de Pottstown. El pequeño templo, construido en lo alto de Chicken Hill por el padre de Chona quince años antes, se había visto trastornado por la llegada de varios miembros húngaros, así como por la aparición de un ser de cuatro patas: una rana toro gigante. A la enorme criatura la encontró una de las nuevas esposas en la *mikve,* o piscina de baño para mujeres. Su marido, un exitoso sombrerero de Budapest llamado Junow Farnok, recién llegado de Buffalo (Nueva York), y que había insistido en que se refirieran a él por su nombre americano de adopción, señor Hudson, se sintió indignado. Se ofreció a donar ciento cuarenta y cinco dólares a la *shul* para la construcción de una nueva *mikve,* exigiendo, eso sí, que la nueva piscina fuera el doble de grande y confortable, y que estuviese construida con el mejor mármol de Carrara, Italia.

Se trataba de una petición insólita para la pequeña *shul,* cuyas arcas contaban con un total de cincuenta y nueve dólares con catorce centavos, sin incluir diecinueve pares de zapatos nuevos de John Keasler y un montón de chatarra, herraduras y trapos, todos ellos donados por un antiguo feligrés, un vendedor ambulante que se había fugado el año anterior con la esposa de un granjero menonita de la cercana localidad de Pennsburg. Se conocieron mientras el vendedor ambulante recorría su habitual ruta de venta. Durante años, regatearon y negociaron el precio de la leche de la mañana y el pan recién horneado y, al parecer, una cosa llevó a la otra. Ella era una mujer grande, de casi metro ochenta, corpulenta

como un camión, en tanto que él era tan delgado que parecía el palo de una fregona con pelo. Ella hablaba alemán y él yidis; ninguno de los dos hablaba inglés. Pero el amor es un idioma universal y, antes de marcharse, el hombre legó los ahorros de toda su vida, veintisiete dólares, y también su carrito de vendedor ambulante, junto al total de su contenido, a su amado templo, y acompañó la donación con una carta a su mejor amigo que decía, en parte: «Ten cuidado en Estados Unidos. Un buen polvo puede destrozarte». Y se marchó. La última vez que lo vieron iba camino de Indiana.

Su marcha no perjudicó gran cosa a la *shul,* ya que sus miembros habían pasado de diecisiete familias a cuarenta y cinco en 1936, incluidos los servicios del todavía nervioso pero siempre entusiasta rabino Karl Feldman, un alma bondadosa a quien los feligreses que preferían el yidis seguían llamando cariñosamente, a sus espaldas, Fertzel; y Frabbi los miembros que preferían el inglés. Feldman estaba agradecido por tener trabajo. Sobre sus delgados hombros recayó la cuestión de qué hacer con la nueva *mikve,* pues si bien se le hacía la boca agua ante la perspectiva de recibir una enorme donación en metálico por parte del nuevo y acaudalado feligrés húngaro, que acostumbraba a llevar camisas blancas con el escudo familiar bordado en los bolsillos del pecho, se le olvidó mencionarle que tenían ciertas dudas sobre la procedencia del agua para la nueva *mikve*.

Trataron dicha cuestión en la reunión mensual del *chevry,* el grupo de hombres que decidía asuntos importantes en el templo, a la que asistieron el rabino Feldman; Irv Skrupskelis, el menos malo de los gemelos lituanos Skrupskelis; cinco miembros a los que se les llamaba «losas de carne», pues solían guardar silencio y votar lo que se les pidiese; el nuevo donante, el señor Hudson, que vestía un fino abrigo de cuero, guantes, tirantes, pajarita, sombrero de copa, botas hasta las rodillas y camisa blanca almidonada; y las víctimas habituales de los secuestros para el minyán, pues se necesitaban diez personas para formar un minyán y a menudo solo contaban con ocho. En esos casos, las víctimas eran dos jóvenes inmigrantes austriacos recién llegados a la ciudad, los hermanos

Hirshel y Yigel Koffler, captados en la calle cuando volvían a casa del trabajo, tras haber sido contratados recientemente como guardafrenos por el Ferrocarril de Pensilvania. Los exhaustos hermanos Koffler llegaron a la reunión cubiertos de hollín y mugre. Bebieron café y devoraron gigantescas porciones de pastel de café húngaro, y no tardaron en dormirse cuando dio comienzo la habitual charla sobre partidas de cartas y béisbol americano en inglés, que ninguno de los dos hablaba. El rabino Feldman, al que no le gustaban ni los juegos de cartas ni el béisbol, rápidamente cambió la conversación al yidis, tras lo cual la charla se centró en la creciente agitación política que se estaba viviendo en Alemania, donde el presidente Paul von Hindenburg había elegido a un joven austriaco llamado Adolf Hitler como canciller para mantener «bajo control» al partido nazi.

El señor Hudson era un amante de los detalles, por eso interrogó al rabino Feldman.

—¿Sería posible duplicar el tamaño de la *mikve* sin problemas? —preguntó el señor Hudson.

—Por supuesto —respondió el rabino Feldman.

—No parecía tenerlo tan claro cuando se lo pregunté la otra vez —dijo el señor Hudson.

—Oh, no —replicó Feldman—. Nos las apañaremos.

—¿Y qué pasará con la rana?

—¿Qué pasa con la rana? Ya no está, ¿no?

—Está la cuestión de la procedencia de la rana. ¿Cómo llegó a la *mikve?*

—Es muy posible que se le cayese a uno de los chicos —dijo el rabino Feldman.

—Mi esposa me dijo que salió de abajo —dijo Hudson—. De un tubo de desagüe que hay debajo.

El rabino Feldman miró a Irv Skrupskelis y palideció.

—Lo investigaremos —dijo.

—También me dijo algo sobre el agua —prosiguió el señor Hudson—. Una de las mujeres dijo algo.

—¿Del agua?

—Sí. Algo sobre que no había suficiente, o alguna cuestión

sobre su procedencia. ¿De dónde viene el agua de la *mikve?*

—¿De dónde viene *toda* el agua? —dijo Feldman, riendo nervioso. Puso los ojos en blanco, pero al señor Hudson no le hizo ninguna gracia.

—Bueno, ¿qué pasa con ese tema? —preguntó Hudson.

—¿Con qué tema?

—El agua. ¿De dónde viene?

—Bueno, en esta parte de la ciudad siempre ha habido problemas para conseguir suficiente agua corriente —dijo Feldman —. Pero la ciudad acaba de construir un depósito en la colina, justo encima de donde estamos; hace un año. Tuvimos que hacer ajustes en el pasado.

—¿Qué clase de ajustes?

Feldman se encogió de hombros.

—Nada importante. Problemas ocasionales —dijo—. Tuvimos que llevar agua a la *mikve* de vez en cuando. No hay demasiada agua por aquí, eso es todo.

El señor Hudson, un hombre delgado, con gafas, se acarició el bigote y frunció el ceño.

—Esto no es Nevada. ¿Cómo puede faltar el agua para una *mikve?*

—Tenemos agua, pero no la *suficiente*.

—¿Cómo es posible?

—A veces..., de vez en cuando, tenemos problemas de suministro de agua —dijo el rabino Feldman.

Esa confesión resultó novedosa incluso para Irv Skrupskelis, que fue uno de los primeros congregantes y había estado presente cuando se construyó la *mikve* original.

—Karl, ¿cómo es posible que no tengamos agua suficiente? O tenemos agua o no la tenemos.

—Tenemos la suficiente..., excepto cuando no la tenemos — dijo el rabino Feldman.

—¿La canalización está rota?

—No.

—¿Qué se supone que significa eso? Recibimos agua de la ciudad, ¿no? —preguntó Irv.

El rabino Feldman negó con la cabeza.

—En realidad —contestó—, hemos sufrido un contratiempo en ese sentido.

Irv enrojeció.

—¿Hay catorce iglesias en esta ciudad y me estás diciendo que nuestra *shul* es la única casa de culto que no recibe agua de la ciudad? ¿Llamas a eso un contratiempo?

Feldman suspiró.

—Cuando se construyó la *shul,* la ciudad no llevaba el agua hasta Chicken Hill. El agua procedía de la red pública y se transportaba hasta aquí en barriles.

—¿No tenemos un pozo?

—No —dijo Feldman—. Hay una granja cerca de la cima de la colina, la granja de los Plitzka, que tenía un pozo. Nos ofrecimos a pagar a los Plitzka por el uso del agua de su pozo, pero se negaron. Así que la administración anterior —no mencionó al padre de Chona por su nombre, pero no hizo falta, todo el mundo sabía que el templo solo había tenido un rabino antes de Feldman— llegó a un acuerdo.

—Esto es nuevo para mí —declaró Irv.

—Funcionó bien durante años —dijo Feldman—. Pero ahora hay un problema con el acuerdo. ¿Por qué? Porque el anterior administrador, el que hizo el arreglo, murió hace cuatro años.

—¿Quieres decir que Yakov, el padre de Chona, no firmó un contrato?

—Qué va.

—¿De dónde viene el agua?

—Bueno… —En ese momento, Feldman palideció—. No está muy claro. Aunque tengo algunas ideas —dijo.

—No te preocupes por eso —dijo Irv—. Lo arreglaremos. Vamos a ir a la ciudad y lograremos un acuerdo para abastecernos del agua de la ciudad. Ahora están instalando tuberías en esta dirección, ¿no es cierto? Para eso está el nuevo depósito en lo alto de la colina.

—No es tan sencillo —dijo el rabino Feldman.

—¿Por qué no?

—Todavía estamos atados a causa del primer acuerdo.

—¿Qué demonios significa eso?

Feldman suspiró.

—Acuérdate, Irv —dijo—, de que el constructor original de nuestro templo, eh..., se fugó con el dinero y nuestro fundador se vio obligado a firmar un acuerdo con otro hombre, un constructor local, que hizo un trabajo maravilloso. Desgraciadamente, el constructor que se llevó nuestro dinero no analizó la capa freática bajo la *shul* para ver si corría agua por allí. Así que cuando se construyó la *shul,* no había agua cerca.

—¿Y?

—Como la ciudad no suministraba agua a esta zona, nuestros problemas con el agua empeoraban durante los largos periodos de sequía. Hicimos varias ofertas al viejo señor Plitzka para comprarle agua del pozo, pero nos rechazó, y un año, durante un largo periodo de sequía, una joven integrante de nuestra *shul,* que sea bendecida con un milagro, pues ahora está enferma, le denunció a la policía, lo que empeoró las cosas. Ella acabó acarreando agua en barriles desde la fuente pública durante un tiempo, o eso me dijeron.

Sus palabras provocaron una triste sonrisa en el normalmente adusto Irv, ya que tanto su hermano como él adoraban a Chona.

—¿Has ido ver a Chona al hospital? —le preguntó a Feldman.

—Todavía no.

—¿A qué esperas?

—Yo... Solo lleva allí cuatro días. Está en Reading.

—Ya sé dónde está.

—Es que mi coche...

Aquí intervino el señor Hudson.

—¿Podemos tratar los asuntos por separado? ¿Qué pasó con el agua?

Irv lanzó una lacerante mirada a Hudson y luego asintió en dirección a Feldman, que parecía aturdido.

—Dinos cómo están ahora las cosas con el agua, Karl.

—Como ya he dicho —dijo Feldman—, después de que Chona disgustara al viejo señor Plitzka, se vio obligada a acarrear el agua

para la *mikve* a mano. Eso causó algunas dificultades.

—Por eso vamos a acordar que ahora nos traigan el agua por tubería desde la ciudad —manifestó el señor Hudson.

—Ese es el problema —dijo Feldman. Explicó que el hijo mayor de Plitzka nunca olvidó la ofensa que sufrió su padre, ya que Chona escribió una detallada carta quejándose de la situación al *Mercury* de Pottstown sobre el viejo Plitzka, la policía y el departamento de aguas de la ciudad. El hijo guardó la carta de Chona durante años y la esgrimió en su campaña para el ayuntamiento, afirmando que los judíos de Pottstown «estaban tomando el poder». Salió elegido bajo esa premisa en tres ocasiones —. Cada vez que preguntamos, el ayuntamiento dice que no tiene dinero para tender una tubería de agua hacia nuestra parte de Chicken Hill. Dicen que lo tienen previsto. O que llegará pronto. O que el depósito tiene problemas. Es un retraso tras otro.

—Eso es ridículo —exclamó el señor Hudson—. Podemos contratar a un abogado y obligarles a canalizar la *shul*. Por aquí pasan tuberías de todo tipo.

El rabino Feldman compuso un gesto de duda.

—El viejo Plitzka era muy popular.

—¿Cuál era su nombre de pila? —preguntó Irv.

—Gustowskis.

—¿Ese es el jefe del consejo municipal?

—No —dijo Feldman—. Ese es su hijo. Gus Plitzka júnior.

Irv puso los ojos en blanco.

—Recuerdo al padre. Un viejo y malvado *ferd* (caballo) con tan solo tres dientes delanteros. Por su cara, parecía que tuviese por *hobby* pisar rastrillos. Vendía salchichas de terefá y trigo sarraceno en el mercado del viejo granjero. ¿Carecemos de agua por su culpa?

—Por él no. Por su *hijo*. El presidente del consejo municipal. Gus Plitzka júnior, ya lo he dicho.

—¿Cuánto tiempo hace que Chona escribió esa carta? —preguntó Irv.

—Hace años. Apenas era una niña. Fue antes de casarse con Moshe.

—Para que yo me aclare, ¿en qué sentido está relacionado eso con la rana toro de la *mikve?* —preguntó el señor Hudson.

Irv se volvió hacia Hudson y le dijo:

—¿Podemos dejar de lado un momento el tema de la rana toro? —Luego se volvió hacia Feldman—: La *mikve* funciona bien. O es así o mi mujer lleva seis meses bañándose en saliva. Tenemos agua de vez en cuando. Entonces, esa agua, ¿de dónde viene?

El rabino Feldman suspiró.

—La *shul* no quería armar un escándalo, así que tengo entendido que tomamos el agua del pozo que lleva a la fuente pública, cerca de la Lechería Clover. De hecho, no pagamos a la ciudad por la poca agua que utilizamos.

—Pues paguémosle ahora —dijo el señor Hudson—. Eso se arregla enseguida. Firmaremos un acuerdo.

Feldman volvió a suspirar.

—Va a ser muy difícil tirar adelante ese acuerdo.

—El dinero mueve el mundo —dijo Hudson.

—Este mundo, no —replicó Feldman. Se aclaró la garganta—. Mm... Como el acuerdo es anterior a mi llegada, nunca llegó a obtenerse un permiso para aprovechar el agua del pozo de la fuente pública. Tomamos el agua y ya.

—¿Quién hizo eso? —preguntó el señor Hudson.

Feldman le miró nervioso.

—Estás de broma, ¿no?

—En absoluto.

—Bien, tengo entendido que el rabino anterior pagó a un hombre para que consiguiera una cuadrilla, excavase, conectase una tubería en forma de Y a la canalización del pozo y la volviera a tapar. La conexión está enterrada a metro y medio de profundidad, justo enfrente del edificio de la lechería, entre Hayes y Franklin. De ahí sacamos el agua.

—Lo que resulta evidente es que no tenemos bastante —dijo el señor Hudson.

—Esta ciudad está creciendo, señor Hudson. La central lechera, que se abastece del mismo pozo, ha incrementado su producción. Y el nivel freático está bajando. Así que el pozo se seca

de vez en cuando. Por eso a veces se tarda mucho en llenar la *mikve*. Por eso también construyeron el nuevo depósito.

—¿Por eso apareció la rana toro? —preguntó entonces el señor Hudson.

Irv era el más agradable de los gemelos Skrupskelis, pero su amabilidad tenía un límite. Se volvió hacia Hudson y bramó:

—¿Podrías dejar de hablar de la rana un minuto hasta que resolvamos este asunto?

El señor Hudson enrojeció.

—¡Algo así nunca habría pasado en Buffalo!

—Estoy seguro de que por allí arriba todos andan agarraditos de la mano —dijo Irv. Se volvió hacia Feldman—. Karl, acerquémonos a la Lechería Clover. Conseguiremos que nos dejen entrar en el pozo y sacar la Y. Después conectaremos nuestra propia tubería a la misma línea que da servicio a la lechería, la línea que va desde la tubería principal de la ciudad hasta nosotros. Conseguiremos un abogado y lo haremos.

Feldman se aclaró la garganta.

—No es tan sencillo.

—¿Por qué demonios no?

—Vendieron la lechería hará cosa de un mes. Adivina quién es el nuevo propietario.

—¿Plitzka?

Feldman asintió.

Irv recapacitó durante unos segundos.

—Esta ciudad está gobernada por ladrones. Entre él y Doc Roberts... —Sacudió la cabeza—. ¿Es cierto eso que dicen de Doc, que entró en la tienda de Chona? ¿Qué han dicho los negros?

Feldman frunció los labios.

—No conozco a muchos de los negros.

—¿Has hablado con Moshe?

—Todavía no.

—¿A qué esperas?

Intervino Hudson.

—¿De qué estás hablando?

Feldman se volvió hacia él.

—Hubo un incidente... con una mujer de nuestra comunidad, la hija de nuestro fundador, está muy mal. Ha estado enferma durante años. El médico de la ciudad fue a verla. Al parecer, hay algunas dudas sobre su comportamiento.

El señor Hudson puso los ojos en blanco.

—¿Cómo hemos pasado de una rana toro en la *mikve* a esto?

Irv se volvió de nuevo hacia el señor Hudson, y esta vez resultó evidente que la bestia Skrupskelis andaba suelta.

—Escucha, *pisher* (mequetrefe), si mencionas esa rana toro una vez más, te propinaré un *zets* (puñetazo) en la cabeza.

—Contrólate un poco —espetó Hudson—. ¡Mi esposa usa esa *mikve!*

—¡Bueno, pues esa *alt mekhasheyfe* (vieja bruja) podría restregarse perfectamente sus carnes en casa!

—Tómatelo con calma, Irv —dijo el rabino Feldman.

—¿Que me lo tome con calma? Chona está en el hospital y ni siquiera has ido a verla. ¿Has pensado en cómo acabó allí? Estoy oyendo hablar mucho de ese asunto.

—Siempre ha estado enferma.

—No tan enferma. Deberías preguntar.

—¿Preguntar a quién?

—A cualquiera. A la policía, tal vez. ¿Qué te parece?

—¿Qué tendría que preguntar?

El señor Hudson se sintió irritado.

—Resolved ese tema vosotros dos. Mientras tanto, yo mismo iré al pueblo y les pagaré para que pongan una tubería nueva.

—Llévate una imprenta para hacer billetes de veinte y cincuenta —dijo Irv—. Aquí dirigen el cotarro Plitzka y Doc. La policía. El departamento de aguas. Todo se remonta a años atrás. ¿Crees que unos tipos como esos dejarán que un puñado de judíos cave alrededor del negocio de Plitzka? Primero nos multarán y luego nos cobrarán un dineral, si es que llegan a dejarnos excavar.

Se hizo el silencio en la sala. Incluso los austriacos, que no entendían mucho del inglés que se estaba hablando, parecían acobardados.

El señor Hudson se puso en pie y echó andar de un lado para

otro, con las manos a la espalda.

—Se trata de un problema jurídico grave —expuso—. Estamos robando agua de una ciudad dirigida por un gentil que odia a los judíos. Podrían demandarnos.

—*Nosotros* no conectamos esa tubería al pozo de la ciudad —dijo Feldman—. La persona que lo hizo falleció. No participó ni un alma de nuestra *shul*. De eso estoy seguro. El difunto padre de Chona me lo dijo él mismo.

—Entonces, ¿quién lo hizo?

A Feldman se le subieron los colores y miró a Irv.

—Hay un negro de aquí involucrado.

El señor Hudson dejó de pasearse.

—¿Un negrata? —preguntó.

Los hermanos Koffler ya estaban despiertos.

—¿Qué es un negrata? —preguntó uno de ellos en yidis.

—Un negro —dijo Feldman en inglés—. Aquí les llamamos negros.

—¿Cuál de ellos? —preguntó Irv Skrupskelis.

—No lo conozco —dijo Feldman—. Pero el… el marido de Chona trabaja con muchos negros. Tal vez él lo conozca.

—¿Sabes cómo se llama? —preguntó Irv.

—¿El marido de Chona? Por supuesto.

—Moshe no, Karl. Me refiero al que cavó la tierra e hizo la conexión con el pozo de la ciudad —dijo Irv secamente—. ¿Quién es?

—Alguien de aquí. Ahora está muerto. Hizo de todo durante años. Era una especie de constructor. Talentoso, como puedes ver por nuestra *shul*. Su nombre era Shad, creo. Shad Davis. Tiene un hijo. Es chatarrero, hace chapuzas y cosas por el estilo para la gente de color de Chicken Hill. Creo que le llaman Fatty —dijo el rabino Feldman.

Los dos hermanos austriacos volvieron a mirarse. Hirshel dijo en inglés:

—¿Fatty?

—Tu primera palabra en inglés —murmuró Yigel con desgana—. Ya era hora. ¿Qué significa?

—Tenemos que trasladar esta *shul* fuera de Chicken Hill —anunció el señor Hudson—. Se acabaron los días de hacer malos tratos con terefá y negros y de nadar con ranas toro. Estamos en 1936. Entrad en la era moderna, caballeros. —Se volvió hacia Feldman—. Dejaré que seas tú quien desentrañe esto. —A Irv le dijo—: Fingiré que no me has insultado. —Se dirigió hacia la puerta y se detuvo—. La señora de nuestra comunidad que está en el hospital... ¿se está muriendo?

El pobre rabino palideció, pues el rostro de Irv Skrupskelis se ensombreció de rabia.

—Lo averiguaré —dijo Feldman.

El señor Hudson asintió y se fue.

Irv se volvió hacia Feldman.

—¿Nos has convocado para escuchar las quejas de ese imbécil?

—¿Debería haberle organizado una cena de bienvenida? —preguntó Feldman.

—Prepárala para que pueda echárselo en cara —dijo Irv. Se quedó mirando la puerta por donde había salido Hudson—. Menudo imbécil. Él y su puta rana.

18

El perrito caliente

Una semana después de ser agredida, Chona se despertó en la cama del hospital con las palabras de la canción-oración *Baruj She'amar* revoloteando por su cabeza como si fuesen mariposas. Más que oírla, sentía la plegaria; las palabras provenían de algún lugar profundo y aleteaban hasta su cabeza como pequeñas motas de luz, pequeños faros que se desplazaban como lo haría un banco de peces, nadando sin descanso para alejarse de una oscuridad que amenazaba con tragárselas. Se dio cuenta de que estaba presenciando una danza que nacía en un lugar fuera del alcance de su vista, un lugar en el que nunca había estado. De repente, sintió los labios secos. La invadió una repentina y avasalladora sed y debió de manifestarlo, porque de algún sitio salió agua. Sintió que le llegaba a la garganta y oyó las palabras de la oración: «Bendito sea Aquel que dio origen al mundo». Se sintió agradecida. Cuando era niña, le encantaba esa oración. La cantaba con su padre cuando lo agarraba de la mano los sábados por la mañana para ir a la *shul*. Siempre obtenía la misma respuesta. Él se reía y decía: «Uno nunca se equivoca cuando le expresa su amor al amo del mundo», y luego le ponía en la mano una canica, una moneda o un pequeño regalo. Maravilloso. ¿Por qué no lo había recordado antes? Entonces sintió que una mano se deslizaba entre las suyas, y supo entonces que estaba viva y que él estaba cerca, en algún lugar, su Moshe. Y en los recovecos de su mente, lejos del lugar consciente donde debería haber estado, y para siempre lejos de donde podría volver a estar, oyó una vez más la dulce trompeta, la encantadora corneta, aquel hermoso anhelo, un mensaje que decía que el amor eterno, para siempre impreso, para siempre grabado, para siempre anotado, el

único pedazo de sensibilidad estampado en la vida de aquellos que han tenido la suerte de recibirlo, seguía ahí. También supo en ese momento que no le quedaba mucho tiempo en este mundo, que se estaba muriendo, y que debía decírselo y liberarlo.

Con ese reconocimiento llegó el olor de algo extraño. Algo terefá, prohibido. Un olor inconfundible… y delicioso.

Un perrito caliente.

En alguna parte, en su ensueño, había un perrito caliente. En la habitación. En algún lugar cercano. El aroma era inconfundible. Era tan fuerte, estaba tan presente, que se sintió avergonzada y sucia, porque aquellas dos cosas no iban de la mano: la precoz llamada del universo y el descuidado y feliz trozo de terefá, que su amiga Bernice consideraba el mayor de los manjares de esta vida cuando iban juntas al colegio. Había probado uno en una ocasión. Fue algo delicioso. Ella y Bernice se habían aventurado a ir al destartalado puesto de hamburguesas de Fatty, en Pigs Alley, cuando tenían… «¿Tenía quince años entonces? ¿Fue después de la clase de cocina de la señora Patterson?» Mientras su mente se adentraba en el recuerdo, sintió que el dolor la penetraba y lo rompía todo en pedazos, congelándolo —dolor, auténtico dolor, en la parte media de su cuerpo, en el interior, en algún lugar profundo —, y la débil nube de recuerdos y el aroma se desvanecieron; y muy despacio, poco a poco, abrió los ojos y echó un vistazo a la habitación.

Encontró su mano sobre la de Moshe, que dormía en una silla a su lado. Se había sentado en paralelo a donde ella estaba tumbada, mirando hacia fuera para que su cabeza pudiera estar cerca de la de su esposa, a escasos centímetros, pero estaba profundamente dormido, con la barbilla clavada en el pecho, su mano acunando la de Chona. Tenía un aspecto espantoso, estaba pálido y parecía agotado, y ella se sintió tan extremadamente culpable que quiso gritar: «¿Qué he hecho?». Pero no pudo. El joven que había entrado en el sótano de su padre aquella tarde de noviembre de hacía doce años, divertido e inocente, con los bolsillos llenos de folletos y sin un centavo, siempre encantador y optimista, había desaparecido. En su lugar había ahora un hombre

asustado, abatido, de mediana edad. Deseaba golpearse en la cabeza por todas las veces que le había reprendido por ser tan ingenuo, por hacer suyas las pérdidas económicas que provocaban los músicos, que le desollaban con sus borracheras, sus préstamos y sus constantes peleas, y por quejarse en su oído, diciéndole: «¿Por qué haces algo tan estúpido?». El sentimiento de culpa hacía que se sintiese partida en dos, pues ni una sola vez en todos sus años de convivencia él había expresado la más mínima queja o protesta por su gestión de la tienda, que no producía ni un centavo de beneficio, ni por su negativa a mudarse de Chicken Hill o por no haber podido darle un hijo o una hija. Era un verdadero judío, un hombre de ideas e ingenio que comprendía el significado de la fiesta y la música y que sabía que la mezcla de esas cosas significaba la vida misma. Cómo lamentaba ahora, al observar su rostro apesadumbrado incluso mientras dormía, con el labio tembloroso, haber malgastado horas leyendo sobre socialistas y sindicatos y progresistas y política y corporaciones, que no cesaban de pelearse por blandir una bandera sin sentido que proclamaba: «Estoy orgulloso de ser americano», cuando debería haber dicho: «Estoy feliz de estar vivo», e indicar la diferencia entre una cosa y otra, porque la tribu de uno no puede ser mejor que cualquier otra tribu, porque todas, al fin y al cabo, formaban una sola tribu. Se sintió poseída por una sabiduría extraordinaria, que jamás había imaginado posible, y quiso compartirla con él en aquellos primeros —o tal vez últimos— momentos de conciencia. Pero después de ver su hermoso rostro, sintió de nuevo un enorme dolor en el vientre y en la cabeza. Era tan fuerte que sintió como si las arterias le desgarrasen la parte posterior del cráneo, y las pequeñas motas blancas de magia que zumbaban justo delante de la acechante oscuridad, mientras resonaba en su ensueño el *Baruj She'amar,* estallaron y luego revolotearon y fueron engullidas por la oscuridad y el maravilloso y horrible olor del perrito caliente que parecía presionarle la nariz. Agitó una mano en el aire y dijo:

—Deshazte de esa cosa.

Con el rabillo del ojo vio moverse a unas figuras dentro de la habitación.

Se oyó un rápido arrastrar de pies y Moshe se despertó.

Se percató de que ella le estaba mirando y se le iluminó la cara.

—¿De qué tengo que deshacerme? —le preguntó.

—Del perrito caliente —dijo.

Moshe miró en torno de la habitación. Ella hizo lo mismo. Alrededor de su cama estaban el primo de Moshe, Isaac, el rabino Feldman, los gemelos Irv y Marv Skrupskelis, y detrás de ellos Addie, Nate y Bernice. Faltaba alguien.

—¿Dónde está Dodo? —preguntó.

—Vamos a traerlo de vuelta —dijo Moshe.

Pero no fue capaz de escuchar nada más, pues el sufrimiento en ese momento era demasiado intenso para detenerse a pensar en lo que había sucedido en la tienda. Dodo había intentado defenderla, pobrecito, y se lo habían impedido. Vio que Moshe se levantaba de la silla, todavía agarrando su mano, y posaba la otra mano en su cara, tras arrodillarse junto a la cama. Le dijo unas palabras, pero ella no podía oír ni hablar. Sintió movimiento al otro lado de la cama y miró a Addie, que tomó una toalla y le secó el rostro. Bernice estaba detrás de ella y parecía apesadumbrada, cosa que conmovió a Chona, pues Bernice era muy tímida y no la había visto fuera de su casa de Chicken Hill desde que eran niñas.

—¿Te estás comiendo un perrito caliente, Bernice? Eso es hacer trampa.

Era una broma, y Chona se arrepintió de inmediato de haberla dicho, no porque ambas supieran que Bernice no tenía por qué comer *kosher,* sino porque el mero acto de hablar provocó que mil puñales le atravesasen las entrañas. Bernice parecía confusa, y solo cuando Moshe se volvió hacia ella y tradujo sus palabras, Chona se dio cuenta de que había hablado en yidis. Bernice, con su hermoso rostro moreno siempre tan sombrío, con aquella suave piel negra que parecía una armadura inalterable sobre su hermosa nariz y aquellos carnosos labios, sonrió con tristeza. Nada habitual en ella. Era como si una dulce llovizna del desierto hubiera entrado en la habitación y los hubiese bañado a todos.

Bernice, con un torrente de tristeza goteando por su alargado

y hermoso rostro, dijo en voz baja:

—No, Chona. No me he comido un perrito caliente.

Fue la última vez que Chona vio a Bernice, pues el dolor era demasiado intenso para mantener los ojos abiertos, así que los cerró. Oyó otro arrastrar de pies y al rabino Feldman cantando, entonando la oración de *Mi Sheberaj* para la sanación, estropeándola con su horrible forma de cantar, y ella quiso darle las gracias y decirle: «Bueno, estás mejorando», aunque no era así, pero agradeció su presencia. Y entonces oyó la voz de Moshe, que habló con firmeza, casi con rabia, y dijo:

—Salid. Por favor. Todos fuera.

Ella oyó más arrastrar de pies y sintió que los cuerpos se marchaban. Estaban solos. Como siempre. Y Moshe sabía qué hacer.

En el pasillo de la unidad hospitalaria de Reading, el extraño grupo de amigos y conocidos bienintencionados se reunió frente al mostrador de las enfermeras. Tres enfermeras blancas les echaron un vistazo y centraron la atención de nuevo en sus historiales. Nadie se tomó la molestia de comentarles si había algún sitio al que pudieran ir, así que se quedaron allí de pie. No había donde sentarse, ni lugar alguno en el que tomar café, ni un amable ministro presbiteriano que les ofreciera palabras de consuelo. Permanecieron de pie, incómodos, como el extraño grupo de estadounidenses que eran, judíos y negros, juntos: Marv Skrupskelis, apoyado en la pared, vestido de obrero, con los puños cerrados metidos en los bolsillos; Irv, recién llegado del trabajo en la zapatería, con su uniforme de vendedor, tirantes y camisa blanca; Isaac, alto, orgulloso, imponente e impecable, vestido con un traje de lana y un sombrero de fieltro negro, con gesto severo teñido de una acentuada tristeza; el rabino Feldman, con las manos nerviosas agarrando un gastado *Sidur* (libro de oraciones). Unos metros más allá estaban Nate y Bernice, alejados el uno del otro, mirando a Addie al final del pasillo, que permanecía nerviosa

frente a la puerta de la habitación de Chona, con las manos juntas a la altura del pecho, mirando hacia dentro.

No había nada que hacer salvo hablar, que en momentos como ese es lo único que queda.

El rabino Feldman rozó suavemente el brazo de Isaac y habló en inglés.

—¿Qué tal el viaje desde Filadelfia? —preguntó.

Isaac se encogió de hombros.

—¿Supongo que recibiste mi carta?

—¿Qué carta? —dijo Isaac.

—La que te envié contándote lo de la *shul* y los rumores sobre lo que pasó en la tienda. Queríamos contactar con la poli...

Isaac alzó rápidamente un dedo para hacer callar a Feldman, que se sintió intimidado por aquel desconocido de pecho robusto y bien vestido con rostro pétreo. Nunca antes había visto al primo de Moshe. Solo había oído hablar de él. Un tipo duro. Con el que no se podía jugar.

Isaac se volvió hacia los gemelos Skrupskelis. Habló en yidis.

—¿Quién de ustedes estaba aquí cuando el padre de Chona construyó la *shul?*

Marv guardó silencio y miró hacia otro lado. Era el más gruñón de los dos Skrupskelis y entendía que ningún rico propietario de teatro rumano de Filadelfia tenía el derecho a hablarle como si fuera un cualquiera. Fue Irv quien contestó.

—Estábamos ahí.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿La construyó?

—Por supuesto que lo hizo.

—¿Solo?

Irv se encogió de hombros. No estaba de humor para responder al exigente dueño teatral rumano, pues le estaba aplicando el tercer grado.

Fue Marv quien habló. El rudo lituano respondió con el tipo de gravedad y franqueza que Isaac apreciaba.

—Lo construyó con un hombre de color llamado Shad.

—¿Así que ese hombre de color sabe dónde está conectada la tubería que saca el agua del pozo de la fuente pública? —preguntó Isaac.

—Y nos lo diría, pero está muerto.

Marv asintió en dirección a Bernice.

—Esa es su hija. Es posible que su hermano lo sepa.

Isaac miró a Bernice y luego a Nate, que estaba a su lado. Dio la impresión de ir a decir algo, pero se detuvo. En lugar de seguir el impulso inicial, declaró:

—Voy a hacer todo lo posible para que lo reparen.

Marv se encogió de hombros.

—Allá tú. Doc Roberts, sin embargo, es otro asunto.

—No me suena ese nombre —dijo Isaac.

El rabino Feldman dijo:

—Te escribí sobre él en la carta que te envié.

Isaac no respondió. Ni siquiera miró a Feldman. Para él, era un hombre débil. Los judíos débiles eran una pérdida de tiempo. Los judíos débiles nunca sobrevivirían en América. Ni en ningún sitio. Mantuvo sus ojos fijos en Marv. Los dos hombres se miraron durante un momento. Luego se volvió hacia Feldman y le dijo:

—Ya he dicho que no me suena ese nombre.

—Estaba en mi carta.

—Yo no he recibido ninguna carta. Jamás he oído ese nombre.

El rabino Feldman insistió en que había explicado claramente todo el asunto en su carta y que, con toda probabilidad, esta se había extraviado, pero fue interrumpido por el largo y penetrante aullido de Moshe, que resonó en el pasillo. El grupo se volvió y vio a Addie en la puerta de la habitación de Chona, con la mano en la boca y los hombros encorvados.

El extraño grupo de amigos y conocidos avanzó despacio por el pasillo acompañado por los sollozos de Moshe, que ascendían y descendían por las paredes, rebotando de un lado a otro. La conversación sobre Doc Roberts cayó en el olvido mientras el grupo avanzaba a trompicones, una mezcla variopinta que se movía a lo largo de aquellos cinco metros como si se tratase de

quince mil kilómetros; todos ellos eran viajeros lentos, llegados de diferentes lugares, que habían llevado a cabo un viaje lento a través de un país que pretendía ser importante, un país que les había dado mucho, pero que les exigía tanto o más. Avanzaban lentamente, como *fusgeyers,* vagabundos en busca de un hogar en Europa, o bien como los miembros de una tribu *erú* de África occidental que hubiesen descendido de un barco en la costa de Virginia para mirar por última vez hacia el otro extremo del Atlántico, en dirección a su tierra natal, avanzando hacia un destino común, todos ellos —Isaac, Nate y los demás— camino de un futuro de vacuidad estadounidense. Era un futuro que no podían otear por completo, en el que la riqueza de todo aquello que habían traído a la gran tierra de promisión se convertiría, tarde o temprano, en nada; el glorioso tapiz de su historia reducido a una serie de anuncios de televisión de diez segundos de duración, vacaciones sin contenido y eventos deportivos marcados por un banal patriotismo rojo, blanco y azul, en el que los participantes vitorean el deslumbramiento sin tener la más remota idea de las horribles luchas o del orgulloso pasado de sus ancestros, que tan solo habían deseado hacerles la vida más fácil. La historia colectiva de esa triste *troupe* que avanzaba por el pasillo del hospital no tardaría en convertirse en pequeñas manchas en un futuro americano que, llegado el día, mezclaría sin reparos sus orgullosas historias como si fuesen huevos batidos, esparciéndolas entre la población mientras alimentaba al populacho con basura mental en dispositivos que llegarían a ser tan comunes y pequeños como el perrito caliente que la moribunda había creído oler. Porque en el momento de morir, Chona no había olido un perrito caliente, sino el futuro, un futuro en el que los dispositivos que cabían en el bolsillo y hacían montones de ruiditos suponían un peligro mucho más seductor y poderoso que cualquier perrito caliente; unos dispositivos que los niños del futuro reclamarían para sí volviéndose adictos a ellos, unos dispositivos que no harían sino alimentar la opresión que iban a vivir disfrazándola de libertad de pensamiento.

Si aquel grupo de rezagados que deambulaba por el pasillo

hubiera visto también *aquel* futuro, todos se habrían dado la vuelta al mismo tiempo y habrían salido corriendo del hospital para desplomarse sobre el césped y sollozar como niños. Así las cosas, se dirigieron como tortugas hacia la habitación de Chona cuando oyeron el aullido de Moshe. No tenían prisa. El viaje era largo. No había ninguna promesa por delante. No había necesidad alguna de apresurarse.

Tercera parte
El último de los Love

19

Los Lowgod

Eran casi las nueve de la noche y llovía a cántaros cuando el viejo Packard dobló la esquina de la carretera embarrada y se detuvo en Hemlock Row, un grupo de casuchas de mala muerte situado a cinco kilómetros al oeste de Pottstown, Pensilvania. Fatty echó un vistazo a través del parabrisas manchado de barro a aquellas casas de aspecto maltrecho, algunas no eran más que cuatro paredes con madera contrachapada y estaño. Después, Fatty frunció el ceño en dirección a Paper, que estaba sentada a su lado. Llevaba un abrigo recio y pantalones, el cabello recogido con un pañuelo y con un gastado sombrero de hule en la cabeza. Estaba sentada con las manos en el regazo, mirando por la ventanilla moteada por la lluvia. En el asiento trasero, el corpulento Big Soap, profundamente dormido, con la cabeza encajada en la esquina de atrás, le impedía a Fatty la visión de una buena parte de la ventanilla trasera.

—Tendría que haber traído mi pistola —murmuró Fatty.

—La pistola no te habría servido de nada —dijo Paper.

—¿Cómo puedo estar seguro de que esos vaqueros no me romperán el parabrisas de una patada? —preguntó.

—Si eres capaz de encontrar un par de botas vaqueras por estos lares, te doy cien dólares ahora mismo —dijo Paper—. No es lo que se estila aquí.

—¿Y qué se estila?

Paper suspiró.

—Voy a entrar. Espérame, Fatty. Sé lo que hago.

Fatty frunció el ceño y golpeó el volante. Estaba nervioso. Nunca había estado en Hemlock Row, una pequeña aldea de gente

negra que la mayoría de los negros de Chicken Hill evitaban. Los negros de Chicken Hill eran, según su propia definición, negros «en movimiento», «en ascenso», «trepadores», «del tipo NAACP, la Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color»; querían ser estadounidenses. Pero los negros que vivían en esas diminutas cabañas repartidas a lo largo de casi una hectárea de terreno junto a la carretera que se dirigía al oeste, hacia el condado de Berks, no deseaban pertenecer al mundo de los blancos. Eran Lowgod, se decía que procedían de algún lugar de Carolina del Sur y que todos estaban emparentados de algún modo. Nadie sabía quién fue el primer Lowgod que llegó a Hemlock Row ni por qué se estableció allí en lugar de en Chicken Hill, Pittsburgh, Reading o Filadelfia. Fatty había oído rumores de que los Lowgod eran la gente de Nate, aunque nunca se había atrevido a preguntárselo. ¿Por qué habría tenido que hacerlo? Los Lowgod eran taciturnos, desconfiados, impredecibles y muy reservados. Cultivaban sus propias verduras, cuidaban de sus propios animales y llevaban a cabo sus propias reuniones. Caminaban de un modo diferente. Hablaban de un modo diferente. Su lengua era extraña, llena de frases cadenciosas que parecían caer al suelo como gotas de lluvia. A su manera de hablar la llamaban gulá, mitad inglés y mitad africano, plagada de expresiones vudú y cosas que solo los propios Lowgod entendían. Tampoco era buena idea intentar engañarlos. Años atrás, en el garito de Fatty, un corpulento residente de Chicken Hill llamado Bunny Hales se peleó con un pequeño y flaco forastero que afirmaba ser un Lowgod de Hemlock Row. Fatty nunca había visto a alguien moverse tan rápido. El hombre de Hemlock Row luchó con las manos y los pies, utilizando una especie de arte de la patada que hizo que los dientes de Bunny salieran volando de su boca como si se tratase de goma de mascar.

—Si tu chica tuviese intención de ser civilizada, viviría en Chicken Hill —dijo Fatty.

—Su gente está aquí —se limitó a decir Paper.

—¿Le gusta vivir como un mono?

—Déjalo ya, ¿quieres? ¿Te interesa que saquemos a Dodo del manicomio o no?

—Me gustaría llevar algo en el bolsillo que no fuese un pañuelo. Por eso estoy aquí.

—Para ser un tipo que sueña a lo grande, eres un poco corto de miras —dijo Paper—. Si sigues pensando de ese modo, te quedarás en Pottstown el resto de tu vida.

—¿Quién ha dicho que quiera irme?

Paper agarró la manilla, empujó la portezuela y salió a la lluvia. Se dio la vuelta y se inclinó hacia el coche; le habló a través de la puerta abierta, con la lluvia goteando por la estrecha ala de su sombrero y cayendo por delante de sus brillantes ojos oscuros.

—Te llamaré si necesito que entres.

Fatty creyó apreciar un destello de miedo en aquella hermosa mirada y no pudo contenerse.

—Oh, maldita sea —dijo, alargando el brazo hacia la manilla de la puerta—. Voy a entrar contigo. Esos negros amantes del vudú no me preocupan.

—Solo mantente alerta —ordenó Paper. Señaló con la cabeza a Big Soap en el asiento trasero, que estaba profundamente dormido—. Y ese que se quede quietecito. Entrad *solo* si os llamo. Y si entráis, entrad con el sombrero en la mano y una sonrisa en los labios. No digas nada. Esa insolente boca tuya te acarreará más de un quebradero de cabeza.

Cerró de golpe la portezuela del coche, se colocó el sombrero sobre la cabeza y chapoteó en los charcos de barro hasta llegar a una de las casas. Llamó a la puerta principal. Una mano invisible abrió. Paper desapareció y la puerta se cerró tras ella.

Fatty observó la puerta con ansia. Una suerte de niebla se posó en el parabrisas. Puso en marcha el limpiaparabrisas y vio cómo realizaba una pasada lenta y se detenía. Después otra. Luego se detuvo. No sirvió de nada.

Volvió a tamborilear sobre el volante, impaciente, mordiéndose el labio inferior hinchado mientras discutía consigo mismo mentalmente. Entre lo que había ocurrido con Nate dos noches atrás y la aparición de la madre de Big Soap en su local el día de ayer, se estaba hartando de Dodo. ¿Cómo podía uno salir adelante si no dejaba de caerle mierda encima? Con la llegada de

Paper a su garito el día anterior, ya sumaban tres desastres seguidos. Ojalá no hubiese aparecido, porque por la ropa de luto que llevaba puesta —vestido y sombrero negro— entendió que venía del funeral de Chona, al que habían asistido todos los habitantes de Chicken Hill menos él.

Se sentó en el porche con aquel bonito vestido negro y se limitó a preguntarle:

—¿Dónde estabas?

Fatty se encogió de hombros. No quería hablar de ello. La muerte de Chona era una tragedia, pero él se había vuelto inmune a ese tipo de dolor cuando era niño, hacía ya mucho tiempo, tras la muerte de su padre. Ese fue el último funeral al que había asistido. Se acabaron para él los espectáculos mortuorios.

—Sabes que no voy a ese tipo de cosas.

—Pareces deprimido, Fatty.

—Pues lo cierto es que me siento bien.

—Deja de fingir y de justificarte —dijo Paper—. Sé que tú y la señorita Chona teníais un pasado común. —Tenía razón, pero ¿quién era ella para hablar de eso? ¿Cómo sabía ella que el padre de Chona había sido uno de los pocos que ayudaron a su familia tras la muerte de su padre? Paper era cuatro años más joven que él. Por aquel entonces era una niña que vivía a seis manzanas de su casa, más allá de la colina; en pocas palabras, eso era como vivir a cien kilómetros de distancia. Ya en aquel tiempo, los chicos hacían cola delante de su casa para llamar su atención. O sea, todo seguía igual.

—Se encargó de que su gente se ocupara de ella —dijo Fatty. Guardó silencio unos segundos y luego preguntó—: ¿Estuvo Bernice?

Paper asintió.

—Ya sabes cómo es Bernice. Estuvo allí, sí. No dijo una palabra. No cantó, cosa que debería haber hecho. Pero fue una ceremonia bonita. Gran parte se hizo en judío, así que no sé lo que dijeron. Pero lo disfruté. Los judíos entierran rápido a sus muertos. No los ponen a enfriar durante días y hacen el tonto como nosotros.

Fatty asintió, frunciendo el ceño.

—¿Y Nate y Addie?

—¿Qué pasa con ellos?

—Ya sabes a qué me refiero.

—Se lo están tomando muy mal. Especialmente Addie.

Fatty guardó silencio, al tiempo que observaba las suaves líneas del rostro de Paper, marcadas por la preocupación. Incluso cuando estaba preocupada, Paper tenía buen aspecto. Había algo en sus modales, tan sinceros y livianos, en la forma en que disfrazaba su dolor de alegría, que siempre le llegaba al corazón; excepto en ese momento, porque ni reía ni sonreía. Quiso ofrecerle unas palabras de consuelo. Sin embargo, lo siguiente que ella le dijo le llevó a entender que no tenía sentido alguno mostrarse blando con ella.

—Addie y Nate se están planteando liberar al muchacho. Y tú vas a ayudarlos.

—¿Por quién me tomas, por Abraham Lincoln?

—Deja de hacerte el tonto. Planean sacar a Dodo del manicomio.

—Claro. Y yo el año pasado vendí mi empresa petrolífera.

—Nate lo ha preparado todo para enviarlo a Carolina del Sur en cuanto lo saquemos.

—¿Lo saquemos..., nosotros?

—Así es. Necesito que me lleves a Hemlock Row esta noche. Yo pago la gasolina.

—¿Hemlock Row? Conozco a unos cuantos vagabundos que duermen en cajas de cartón que no querrían ir allí.

—¿Por qué no?

—Esos negros de piel oxidada van por ahí haciendo vudú, comiendo judías blancas y dándose el lote como locos mientras nosotros estamos aquí hablando. No, gracias.

—Te he dicho que yo pago la gasolina.

—Ahórrate ese dinero.

—Fatty, ¿no te gusta el dinero?

—Guárdate tu pasta. Quien le haya vendido a Nate y Addie la historia de que pueden sacar a Dodo de Pennhurst se ha pasado de

listo. Ese lugar está administrado por el estado, Paper. Si Nate y Addie tuvieran sentido común, habrían enviado a Dodo al sur *antes de* que Doc Roberts se comiera viva a la señorita Chona.

—¿Así que sabes lo que hizo?

—¡Me importa un bledo esa bruja!

—Si no te importa nada, ¿por qué estás tan molesto?

—No me gusta la forma en que se comportaron, si eso es lo que me estás preguntando, que hiciesen caso a Doc y culpasen a Dodo por nada.

—Por eso vas a venir conmigo.

Fatty rio entre dientes.

—Que un tren pueda hacer sonar el silbato no quiere decir que vaya a rodar por la vía.

—Vendrás de todos modos.

—Lo siento, Paper.

—Vas a venir porque necesito un hombre que me lleve.

—Hay muchos tipos por aquí dispuestos a hacerlo —dijo Fatty—. Tipos grandes y elegantes con bolsillos enormes llenos de dólares. Te llevarán a donde quieras ir.

—Pero ellos no son tú —declaró Paper. Y aquí Fatty esperaba que ella, cuya gloriosa belleza rompía el corazón de algún incauto al menos dos veces al mes, se riera de su propio comentario. Pero no se rio. En lugar de eso, lo miró directamente con aquellos grandes ojos oscuros que parecían contener todos los cielos azules y las laderas de las montañas que había visto a lo largo de su vida y dijo—: Necesito a alguien en quien pueda confiar.

Eso le desconcertó.

Sentado al volante, Fatty se maldijo. Tenía que confesar que no se diferenciaba de la mayoría de los hombres. Había algo en Paper que les hacía querer arrodillarse. Algo en su forma de ser, una suerte de poder mágico. Incluso siendo niña lo tenía, y cuando Fatty volvió a casa al salir de la cárcel, cuatro años atrás, y la vio por primera vez después de todo aquel tiempo, albergó la leve esperanza de que tal vez ella apreciase que había crecido, que la cárcel le había cambiado para bien. Pero ella ya no estaba allí. Ella también había crecido: la antigua niña mona y descarada se había

convertido en una mujer presta a la risa y al cotilleo, que se tomaba la vida con calma, que les daba importancia a las noticias más oscuras, el periódico ambulante más maravilloso del mundo. Y seguía sin tener un hombre. Cuando salió de la cárcel, Fatty habría hecho cualquier cosa para ganarse su atención, algo que, por supuesto, no fue capaz de hacer. Ella no parecía verle; ¿por qué tendría que hacerlo? Por qué alguien tan especial iba a tontear con un expresidiario cuya reputación estaba marcada a fuego por el hedor de la cárcel, alguien que vendía hamburguesas, alcohol y chatarra, cuando por su casa pasaba todas las semanas la flor y nata: trabajadores del ferrocarril y profesores y tipos por el estilo, incluso ricos corredores de apuestas de Filadelfia, tipos que viajaban de un lado para otro y vestían camisas limpias y corbatas lisas todos los días, no ropa de obrero como él. Sabía de un tipo de Baltimore, mozo de la compañía Pullman, que venía todos los meses y le pedía a Paper que se casara con él, prometiéndole que la llevaría a una tierra de escalones de mármol y jazz y swing y más cangrejo hervido del que nadie fuese capaz de engullir. El tipo incluso se presentó una noche en casa de Fatty, riendo y bromeando, un tipo guapo, delgado, de tez clara, piel suave y zapatos relucientes. Fatty tuvo que reprimir las ganas de acercarse a él y darle un puñetazo. Pero el tipo bebía y bailaba blues y gastaba dinero y resultó ser un hombre campechano y divertido. Al final de la noche, Fatty se sintió avergonzado. Entonces entendió que era peligrosamente blando con Paper. Había visto los resultados de esa forma de comportarse en su propio garito y también en Graterford: las peleas, los arañazos, los gritos, los navajazos, las celdas plagadas de historias sobre pobres pringados enamorados y con el corazón partido que iban por ahí con una botella de whisky en una mano y una pistola en la otra y que acababan despertándose condenados a dieciocho años de prisión. Él no quería saber nada de eso.

Y, sin embargo, estaba mirando por el parabrisas hacia la puerta esperando a que apareciese el origen de sus problemas mientras se compadecía de sí mismo, pasándose la lengua por el diente de madera y el labio inferior, aún hinchado por el

gigantesco tajo que le había provocado Big Soap. Podría haber dejado que Big Soap le pegara en cualquier lugar del mundo después de hacer que los despidieran. Sin embargo, quiso que lo hiciese frente a la casa de Paper. «¿A quién pretendo engañar?», se dijo.

Miró por el retrovisor a Big Soap, que seguía durmiendo en el asiento trasero.

—¡Soap! —gritó.

Soap se despertó aturdido, frotándose la cara.

—¿Qué pasa?

—Prepárate y presta atención. Las cosas se pueden poner feas.

—¿Por qué estamos aquí otra vez?

—Por culpa de Paper. Tiene un plan para sacar a Dodo.

—¿De dónde?

—De Pennhurst.

—Es una vergüenza. ¿Qué tal le va a Dodo allí?

—Si estuviese comiendo exquisiteces, ¿estaríamos aquí?

—¿Qué ha hecho esta vez?

—Nada, Soap. No hizo nada malo.

—Entonces, ¿por qué lo han mandado al manicomio?

—Se metió en un lío.

—¿Por eso está mi madre tan enfadada?

—No sé por qué está enfadada, Soap. Es tu madre.

—Rusty dijo que Doc Roberts le estaba quitando la ropa a la señorita Chona y que Dodo lo vio.

—No sé lo que vio.

—Murió por eso, ¿no?

—Soap, ¿te parezco un médico? Estuvo enferma mucho tiempo.

—Eso no es lo que dice Rusty.

—Qué sabrá Rusty. Se cayó en su tienda y murió. Eso es todo. —Pero en su fuero interno, Fatty sentía pena, y justo detrás de la pena, una rabia que hervía a fuego lento. Conocía a Chona de toda la vida—. De todos los blancos del pueblo, ¿por qué tenía que ser ella? —preguntó.

—¿Qué quieres decir?

Fatty no se molestó en responder. Chona no era uno de *ellos*. Ella era la única entre los otros que apagaba el odio que Fatty sentía hacia ellos, por eso estaba resentido con ella. *Señorita Chona*. No la llamaban señorita Chona cuando eran niños. Tan solo era Chona, la mejor amiga de su hermana, la chica rara de la cojera que iba al colegio con Bernice, las dos caminando detrás de él, ignorándole; cosa que en aquel entonces le parecía bien. Pero la vida siguió su curso. Lo metieron en la cárcel después del instituto y, cuando volvió a casa, la suerte estaba echada. Chona se había casado y volvía a ser blanca, y Bernice tuvo todos esos hijos, el Señor la salvó y heredó la casa de su padre; algo que le correspondía a él por ser el único hijo de su padre. Bernice había abierto las puertas de esa misma casa para esconder a Dodo, y fue la única en Chicken Hill que se prestó a ello. Al final, las dos se habían mostrado leales la una con la otra. ¿A quién le había mostrado él su lealtad? Pensar en su amistad le irritaba. No quería formar parte de ningún grupo. Todos eran patéticos. Torpes. Perdedores. Tenía que trazar su propio camino en la vida. ¿De dónde sacar el dinero para vivir sin preocupaciones en este mundo de locos? Tenía que sobrevivir. Así eran las cosas.

Big Soap encendió un cigarrillo y Fatty le observó por el retrovisor. Bajo aquella escasa luz, la cara de Big Soap era apenas una silueta.

—Todo por culpa de una estúpida estufa —dijo Fatty.

—¿Una qué?

—Tiempo atrás, Dodo vivía con su madre en una casita de Lincoln Avenue. Ella tenía una estufa que, no sé por qué motivo, explotó. Dodo perdió la vista. También se le estropearon los oídos. Después de un tiempo, los ojos se recuperaron, pero sus oídos no. Cuando su madre enfermó y murió, dejó de ir a la escuela porque no oía nada.

—¿Por eso todo el mundo le llama Dodo?

—Los nombres no significan nada.

—Si no significa nada, ¿por qué no lo llaman caballo? ¿O coche? ¿O espagueti?

Fatty miró por el parabrisas, asqueado.

—No sé quién es más tonto, Soap. Dodo o nosotros. Ya te aseguro yo que no lo verías aquí fuera, plantado bajo la lluvia, esperando a que esos negros primitivos le preparasen el desayuno.

Se quedó mirando la puerta por donde Paper había desaparecido.

—¿Por qué tarda tanto?

Una vez dentro de la casita de tablones de madera, Paper se encontró en una habitación en la que había varias sillas plegables colocadas frente a una mesa situada en la parte de delante. Encima de la mesa había una máquina de escribir y un juego de tarjetas blancas. Nueve personas, cuatro hombres y cinco mujeres, estaban sentados en silencio mirando hacia la mesa. Volvieron la cabeza para mirar a Paper cuando esta entró, la saludaron con un gesto cuando tomó asiento en la última fila y volvieron a mirar hacia delante en silencio.

Poco después, se abrió una puerta lateral y entró una mujer negra, majestuosa, de grandes ojos negros y suave piel color chocolate oscuro. Iba tan bien vestida que, incluso en una ciudad como Filadelfia, a solo sesenta kilómetros de distancia de allí, un lugar en el que las mujeres de negocios negras vestidas a la moda se paseaban por Broad Street, habría destacado. Llevaba un vestido de cintura caída, con un fajín alrededor de la cadera y una falda que le llegaba hasta los tobillos. Un sombrero de copa adornaba su cuidado cabello, un sencillo amuleto colgaba de su cuello y unos zapatos Mary Jane de doble correa decoraban sus pies. Se movía con aire de reina, y fue caminando a grandes zancadas hacia la parte delantera de la sala, hasta colocarse detrás de la mesa donde estaba la máquina de escribir. Miró a su alrededor.

La visión de esta figura regiamente vestida, de pie detrás de una pequeña mesa frente a un público sentado en sillas plegables, en una destartalada casa de tablas de madera de dos habitaciones a cuatro pasos de la ruta 23 de Pensilvania, con la lluvia repiqueteando en el tejado de hojalata y el viento aullando entre

las grietas de las paredes, parecía tan ridícula que Paper tuvo que reprimir el impulso de echarse a reír. Pero sabía que no debía hacerlo. Era Miggy Fludd quien estaba ante ella. Y Miggy Fludd —Fludd era su apellido de casada— era una Lowgod. Y si había una sola persona de color en la tierra, un alma justo por debajo del mismísimo Jesucristo, que pudiera sacar a Dodo de Pennhurst sin la ayuda del hombre blanco, tenía que ser un Lowgod.

Miggy echó un vistazo a la habitación.

—¿Estáis todos listos? —preguntó.

Una mujer de suave aspecto angelical que estaba sentada en la primera fila dijo en voz baja:

—Estamos listos, cariño. Estamos listos.

Las mujeres negras de Chicken Hill formaban una comunidad muy unida. La mayoría trabajaban como criadas para el hombre blanco. Es decir, tenían que bajar de la colina hasta la ciudad cada mañana para lavar la ropa, cocinar, criar a los niños, cuidar de los padres ancianos y permitir que las mujeres blancas disfrutasen de sus privilegios. Pero las mujeres de color de Hemlock Row eran harina de otro costal. Eran Lowgod. A diferencia de las mujeres negras de Chicken Hill, que eran, en su mayoría, serviles y estaban dispuestas a trabajar como asalariadas para los blancos, las mujeres Lowgod no eran buenas sirvientas. Eran distantes y reservadas, espléndidamente bellas, con cuellos largos y brazos enjutos. No sonreían ni rezongaban ni se prestaban a charlas triviales. Sus miradas torvas, sus encogimientos de hombros y sus extraños acentos las convertían en terribles empleadas domésticas, pues su oscura belleza intimidaba a las amas de casa blancas y despertaba las fantasías sexuales de sus maridos. Su piel tersa brillaba con la arrogancia del ébano y provocaba que el llamativo tono rosado de sus jefas blancas pareciera débil en comparación. Tampoco eran especialmente aficionadas al trabajo al aire libre ni a la jardinería, aunque algunas de ellas, cuando se las presionaba, demostraban cierta eficacia. Las mujeres Lowgod, en su mayoría, se dedicaban a

lavar ropa. Todas las mañanas iban a pie a por la colada. No era raro ver, una mañana cualquiera, a cinco o seis mujeres Lowgod cargando con enormes bolsas de ropa por la polvorienta Ruta 23 desde Pottstown hasta Hemlock Row, a unos cinco kilómetros de distancia, llevando la colada de las familias prominentes de la ciudad, ya que lavaban y planchaban las faldas con tanto cuidado y precisión que hasta las amas de casa blancas más intolerantes podían soportar sus aterradores silencios y su extraño acento. Las mujeres Lowgod eran famosas por la habilidad que evidenciaban lavando. Estaban muy por encima de la mayoría de las lavanderas de la zona, excepto Paper. Así fue como Paper conoció a Miggy.

Miggy había sido su compañera de trabajo. Las dos lavaban, como un equipo, para el mismo cliente, un ama de casa enfermizamente escrupulosa cuyo marido era el vicepresidente del Banco Nacional de Pottstown. Cuando una no estaba disponible, recurrían a la otra. Con el tiempo, ambas entablaron amistad, ya que el trato fácil de Paper, su maravillosa risa y su desdén por esos seres debiluchos y temblorosos, impulsados únicamente por la testosterona y conocidos como hombres, vencía siempre los reparos de las mujeres más duras y desconfiadas, y Miggy era, además, un alma realmente curiosa. Tenían casi la misma edad, y el afán de Miggy por aprender a leer y la curiosidad que sentía por la vida aparentemente glamurosa de Paper como anfitriona de algunos de los más guapos trabajadores de Pullman, dio como resultado que Miggy se casase con un mozo del ferrocarril, una relación breve que acabó mal, ya que el hombre tenía mal genio y no sabía cómo tratar con una Lowgod, unas mujeres que no se andaban con remilgos. La intervención de Paper le salvó la vida a aquel hombre y, con toda probabilidad, le ahorró a Miggy acabar en la cárcel. Eso fue lo que consolidó la amistad entre esas dos mujeres.

Hacía tiempo que Paper no veía a Miggy, que se había retirado del negocio del lavado hacía tres años por razones que nunca llegó a explicar. Pero cuando Paper le escribió diciéndole que tenía un problema relacionado con Pennhurst, Miggy le contestó: «Tengo la respuesta para ti», y le describió con todo detalle la hora y el lugar al que debía acudir, terminando su carta

con una estricta aseveración: «No vengas aquí a juzgar». Paper, que barajó la posibilidad de que Miggy hubiese caído en la prostitución, se llevó a Fatty y a Big Soap consigo como medida de seguridad, porque era consciente de que si un negro de Chicken Hill llevaba demasiado lejos un malentendido ocasional, siempre podía contarse con Big Soap y Fatty para que se ocuparan del asunto de manera discreta o, si llegaba a ser necesario, utilizasen la fuerza para ello.

Sentada en la última fila, Paper observó fascinada cómo Miggy se ponía de pie ante la pequeña asamblea. Sus ojos recorrieron la sala. Se posaron en Paper y pasaron de largo sin hacer gesto alguno de reconocimiento. En lugar de eso, se sentó tras la mesa, acercó la máquina de escribir y las cartas y dijo:

—¿Quién es el primero?

Un hombre alzó la mano.

Miggy le hizo un gesto con la cabeza.

—Adelante.

—Mi hija está enferma. ¿Se pondrá bien?

Miggy se levantó de la mesa, se quitó el sombrero, alzó su regia cabeza para mirar hacia el techo, extendió los brazos y, para sorpresa de Paper, lanzó un largo grito lastimero, con la boca abierta, dejando los blancos dientes a la vista, como si estuviera llorándoles a los dioses. Cerró los ojos y luego, muy despacio, empezó a girar, bailando sin apenas mover los pies, con las caderas contoneándose con facilidad, de manera sensual, los brazos moviéndose de un modo sencillo y natural, curvándolos sobre su cabeza, luego bajándolos a la altura de la cintura, luego lanzándolos hacia delante y hacia atrás como si estuviera remando en una barca. Entonces aceleró, moviendo todo su cuerpo a la vez, las anchas caderas contoneándose sin desplazarse, los ojos cerrados, más rápido, las pulseras y las joyas de huesos y dientes que llevaba repiqueteaban para imponerse al sonido de la lluvia que golpeaba contra el tejado de hojalata; una especie de febril baile de estilo africano, más rápido, más rápido, superrápido. Y en ese momento, el conjunto que formaban pulseras, collares, curvas y pechos se ralentizó, como un tren que empieza a detenerse. Se

ralentizó, fue frenando y finalmente se detuvo y, de pie ante ellos de nuevo, regia como una reina, respirando profundamente, vio a la Miggy de antaño, con los ojos cerrados, la cabeza inclinada, tarareando para sí misma. Abrió los ojos, terminada su invocación a Dios, se sentó a la mesa, de nuevo en actitud seria, se acercó la máquina de escribir, introdujo una tarjeta y empezó a escribir.

Cuando terminó de teclear, alzó la tarjeta. El hombre se levantó y se dirigió al frente de la sala. Ella le entregó la tarjeta y él volvió a sentarse. Miggy echó un vistazo a la sala y dijo:

—Siguiente.

Y así prosiguió, bajo la asombraba mirada de Paper. La vieja Miggy Fludd, que apenas sabía leer cuando se conocieron, era ahora una pitonisa mecanógrafa. ¿Quién habría podido imaginárselo?

Todos los allí reunidos tenían preguntas que hacer, que variaban en alcance y forma. «¿Ha vuelto enferma a casa mi madre y no me lo ha dicho?» «¿Va a volver mi marido?» «¿Está saliendo mi mujer con mi mejor amigo?» «¿Por qué mi primo ha sido tan malo conmigo?» Después de cada pregunta, Miggy se ponía en pie, entraba en trance, bailaba una fantástica danza breve, volvía a la normalidad, escribía la respuesta en una tarjeta y se la entregaba a quien había hecho la pregunta.

Cuando satisfizo a las nueve personas que estaban en la sala, se colocó detrás de la mesa con las manos sobre el tablero, como una maestra de escuela, y dijo:

—¿Hemos terminado todos?

Miró a Paper. Nadie se volvió para mirar, pero Paper sintió como si todos los allí presentes la estuviesen mirando. Clavó la mirada en el suelo. «No, Señor», se dijo, «no quiero saber nada de mañana.»

—¿Nadie? De acuerdo. Entonces, adiós —dijo Miggy. Se sentó detrás de su escritorio al tiempo que los presentes se levantaban y, a medida que iban saliendo, cada uno de ellos depositaba unas monedas en el tarro de donativos que había sobre el escritorio.

Pero en ese momento, Miggy se dirigió a un hombre que estaba a punto de salir por la puerta, un hombre delgado y canoso

que llevaba un fedora maltrecho en las manos y que lucía unas pequeñas manchas de pelo oscuro en su barba blanca.

—Bullis, ¿puedes quedarte un minuto?

Este se detuvo y se dio la vuelta, de pie junto a la puerta mientras los demás salían de allí para adentrarse en la lluvia.

—¿Qué he hecho ahora? —preguntó amablemente.

Miggy tomó el tarro de las monedas, lo vació sobre su escritorio y las separó despacio.

—¿Cómo te van las cosas, Bullis?

—¿Qué cosas?

—El trabajo.

—Me va bien.

Miggy le acercó todas las monedas.

—Necesito un favor —le dijo.

El hombre miró las monedas. Después las empujó de vuelta hacia Miggy.

—De acuerdo.

Miggy señaló a Paper con el mentón.

—¿Ves esa cosa tan bonita que hay ahí detrás? Cuando esté preparada, te lo contará.

—¿Quién es?

—Una de las que viven en el lado de la ciudad donde está Nate.

El anciano se detuvo un momento y parpadeó pensativo.

—¿Nate todavía está vivo?

—¿Puede contar contigo o no?

—Por supuesto.

—Lo acordaré todo.

—Me parece bien. Estaré por aquí.

Paper se esforzó por encontrar las palabras adecuadas cuando el hombre se marchó. Acabó diciendo:

—Miggy, ¿te pones esa ropa elegante para trabajar?

—Oh no, cariño. Esto no es un trabajo. Es a lo que me dedico.

—¿Leer la buenaventura?

Miggy frunció el ceño.

—Soy un oráculo. Soy una mensajera. La palabra de Dios

viene a mí cuando bailo, así doy respuestas a la gente que me pregunta.

—No he visto a ninguno de ellos leer lo que escribes en las tarjetas —comentó Paper.

—La mayoría no sabe leer —dijo Miggy.

—Entonces, ¿por qué escribes sus respuestas?

—Encontrarán a alguien que sí sepa leer. O yo misma se las leeré más tarde. Veo a la mayoría de ellos todos los días.

Paper quiso preguntarle: «¿Y si no les gusta lo que has escrito?». Pero recordó dónde estaba, así que en lugar de eso preguntó:

—¿Qué les das, Miggy?

—Esperanza, querida.

—¿No está ya la iglesia para eso?

Miggy sonrió.

—El año pasado, unos matones de Reading vinieron aquí buscando a un tipo llamado Sanko. Al parecer, ofrecían cuatrocientos dólares por la cabeza de Sanko. Sanko era lo que en nuestro idioma llamaríamos un *twi,* alguien que dice cosas bonitas de la gente, les vende castillos en el aire, les hace sentirse bien con lo que hacen aunque no siempre sea del todo cierto. Alguien capaz de quitarle los cuernos al diablo. Así se ganaba unos dólares. No le hacía daño a nadie. No sé qué les hizo a aquellos matones, a quién le tocó las narices, pero dos de ellos se presentaron en Row vestidos de traje y haciéndose pasar por predicadores. Dijeron que venían a darle el evangelio a Sanko. —Hizo una pausa, terminó de contar las monedas y se las guardó en el bolsillo—. Por eso la tierra está aquejada de problemas, Paper. No podrías encontrar a unos padres, por mucho que buscases, que criasen a su hijo para que fuese un asesino que actuase como si conociese las enseñanzas de Dios. La mayoría de la gente aquí, en Row, ya sintió que Dios había colocado su Mano Santa sobre ellos mucho antes de venir a este país. Tenemos nuestra propia iglesia y nuestra propia manera de hacer las cosas, que se remonta a la forma en que nos criaron en el sur. Saldamos nuestras cuentas contra las penas injustas en la familia. Sabemos cuándo alguien está dando la leche de Dios y no

el agua del diablo. Así que esos tipos que buscaban a Sanko se fueron de aquí con los pies por delante. Y nadie de por aquí sabe nada al respecto. Hoy, Sanko sigue yendo por ahí construyendo castillos en el aire y mintiendo. Y yo sigo ejerciendo de oráculo a mi antojo.

Hizo una pausa, ordenando las tarjetas que tenía en el escritorio y la máquina de escribir.

—Eres una buena mujer, Paper. Te debo una por tu amabilidad cuando aquel mozo de Pullman me rompió el corazón. No soy la misma persona de antaño. Lo fui durante los primeros veintisiete años de mi vida.

—No te dije por qué iba a venir —dijo Paper.

—Pero yo ya lo sé. En Pennhurst trabajan unas trescientas personas. Y la mayoría de los trabajadores de color que andan por ahí son de Row. ¿Sabes por qué? La gente de color de Chicken Hill quieren ser algo que no son. Quieren que sus sábanas sean de seda como las de los blancos. Pero pretender saberlo todo y actuar como si fueras mejor de lo que eres somete al cuerpo a una terrible tensión. Te convierte en una piedra en el camino para tu exigencia de justicia. A los Lowgod eso no nos importa. Nosotros, los Lowgod, entendemos que cuando los pacientes de Pennhurst nos tiran su mierda, o mean en el suelo, o nos escupen, es porque no están en paz. Entendemos lo que la mayoría de la gente de esta tierra no entiende: que no puedes recuperar lo que nunca has tenido. Vivir en una tierra que no es la tuya, fingir que lo sabes todo cuando no es así, inventar reglas para esto o aquello para parecer grande, supone una terrible carga para el cuerpo. Esta tierra no pertenece a la gente que la gobierna. Y eso ha hecho que algunos de ellos, los mejores, los más honestos, se hayan vuelto locos. Estamos en el mismo lugar, tú y yo, porque somos de color. Somos forasteras aquí. La cuestión es que nosotros, los Lowgod, vengamos de donde vengamos, de la antigua África, supongo, éramos los *guardianes* de nuestro prójimo. Ese era nuestro propósito. Y seguimos siendo así. Eso es todo lo que sabemos de nuestra historia, la que nos arrebataron antes de traernos aquí. ¿Sabes qué significa Lowgod en nuestro idioma? Pequeño padre.

Sabemos que la mayoría de la gente es débil y que la sabiduría es difícil de alcanzar. Así que, para nosotros, las pobres almas de Pennhurst no son difíciles de manejar. Yo misma trabajo allí. Los pacientes no son difíciles de tratar. Los difíciles son los trabajadores. Los doctores y el personal médico. Esos son los difíciles.

—No pretendo estudiarlos —repuso Paper—. Solo estoy buscando…

—Ya sé a quién andas buscando —dijo Miggy—. Y sé cómo sacarlo de ahí.

Acercó su silla a la máquina de escribir, tomó una ficha y miró a Paper sosteniendo la tarjeta en blanco entre sus largos y finos dedos.

—Metieron a tu chico en el pabellón C-1. No es un lugar fácil. Es para lo que ellos llaman funciones inferiores. Los que creen que no pueden alimentarse por sí mismos y cosas así. Tenemos a un Lowgod allí. Bueno, es de Row, digámoslo así. Era uno de los nuestros, pero se descarrió. Se metió en un lío, así que ya no viene por aquí, porque no lo queremos. Es una persona injusta. Y retorcida. Por eso vive en Pennhurst. Pasa allí todo el tiempo. Se ocupa de los peores pacientes. He oído hablar de… Bueno, hay unos cuantos como él en este mundo. En Pennhurst encuentran sitio para gente como él, pues mientras su maldad se vea alimentada de vez en cuando, puede mantener el orden. Nunca saldrá de allí, porque si alguna vez vuelve aquí, le daremos boleta. Tienes que tratar con él para sacar a tu chico libre de polvo y paja.

—¿Nos ayudará?

—Es posible. Tal vez no. Es retorcido. Pero puedo llevar a tu gente hasta él.

—Si es retorcido, ¿cómo vamos a tratar con él?

—Yo no he dicho nada de *cómo* tratar con él. Solo he dicho que tienes que hacerlo.

—No sabemos nada de ese tipo de cosas, Miggy.

—Tenéis a uno de Carolina del Sur viviendo en Chicken Hill. Preguntadle a él.

—¿Quién es?

—No soy tan tonta como para pensar que no lo sabes —dijo —. Bullis, el tipo que acabas de ver, meterá a tu gente dentro. Después de eso, dependerá de ti qué hacer.

Acto seguido, se acercó la máquina de escribir, colocó la tarjeta en el rodillo, tecleó unas cuantas letras, le entregó la tarjeta a Paper y reunió el resto de sus fichas en una pila ordenada.

—Vuelve a verme algún día. Y tráete a ese tipo de la calle con el que piensas casarte. El que te está esperando fuera. Por cierto, será un marido bueno. Tiene buen corazón.

Se levantó de la mesa, se dirigió a la puerta lateral, salió a la oscura noche lluviosa y desapareció tras cerrar la puerta tras de sí.

Se fue tan rápido que Paper se olvidó de preguntarle el nombre del Lowgod que estaba dentro del manicomio. Leyó la tarjeta que tenía en la mano. Había escrito tres palabras: «Hijo del Hombre».

20

La Casa Antes

Gus Plitzka, presidente del consejo municipal de Pottstown, odiaba el día de los Caídos. Todos los años, desde que se tenía memoria, la reunión anual de la Banda de Cornetas de la Sociedad Histórica John Antes se celebraba al mismo tiempo que la reunión del Ayuntamiento de Pottstown. Las reuniones, de hecho, se celebraban con tan solo cinco minutos de diferencia, una tras otra. Primero se reunía el ayuntamiento. A continuación se reunía la sociedad histórica. Se hacían declaraciones, se hacían proclamas. Después tocaba la Banda de Cornetas de la Sociedad Histórica John Antes. A continuación, todo el mundo dejaba sus instrumentos y se servía un almuerzo a base de cerveza y salchichas alemanas, porque en algún sitio había que meter a los alemanes, ya que eran los dueños de casi todo en la ciudad. La banda volvía a tocar. Luego aparecían los camiones de la Compañía de Bomberos Empire haciendo sonar sus campanas y, finalmente, por la tarde, con un montón de arengas y gritos y arrebatos y arranques y proclamaciones, tenía lugar la marcha del día de los Caídos, con todos los miembros del consejo municipal vestidos con trajes de la época de la Revolución abriendo el paso.

Era un guiño a la historia, una apuesta sentimental por el gran John Antes, el mayor compositor de Pottstown. Nadie fuera de la ciudad había oído hablar de Antes, por supuesto, en parte porque compuso sonatas para trompeta que nadie tocaba y, en parte, porque la Banda de Cornetas de la Sociedad Histórica John Antes, integrada por cuarenta y cinco personas —zopencos, criadores de cerdos, fumadores empedernidos, vagos, borrachos, animadoras, marimachos, estudiantes universitarios aburridos y

cualquier otro estadounidense blanco del condado de Montgomery que pudiera apretar los labios lo suficiente para emitir un sonido a través de una trompeta—, sonaba como un cruce entre un motor de manivela intentando arrancar en una fría mañana de octubre y un gorila de espalda plateada africano moribundo aullando justo antes de irse al otro barrio. Todo era una suerte de homenaje a Antes, el gran compositor, marido, padre, revolucionario, estadista, saqueador, herrero, maltratador de mujeres, cornetista, saqueador de tumbas indias y, en general, gran estadounidense, que llegó a ser presidente del distrito de Pottstown *y* coronel a las órdenes del gran George Washington, y que, a pesar de todo, encontró tiempo para componer sonatas para trompeta pensadas para bandas de música; imagínense. Después de que concluyera la fiesta, que duraba todo el día, y de que el desfile para celebrar su vida regresase a la Casa Antes, se pronunciaban más discursos, seguidos de un gigantesco asado de cerdo al aire libre, más unos fuegos artificiales que duraban toda la noche; a esas alturas, todo el mundo estaba borracho y se había olvidado por completo del viejo John.

Toda la celebración daba inicio y terminaba cada año en la casa del gran compositor, que era de la época de la Revolución, una estructura de piedra y estuco ya en muy mal estado, medio inclinada, ubicada en el cruce de High Street con Union Street, y parecía custodiar, como si se tratase de una vieja bruja, Chicken Hill, el andrajoso vecindario que se alzaba tras ella, cual primo borracho que se cierne sobre su prima pequeña Mary en Navidad, que acaba de cumplir dieciocho años y, de repente, ha pasado de ser una marimacho con los dientes separados a un lanzallamas. La querida Casa Antes era un tesoro apreciado, admirado y celebrado, el centro del universo para los ciudadanos blancos de Pottstown en el día de los Caídos. También era honrada fielmente por los ciudadanos negros de la ciudad los trescientos sesenta y cuatro días restantes del año, pues les servía de letrina, cuartel general de bebedores de cerveza, escondite donde evitar a la policía, corralito para fugitivos, lugar donde amarrar las mulas descarriadas y picadero sexual de último recurso para adolescentes lujuriosos y

enamorados de Chicken Hill, todos los cuales desaparecieron como por ensalmo una semana antes del día de los Caídos, cuando un camión con las palabras «Pottstown. La Historia se construye con HIERROS», con la «S» final tachada —un error del rotulista—, aparcó frente a la casa. Un grupo de hombres bajó del camión y pusieron en marcha la transformación anual. Se izaron banderas estadounidenses. Quitaron los revestimientos de contrachapado de las ventanas, pintaron y repararon los marcos, barrieron la acera, limpiaron con manguera el camino de adoquines, fregaron la casa de arriba abajo y, cuando terminaron, los agotados obreros hicieron lo mismo que todos los años: se quedaron mirando la vieja casa con los brazos en jarras, meneando la cabeza como lo haría una madre que acabase de lavarle la cara a su hijo diez veces para darse cuenta de que, desgraciadamente, seguía siendo feo. Pero la historia americana no está hecha para ser bonita. Es sencilla. Es simple. Es fuerte y veraz. Marcada por la sangre. Y las agallas. Y la guerra.

—El hierro —anunció el alcalde con su habitual alegre fanfarronería al final de las reuniones anuales de 1936 del consejo municipal y la sociedad de Antes— es lo que ha hecho grande a esta ciudad. Fabricamos cañones. Fabricamos armas. Lo nuestro es la siderurgia. La sangre. ¡Las agallas! ¡La gloria! ¡Dios está de nuestro lado! Recordad: ¡la victoria de George Washington aquí, en Pottstown, fue la precursora de la gran batalla de Valley Forge! Nunca lo olvidéis.

Plitzka, sentado a una mesa dentro de la Casa Antes, junto al resto de los miembros del consejo, respondió a ese discurso con un gruñido y una mueca de dolor. El dedo gordo del pie le estaba matando. Estaba hinchado como una albóndiga. Además, tenía dolor cabeza; dos tipos de dolor de cabeza. El primero era un dolor físico. El segundo, no había aspirina en el mundo que pudiese solucionarlo.

Plitzka era el nuevo propietario de la Lechería Clover, les daba trabajo a veintinueve personas, era el primer miembro de su familia en hacer algo así; si eso no era cumplir con el sueño americano, les decía a sus amigos, ¿qué demonios era? Imagínense.

Obviamente, a aquellos amigos que lo conocían bien les gustaba imaginárselo ahogándose, pero esa no era la cuestión. Era el jefe. El mandamás. El dueño y señor.

El problema era que cuando la vida repartió las cartas, a él no le tocaron buenas. Un mes antes, justo cuando estaba cerrando el trato, descubrió que no había calculado bien sus reservas y le faltaban mil cuatrocientos dólares. Desesperado, llamó a su primo Ferdie, que tenía muy buena mano para timar a los tontos y para apostar en el cercano hipódromo de Sanatoga. Ferdie también andaba corto de efectivo, pero le recomendó a Plitzka que acudiese a un «buen amigo» de Filadelfia, que gustosamente le prestó el dinero. El amigo resultó ser un temible mafioso llamado Nig Rosen.

Cada vez que Plitzka pensaba en Rosen, sentía que se le licuaban las entrañas. Le debía mil cuatrocientos dólares más intereses a un auténtico gánster y no tenía de dónde sacar el dinero. Pero en lugar de pasar la jornada maquinando formas de salir de aquel agujero, se veía obligado a malgastar todo un precioso día como un mariscal en el desfile mientras esperaba que los matones de Rosen no hicieran acto de presencia. Ya se habían presentado dos veces en su despacho. Menudo desastre. Sentado a la mesa, con el dedo del pie palpitante, quería echarse a llorar.

Cuando terminó la reunión, se puso a tamborilear con los dedos sobre la mesa mientras los demás miembros del consejo se dirigían a la puerta y los miembros de la banda entraban en la sala portando todo tipo de cornetas. Plitzka se quedó mirando a los recién llegados en busca de Doc Roberts. Esperaba que Doc, que era miembro de casi todas las sociedades históricas de la ciudad y participaba en todos los desfiles, fuera también miembro de la Sociedad Histórica John Antes. Suspiró aliviado al percatarse de su reconocible cojera al otro extremo de la habitación. Entre todos los instrumentos posibles, Doc portaba una tuba.

Plitzka se levantó de la mesa, con el dedo del pie dolorido, y se abrió paso entre los miembros de la banda en dirección a Doc, al que le costaba manejar el instrumento.

—Eh, Doc, mi dedo gordo del pie me está matando —le dijo.

Doc miró a Plitzka y volvió a su instrumento, tanteando las

válvulas.

—Pásate mañana por mi consulta —le dijo.

—Está mal. ¿Puedes echarle un vistazo ahora?

Doc se dio la vuelta y observó la atestada antesala.

—¿Aquí?

—Fuera.

—Tengo que tocar.

—No puede esperar.

Doc volvió a juguetear con su tuba mientras Plitzka permanecía detrás de él, impotente. No soportaba a Doc. Un esnob patizambo. Uno de los descendientes del *Mayflower*. Siempre al frente del desfile porque su familia había estado allí desde los indios y todo el rollo. Tocaba la tuba en una banda de trompetas. Los dos se habían enfrentado años atrás, en el consejo municipal, cuando Doc ocupaba un cargo. Plitzka quería gastar setenta dólares en una placa de bronce para celebrar el establecimiento del primer negocio polaco de la ciudad. Doc se opuso diciendo:

—No podemos poner una placa por cada familia que se haya ganado el pan aquí. Los polacos llegaron en 1885; es decir, *después* de la Guerra Civil.

Plitzka nunca olvidó la ofensa y participó encantado en la maniobra para sacar a Doc del consejo, moviendo algunos hilos políticos y logrando que dimitiese.

Doc, por su parte, sentía la misma aversión hacia Plitzka, al que consideraba un arribista, un habilidoso y duro oponente político, además del «nuevo» tipo de residente de Pottstown; es decir, un hombre sin honor. Plitzka suministraba cajas de bourbon a los lugareños a cambio de sus votos. Amenazó a los banqueros locales con prohibir el reparto de carbón en las calles en las que se encontraban sus locales. Incluso los peces gordos de Hierro McClinton y Acero Bethlehem respondían a sus llamadas. Su casa en el lado oeste tenía un salón del tamaño de un campo de fútbol y un felpudo de bienvenida escrito en inglés antiguo. ¿Cómo era posible que un polaco, de cuya granja familiar en lo alto de Chicken Hill no salían ni pulgas, hubiese conseguido tanto dinero? Pero habida cuenta de lo ocurrido en la tienda judía de Chicken

Hill, Doc no necesitaba nuevos enemigos, especialmente en ese momento. Y en particular Plitzka, que era peligroso.

—De acuerdo, Gus —refunfuñó.

Los dos hombres se dirigieron hacia la puerta. Ninguno se fijó en las dos mujeres italianas que recogían papeles y barrían, desplazándose como fantasmas. Pia Fabicelli, la conserje oficial del ayuntamiento, también había acudido a regañadientes, pues la habían apartado de sus tareas habituales en el ayuntamiento para limpiar detrás de los músicos en la Casa Antes. Se había llevado consigo a Fioria para que la ayudase.

Mientras las dos recorrían la sala retirando las tazas de café, las migas de tarta y los envoltorios habituales de las comidas en el ayuntamiento, se dieron cuenta de que Doc y Plitzka se dirigían cojeando hacia la puerta, porque ambos cojeaban, con Plitzka a la cabeza.

Pia le dio un codazo a Fioria y bromeó en italiano:

—Mira. Gemelos.

Fioria rio entre dientes.

—Si metes el dedo en la boca de uno, te morderá el otro.

Retomaron el trabajo mientras Doc seguía a Plitzka al exterior.

Plitzka se sentó en la escalera de ladrillo agrietado de la Casa Antes, se quitó el zapato y el calcetín, y dejó a la vista el dedo del pie. Era espantoso: estaba abultado, rojo y arrugado.

—¿Qué te parece? —preguntó.

Doc se quedó mirando el dedo arrugado.

—Sea lo que sea —dijo—, necesita presión.

—¿No vas a palparlo? Me está matando.

—Necesito mi instrumental. ¿Cómo se te ha puesto así?

—Para eso te necesito a ti.

—No soy capaz de leer la mente, Gus. ¿Te diste un golpe con algo? ¿Con un escritorio? ¿Una silla? ¿Te cayó algo encima?

—No.

—¿Qué has hecho últimamente?

—¿Qué se supone que significa esa pregunta?

—Quizás fuiste a dar un paseo y pisaste algo. O tal vez algo te

cayó encima, tal vez en la fábrica, en el trabajo.

—Este *es* mi trabajo —dijo Plitzka secamente—. Yo no trabajo en una fábrica, Doc. Soy el presidente del consejo municipal.

—Gus, dame un respiro. Estoy tratando de entender qué ha pasado.

—¡Me duele!

Doc se sentó en la escalera, un escalón por debajo de Plitzka, y agarró con cuidado el pie por el talón, evitando tocar el asqueroso dedo, con la esperanza de que no oliera a gas mostaza. Dejó el pie en el suelo con cuidado.

—¿Cuándo empezó? El dolor.

—No estoy seguro —dijo Gus—. El mes pasado, mi señora y yo fuimos a los grandes almacenes John Wanamaker's, en Filadelfia. Ella quería subir en ascensor. El aparato se atascó en la quinta planta durante veinte minutos. Creo que empezó entonces.

En parte era cierto. Había hecho esas cosas. Pero en realidad le había empezado a doler el pie esa misma tarde, cuando dejó a su mujer comprando en Wanamaker's y él había caminado cuatro manzanas hasta la taberna del gánster Nig Rosen, en Broad Street. Todo parecía tan inocente. Su primo Ferdie le había dicho que Rosen era un tipo honrado. Limpio. Un buen tipo. Y, al principio, a Plitzka le pareció que era tal y como lo había descrito su primo: con los pies en la tierra, tranquilizador, mientras Plitzka le explicaba la situación.

—Soy hijo de un granjero —le contó Plitzka—. Me abrí camino. Fui barrendero. Empleado. Concejal. Ahora estoy a las puertas. *Así de cerca* de comprar la lechería que proporciona la mitad de la leche a la ciudad. Solo necesito superar este último bache.

Rosen intentó tranquilizarlo.

—Soy dueño de una taberna —dijo—. Sé un poco sobre oferta y demanda. Menos mal que la Ley Seca no acabó con nosotros.

Le entregó a Plitzka los mil cuatrocientos dólares con una sonrisa, con la intención de aplicarle un cinco por ciento de interés mensual y con un apretón de manos. A la semana siguiente, se presentó en el despacho de Plitzka acompañado por dos enormes

matones y le exigió un interés del treinta y cinco por ciento a partir de ese día, con lo que el préstamo ascendía ahora a dos mil novecientos dólares. Plitzka se negó.

—¿Parezco estúpido? Es más del doble de la cantidad —dijo —. No voy a pagar.

La amabilidad desapareció del rostro de Rosen y, con total frialdad, se abrió la chaqueta para mostrar una pistola y dijo:

—¿Qué tal si me presento en tu casa y te vuelo la cara con esto?

Y así, sin más, el acuerdo que se suponía que le iba a aupar a los escalones de la realeza de Pottstown se había cerrado en torno a su cuello, estrangulándole. Cuatrocientos veinte dólares más a añadir a sus gastos habituales, incluidas las nóminas, calculadas al centavo. ¿De dónde iba a sacar ese dinero?

Sentado en los escalones, con el dedo del pie tieso de dolor, pensar en Rosen y en aquellos gorilas frente a la puerta de su casa, con su mujer y sus hijos dentro, le puso los pelos de punta.

—¿Así que es por los nervios? —dijo el doctor Roberts.

—Si son nervios, están trabajando horas extras, Doc. Esto parece una trampa para ratones.

—En cuanto acabe el ensayo, antes de irme, me pasaré por mi consulta a recoger algo —dijo Doc.

Plitzka parecía aliviado. Tomó el calcetín y metió el pie con cautela.

—Gracias, Doc. Tú también deberías tomarte algo. Pareces un poco cansado.

—Estoy bien.

Doc se encogió de hombros, tratando de parecer indiferente. La verdad era que desde que Chona había muerto, hacía ya una semana, tenía los nervios a flor de piel. Nadie cuestionaba su versión de los hechos. Nadie sospechaba. El asunto se había ido acallando en silencio. Pero en la confusión de aquel momento, y sin saber cómo —nunca llegó a saberlo—, le arrebató a Chona un colgante del cuello, una *mezuzá* con una inscripción en un idioma incomprensible. No tenía ni idea de lo que decía ni de cómo había llegado hasta sus manos. No podía haberlo agarrado de manera

intencionada, pero no era capaz de recordar cómo había ocurrido. Fue un momento de pasión, eso es todo. Se había dejado llevar. Las mujeres suelen provocar esa clase de efectos en los hombres. Pasa todos los días. Quería devolver esa maldita cosa, pero ¿a quién? Podría haberla tirado, pero eso lo habría hecho parecer un asesinato, y no lo era. Era un hombre decente. Decidió enviarlo por correo, pero temía que alguien pudiera rastrear el remitente y ponerlo al descubierto. En lugar de eso, lo llevó metido en el bolsillo durante el desfile. Su intención era dejarlo en algún lugar cerca de Chicken Hill, donde pudieran encontrarlo, sabiendo que la Casa Antes estaba cerca de la colina. Ponerlo en el suelo y marcharse. Pero ahora había aparecido Plitzka; además, le dolía el estómago. Era por la tensión. Las cosas no habían ido bien desde el accidente. Corrían rumores. Había oído algunos de ellos. ¿Sabría algo Plitzka? Tenía que ser Plitzka, de entre todas las personas de la ciudad: un turbio oportunista, inmigrante de una generación capaz de vender a su abuela por un cuarto de dólar. ¿Habría dicho algo alguien? Y ahora el desfile, justo al pie de Chicken Hill, como quien dice en el patio trasero de las casas de los negros. «No debería haber venido aquí», se dijo.

Mientras pensaba en esas cuestiones, Doc vio a una mujer negra caminando a paso ligero por la carretera, le miró y después continuó su curso, subiendo por el camino de tierra hacia Chicken Hill. Le seguían otros dos negros, hombres vestidos con ropa de trabajo, que le lanzaron miradas suspicaces y luego se apresuraron a seguir adelante.

—Hay muchos morenitos nuevos en la ciudad —dijo Plitzka.

—Sí. —Doc se encogió de hombros. «¿Habría dicho algo alguien?»

—Cada año vienen más negros —dijo Gus—. Son como cucarachas.

Doc se preparó para levantarse con un gesto de dolor y dijo:

—Iremos a la consulta después de ensayar unos cuantos temas.

Estaba a punto de ponerse en pie cuando oyó que decía Plitzka:

—Lástima lo de la judía.

Doc notó que el corazón se le aceleraba de pánico y, de repente, se sintió demasiado débil para mantenerse en pie. Todavía sentado de cara a la carretera, consiguió mascullar:

—¡Qué vergüenza! —Y se puso en pie, ansioso por marcharse.

En ese momento, pasó una pareja de negros y Doc, que ahora estaba de pie, permaneció inmóvil de espaldas a Plitzka. El hombre negro no le miró, pero la mujer se detuvo y clavó la mirada en Doc. No dejaba de mirarlo. Doc sintió un leve vahído. De repente tuvo sed. Necesitaba un trago de agua.

—¿La conocías? —preguntó Plitzka.

—¿Qué?

—Te he preguntado si la conocías.

—¿A quién? ¿A ella? —dijo Doc, señalando a la mujer negra que, de repente, se dio la vuelta para dirigirse hacia la colina.

—A ella no. A la señora que murió.

Doc asintió, todavía mirando hacia la carretera, de espaldas a Plitzka. Se metió las manos en los bolsillos, tratando de mostrarse indiferente.

—Estuvo enferma mucho tiempo.

Oyó que Plitzka decía algo más, pero el sonido de un trompetista calentando dentro de la Casa Antes ahogó las palabras de Plitzka. Había dicho algo sobre «cartas».

—¿Qué dices? —preguntó Doc.

—Cartas. Ella era la que solía escribir cartas al *Mercury* quejándose de nuestro desfile de los Caballeros Blancos. No es por hablar mal de los muertos ni nada de eso, pero esto es América, Doc. Todo el mundo tiene que seguir las reglas.

Doc, con las tripas revueltas, se limitó a asentir.

—¿Qué le ha pasado al chico? —preguntó Plitzka.

Doc quería irse, pero no tenía claro si era lo correcto. «Pero… solo huyen los que se saben culpables», pensó. «No. No he hecho nada malo.»

Decidió volver a sentarse en los escalones para mostrar indiferencia. Bajó al escalón justo debajo de Plitzka y se aclaró la garganta.

—¿El chico? —Intentó sonar indiferente—. Oh, le conseguimos ayuda. Está en Pennhurst.

—Eso es bueno. Al menos recibirá una buena educación.

Doc volvió a mirar hacia la carretera. Pasó otro negro, un hombre. El negro aminoró la marcha, mirándolos de medio lado, y luego se detuvo para mirarlos abiertamente, de frente, a seis metros de distancia. Parecía a punto de gritar algo. Luego, para alivio de Doc, saludó con la mano. Doc hizo algo que rara vez hacía. Le devolvió el saludo.

Plitzka frunció el ceño.

—Algunos de ellos están bien —dijo—. Si se lavaran. ¿Has estado últimamente en Chicken Hill? La suciedad que hay allí, las alcantarillas abiertas… Madre mía.

Doc sintió que se le hacía un nudo en la garganta; tenía miedo de moverse y también de quedarse. ¿Cómo se había metido en ese lío? Allí estaba, sentado al lado de Plitzka, un granjero tramposo de los bajos fondos convertido en matón político. Doc había dedicado su vida al completo a la ciudad. La presencia de su familia en Pottstown se remontaba a más de cien años atrás. Y ahora tenía que sentarse ahí y escuchar las ocurrencias de aquel imbécil. Sintió que la ira se abría paso en su garganta. No pudo evitarlo.

—Hablando de limpieza —dijo—. ¿Conoces el baño del sótano de la Casa Antes? ¿El que votasteis hace tres años para hacerlo público? Hoy he abierto el grifo y salía agua turbia.

—¿En serio?

—Salía directamente del grifo. Lo dejé abierto un par de minutos, pero el agua no se aclaró. ¿La ciudad está tomando agua del embalse de Chicken Hill?

Ahora le tocaba a Plitzka ponerse nervioso.

—No sé de dónde viene el agua.

—El nuevo embalse, que está cerca de tu antigua granja, ¿no suministra agua a la colina?

—No me he leído todos los contratos de la ciudad, Doc.

—Tenéis que investigar eso. Que salga agua turbia de los grifos de Chicken Hill hará que mi consulta esté llena de gente de

por aquí, Gus. Y esos no pagan.

—No podemos seguirles la pista a todas las personas de color de Chicken Hill, Doc. Son muchos. ¿Cuántos exactamente? ¿Quién sabe? Tenemos alcantarillas abiertas que llegan hasta Main Street. Cuando las cerramos, cavan nuevas. Debemos arreglar eso antes de crear nuevas canalizaciones de agua. Por otra parte, tiran mierda y basura en las alcantarillas abiertas por todas partes.

—El agua y las alcantarillas son dos cosas diferentes, Gus.

—Chicken Hill es un zoológico, Doc. Créeme. Mi vieja granja está allí arriba.

Doc asintió. Había oído historias sobre la granja de los Plitzka. Cómo habían llegado a un acuerdo con la ciudad en el pasado para suministrar agua al pueblo antes de que se construyera el nuevo embalse. Y que la ciudad seguía pagando a la granja por el agua del pozo. Ahora Plitzka, como jefe de la empresa lechera y propietario de la granja de su familia, cobraba de ambos lados: de la ciudad por el suministro de agua *y,* además, recibía agua gratis de la ciudad para su negocio. Una verdadera historia de triunfo. El típico gánster inmigrante. Sin honor. Sin sentido de la historia.

Doc no pudo refrenarse.

—¿Has subido a ver el nuevo depósito de agua? —preguntó.

—Muchas veces —dijo Plitzka—. Cuando yo era niño, era un estanque.

—¿Alguien de la ciudad ha subido alguna vez a ver esas viejas tuberías? A lo mejor alguna de ellas se ha agrietado y le está entrando barro.

—Si esas tuberías estuvieran agrietadas, habría oído quejas de los vecinos de Chicken Hill —dijo Plitzka.

—¿Por qué tendrían que quejarse los negros? —replicó Doc—. Muchos de ellos siguen teniendo pozos, ¿no es cierto?

—Si lo que quieres es trazar un mapa con cada una de las casas que tiene un pozo ahí arriba, adelante. Es un verdadero laberinto.

La ira de Doc se desbordó. ¿Por qué Plitzka tenía que mostrarse imbécil con todo? Se oyó a sí mismo decir:

—Podrías preguntarles a los negros, Gus. Eres su concejal.

Deberías hablar con tus electores.

La cara de Plitzka enrojeció.

—Si lo hiciese, tal vez me contasen lo que han oído decir de ti.

—¿Y qué han oído?

—Lo de esa judía y tú. He oído rumores.

—¿Qué rumores? El chico me atacó.

—No es eso lo que yo he oído.

—Los rumores no demuestran nada.

—Demuestran que la gente puede hablar, eso es todo —dijo Gus con frialdad—. ¿Te planteaste la posibilidad de hablar con el jefe Markus al respecto?

—Ya hablé con él. La mujer sufrió un ataque. Intenté ayudarla. El chico se puso nervioso y me atacó. Es sordo y probablemente mudo. Salí corriendo y llamé a la policía. Redactaron un informe.

—Eso hicieron —dijo Plitzka con aire socarrón.

—Murió de un derrame cerebral, Gus. Eso es lo que dijo también el hospital de Reading.

—Lástima que no hubiese ningún hombre blanco en la tienda cuando ocurrió. Eso lo habría aclarado todo.

—¿El qué?

—Los rumores.

Doc se puso en pie, estaba furioso.

—Pues cuida tú de tu pie —dijo.

—No te pongas así, Doc —repuso Gus—. No pretendía dar a entender nada. Estaba aclarando las cosas. Pretendía llegar a la verdad del asunto. Venga, Doc. Enterremos el hacha de guerra ahora mismo, ¿de acuerdo? El pasado es el pasado. Hoy nos toca desfilar. Somos los dos mariscales, ¿recuerdas?

Le tendió la mano.

Doc suspiró y le dio la mano, sintiendo con ese gesto que su temperamento se calmaba un poco. No era inteligente enemistarse con Plitzka.

—Pásate por mi consulta dentro de media hora y lo arreglaremos antes del desfile. Luego te mandaré a un tipo que te

arregle el zapato para que el dedo del pie no te moleste durante un tiempo. Ese dedo no se curará en una semana.

—¿A quién me vas a enviar?

—A un viejo zapatero de la colina. Lo llaman Skrup. Puede hacer cualquier cosa con los zapatos. Incluso puede hacerte un zapato especial si quieres. Trabaja fino.

—¿Estás bien, Doc?

Doc volvió a entrar. Decidió no decirle a Plitzka que Marv Skrupskelis era judío. Y no un judío cualquiera. Marv Skrupskelis era un tipo duro. Dejó que Plitzka lo averiguara por su cuenta.

21

La canica

El pabellón C-1 tenía tres turnos de celadores, que parecían cambiar constantemente, por lo que pasaron cinco semanas antes de que Dodo viese por primera vez a Hijo del Hombre. No lo había visto nunca hasta que lo vio, como suele decirse, porque los primeros días en Pennhurst fueron una explosiva ristra de emociones, desde la tristeza hasta el sufrimiento. Las medicinas nublaron su mente durante largos ratos, y eso le impedía concentrarse. El abrumador olor, el miedo, las siluetas de los cuerpos que se cernían sobre su cuna para mirar, picar de su bandeja de comida, hurgarle en las orejas, sacarle de vez en cuando para hacer esto o aquello, cambiarle la ropa de cama mientras gruñían y maldecían, todo se mezclaba en su conciencia como si fuese una bola de pelo. Parte de la actividad tenía que ver con pacientes curiosos. Otros eran celadores. Debido a las drogas, Dodo no podía distinguir a unos de otros.

Además, el cambio de vivir en su propia habitación en la parte trasera de la tienda de comestibles de la señorita Chona, con cama propia, lámpara, tebeos y avión de cartón que colgaba de una cuerda de la bombilla del techo a verse en un pabellón junto a doscientos hombres, en una institución que albergaba a tres mil almas, supuso tal *shock* para Dodo que podría haber muerto en esos primeros días de no haber tenido las piernas colgando. Curiosamente, la inmovilidad le salvó, porque era un muchacho activo y atlético por naturaleza, con brazos y piernas que no dejaban de moverse. Pero ahora estaba dolorido, drogado e inmóvil, lo cual le permitió que su cuerpo sanase. Mientras lo hacía, aprendió a hablar con Monkey Pants.

La comunicación entre ellos se vio favorecida por su casi total sordera. Oía muy poco, por lo que ninguno de los espeluznantes ruidos de la sala, que hacían casi imposible que los recién llegados pudiesen conciliar el sueño, interrumpía su capacidad de atención. Los gemidos, quejidos, arrullos, eructos, suspiros, gruñidos, gritos, chirridos, carcajadas, cacareos, ventosidades, parloteos y aullidos de sus compañeros le pasaban desapercibidos. Le robaban comida de la bandeja cuando se la dejaban junto a la cama, hasta que aprendió a engullirla de inmediato; después de ese momento, la mayoría le ignoraban y se dedicaban a vagar por la sala como si fuesen fantasmas, hombres en batas de hospital, unos pocos en ropa interior y uno o dos que se arrancaban la ropa y desfilaban desnudos. Aquellos primeros días fueron los más duros, pues los atareados celadores no desperdiciaban su sentido del civismo con los llamados lunáticos. Los que le cambiaban la ropa eran hombres rudos y toscos, que apartaban con impaciencia sus miembros vendados y colgantes, ignorando sus aullidos de dolor y profiriendo lo que parecían maldiciones. Al cabo de unos días, se dio cuenta de que algunos de los que le cambiaban la ropa de cama y le zarandeaban mientras sollozaba patéticamente no eran celadores, sino sus propios compañeros. Su incapacidad para ejecutar incluso las funciones más básicas, como ponerse de lado y rascarse la espalda mientras estaba tumbado con las piernas colgando en una cuna de acero en una sala que olía a rayos, lo sumía en una suerte de trance horrorizado gran parte del tiempo. Pero su cuerpo solo tenía doce años. Quería vivir. Quería curarse. Y Monkey Pants resultó que era un ser curioso, poseedor de algo que difuminó la niebla y la depresión que cubrían la mente de Dodo, arrancándole de las garras del terror que le envolvía desde que entró allí.

Se trataba de una canica. Una canica azul.

Monkey Pants la sacó de debajo de la almohada poco después de que llegara Dodo, y la sostuvo con la mano izquierda, sobre la que parecía tener cierto control y fuerza, a diferencia de la derecha, que parecía casi inútil.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó Dodo.

Monkey Pants respondió curvando el labio.

—¿De dónde?

Y así empezó todo.

En un principio, parecía imposible, porque ninguno de los dos chicos conocía el lenguaje de signos. Pero Dodo podía hablar y Monkey Pants podía oír, y el mero hecho de intentar comunicarse con alguien, con quien fuese, a Dodo le aportaba un poco de luz. Antes de Pennhurst, aparte de ocasionales incursiones en el patio de la señorita Bernice, junto a la tienda, había vivido casi siempre en un mundo de adultos, ignorado por la mayoría de ellos, salvo por el tío Nate, la tía Addie y la señorita Chona. Pero en el caso de Monkey Pants podía afirmar que era el centro de atención de alguien cercano a su edad. Y aunque su comunicación era tosca en un principio, la comprensión tácita de que había mil pensamientos en la cabeza del otro forjó un terreno común.

Monkey Pants era el que más hablaba, ya que era curioso y tenía muchas preguntas, en tanto que Dodo estaba deprimido y le costaba concentrarse. Pero la curiosidad acabó imponiéndose y, tras unos días en los que Monkey Pants se retorcía y gruñía para comunicarse, Dodo tomó el relevo y le interrumpió con muchas preguntas. Al principio, las respuestas, los gestos y las expresiones faciales de Monkey Pants parecían insignificantes y, en varias ocasiones, Dodo rompía a llorar en mitad de su discurso, momento en el que Monkey Pants esperaba pacientemente a que cesaran los llantos y volvía a empezar con una serie de gestos y contoneos. Los gestos eran serios e insistentes y obligaban a Dodo a responder, a pesar de que a menudo no estaba seguro de lo que quería decir su nuevo amigo. Pero tuvieron horas por delante durante esos primeros días y, al final de la primera semana, los dos establecieron algunos modos rudimentarios de hablar.

Las cejas levantadas de Monkey Pants significaban «sí», las cejas fruncidas significaban «no». «Tal vez» era una ligera elevación del antebrazo izquierdo. El puño izquierdo cerrado y el antebrazo cruzado sobre el pecho significaba «cuidado», «malo» o un improperio. Si ese gesto iba acompañado de un labio más pronunciado, significaba «mucho cuidado», «dolor» o «problema».

Los antebrazos cruzados, con la mano izquierda clavando la derecha en el pecho significaban «peligro». Enseñar los dientes significaba «bien» o «sabe bien» o «vale». Monkey Pants no podía controlar sus espasmos, que mantenían su cabeza y todos los miembros de su cuerpo sumidos en una suerte de temblor constante. Tenía la mano derecha enroscada formando un puño cerrado inútil y, de vez en cuando, sufría en las piernas espasmos incontrolables. Pero con esfuerzo podía controlar la mano izquierda, la muñeca izquierda y el antebrazo izquierdo hasta el hombro, lo que le permitía utilizar los cinco dedos, una herramienta valiosa, ya que era la mano que asomaba por la cuna y le hacía gestos a Dodo a través de los barrotes y sacudía la cuna para despertarlo cuando Monkey Pants lo necesitaba.

Fue gracias a esa mano izquierda como se produjo el milagro de la comunicación.

Empezó con la canica. Tras sacar la canica, dejar que Dodo la sostuviera varias veces y exigirle con gestos que se la devolviera, Monkey Pants intentó comunicar algo sobre ella. No tuvo éxito. Dodo, por su parte, respondió con sus propias preguntas, que provocaron nuevos gestos frustrados de Monkey Pants, hasta que ambos se dieron por vencidos. Si hubiera sido cualquier otro tema, Dodo lo habría dejado correr. Pero le encantaban las canicas. Le recordaban a la señorita Chona —que le había proporcionado tantas canicas que había tenido que guardarlas en un tarro— y a sus tíos, a los que echaba mucho de menos. Suponía que los tres estaban enfadados con él por lo que había pasado en la tienda, pues ninguno de ellos había ido a buscarle ni tampoco a visitarlo. Se hizo la ilusión de que tal vez los tres estaban ocupados reuniendo todo tipo de canicas para traérselas como regalo especial y que de ese modo pudiese curarse más rápido y salir de allí. Pero esa ilusión se iba desvaneciendo con cada día que pasaba, de ahí que la mayoría de las noches se durmiese con lágrimas en los ojos.

Solo la canica le mantenía esperanzado, pues a pesar del peso de la culpabilidad, una pequeña parte de él creía que la amable mujer que le había regalado tantas de aquellas preciosas canicas le perdonaría. Así que todos los días Dodo le pedía a Monkey Pants

que le mostrara la canica que guardaba debajo de su almohada y le preguntaba de dónde la había sacado. Tras varios cientos de gestos y expresiones amables por parte de su nuevo amigo, Dodo dedujo que a Monkey Pants le habían dado la canica como una especie de regalo de alguien. Pero no pudo determinar de quién. Eso le resultaba frustrante, y una tarde, mientras Dodo hurgaba en busca de respuestas, Monkey Pants se sintió frustrado y giró la cabeza hacia otro lado, aburrido e irritado.

Dodo, aunque no podía oír su propia voz, sabía cómo alzarla, pues las vibraciones de su cabeza se lo indicaban, así que dijo con fuerza:

—¡Deja de hacer el tonto!

Monkey Pants se volvió hacia él, mirándole a través de los barrotes de la cuna, con su cabeza espástica moviéndose de un lado a otro, su expresión dando a entender: «¿Qué quieres que haga? No puedo hacerte entender».

—No hemos terminado —dijo Dodo.

Así que volvieron a empezar, impulsados únicamente por la dolorosa soledad de su existencia: dos niños con mentes inteligentes atrapadas en cuerpos que no cooperaban, enjaulados en cunas como niños pequeños, viviendo en un manicomio, en el que la locura parecía tener vida propia y cargar contra ellos a voluntad. Pero a pesar de lo horrible de su situación, se alegraban con las cosas más insignificantes: un párpado arrugado, una tos errante, un gruñido ocasional de satisfacción o una carcajada cuando uno daba tumbos confundido por la impaciencia del otro, intentando averiguar cómo dar a entender el origen de la preciada canica de Monkey Pants. Fue duro.

Por fortuna, disponían de mucho tiempo y lo aprovecharon bien. Durante las primeras semanas no tenían nada que hacer en todo el día, pues la rutina era la misma. A los pacientes los despertaban a las siete. Cambiaban la ropa de cama, los pañales y las batas de hospital, aunque a veces no. Lavaban a todos los que se podían lavar. Aunque a veces no lavaban a algunos que se podían lavar. A los que tenían movilidad los llevaba al baño un celador. Después del aseo, el desfile de los llamados lunáticos era

conducido a la cafetería por dos celadores del turno de día, y luego directamente a la sala de descanso, al final del pasillo, donde permanecían hasta justo antes del almuerzo. A continuación, eran conducidos brevemente al pabellón, luego a la cafetería para almorzar y de nuevo a la sala de descanso hasta la cena. Después de la cena, había una actividad poco frecuente que normalmente consistía en ir de nuevo a la sala de descanso, y luego todos se acostaban a las ocho de la tarde. A los dos niños que estaban en cunas se les daba de comer metidos en ellas, junto con un tercer paciente, un joven que yacía totalmente inmóvil en una cuna en el extremo opuesto de la sala y no dejaba de gimotear, cerca del mostrador de los celadores de día. Por lo general, los dos celadores de guardia se alternaban, uno atendía el mostrador por la mañana mientras el otro llevaba a los pacientes a la cafetería y a la sala de día, y luego cambiaban por la tarde, dejando el mostrador atendido por un celador que, por lo general, dormitaba o leía mientras el otro se encargaba de la pesada tarea de conducir a los pacientes de un lado a otro. El mostrador siempre estaba atendido por un solo celador y, quienquiera que estuviera allí, parecía satisfecho de que aquellos dos chicos se pasaran el día divirtiéndose. No suponían una molestia. Eran una cosa menos que hacer.

Pero los chicos estaban resolviendo un rompecabezas. Y tras la tercera semana, tuvo lugar el gran descubrimiento cuando Monkey Pants señaló con el dedo la escayola de Dodo e hizo varios gestos. Dodo dedujo, erróneamente, que Monkey Pants quería preguntarle qué había pasado y por qué llevaba la escayola, lo que le recordó todo lo ocurrido en la tienda de la señorita Chona y le hizo llorar.

—Quiero irme a casa —gritó.

Monkey Pants le miraba fijamente, con los ojos inmóviles y apariencia impasible. Al ver su reacción, Dodo se enfadó.

—Olvida tu tonta canica, Monkey Pants.

Cerró los ojos, dejándolo fuera.

Monkey Pants se acercó y sacudió la cuna de Dodo. Dodo abrió los ojos.

—¿Qué?

Monkey Pants golpeó cinco veces los barrotes de su cuna.

—Y qué. Sabes contar hasta cinco.

Monkey Pants sacudió la cabeza con insistencia. Volvió a golpear los barrotes de la cuna. Cinco veces. Luego alzó la canica. Luego levantó el pulgar.

Eso despertó el interés de Dodo.

—Hazlo seis veces si eres tan listo. —Monkey Pants frunció las cejas para decir «no» y volvió a dar cinco golpecitos—. ¿Qué quieres, Monkey Pants?

Monkey Pants golpeó una y otra vez, señaló la canica, su boca, y luego metió la mano en la cuna de Dodo y le dio un golpecito con el dedo índice y el pulgar.

Dodo, irritado, espetó:

—¡Eh!

Monkey Pants enloqueció de entusiasmo y se puso a dar golpes con la cabeza en la almohada.

—¿Qué pasa?

Varias sacudidas de «no».

—¿Qué?

La cabeza de Monkey Pants indicó «no». Movió la boca y Dodo, al verle, hizo una conjetura, sabiendo que los sonidos vocálicos se parecían, pensando que había dicho «Eh», así que replicó:

—¡Eh tú!

Más gestos entusiastas y salvajes por parte de Monkey Pants.

—¿Eh? —dijo Dodo.

Sí. Monkey Pants asintió.

—¿Eh, qué?

No. Monkey Pants sacudió la cabeza.

—¿Solo eh?

Sí. Asintió.

A Dodo le costó un día entero, con Monkey Pants haciendo pantomimas, gruñendo, rechinando y señalando, en darse cuenta de que Monkey Pants no estaba asintiendo «sí» a «Eh», sino a «A», la primera letra del alfabeto, lo que finalmente aclaró señalando a uno de los celadores sentado en su puesto comiéndose un

albaricoque.

—¿Tu pulgar significa «A»?

Monkey Pants señaló al hombre y alzó la mirada, lo que significaba «¡sí!», y asintió con la cabeza salvajemente. Era un gran avance. La primera letra del alfabeto.

Dodo tardó dos días más en darse cuenta de que la letra B también era el primer pulgar. También lo eran las letras C, D y E.

A partir de ahí, el resto de la fórmula de una mano de Monkey Pants se desplegó con rapidez.

El pulgar representaba las letras que iban de la A a la E.

El siguiente dedo representaba de la F a la J.

El dedo corazón, de la K a la O.

El cuarto dedo, de la P a la T.

El meñique cubrió las seis últimas letras, de la U a la Z.

Veintiséis letras del alfabeto. Cinco dedos. Cinco por dedo. Seis para el meñique. Dodo se había agotado en el proceso de descubrimiento, pues les había llevado varios días yendo adelante y atrás, utilizando la palabra «albaricoque» como punto de partida. Pero tras unos pocos días estuvo seguro del código. Lo comprobaron y lo volvieron a comprobar utilizando varias palabras: «comida», «pastel», «helado» y, por supuesto, «canica», una palabra que a Dodo le interesaba especialmente. Cuando descifró esa palabra tres veces y a ambos les quedó claro que controlaban su nuevo idioma, Dodo declaró:

—Monkey Pants, ¡eres muy listo!

Monkey Pants agitó la mano con impaciencia, pues se moría de ganas de hablar. Empezó a agitar de nuevo la palma y los dedos del uno al cinco, haciendo señas a Dodo para que se diera prisa en descifrar las letras que había deletreado. Empezó preguntándole a Dodo su nombre en su lenguaje de signos, pero Dodo hizo caso omiso, pues aunque él también estaba emocionado, antes que nada estaba la pregunta que había prendido la chispa su amistad. Así que ignoró los dedos extendidos de Monkey Pants y preguntó impaciente:

—¿De dónde has sacado la canica?

Monkey Pants puso los ojos en blanco y deletreó con

paciencia mientras Dodo pronunciaba las letras. Levantó el dedo corazón.

—¿K?... ¿L?... *¿M?*

Alzó la mirada. Sí. Luego levantó el segundo dedo.

—¿H?... *¿I?*

Alzó la mirada. Sí.

—I.

Cerró los ojos.

—¿Nueva palabra?

Alzó la mirada. Sí.

Monkey Pants empezó a deletrear el resto. Los ojos de Dodo observaron con atención los dedos de Monkey Pants y sus labios se movieron mientras este deletreaba.

—M.I. M.A.D.R.E.

Fue agotador, pero el enigma quedó resuelto. Dodo suspiró feliz y preguntó:

—¿Dónde está?

Pero Monkey Pants no respondió. En lugar de eso, sus ojos se desviaron hacia algo más allá de Dodo y luego los abrió de par en par, asustado. Cerró el puño y cruzó ambos antebrazos sobre el pecho, el signo de «peligro».

Dodo miró a su espalda cuando una sombra cruzó la ventana y bloqueó la estéril luz durante un momento, luego recorrió el borde de su cuna hasta sus pies. Dodo miró a Monkey Pants, pero este se había dado la vuelta, había colocado las rodillas a la altura de su cara y su cuerpo había adoptado una postura encorvada, posición que Dodo sabía que significaba que Monkey Pants tenía miedo.

Dodo miró a los pies de su cuna y vio una figura delgada y oscura que le miraba fijamente.

Era un hombre negro, alto y apuesto, de piel muy oscura y con una extensa marca en la frente, la cicatriz de una vieja herida de algún tipo. Tenía la piel lisa y las manos largas y huesudas. Sus gruesos brazos y hombros llenaban su uniforme blanco de celador, así como su ancho pecho, que se marcaba justo debajo. Era un hombre fuerte, de eso no había duda, y su rostro estaba presidido

por una sardónica sonrisa que parecía proclamar: «Ya estoy aquí y todo va a ir bien». Sus ojos, de mirada profunda, transmitían tranquilidad, pero había algo tras ellos, un ansia y un salvajismo latentes que despertaron un terrible miedo en Dodo, pues era un niño que vivía de la vista y de las vibraciones.

—¿Eres el chico nuevo? —preguntó aquel hombre.

Dodo permaneció en silencio, fingiendo que no le había entendido.

—¿Sabes leer los labios? Eso es lo que me han dicho, que lees los labios.

Dodo no movió un solo músculo.

El hombre extendió una mano enorme y acarició la frente de Dodo. Era el primer gesto amable que había experimentado en semanas. En otra situación, Dodo habría llorado de alegría ante la primera mano que no lo volteaba, lo giraba de un lado a otro y gruñía de disgusto después de limpiarle las sábanas sucias; pues si bien ya habían descolgado una de sus piernas y se estaba curando, la otra seguía enyesada. Los celadores blancos parecían tener miedo de tocarle, y eso le dolía, porque era un niño para el que el tacto era muy importante. Estaba hambriento de caricias cariñosas. Pero hubo algo que le aterrorizó en la suave caricia de la mano de aquel hombre, una caricia que descendió por su mejilla, le cruzó el pecho, bajó por el ombligo y se acercó a la pelvis antes de alejarse muy despacio.

—¿Cómo te llamas? —Dodo se encogió de hombros.

El hombre sonrió.

—No importa —dijo, pasando su gran dedo por la cabeza de Dodo—. Ya nos ocuparemos de eso. —Con una rápida mirada por encima del hombro hacia el puesto de los celadores, que estaba vacío, agarró de repente la pierna buena de Dodo por el muslo, lo levantó del colchón con una mano, retiró la bata de hospital con la otra mano y observó su trasero suave y liso—. Eres lindo como un pavo real, muchacho. —Después bajó la bata muy despacio—. Bonito como un pavo real. —Luego se fue.

En cuanto el hombre se dio la vuelta, Monkey Pants empezó a zarandear su cuna con su mano fuerte, la izquierda, los dedos

gesticulando de un modo eléctrico, los ojos muy abiertos debido al terror.

—¿Quién es? —preguntó Dodo.

Monkey Pants deletreó despacio.

H.I.J.O. D.E.L. H.O.M.B.R.E.

M.A.L.O.

M.U.Y. M.A.L.O.

22

Sin su propia música

Moshe jamás habría imaginado que tuviese que cerrar la tienda de alimentación El Cielo y la Tierra. Hacerlo le resultó más difícil que revisar las cosas de Chona en su dormitorio, porque cerrar la tienda implicaba tener que bajar al sótano, y allí encontró un pequeño barril y una cuchara de madera que reconoció al instante. Ella estaba batiendo mantequilla en ese barril cuando él entró en el sótano doce años antes, con mil problemas en la cabeza y un mundo lleno de deudas. Ella era la única persona capaz de recordar aquel primer momento. Cuando se asomó al interior del barril y vio que estaba lleno de juguetes diminutos, canicas y otras fruslerías que ella había reunido a lo largo de los años para dárselos a Dodo y a los demás niños del vecindario, se sentó en una caja que había al lado y rompió a llorar.

Nate y Addie estaban allí ayudándole a limpiar, aunque en el otro extremo de la habitación, pues el plan de Moshe era alquilar el primer piso y seguir viviendo en el apartamento de arriba. Nate y Addie trabajaban en silencio mientras él sollozaba, pero no dijeron nada; ellos también sufrían. Ninguno de los dos había dicho ni una sola palabra sobre el hecho de que Dodo estuviese en Pennhurst. Moshe sospechaba que se sentían culpables por la muerte de Chona, porque había sido idea de Nate que él y Chona se hiciesen cargo de Dodo. Moshe no estaba resentido con ellos, porque el niño había supuesto una alegría para su mujer, y así se lo habría dicho, en aquel justo momento, si su corazón hubiese albergado la fuerza suficiente como para permitirle hablar de tales asuntos. Aun así, se sintió aliviado al saber que estaban con él en ese momento, porque eran las únicas personas a las que él quería

cerca. Las caras nuevas de la *shul* le resultaban extrañas. El mundo había cambiado.

En cuanto a lo ocurrido en la tienda, Addie había compartido con él los detalles de lo que había visto aquella tarde. La versión que Doc había ofrecido de lo ocurrido, afirmando que el chico negro había atacado a Chona y esta había perdido el conocimiento, lo complicaba todo, pues Moshe estaba seguro de que el chico no había hecho tal cosa. Sin embargo, poner en duda la versión de Doc era nadar a contracorriente, ya que eso centraría la atención en las quejas de Chona sobre la relación de Doc con el Ku Klux Klan. Ni los fundadores de la ciudad ni los miembros de la policía querían hablar de esas cosas. A ninguno de los dos estamentos les gustaban demasiado Moshe ni sus negocios. Protestar era atraer demasiada atención no deseada, y posiblemente más policía. Sus únicos aliados eran los integrantes de la *shul,* pequeña e impotente, y la gente de color, y en espacial Nate, que sentían terror de la policía. En los últimos años, había observado que, cuando de vez en cuando llamaban a la policía para sofocar algún disturbio en el teatro, Nate parecía volatilizarse. Sospechaba que Nate había tenido algún problema en el pasado. No le molestaba, porque bajo el carácter aparentemente tranquilo de Nate, Moshe percibía una solidez de hierro no muy distinta de la de su primo Isaac. Sabía que aquel tipo de porte era una ventana abierta a un corazón atribulado, forjado por los problemas y las injusticias del pasado. A Moshe no le hacía ninguna gracia que Nate, que era su mejor amigo en la ciudad, tuviera esa clase de problemas. Creía que, de algún modo, él podría ser la causa de sus problemas, y esa idea le inquietaba aún más.

Sentado en una caja, Moshe no les puso freno a sus sollozos, pero en ese instante sintió un repentino dolor en el pecho, que le hizo doblarse por la mitad y toser durante unos segundos, sin aliento. No tardó en pasársele. Alzó la vista y vio a Addie, de pie en el otro extremo del sótano, mirándole preocupada. Nate, que estaba desmontando una estantería en el rincón más alejado, también interrumpió su trabajo. Ninguno de los dos se movió para consolarlo. En aquel momento, pensó que rara vez había tocado a

ninguno de los dos. Su mujer sí hacía esas cosas. Su mujer no tenía miedo de abrazar a Addie o de tomar de la mano a un Nate reticente para enseñarle algo, o bien de abrazar a Dodo o de abofetear juguetonamente a una clienta en la cara o en el brazo o de pasarle un brazo por encima del hombro a una mujer o de tomar en brazos a un niño negro que lloraba. Esas cosas estaban casi prohibidas en ese país, pensó. Chona nunca había seguido las reglas de la sociedad estadounidense. No vivía como la mayoría de la gente. Para ella, el mundo no era una vitrina en la que admirar esto y no tocar aquello, sino un lugar donde cada acto suponía una oportunidad de *tikún olam,* de mejorar el mundo. La pequeña mujer con el pie malo era todo corazón. Era grande. Moshe era medio metro más alto, pero ella era mucho más grande. Él solo era un hombre que organizaba espectáculos musicales. Un promotor. Un hombre sin su propia música. Le dolía el pecho.

Oyó a Addie decir:

—¿Se encuentra bien, señor Moshe?

—En plena forma —dijo, enjugándose las lágrimas. Dejó a un lado el barril lleno de juguetes y regalos y continuó clasificando cajones, cajas, objetos decorativos y latas viejas. Después de un rato, se volvió hacia Nate, que estaba vaciando unos papeles viejos en un cubo de basura, y le dijo:

—Aquí no hay nada que debamos conservar. Pero quizás haya algunos objetos que te gusten.

Nate asintió, en silencio, tirando los papeles y agarrando una escoba.

—¿Has ido a ver a Dodo? —preguntó Moshe.

Nate negó con la cabeza y empezó a barrer. Addie, que trabajaba cerca de la pared del fondo, habló:

—Lo veremos dentro de una semana.

—¿Se ha arreglado el tema?

Addie miró a Nate.

—Estamos trabajando en ello.

—Arreglaré el asunto.

Nate, a modo de respuesta, se retiró a un rincón alejado del sótano con su escoba, dejando a Moshe y Addie solos.

—Tiene que hacer las cosas a su ritmo —dijo Addie.

Moshe asintió. Nate no le había hablado mucho en los últimos días, ni siquiera durante la *shivá*. Recordó que lo último de lo que había hablado con Nate fue cuando este le sugirió que invitase a algunos de los fabulosos músicos que habían tocado en el Teatro y Sala de Baile Auténtico Americano para que actuasen en el funeral de Chona. El dolor de Moshe en aquel momento era demasiado grande para considerar siquiera tal sugerencia. Pensó que, más adelante, le pediría a uno de los grandes músicos que pasaban por su salón que compusiera una canción para Chona, o quizás montaría una cena en su honor e invitaría a algunos de sus clientes de Chicken Hill, aunque eso suponía un verdadero problema, porque casi todos los negros de la colina eran clientes suyos. Ni siquiera fue capaz de encargarse de la *shivá*. Fue Feldman quien lo hizo. El entierro y los siete días de *shivá* fueron un caos. Los pasó en gran parte durmiendo en el sillón de su casa mientras algunos de los integrantes de la *shul* iban a charlar y a comer con Isaac, y Nate y Addie se encargaban de todo. El tiempo pasó y ella se fue. Sin más. Y su ausencia significaba mil mañanas carentes de cualquier promesa que alguna vez hubieran formulado.

Tras un rato más de empujar cajas y empaquetar trastos, se sentó y dijo:

—Ya he tenido bastante.

Estaba sin aliento y sentía una opresión en el pecho.

—Ya lo acabamos nosotros —dijo Addie.

Recogió el barril de Chona y se disponía a subir con él cuando oyó el ruido de un coche que se acercaba rugiendo a la tienda. Desde la pequeña ventana del sótano, Moshe vio el pulido acero de un sedán negro y los brillantes neumáticos de banda blanca. Oyó el ruido de unas fuertes pisadas en la tienda, dirigiéndose hacia la parte de atrás y las escaleras que conducían al sótano. Desde lo alto de la escalera, oyó la voz familiar de su primo Isaac.

—¿Moshe?

—¿Qué haces aquí, Isaac?

—Ven a ver esto.

Moshe se asomó a la escalera. No tenía ganas de ver nada.

Comprobó que el familiar bombín de Isaac tapaba la luz de arriba. Vio una cara detrás de Isaac, pero no pudo distinguir sus rasgos.

—¿Qué pasa? —preguntó impaciente en yidis.

Oyó una risita. Entonces, desde lo alto de la escalera, le arrojaron un objeto, una toalla o un trapo de algún tipo. Le cayó en la cara. Se la quitó de un tirón, irritado.

Era cuero o algún tipo de tela..., un par de pantalones. Unos pantalones pequeños de molesquín. De tamaño infantil. Con una estrella de David en la parte trasera. Entonces oyó risas y una voz, conocida y alegre, habló en yidis desde lo alto de la oscura escalera:

—No tuve tiempo de envolverlos —dijo Malaquías—. Así que los traigo yo mismo.

Tras el primer estallido de júbilo y los primeros gritos de alegría, seguidos de un breve llanto por parte de Moshe, los tres —Isaac, Moshe y Malaquías— se fueron a la trastienda para tomar té caliente en vasos mientras Nate y Addie seguían trabajando en el sótano. Moshe apenas podía creer que su viejo amigo estuviera allí, sentado ante él.

—¿Cómo es posible que hayas llegado tan rápido? —preguntó.

Malaquías parecía perplejo.

—El *SSNormandie*. Cinco días. Un barco muy rápido.

—¿Cómo te enteraste de lo de mi mujer?

Malaquías miró a Isaac, que se encogió de hombros. Moshe se enjugó los ojos.

—Querido primo —dijo—, no era necesario. No tengo dinero para pagar semejante regalo.

—Él no pagó mi billete —dijo Malaquías—. Lo compré con mi dinero.

Moshe se incorporó.

—¿A qué te dedicas que puedes cruzar el Atlántico con tanta facilidad? ¿Te has convertido en carterista?

—Ahora todos los carteristas están aquí, en América. No en Europa.

—¿Cómo volverás a casa?

—Estoy en casa —dijo Malaquías.

—Pero no te gusta estar aquí. Lo has dicho muchas veces.

Malaquías guardó silencio durante unos segundos y luego respondió:

—Me gusta vivir. Hay problemas en casa, amigo. ¿No lees los periódicos judíos?

Moshe volvió a sentir una opresión en el pecho cuando dijo:

—Mi madre... —Una vez más, sintió tal presión y tal tristeza que no supo discernir si el dolor procedía de su corazón o de su espíritu abatido. Tosió y tragó saliva, y se tomó un momento para recuperar el aliento. Miró a Isaac, cuyo rostro severo, iluminado por el alegre reencuentro que había tenido lugar hacía unos instantes, volvió a ensombrecerse de tristeza, pues Isaac no tenía madre. La madre de Moshe los había criado a ambos.

—No vendrá. Piensa lo mismo que tú de América. Piensa que esta tierra es sucia.

—Yo pienso algo parecido —dijo Malaquías.

Isaac frunció ahora el ceño, pues la conversación había dado un giro inesperadamente oscuro. Los tres habían estado hablando en yidis, pero Isaac habló ahora en inglés.

—Necesito hablar con las personas que te ayudan —dijo.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que pasó aquí.

—Isaac, agua pasada no mueve molino. Lo hecho hecho está.

—Sí, claro. Pero igualmente me gustaría hablar con ellos.

—Cuando te vayas, tendré problemas.

—No habrá ningún problema, primo. Solo quiero charlar con ellos. Darles las gracias. ¿Andan por aquí?

—Vendrán más tarde —mintió Moshe, pero Isaac lo conocía demasiado bien, así que se limitó a levantarse y dirigirse a las escaleras del sótano.

Moshe habló a su espalda.

—No hay nada que hacer, Isaac. Ya no estamos en Europa.

Aquí somos libres.

Pero el bombín de Isaac ya estaba bajando las escaleras.

Nate vio primero los relucientes zapatos, luego los pantalones de traje arrugados, que se movían con la agilidad y la confianza de un hombre seguro de sí mismo. Apoyó la escoba contra la pared cuando apareció el resto del hombre, vestido con un elegante traje gris.

Isaac se detuvo al pie de la escalera, con los zapatos relucientes sobre el suelo de tierra, con una mano en la barandilla, y miró a Nate, que salió a su encuentro. Addie no dejó de trabajar. Siguió moviendo cajas y embalando objetos mientras los dos hombres, el poderoso dueño de teatro con el traje impecable y el negro alto con la gorra irlandesa y la camisa blanqueada por el sudor, se quedaban uno frente al otro.

—No tuve la oportunidad de hablar contigo en el hospital —dijo Isaac—. Y me evitaste en la *shivá*.

Nate se encogió de hombros.

—¿Estabas en la tienda cuando ocurrió?

Nate miró a Addie y luego de nuevo a Isaac.

—No.

Isaac miró a Addie por encima del hombro de Nate.

—Me pregunto si quienquiera que estuvo allí podría llegar a contar lo que vio —dijo Isaac. Miró a Nate mientras hablaba, aunque ambos sabían que se dirigía a Addie.

—No sería sencillo —dijo Nate.

—Escucharía atentamente a quien pudiese hablar de ello —dijo Isaac.

—Si no le importa, vamos a mantenernos al margen de ese territorio. No nos va mal cuando hacemos las cosas por nuestra cuenta.

Isaac metió la mano en el bolsillo, sacó un grueso fajo de dinero y se lo tendió. Se dio cuenta de su error al instante, porque Nate sonrió con amargura.

—Creo que es duro vivir en un mundo donde la palabra de un hombre no vale un comino cuando hay dinero de por medio —dijo Nate—. Puede quedarse con todos sus billetes, señor. No vamos a

contar lo que hemos visto. Tiene mi palabra.

—Esto es una muestra de agradecimiento —dijo Isaac—. Por cuidar de mi familia.

—Ya nos han dado las gracias.

—A todo el mundo le va bien un poco de dinero.

—La última vez que acepté dinero de un desconocido me costó once años. Así que, si no le importa, puede quedarse con eso.

—Pero yo no soy un extraño.

—No he dicho que lo fuera. Usted es un jefe.

—No mando más que tú.

Nate sonrió con un deje sombrío.

—Usted y yo somos forasteros en esta tierra, señor. El señor Moshe me habló un poco de cuando eran niños, de cómo se criaron ustedes dos, de todos los problemas que tuvieron que afrontar hasta llegar a este país. Creo que esa lucha los hizo fuertes en algunos aspectos y débiles en otros. Y creo que ha hecho al señor Moshe fuerte en cosas que usted no lo es, y débil en cosas que usted no lo es. Todo se equilibra. Yo solo soy un pobre hombre de color que conoce su camino. Pero en caso de poder elegir, si Dios lo permitiera, elegiría el camino del señor Moshe antes que el suyo o el mío, porque su camino es el correcto. No hay mucha gente por aquí como él, o su esposa; Dios bendiga su alma. Han sido buenos con nuestro Dodo. Así que puede guardarse su dinero.

—No *todo* —dijo Addie con la mirada fija en el dinero desde el otro extremo de la habitación.

Nate se volvió hacia ella y le indicó que no con el índice, moviéndolo de un lado a otro, luego miró de nuevo hacia Isaac.

—Como ya le he dicho, estamos bien.

—Voy a dejarlo aquí, en la barandilla.

—Y ahí es donde lo encontrará mañana por la mañana. Y a la mañana siguiente. Hasta que venga a buscarlo —dijo Nate.

Isaac tensó el cuerpo.

—No seas tonto.

—Puede llamarme como quiera, no puede hacerme daño. Y todo su dinero no puede sacar a nuestro hijo de donde está ahora.

—Yo creo que sí. Con algo de tiempo. Puedo hacer unas llamadas. Conozco a algunas personas. Puedo conseguirte un abogado.

—Si no le importa, tenemos nuestras propias ideas sobre cómo sacarlo.

—No seas ridículo. Un abogado podría sacarlo. En esta tierra, las leyes importan.

—Las leyes de los blancos —replicó Nate en voz baja—, en cuanto sales de la sala, aparece otro blanco y la ley es como *él* dice que es. Y aparece el siguiente y la ley es como *él* dice que es. Así que, por mucho dinero que gastase en Dodo, cuando Doc Roberts y los suyos se enterasen de lo que su hombre hubiese acordado, echarían mano de otras reglas y se asegurarían de que Dodo volviese a ese lugar y no saliese nunca de allí. O peor aún, lo enviarían a la cárcel. Entonces tendríamos que recurrir de nuevo a usted con la mano tendida, y todo se repetiría una y otra vez. La ley en esta tierra es lo que el hombre blanco dice que es, señor. Simple y llanamente. Así que malgastaría sus dólares con nosotros. Ya estamos en deuda con el señor Moshe. Tenemos que pagarle lo que él y su señora ya nos dieron.

—¿Y qué os dieron?

—Si puede usted nombrar a otro hombre en esta ciudad capaz de hacer lo que él y su señora hicieron por nosotros, encontraré un fajo de billetes tan grande como el que tiene en la mano y se lo daré a usted directamente. ¿Conoce a alguien?

Isaac frunció el ceño. No estaba acostumbrado a hablar con personas tan arrogantes, sobre todo tratándose de un negro. Por otra parte, Moshe confiaba en Nate más que en ningún otro. Había visto con sus propios ojos al negro larguirucho de pie junto a la ventana del hospital mientras Moshe y los demás se reunían sollozando alrededor de la cama de Chona. Había visto a Nate de espaldas a ellos, secándose las lágrimas. «Es como yo», pensó Isaac con amargura. «Sufre sus penas en privado.»

Miró hacia arriba, donde se oía charlar a Moshe y Malaquías, y habló en voz baja para que sus palabras no traspasaran el suelo de madera, pues si Isaac podía oír lo que decían, ellos podrían oírle

a él.

—Soy un patriota —dijo—. Amo este país. Ha sido bueno conmigo.

—Me alegro por usted, entonces.

—Moshe es un hombre honesto. Chona... Ella tenía... sus propias opiniones. Escribía cartas a los periódicos sobre cosas de las que no tenía por qué hablar. Era buena persona. Una mujer amable. No debería haber muerto.

—Nosotros pensamos lo mismo —dijo Nate.

—Tengo ciertas preguntas sobre Doc Roberts.

Nate miró a Addie, que se dio la vuelta y siguió barriendo.

—¿Qué pasa con él?

—¿Qué podría hacer ahora?

—No creo que haga nada. Mientras no venga por aquí, no será una molestia para nosotros. Solo una persona, aparte de Dodo, vio lo que hizo. Y esa persona no le contó a nadie, excepto al señor Moshe, lo que vio. No sé si Doc sabía que lo estaban viendo. Había otros alrededor que acudieron a la tienda a toda prisa, justo después de que el lío terminara. Yo llegué bastante rápido, alguien vino a buscarme. Los policías habían hecho saltar a Dodo del tejado cuando llegué. Todo el mundo se fue muy rápido. La gente pensó que se trataba de los problemas de siempre y se olvidaron del asunto. Ya no tienen la tienda El Cielo y la Tierra para comprar, eso es todo. Y perdieron a una amiga. Pero rezarán por la señorita Chona como es debido. Y eso es todo.

—¿Estaba viva cuando llegaste?

—Sí, lo estaba. Se había desmayado, pero seguía viva. Sonrió un poco antes de que se la llevaran. Preguntó por su marido. Y por Dodo.

Nate se quedó mirando al suelo. Y aunque estaba a varios metros de distancia, Isaac sintió algo que no había apreciado antes en aquel hombre alto y espigado. Algo que sí había experimentado en su propio corazón. Una rabia silenciosa, ardiente y absoluta.

—¿Puedo preguntarte, entonces, por Bernice?

Nate guardó silencio unos segundos.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Sigue viviendo aquí al lado?

—Ha vivido ahí toda su vida. Ella y sus hijos.

—¿Ella y Chona estaban unidas?

—Muy unidas. Fueron juntas a la escuela de niñas.

—¿Querrá hablar conmigo?

Nate se encogió de hombros.

—No habla con nadie. Pero ayudó a la señorita Chona escondiendo a Dodo allí cuando el hombre del estado vino para llevárselo.

—Eso significa que también estás en deuda con ella. Porque al ayudar a Chona, te ayudó a ti.

Nate asintió.

—No necesito que averigüe mis deudas por mí. Por eso voy a enviarle a hablar con ella, ya que está ahí agitando sus billetes. Tiene un montón de hijos. Seguramente, le vendrá bien un poco de ayuda. Dígale que le envía Nate. Eso podría ayudar. Le he hecho algunos favores de vez en cuando, arreglando cosas y demás. Su padre era albañil. Construyó el templo de la colina.

—Ahora iré a hablar con ella.

—Tenga en cuenta que a Bernice no le gusta mucho hablar.

—No voy a hablar —dijo Isaac—, voy a escuchar.

23

La Biblia de Bernice

Fatty y Big Soap se habían adentrado en la espesura del bosque, detrás del garito. La cabeza de Fatty estaba metida dentro del capó de un descapotable de aspecto antiguo cuando Rusty salió por la puerta trasera del garito y gritó:

—¡Fatty, tu hermana ha venido a verte!

—¿Qué hace ella aquí?

—A mí no me preguntes —respondió Rusty, acercándose para mirar más de cerca.

—Dile que estoy ocupado. Tengo que ver si esta cosa funciona. Creo que es un modelo Gran Chadwick Seis.

—¿Tiene alguna relación con un Gran Tontorrón? —preguntó Rusty, señalando con la cabeza a Big Soap, que estaba debajo del coche lijando el bastidor con un cepillo de alambre. Solo se le veían los pies.

—Si es un Chadwick Seis, sacaremos dinero por él. Esos modelos los fabricaban aquí mismo, en Pottstown —dijo Fatty.

—¿Ese pedazo de chatarra? —preguntó Rusty dando un paso atrás para observar el asiento roto, los neumáticos reventados y el viejo faro de gas donde debería estar el claxon—. ¿De dónde lo has sacado?

—Derribaron una vieja casa en Bartelow Street, donde vivía uno de los peces gordos que dirigía la compañía Neapco. Encontré esto en la parte de atrás.

—¿Lo encontraste? ¿No pertenecía a la casa?

—Lo liberé, Rusty. Del bosque. Soap y yo. Mi plan es venderlo. A saber qué podemos obtener por algo así. ¿Qué quiere Bernice?

—Es tu hermana, Fatty —dijo Rusty. Luego se dirigió de nuevo hacia el bar.

Fatty se bajó del chasis y dejó las herramientas en el suelo. No estaba muy seguro de que el coche fuera un Gran Chadwick Seis. Nunca había visto uno, ni siquiera en una fotografía. Pero había leído en algún sitio que solo se fabricaron unos pocos miles a principios del siglo XX. La compañía había quebrado hacía dos décadas y, aunque el coche no tenía ninguna insignia que él pudiera distinguir, si por casualidad el coche *era* un Gran Chadwick, bueno... ¡Sería un golpe de suerte! Ese dinero sería una bendición. Dinero para salir de la ciudad.

Encontró a Bernice sentada en el banco del porche, llevaba puesto uno de sus sombreros para ir a misa y tenía las manos cruzadas sobre el regazo. Para su sorpresa, estaba sola, ya que solía ir acompañada de uno o dos de sus hijos cuando salía de casa, muy de vez en cuando, sobre todo para ir a la iglesia.

—¿Vas a una parrillada? —le preguntó, saliendo al porche y sentándose en un cajón.

Bernice frunció el ceño. No tenían una relación especialmente íntima. Hacía años que no conversaban durante más de cinco minutos. Su disputa sobre la propiedad de la casa paterna había dado como fruto una insatisfacción general que duraba desde hacía años. Le molestaba que su otrora hermosa hermana hubiera dejado que su vida se fuese al garete y hubiese tenido hijos con cualquier Tom, Dick o Harry que se le hubiese puesto por delante. Tres padres. Ocho hijos en el último recuento, o eso había oído decir. Vivían a unas pocas manzanas de distancia. Pero podrían haber sido centenares de kilómetros.

—No te vi en el funeral de Chona —dijo ella.

—Para mí era la señorita Chona.

—No digas tonterías —replicó Bernice. Echó un vistazo al patio del garito: la chatarra, la maleza alta, la madera amontonada, las piezas de coches, el andrajoso puesto donde hacía hamburguesas y las vendía todas las tardes, el cartel en la maltrecha puerta principal que decía CANTINA DE FATTY. CUIDADO. DIVERSIÓN EN EL INTERIOR.

Señaló el cartel.

—¿Te estás divirtiendo?

—Bernice, no te enrolles.

—¿Qué?

—Que vayas al grano.

—Tienes que salvarte.

—Hasta luego —dijo Fatty disgustado. Se puso en pie y se dirigió hacia los escalones del porche.

—Tengo algo para ti —dijo ella—. Te gustará.

Esas palabras detuvieron a Fatty en lo alto de la escalera, con la mano en la barandilla.

—¿Ahora te dedicas a hacer tu propio dinero sin necesidad de una imprenta?

—Solo piensas en eso.

—¿Papá me dejó dinero? —preguntó.

Bernice frunció el ceño. Esa era una cuestión delicada. Su padre, Shad Davis, había estado ahorrando para que fueran a la universidad, pero había muerto antes de tiempo, dejándoles tan solo la casa en la que vivían.

—Tienes que olvidarte de eso —contestó.

—No me aferro a ello, precisamente —dijo Fatty—. Han pasado quince años.

—Si hubieses ido a la universidad, habría funcionado. Había algo de dinero para empezar.

—Bueno, mi plan actual es mejor. Voy a mudarme a Hollywood para hacer películas.

—¿Mejor que dar buena cuenta de todas las botellas de alcohol que te caen en las manos?

—Yo no bebo alcohol. Lo vendo.

—Eso es peor.

—Cuando abras una escuela de equitación para amantes de la Biblia, llámame, ¿de acuerdo?

—No puedes juzgarme por seguir el sendero de Dios.

—Me alegro de que sigas algún sendero. Porque ni tú ni Jesús gastasteis el camino para ir desde aquí a Graterford cuando me tocó recoger mis dientes del suelo.

—Mamá se estaba muriendo.

—¿Dejaron de hacer lápices y papel durante esos años, también?

—Fuiste tú quien se metió en eso. Y te envié una Biblia.

—¿Por qué no haces algo útil, Bernice? ¿Para qué has venido a molestarme con todas estas tonterías? Todo eso forma parte del pasado. Quedó atrás. ¿Qué quieres?

—Te he dicho que tengo algo para ti —dijo.

—Si no es dinero, no me interesa.

—Es valioso —dijo.

—¿Dónde lo conseguiste, al acabar la escuela?

Bernice, cuya calma estaba acercándose a su límite, frunció los labios.

—Eres como los blancos —replicó—. Debe de ser una carga terrible fingir que lo sabes todo.

—Date prisa en volver a casa, Bernice. Y no pares a comprar pan.

Fatty bajó del porche y caminó unos pasos. Al hacerlo, oyó —o creyó oír— que ella murmuraba un número. Eso le detuvo. Dio media vuelta y puso el pie en el último escalón.

—¿He oído bien? —preguntó.

—Has oído bien.

—Si dijiste cuatrocientos dólares, me suena a truco barato.

—No estoy aquí para hacer trucos. Jesús es mi salvación.

—Si no fueras mi hermana, te sacaría del porche de un empujón.

—No estoy aquí por mí. Para que lo sepas. Estoy ejerciendo de misionera.

—Hazlo en otro sitio. Además, no tienes cuatrocientos dólares. Si tuvieras esa cantidad de dinero, habrías colocado a los niños y te estarías enrollando con cualquier cosa que fumase por aquí.

—No tengo que ir a ningún sitio para conocer a mi Salvador.

—¡Escucha lo que estás diciendo, Bernice!

Bernice suspiró.

—Tengo una pregunta. Y en cuanto me respondas, dejaré lo

que te he traído y volveré a mis asuntos. Y no quiero verte más ni tener nada que ver contigo, porque he vivido demasiado y tú eres demasiado desagradable. Sé que soy una mujer dura. He cometido algunos errores en la vida. Pero no soy peor que esas otras madres que rezan «Señor, haz que mi hijo sea sabio y bueno», cuando en realidad quieren decir «Haz que este hijo mío tenga más poder y dinero que yo». Yo no hago eso con mis hijos. Eso es lo que nuestro padre nos hizo a nosotros. Él construyó cosas. La iglesia judía, muchas casas y edificios y otras cosas. Trató de construirnos a nosotros también. Pero no pudo terminar. Tal vez no nos estaba construyendo de la manera correcta antes de dejar esta vida. Tal vez por eso somos como somos ahora.

—¿Qué demonios me estás contando?

—¿Quién nos ayudó cuando papá murió?

—Que alguien te traiga la compra, te ayude a acarrear agua y te acompañe al colegio de vez en cuando no le convierte en tu amigo.

—¿Por qué hay tanta maldad en tu corazón?

—Mira quién habla. En dos años, no has cruzado una palabra con nadie. No estoy contra la gente de Chona, Bernice. Son buenas personas.

—Pero no tuviste la decencia de dejarte ver por el funeral.

Fatty puso los ojos en blanco.

—Si quieres un muro de las lamentaciones, usa ese montón de leña de allí. No tengo ni idea de cómo se despiden los judíos de sus muertos.

—Yo tampoco. Pero fui.

—Si quieres humillarte con los judíos de por aquí porque nos dieron unas monedas en el pasado, adelante. Les pagaste de sobra escondiendo a Dodo del estado. Eso supone complicidad, por cierto. Alguien se lo contó todo al hombre del estado. Podrían haberte pillado por culpa de ese bocazas, sea quien sea.

—¡El predicador de mi iglesia!

—¿Snooks? ¡Estás mintiendo!

—Te estoy diciendo lo que a Dios le complace.

—Snooks no es tan estúpido.

—El reverendo Spriggs. Deja de llamarle Snooks —dijo Bernice.

—Llamaré a ese cabeza de chorlito como me dé la gana. No me lo creo.

—Él mismo me lo dijo. Me lo confesó el domingo pasado después de misa. Dijo que al hombre de color del estado le habló sobre Dodo. No era su intención, pero, al parecer, el hombre de color no quería saber nada de Dodo. Su trabajo consistía en bailarles el agua a los grandes jefes del estado. Así que cuando lo enviaron a buscar a Dodo, para él no fue más que un plato extra de judías blancas y de sopa. No tenía intención de atrapar a nadie. Condujo el gran coche del estado y pasó el día sin hacer nada. No le importaba atrapar a Dodo más de lo que a ti y a mí nos importaría arrancar una pulga de un perro y tragárnosla. Cada vez que lo enviaban a buscar a Dodo, primero llamaba al reverendo Spriggs. Luego el reverendo Spriggs me llamaba a mí. Y yo iba a casa de Chona y escondía a Dodo donde no pudieran encontrarlo. Jugó en mi patio durante mucho tiempo y el estado nunca lo pilló. Doc se cruzó con él por accidente. No iba con nadie del estado cuando fue a la tienda. Que Doc viniera solo ese día fue toda una sorpresa.

Fatty sintió que se le calentaba la cara. La simple mención de Doc Roberts le enfureció. Se pasó la lengua por los dientes.

—¿Has venido hasta aquí para hablarme de esos granujas? Me importa una mi... —Y en ese momento cambió de idea, porque Bernice estaba santificada y seguía siendo su hermana, así que lo dejó de lado—. Me alegro de que el hombre de color del estado colaborase con el reverendo Spriggs. Pero no le debemos nada a él ni al reverendo Spriggs. ¿Qué nos debemos los unos a los otros en Chicken Hill, Bernice? No tenemos nada. Nunca tendremos nada. Todo lo bueno de esta ciudad está *fuera* de aquí. A la señorita Cho...Chona la veía de vez en cuando. Pero de ella cuidaba su propia gente. No les debemos nada. Ellos no nos deben nada.

—No había un ellos y un nosotros. Éramos un nosotros. Estábamos *juntos* aquí, en Chicken Hill —dijo Bernice.

—Deja de engañarte, hermanita. Esos días quedaron atrás. Los

judíos de por aquí quieren estar en la sala grande, con los blancos. Todo lo que tienen que hacer es entrar en la habitación y colgar su sombrero en el perchero. Intenta hacerlo tú, a ver qué pasa.

—Chona no era como ellos.

—De no haber estado lisiada, habría sido como ellos.

—Algo no debe de estar bien en tu interior, Fatty, si permites que esa clase de malos pensamientos aniden en tu corazón.

Fatty frunció el ceño. Odiaba esa clase de conversaciones.

—Ya te he dicho que la señorita Chona era buena. No volveremos a encontrar a nadie como ella, eso seguro.

Bernice guardó silencio durante un largo rato. Parecía estar barajando lo siguiente que iba a decir. Después asintió.

—Realmente, no tienes nada para mí, ¿verdad? —dijo Fatty.

Bernice, por primera vez, sonrió. Y, durante unos segundos, los años parecieron borrarse y bajo el sombrero que llevaba a la iglesia, la postura remilgada y la fortaleza de silencio tras la que se atrincheraba su hermana, pudo ver a la Bernice de antaño, aquella chica alta y hermosa que cantaba como un pájaro.

—Tengo algo que darte. Pero antes quiero hacerte una pregunta. Cuando éramos pequeños, trabajaste mucho con papá. Cuando trabajaste con él, ¿colocasteis alguna tubería de agua?

—Cavábamos para hacer de todo. Pozos. Tumbas. Colocar tuberías. Papá hacía de todo.

—¿Conducciones de agua?

—Colocamos dos o tres por lo menos.

—¿En Chicken Hill?

—Supongo que sí.

—¿Alguna cerca de Hayes y Franklin?

—No me lo recuerdes. Allí hay un pozo de unos cinco metros de profundidad.

—¿Está cerca de la fuente pública, en el solar donde todo el mundo toma agua?

—Sí. Papá la puso para la iglesia judía, creo. No sé por qué ese pozo es tan profundo. Creo que la capa freática corre por debajo de ese pozo. Hay una bomba en el fondo. Instalar eso fue horrible. Hace mucho tiempo. Yo era joven.

—¿Podrías encontrar el lugar?

—Claro que puedo. Está en el solar cercano a la Lechería Clover, no lejos de la fuente pública. El pozo está tapado. El ayuntamiento colocó una tapa de alcantarilla de hormigón encima y es muy posible que esté cubierto de hierba y chatarra. Pero está ahí. Las tuberías pasan por debajo de la tapa, a unos dos o tres metros de profundidad; tal vez cuatro. Creo que son cuatro, aunque no lo recuerdo con exactitud.

Bernice se puso de pie.

—Estupendo.

Abrió su bolso y sacó un gran sobre marrón que parecía contener un libro y lo depositó con suavidad sobre el banco donde había estado sentada.

—Esto es para ti.

—¿Qué es?

—Es un regalo.

—Si es una Biblia, llévala a la tienda y que te devuelvan el dinero. Conservo la última que me diste.

—La Biblia no tiene nada de malo —dijo—. Su mensaje es bueno.

—¿En ese sobre hay cuatrocientos dólares?

—Mira en lo que te has convertido, escoria inmunda. No. Ahí *no* hay cuatrocientos dólares.

—¡Entonces es una Biblia!

Pero ella ya se estaba alejando, recorría el camino embarrado, avanzando a toda prisa.

Al verla marchar, Fatty se enfadó tanto que tuvo que reprimir las ganas de tirarle el paquete a la cabeza mientras ella tomaba el atajo que descendía hacia la colina, con el sombrero meciéndose entre la maleza, perdiéndose de vista.

No tocó el sobre marrón, lo dejó en el porche toda la tarde. Allí seguía cuando abrió el garito por la noche. Solo cuando los clientes empezaron a llegar, profiriendo sus habituales insultos y gritos, tambaleándose por el porche mientras en la gramola sonaban los discos de Erskine Hawkins, se lo llevó a la parte de atrás, a la escalera, y allí, bajo la escasa luz de una bombilla

desnuda, fuera de la vista de los clientes, rasgó el envoltorio de papel marrón.

Tenía razón. Era una Biblia. Y no había cuatrocientos dólares en ella. Había quinientos. Y un sobre con una carta de dos páginas.

Leyó rápidamente la primera, echó un vistazo a la segunda y encontró cuatrocientos dólares más pegados con cinta adhesiva. Arrancó los cuatrocientos dólares de la segunda página tan rápido que no se dio cuenta de que había roto parte de la hoja.

—Alabado sea Dios —dijo.

Salió corriendo hacia la entrada del antro, riendo sin ser consciente de que la segunda página, que contenía el resto de la carta, caía al suelo. Más tarde, se arrepintió de haberse dejado llevar por las prisas.

24

El niño pato

El pastel de boniato era el cebo. Todo el mundo en la colina sabía que Paper lo preparaba como nadie. Así que reunir a Nate, Addie, Rusty y Fatty alrededor de la mesa de su cocina dos días después de visitar a Miggy en Hemlock Row resultó sencillo. Pero convencer a Miggy, que trabajaba en Pennhurst, a diez kilómetros de distancia, fue más difícil.

Llegó la última, en autobús, pero cuando entró en su casa, Paper no encontró ni rastro de la elegante y bien vestida adivina de Hemlock Row. En su lugar, se presentó una asistenta sanitaria pulcramente ataviada: vestido, zapatos y medias blancas. Se movía con el aire de una profesional, desprendiendo una tranquila confianza, hasta que su mirada se posó en Nate, sentado a la mesa tomándose un café.

Se quedó paralizada en la puerta.

—No me dijiste quién vendría, Paper —dijo.

—Miggy, aquí somos familia.

Miggy dudó unos segundos más y luego tomó asiento junto a Fatty, en el extremo opuesto de la mesa.

—Más vale que este pastel merezca la pena —dijo.

—La merece —dijo Paper, sacando rápidamente el pastel caliente del horno, al tiempo que se puso a charlar para suavizar el ambiente—. Miggy trabaja en Pennhurst —les dijo a los demás—. También ve el futuro.

—¿Puedes ver el mío? —preguntó Fatty.

—No, pero podría dejarte ciego.

Fue como si de repente hubiese caído un barril de sardinas del techo, porque la sonrisa de Fatty desapareció. A Paper le pareció

apreciar que una leve sonrisa se dibujaba en los labios de Nate mientras Fatty se recostaba en la silla, acobardado.

—Preferiría que no lo hiciera, señorita —dijo.

Miggy se rio entre dientes.

—No me refiero a ningún hechizo, cariño. Bebo extendiendo el meñique. Cada vez que bebo, dejo ciega a la persona que tengo a mi derecha. ¿Sirves café con este pastel, Paper?

Paper rio entre dientes mientras se daba la vuelta para sacar varias tazas del armario. Miggy respiró hondo, extendió las manos para admirarse las uñas, se aclaró la garganta y, finalmente, dijo con frialdad:

—No voy a ser tan tonta como para imaginar que se acuerda de mí, señor Nate.

—No eras más que una niña que no levantaba un palmo del suelo en aquel entonces, pero sí, me acuerdo de ti. Y de tu padre también. He oído decir que murió —dijo Nate.

—Siempre le caíste bien. Nos hiciste un gran servicio en el Row —dijo Miggy.

—No tiene sentido hablar de eso ahora —repuso Nate—. Agua pasada no mueve molino. Estoy más que pagado.

Fatty sintió que un ligero carámbano le atravesaba las tripas y, de repente, se puso a pensar en Graterford, recordó a Dirt, su antiguo compañero de celda, diciéndole: «No traicionaría al viejo Nate ni por todo el oro del mundo». ¿Qué era lo que había hecho Nate en Hemlock Row? ¿Por qué le habían pagado?

Habría profundizado aún más en ese pensamiento de no haber sido porque Paper dejó los pedazos de pastel cortados delante de cada uno de ellos, diciendo:

—Miggy, te hemos pedido que vengas...

Miggy la interrumpió.

—Los motivos no son asunto mío —dijo—. No quiero saberlo. Porque cuando el hombre blanco se sienta a la mesa establece sus hipócritas leyes, se queda con la parte buena, se come la grasita, en tanto que tú y yo tenemos que quedarnos con la seca verdad. Termine como termine esta comida, cuando se recoja la mesa, uno o más de nosotros saldrá de allí con hambre. Solo vengo a hablar

de mi vida. Hablo de lo que me pasa desde que sale el sol hasta que vuelve a descansar. En mi vida, todo va junto. Y si hay algo de mi vida que puedas aprender y que pueda ayudarte en cualquier causa, sea la que sea, pues mejor, porque vivo en una tierra que no me quiere. Mi trabajo es intentar vivir bien, lo que para mí significa venir aquí después del trabajo a comer un trozo de pastel de boniato, que me apetece, con una vieja amiga y parte de su gente. —Cortó un pedazo de pastel—. Ahora bien, mientras estoy comiendo este pastel, si se me ocurre hablar de mi trabajo, nadie va a poder decirme después que planeé alguna tontería injusta de forma artera para perjudicar a tal o cual parte del buen estado de Pensilvania. Y si yo le dijera a alguien lo que puede o no hacer en un lugar en el que resulta que gano unas monedas cada semana por mis servicios, no hay ninguna ley que lo prohíba, que yo sepa. Esa es la verdad y así intento vivir. Es como toda la gente temerosa de Dios debería intentar vivir.

—Totalmente de acuerdo —dijo Paper—. ¿En qué trabajas?

—Soy limpiadora —dijo Miggy—. Limpio cosas. Limpio mi casa. Limpio fuera y dentro de mi casa. Limpio el jardín, la cocina y todo tipo de cosas. En el trabajo, limpio camas, sábanas y personas. Sobre todo personas. Sobre todo hombres. No me gusta trabajar con mujeres. Algunas de ellas son más desagradables que los hombres. Te tiran cosas, sus desperdicios y todo eso. Los hombres no molestan, la verdad.

Alzó con cuidado el trozo de pastel, se lo acercó a la cara y lo observó.

Fatty perdió la paciencia.

—¿Vas a escribir un sermón sobre esa cosa antes de comértela? —preguntó.

Paper le lanzó una gélida mirada a Fatty.

—No le hagas caso, Miggy. A veces los pensamientos se abren paso hasta su boca.

—No pasa nada. —Se volvió hacia Fatty—. Es mi pastel, cariño. ¿Estás en contra de que me lo coma como quiera?

—En absoluto. Pero me va a dar la risa si tengo que quedarme aquí esperando a que nos digas qué tenemos que hacer…, lo que

Paper quiere que hagamos.

—¿Es solo Paper la que quiere que se haga?

Fatty guardó silencio. Sintió la mirada de Nate clavada en él. Se aclaró la garganta.

—Estoy aquí porque Paper me pidió que viniera —dijo.

—Y yo estoy aquí para comer pastel —dijo Miggy—. Y lo haré exactamente como me plazca. —Se metió el pedazo de pastel de boniato en la boca, masticó despacio, tragó y siguió hablando—: Ahora bien, existe la comprensión masculina y la comprensión femenina. Existe la comprensión de los blancos y la comprensión de los negros. Y luego está simplemente la sabiduría. Todos los niños que respiran por primera vez en esta tierra darán un puñetazo en el aire y no golpearán nada. Pero todos los niños nacen con voluntad. Yo no fui una niña especialmente voluntariosa ni especialmente inteligente. Me criaron en el Row. Soy una Lowgod. Nos criaron para que creyésemos que para que un niño sea justo, debe sentir amor por las cosas que conllevan conocimiento. Antes de ir a Pennhurst, lavé ropa, así fue como conocí a Paper. Cuando me cansé de lavar, trabajé durante un tiempo para una familia blanca en Pennsbury. El padre era juez. Su esposa era perezosa y de voluntad débil. Ambos estaban acostumbrados a lo fácil y lo injusto. Un padre injusto criará a un hijo injusto, lo que supone una trampa para la rectitud. La verdad es que yo crie a su hijo más que ellos, pero no durante mucho tiempo. Porque si yo criara a un hijo, le enseñaría a amar lo que amo y a odiar lo que odio. Por eso la gente de color de Hemlock Row no son buenos jornaleros. Estamos demasiado cerca de la tierra. Tocamos con demasiada frecuencia el tambor de la tierra de origen. Incluso nuestra iglesia es diferente. No cantamos con un piano. Cantamos las viejas canciones y bailamos en círculos, y no cruzamos los pies cuando bailamos, porque esa clase de baile es mundano. No sé por qué hacemos las cosas así. Es una de las muchas cosas que nos han transmitido los ancianos. Pero nos convierte en gente extraña, incluso para algunos de los nuestros, como vosotros en Chicken Hill.

»Los Lowgod básicos del Row tienen todos la misma sangre.

El mismo padre y la misma madre desde hace muchos años, cuando llegamos a esta tierra. No sé por qué los Lowgod llegaron al Row desde Carolina del Sur, ni quiénes se casaron con quiénes y todo lo demás, porque a los ancianos no les gusta hablar del ayer. Pero solo hay dos familias en Row. Los Lowgod y los Love. Sobre todo los Lowgod. Los Love… —Y aquí lanzó una rápida mirada a Nate—. No quedan muchos Love.

Una vez más, Fatty rememoró sus tiempos en Graterford. «Nate *Love»,* le había dicho Dirt. Nate era un *Love,* de la familia Love. No pudo evitarlo.

—¿Qué pasó con los Love? —preguntó. Le daba miedo incluso mirar a Nate.

Miggy negó con la cabeza.

—Esa es una historia que desconozco por completo. Los Lowgod y los Love no son tan diferentes. Son de naturaleza parecida. Avanzan en línea recta. No van por caminos secundarios ni trazan curvas. Si un Lowgod está contigo, está contigo. Si no, no. No pueden hacer otra cosa. Buscan la verdad, porque temen a Dios más que tú. Se lo han metido en la cabeza. Así que si te encuentras en el otro lado, avergüénzate. No te irá bien si tienes que tratar con ellos. —Cortó otro trocito de pastel, lo levantó, lo miró, después miró a Fatty para ver si tenía alguna otra pregunta y, una vez convencida de que no tenía ninguna, prosiguió—: Voy a Pennhurst por esto: una señora del Row, llamada Laverne, fue contratada para hacer un poco de esto y un poco de lo otro. Corrió la voz de que buscaban a gente que hiciera lo mismo que ella, así que fui y me contrataron. Ya había unos cuantos Lowgod trabajando allí. Los blancos no son alérgicos a la gente de color, no para aquello que quieren que hagamos. ¿Dije que limpiaba? He estado limpiando desde ese día hasta hoy. Pero *qué* limpio. Esa es la cuestión. —Echó un vistazo a la habitación y continuó—. Pennhurst es una ciudad. Treinta y cuatro edificios repartidos por ochenta hectáreas. Tiene su propia central eléctrica. Su propia granja. Su propia policía. Tiene su propio ferrocarril, casas, corrales, fábrica de ropa, animales de granja, tractores, camiones, vagones, salas; de todo. Es más grande que Hemlock Row y Chicken Hill juntos. Parece limpio

y bonito por fuera. Pero por dentro… Bueno, ahí es donde el diablo hace su trabajo. —Dejó el tenedor y le dio un sorbo al café—. No puedo decir que en estos últimos años haya salido un solo día de Pennhurst sin desear que el Buen Dios pusiera su dedo sobre el lugar y lo convirtiera en polvo y se llevara a las pobres almas que están allí y las alojase en su corazón, porque muchas de ellas son las mejores personas que uno quisiera conocer. Su enfermedad no está en sus mentes, ni en el color de su piel, ni en la desesperación de su corazón, ni siquiera en el dinero que puedan o no tener. Su enfermedad es la honestidad, porque viven en un mundo de mentiras, gobernados por quienes renunciaron a todo lo bueno que Dios les dio por dinero y viven en tierras robadas, arrebatadas a personas cuyos espíritus bailan a nuestro alrededor como fantasmas. A veces oigo al hombre rojo gritar y cantar en mis sueños. Es mi castigo por ser un oráculo. Para los que están encerrados en Pennhurst es demasiado. La verdad los ha vuelto locos. Y, por eso, son castigados.

»Lo que he visto no es digno de verse. No tiene que ver con la suciedad, ni con los tipos que van desnudos corriendo y golpeándose la cabeza contra la pared, ni siquiera con el olor, que se te queda en la nariz para el resto de tu vida. Un perro que vive en un patio sujeto con una cadena está mejor que cualquier pobre alma de las que viven en Pennhurst. No has visto el sufrimiento hasta que has visto a cuarenta personas adultas dando vueltas en una habitación todo el día, durante años, arañando la pared para echar un vistazo por la ventana. O has visto a un hombre adulto y educado orinando en un radiador mientras finge ser locutor de radio porque tiene miedo de decirle a un celador que quiere ir al baño, o a una adolescente seduciendo a un asistente adulto, mostrándole sus partes íntimas, para conseguir que le dé un cigarrillo. He visto a mujeres encerradas solas con camisas de fuerza durante días, tan apretadas que cuando les quitan la camisa, les quedan las marcas durante el resto de sus vidas, que a veces no es tanto tiempo.

»En las salas, los celadores lo dirigen todo. Pueden inmovilizar a un paciente todo el tiempo que quieran, durante

horas, días o incluso semanas, siempre que anoten en el diario exactamente cuánto tiempo han estado inmovilizados. Retuvieron a una pobre mujer durante seiscientas cincuenta y una horas y veinte minutos. Resulta que conozco a esa mujer, y si yo estuviera al cargo, les pondría la camisa de fuerza a los que lo hicieron y le daría a *ella* la llave. Y si yo no fuera una mujer temerosa de Dios, le daría a esa mujer un poco de mi propia suciedad corporal para que se la arrojara a los que le hicieron eso, junto con todo lo que se le ocurriera, porque algunos de esos celadores son malvados. Algunos de ellos tienen que ser conscientes de lo que hacen. Porque muchos de esos pacientes no olvidan.

Miggy hizo una pausa y miró a su alrededor.

—¿Os he dado algo en lo que pensar?

Paper asintió.

—Así es. Pero… nosotros…

—¿Necesitáis oír más sobre mi vida?

—Sí. Cuéntanos más sobre tu… ¿Puedes hablarnos de los *niños* de tu vida?

—No tengo ninguno.

—¿Y de otros niños que tal vez hayas visto? O conocido.

—No se trata de los niños, cariño. Sino de los médicos. La mayoría son extranjeros. No se entiende nada de lo que dicen. Pasan por las salas de vez en cuando, recomiendan tal o cual medicina, anotan algunas cosas en un bloc y se van. Un mes después desaparecen y llega otro médico que no sabe lo que ha hecho el primero. Nadie es castigado por nada. Hay mulas en Hemlock Row que viven mejor que la gente de Pennhurst. —Y aquí ella suspiró y luego dijo—: Pero queréis saber cosas de los niños.

—Sí —dijo Paper.

Miggy asintió.

—Muy bien. Os hablaré de un niño que conocí. Pero primero dame otra porción de ese pastel.

Después de recibir su segunda porción de pastel, Miggy se lo

acercó, pero en lugar de comérselo, se sentó, juntó los dedos y prosiguió.

—Había una vez un niño pequeño, un chico blanco muy simpático, de unos once o doce años. Graznaba como un pato. No hablaba ni una palabra. No sé cuál era su problema, pero era un niño inteligente, más allá de que graznaba como un pato. No hizo nada malo en la verde tierra de Dios de lo que yo fuera testigo, aparte de temblar y temblar cuando caminaba y de no saber hablar correctamente. Creo que sus padres pensaron que no podían hacer nada por él, lo dejaron allí y nunca volvieron. No fueron a visitarlo ni una sola vez en todo el tiempo que estuvo allí.

»Bueno, eso no le gustó y, después de un tiempo, montó un escándalo por tener que estar allí. Antes de que se diese cuenta, lo bajaron de los pabellones más altos a lo que llaman los pabellones bajos. V-1, 2 y 3. Y finalmente C-1. Los pabellones V son malos. Pero el C-1 es el peor. Las cosas van de mal en peor ahí abajo. Fue de lo peor a lo atroz cuando llegó al C-1.

»Era un niño inteligente, rápido y divertido. Le gustaba sonreír. Me encariñé con él y le echaba un vistazo cuando me encontraba en la C-1 trabajando y limpiando. Al principio, estaba bien. Pero después de unas semanas, vi que algo andaba mal. Alguien había estado con él. Yo no trabajo en el turno de noche y solo me enviaban al C-1 una vez a la semana, por las mañanas, pero siempre le echaba un vistazo y lo veía cuando me acercaba a él. Ahora es por la mañana, porque no trabajo por la noche, pero vi que tenía miedo de un celador. Cada vez que ese hombre se le acercaba, se encogía. Empezó a correr detrás de mí.

»Conocía a ese tipo, a ese celador. Lo conocía bien. Es un tipo duro. Así que traté de mantenerme a una distancia prudencial. Pero el chico lo estaba pasando tan mal que, después de un tiempo, no pude soportarlo más. Así que le dije al tipo: "Ten cuidado. Te estoy vigilando. Recuerda, veo el futuro. Y tu futuro no es brillante".

»¿Por qué hice eso? El tipo me hizo la vida imposible. Era un Lowgod. Uno de los nuestros. Lo conocía desde que era un niño. Ahora es un hombre adulto. Un joven grande y fuerte. Se hace

llamar Hijo del Hombre. No me molestaré en decir su verdadero nombre, porque es una desgracia para sus padres y una vergüenza para los suyos. Es un hombre apuesto, un tipo guapo. Podría salirse con la suya con todas las chicas que quisiera. Pero su mente es retorcida.

»Me hizo la vida imposible. Puso a los blancos en mi contra, mintiéndoles de una manera y de otra, porque a él se le da bien hablar. Y un día, cuando le dije que dejara en paz al chico, se me acercó sigilosamente, mientras estaba en el cuarto de las escobas, se me acercó, me agarró con fuerza y me dijo: "Si vuelves a abrir la boca, te clavaré un cuchillo en la garganta. Haré que el viento silbe a través de tu cuello".

»Bueno, me solté. Había algo diabólico en él cuando me tocó. Algo que había arraigado en su ser con mucha fuerza y me dio miedo. Era inútil quejarse o decírselo a los blancos. Allí es él quien controla las cosas. Los jefes blancos lo adoran por su tamaño y su lengua, porque es un diablo de voz suave. Pero cuando no miran, maneja a los pacientes y a los otros celadores como una banda. Trabaja en los turnos de tarde y noche, a veces en ambos, porque allí es el rey. Tiene el control de esa sala. Todos los pacientes hacen lo que él dice, los blancos y los de color. Se traicionan unos a otros por él. Roban por él. Le temen, y deberían temerle, porque puede hacerles perder el control o, peor aún, hacerles perder el control para que se hagan daño, se ahorquen, etcétera. Es una especie de brujo. Se atreve a llamarse Hijo del Hombre. Hijo del diablo es lo que es.

En ese momento, se volvió hacia Nate.

—Me pregunto si es voluntad de Dios que todo esto te interese. Tal vez esta sea la razón para hacerte volver. ¿Vuelves a casa?

Nate miró a Addie.

—Estoy en casa —dijo.

Después de hacer una pausa y beber un poco de agua, con el pastel

todavía intacto, Miggy prosiguió.

—Los pacientes de Pennhurst me quieren cuando me ven, porque los entiendo. Son como todo el mundo. Quieren vivir. Quieren ser felices. Quieren tener amigos. Y cuando se trata de seguir los impulsos de la naturaleza, el amor y esas cosas, se muestran reacios, pero no tanto. Ese hombre malvado y podrido se interesó por el niño pato de la peor manera posible. Tuvieron que internar al niño en el hospital por lo que le hizo ese bribón retorcido. Lo destrozó por dentro, y cuando el niño se curó, siguió insistiendo en él para que los blancos tuvieran la excusa de enviar al niño de vuelta a la misma sala, para poder destrozar a ese pequeño retoño un poco más.

»Bueno, resultaba insoportable. Pero que yo hablase con médicos y enfermeras sobre esas cosas resultaba menos efectivo que hablar con esa pared de ahí y que llegase a escucharme. Así que recé por él, y a que no os podéis imaginar qué pasó, pues que unas semanas después el pequeño niño pato desapareció.

Y aquí miró a Nate y empezó a cortar su segundo trozo de pastel. Lo cortó cuidadosamente en varios trozos y luego dijo:

—Si fueras un ratón y hubiera un gato cerca y quisieras salir, ¿tomarías esta ruta de aquí? —Y señaló un pequeño surco en un trozo de pastel que había cortado—. ¿O esta ruta de aquí? —Y señaló una abertura cerca de una segunda pieza al otro lado de su plato—. Creo que *querrías* ir por ahí —dijo con cuidado, señalando con el tenedor el pedazo original—. Pero como ese camino está bloqueado, tal vez querrías ir por aquí.

Pasó el tenedor por encima de los pedazos y los desplazó un poco, dibujando una especie de mapa.

—Para salir por aquí —dijo, señalando—, hay que pasar por aquí, por aquí y por aquí. Así que eso no sirve. Entonces, ¿adónde iría el ratón? Sabiendo que el gato está cerca y que no tiene mucho tiempo antes de que el gato lo cace, y sabiendo que no hay más que una salida, que es esta —señaló la parte superior de su plato—. Esta es la salida. ¿Qué va a hacer? Tiene que moverse.

Pensó durante unos segundos.

—Bueno, el ratón *podría* comerse este gran trozo de pastel, y

este trozo, y este trozo, pero para cuando llegase aquí, aquí, y aquí, el resto de los ratones estarían encima de él, siguiéndolo, haciendo ruido, porque hay mucha gente en el país del pastel, un montón de otros ratones que también quieren salir, además del gato. Tu ratón no puede volar. No puede ir por encima..., *pero*...

Entonces colocó el tenedor en línea recta desde su gran trozo de pastel hasta la corteza, pasando sobre varios de los trozos de pastel cortados para representar edificios, donde indicó una salida.

—Si el ratón pudiera cavar un túnel desde el gran trozo de tarta de aquí, podría trazar una línea recta hasta la puerta de salida. De ese modo, llegaría libre a su casa en un periquete.

Dejó el tenedor, miró a Nate, se cruzó de brazos y apoyó los codos sobre la mesa. Con las manos cruzadas delante de la cara, habló despacio.

—Hay túneles por todo Pennhurst. Kilómetros de túneles. Los usaban antiguamente para transportar comida y suministros e incluso carbón desde la vieja central eléctrica durante el invierno. La mayoría de ellos no se ha utilizado en años. Grandes túneles vacíos. Muchos. Y corren en todas direcciones.

Deslizó el plato con los trozos de pastel alejándolo de ella y prosiguió.

—Movieron cielo y tierra intentando encontrar al patito cuando desapareció. Lo buscaron por todas partes. No lo encontraron. Alguien dijo que habían oído graznidos procedentes de lo que podría ser un túnel bajo el pabellón C-1, por donde tal vez había escapado el niño. Pero nadie sabe a ciencia cierta si realmente *hay* un túnel debajo del pabellón C-1, porque es uno de los edificios más antiguos, alejado de los edificios principales. Dicen que el chico *podría haber* escapado por ahí, porque se rumorea que *si hay* un túnel bajo el C-1, este debe de conducir al patio del ferrocarril, que se utilizaba antiguamente para transportar carbón al viejo horno. El viejo horno está justo al lado del pabellón C-1. Ya no lo usan. Construyeron un nuevo edificio para el horno en el lado oeste de las instalaciones. Así que podría haber huido en esa dirección, si es que hay un túnel allí. Pero ¿quién sabe? Nadie en ese hospital lo sabe. Quienquiera que

construyera esos túneles hace tiempo que desapareció. Tendrías que ser un alma valiente, necesitarías que Dios te diese aliento, para *pensar* siquiera en recorrer uno de esos viejos túneles.

Suspiró y dio un sorbo a su café.

—Nunca encontraron a ese chico. Lo buscaron durante un tiempo y luego dijeron: «Bueno, probablemente esté muerto, se haya extraviado o lo hayan asesinado, quién sabe». O…

Hizo una pausa y en su rostro se dibujó una sonrisa socarrona.

—Le di muchas vueltas —siguió contando—. Me puse a pensar. Dije: «¿Cómo puede un niño que ni siquiera sabe hablar, que grazna como un pato, averiguar cómo salir de esos túneles?». Alguien dijo: «Probablemente tenga un mapa». Pero nadie ha hecho nunca un mapa de esos túneles. Construyeron los túneles hace cien años, cuando Pennhurst era nuevo. Luego añadieron nuevos edificios, de uno en uno, un túnel aquí, otro allá, cerrándolos, abriéndolos en un punto u otro, los túneles van en todas direcciones. La mayoría están cerrados, según me han dicho, excepto los que están cerca del edificio de administración. ¿Cómo podría un niño conocer esos túneles? Imposible.

»Pero *si conociera* los túneles —señaló hacia el pastel—, sabría que el túnel que hay bajo *ese* edificio —señaló el trozo más grande del pastel— cruza la sección norte de Pennhurst, donde están el edificio administrativo y el hospital. Y el túnel bajo *este edificio* —señaló de nuevo— te permitiría salir a una alcantarilla en el lado oeste, donde no hay más que bosques y nadie puede escapar de allí porque se ha intentado muchas veces. Y *este* —señaló a la esquina más alejada, donde estaba su tenedor— es el pabellón C-1, donde estaba encerrado el niño, que en caso de existir algún túnel, le llevaría hasta *aquí* —señaló al borde de su plato, indicando una salida—, el patio del ferrocarril.

»Podría haber salido por ahí. A la vía del tren. Luego tendría que haber caminado tres kilómetros por la vía hasta la carretera y allí tendría que haberlo recogido un carro o un coche o un caballo. O tal vez, incluso, se montó en uno de los vagones de tren que transportan mercancías dentro y fuera del hospital una vez a la semana.

Se encogió de hombros.

—Pero ¿cómo podría hacerlo? No era más que un niño. Y tendría que conocer muy bien esos túneles.

—¿Quién podría conocer esos túneles? —preguntó Fatty.

Miggy se encogió de hombros.

—Entonces, ¿por qué desperdicias aire hablando de ellos? —dijo Fatty.

—Por los huevos.

—¿Qué?

—Los huevos.

—¿Qué tienen que ver los huevos con los túneles?

Miggy miró a Fatty durante un largo rato y sonrió con serenidad.

—Esa es la diferencia entre la gente de color de Chicken Hill y nosotros, los del Row. Creemos en Dios como vosotros. Depositamos nuestra esperanza en Jesús como vosotros. Pero en el Row, estamos conectados por un pasado en el que hemos sido entrenados para creer, nos guste o no. Cuando vamos a la iglesia, rezamos no solo a Dios, sino a los que vinieron antes que nosotros, de una tierra muy lejana, que nos hablan de maneras que no entendemos, pero en las que seguimos creyendo. Para nosotros, todo en la vida, todas las criaturas y cosas de Dios, está conectado. Aquí, en Chicken Hill, solo gritáis y chilláis.

Se volvió hacia Fatty.

—Los huevos están totalmente relacionados con los túneles. Todo tiene que ver con todo.

Pasaron varios minutos antes de que Miggy prosiguiese con su relato, pues había decidido que necesitaba un poco más de café caliente, que Paper le sirvió al instante. Tras unos cuantos sorbos en silencio, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, respiró hondo y continuó.

—En Pennhurst preparan su propia comida —dijo Miggy—. Tienen una granja. Los pacientes trabajan en ella. Cultivan

verduras de todo tipo: maíz, quingombó, patatas. Lo único que no pueden producir son huevos. Huevos significa gallinas. Huevos para tres mil personas supondrían demasiadas gallinas para un hospital estatal. No puedes tener gente que cuide de las gallinas cuando también debes vigilar a esa gente. Es decir, los huevos tienen que traerlos de fuera.

»Hay una granja de huevos a unos tres kilómetros al norte de Pennhurst. Todos los días, esa granja envía un carro lleno de huevos al hospital. Cuatro mil huevos. Son muchos huevos. El hombre que los distribuye usa una mula y un carro. Lleva huevos y café caliente a todas las salas del hospital. Los pabellones están muy alejados unos de otros —dijo, señalando con el tenedor los trozos de pastel que tenía en el plato—. Los edificios principales de aquí —señaló—, donde está la seguridad y todo lo demás, se encuentran a tres kilómetros de distancia de donde están los pabellones inferiores. Los edificios más nuevos, la administración y el hospital, tienen cocinas completas, neveras frigoríficas y todo lo necesario para calentar la comida y cocinar grandes cantidades. Pero los pabellones inferiores no tienen cocinas que puedan calentarles la comida por la mañana. Solo para el almuerzo y la cena. Por la mañana, el personal quiere lo mismo que la gente de los edificios nuevos: huevos calientes *y* café caliente. No quieren huevos fríos ni café frío ni las gachas frías que sirven a los pacientes. Quieren desayunar huevos calientes *y* café.

Alzó el tenedor y lo clavó en el trozo de pastel que había en el borde del plato.

—Pabellón C-1 —dijo—. Ese es el pequeño reino de Hijo del Hombre. —Luego continuó—. El tipo que lleva los huevos de la granja a Pennhurst es negro. Un Lowgod. Lleva huevos calientes y café a todos los edificios de la parte baja de Pennhurst a las seis de la mañana. Son catorce edificios. Imagináoslo. Unos siete kilómetros de subir y bajar altozanos, yendo escaleras arriba para llegar a esa cocina, escaleras abajo para llegar a aquella. ¿Cómo llevar los huevos revueltos y el café caliente a los edificios de los catorce edificios estando tan separados? Un coche no podría ir tan deprisa por los caminos, doblando esquinas, subiendo escaleras

hasta el segundo piso en este pabellón y saliendo en el siguiente. Ni siquiera el día más soleado, con la carretera más despejada, un coche podría hacerlo. ¿Y en invierno, cuando hay nieve? ¿Todos esos edificios? ¿Toda esa distancia? Lleva haciéndolo treinta y seis años. ¿Cómo lo hace tan rápido? Necesitarías que Dios te diese un empujoncito para moverte tan rápido. O túneles. Eso es lo que pienso.

Nate habló.

—¿Lo conoces?

Miggy se encogió de hombros y dijo con frialdad:

—He dicho que hablaría de mi vida, no que iría a la cárcel por vosotros. Pero creo que es posible que alguien de aquí lo conociese hace uno o dos días.

Miggy miró a Paper y dejó que asimilara sus palabras, luego continuó.

—He oído *decir* que Hijo del Hombre abusó tanto de mi amiguito graznador que alguien se compadeció de él, lo puso en manos del hombre que lleva los huevos en su carro y este lo llevó por uno de los túneles que hay bajo el pabellón C-1, donde acecha el Hijo del Hombre, hasta el patio del ferrocarril. Y una vez allí, algunos de los ferroviarios, judíos sindicalistas a los que les gusta armar jaleo, lo subieron a uno de los trenes de mercancías a Nueva York con un saco de papel lleno de comida y veinte dólares. Dicen que ese chico ha estado viviendo en la ciudad de Nueva York como un pato desde entonces.

—¿Y qué sabemos de ese tipo del que has hablado? —preguntó Nate—. ¿Sigue allí?

—Hijo del Hombre todavía está allí, lamento decirlo. Y aunque últimamente no paso por sus dominios, he oído decir que un nuevo niño ha llegado a su pabellón hará unas tres semanas. Un niño negro. Sordo y tal vez mudo. No sé si puede hablar o no. Pero oí que el niño se lastimó de alguna manera. Lo tuvieron con las piernas en alto. Me han dicho que ya está mejor. Que se ha curado. Le han quitado las escayolas, por lo que he oído. Pero, dadas sus circunstancias, eso no es bueno para él.

El silencio se extendió por la habitación. Finalmente, Nate

habló.

—¿Has terminado con el pastel? —le preguntó a Miggy.

—Sí —respondió.

Nate deslizó el plato y se quedó observándolo. Era un diagrama. De edificios, carreteras y caminos. Lo estudió detenidamente y luego cerró los ojos, como si pretendiese memorizarlo.

—Cómete ese pastel o dámelo —dijo Paper—. No lo eches a perder.

—No tiene desperdicio —dijo Nate con los ojos aún cerrados. Cuando los abrió, se dirigió a Miggy—. ¿Dijiste que el Hombre de los Huevos lleva los huevos a todos los pabellones?

—A todos.

—¿El Hombre de los Huevos le lleva a Hijo del Hombre sus huevos?

—Sí, le lleva sus huevos.

—¿Cómo le gustan los huevos?

—¿A quién?

—A Hijo del Hombre. ¿Cómo le gustan los huevos?

—No lo sé. Tendrías que preguntárselo a él.

—No lo conozco —dijo Nate.

—Poco importa —repuso Miggy—. Él sí te conoce.

25

El trato

La rubia secretaria con los labios pintados de un rojo vivo que estaba sentada al mostrador de recepción del Teatro Blitz de Filadelfia, en Broad Street, pensó que se trataba de un sindicalista. De lo contrario, habría echado a aquel judío de mediana edad vestido con un mono de trabajo en cuanto lo vio entrar. Se había sentado erguido en el sillón de felpa de la sala de espera de la oficina, tocándose el sombrero con dedos gruesos y callosos. Tenía que ser un representante sindical de alguna clase, pensó, porque no parecía una persona agradable. Los trabajadores no sindicados solían sonreír y mostrarse obsequiosos, contentos por el trabajo, impresionados por la bonita sala de espera, el sofá de cuero y las pulidas mesas de café. Los miembros sindicales, en cambio, eran hombres arrogantes, vestidos de obreros, que se sentaban en los brazos de los sofás, fumaban y charlaban; chusma todos ellos, demasiado listos para sí mismos. Este hombre en concreto era más de ese segundo tipo. Se presentó como Marvin Skrupskelis, luego deletreó su apellido como si ella no fuese capaz de escribirlo correctamente, lo cual era cierto, ya que lo escribió como Scoopskalek, pero él echó un vistazo a sus garabatos y la corrigió. Dijo que no tenía cita con el señor Isaac Moskovitz, pero que necesitaba verlo. La secretaria llamó al señor Moskovitz únicamente porque creyó que *podría* tratarse de un representante del sindicato. Y aun así, Isaac no respondió, se limitó a colgar de inmediato, lo que significaba que estaba irritado y que ella debía decirle a quienquiera que fuera que se largase. Ella apartó la mano del timbre, y estaba a punto de echarlo, cuando Moskovitz abrió la puerta de su despacho, se acercó al hombre, le estrechó la mano y

le dijo:

—Por aquí. —Y le indicó la puerta que conducía al ascensor.

Al abrir la puerta, le dijo a su secretaria:

—Volveré dentro de un rato.

Tras cinco minutos de viaje en coche, montados en el pesado Packard negro de Isaac y circulando por Broad Street, Marv le dedicó una larga mirada al primo de Moshe, aquel tipo alto y estridente que de vez en cuando aparecía por Pottstown para aconsejar a su manso primo cuando este estaba metido en algún lío. Observó cómo Isaac conducía con soltura su pesado automóvil negro a lo largo de Broad Street. Parecía una versión más vieja y consistente del propio Moshe, aunque sin su sonrisa; pero, a diferencia de Moshe, no era amable, pues entendía que era una pérdida de tiempo.

—¿Cómo encontraste mi despacho? —preguntó.

—Está en la guía. ¿Preferirías que hubiese ido a tu casa?

—Eso habría sido lo más adecuado.

—No sabía si sería bienvenido allí.

—No he dicho que lo hubieses sido. He dicho que deberías haber ido a mi casa, no a mi despacho.

—Solo para aclarar las cosas —declaró Marv—, ¿eres uno de esos rumanos locos dueños de teatros que saben un montón de chorradas inútiles, como que las mariposas tienen el sentido del gusto en las patas?

—Solo para aclarar las cosas, ya sabes, ¿verdad?

—Soy lituano. —Marv resopló y luego permaneció callado, mirando por la ventanilla mientras Isaac conducía despacio, con cuidado.

Isaac miró a Marv. Había visto a Marv en la *shivá* de Chona. ¿O se trataba de su hermano gemelo? No podía distinguirlos. Fuera quien fuese, se quedó allí un buen rato y dijo más bien poco. Isaac fue al grano.

—¿En qué lío se ha metido Moshe esta vez?

—No ha hecho nada. Vive bien. Que es más de lo que puedo decir de algunos de nosotros en este país.

—¿Así que quieres volver a tu tierra de origen?

—Me gusta estar aquí. Los políticos intentan degollarte con una mano mientras saludan a la bandera con la otra. Luego te cobran impuestos. Les ahorras la molestia de llamarte sucio judío.

Isaac rio entre dientes.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres comer? ¿Necesitas algo? Has recorrido un largo camino.

Marv miró por la ventanilla, sus ojos marrones observaron las casas adosadas mientras el sedán las dejaba atrás a toda velocidad.

—Es blando, tu primo.

—Dime algo que no sepa.

—Hago zapatos —dijo Marvin.

—Lo recordaré la próxima vez que mis juanetes se hinchen como la levadura para saludarme.

—Hago zapatos de todas clases —dijo Marv—. Tengo clientes que vienen de lejos. De Reading. Baltimore. Incluso de Nueva York.

—Tienes un hermano gemelo, ¿no?

—Lo tengo.

—¿Eras tú al que vi en la *shivá?* ¿O era el otro?

—Probablemente el otro.

—¿Dónde estabas tú?

Marv se puso tenso.

—No recuerdo haberte visto el día que estuve. Y me pasé el día entero. O yo o mi hermano. Uno de nosotros estuvo allí todos los días. Tú controlas la asistencia a las *shivás,* ¿verdad?

Guardó silencio durante un momento, mientras Isaac asimilaba la reprimenda, luego continuó.

—Un tipo vino a verme la semana pasada. Tenía un problema en un dedo del pie. Necesitaba un zapato. Lo había enviado Doc Roberts. ¿Te acuerdas de él? —preguntó Marv.

—¿Por qué debería preocuparme por ese *kucker* (cagón)?

—Porque este tipo podría exprimir a Doc.

—¿Cómo lo sabes?

—Que un hombre no calce zapatos brillantes y no sepa contar cuentos de hadas con imágenes no significa que carezca de ingenio. El tipo se llama Plitzka. Gus Plitzka. Dirige el cotarro en Pottstown.

—¿Qué es lo que dirige?

—Todo. El ayuntamiento, la depuradora de agua, la policía. Reparte cartas de dos barajas. Trató de comprar una lechería y se quedó corto. Le pidió prestado dinero a un tipo llamado Nig Rosen. Un hombre de negocios de aquí. ¿Tal vez conozcas a Rosen?

Isaac asintió sin dejar de conducir el gran sedán entre el tráfico.

—Puedes llamarlo así, pero ¿a quién pretendes engañar? Lo suyo son los préstamos y la bencedrina. Mejor no jugársela. ¿Cómo sabes de él?

—Pinacle.

—¿Qué?

—No todos los judíos de Pottstown se chupan el dedo esperando limosnas de la Sociedad Judía Alemana. Pinacle. Juego todas las semanas en Reading. Apuestas considerables. Un par de jugadores de Reading trabajan para Rosen.

—¿Y?

—Pasan por Pottstown todas las semanas para apretar a Plitzka. Le debe mucho dinero a Rosen. Le pidió prestado para cerrar el trato de la lechería. La lechería obtiene el agua de su antigua granja, pero la granja no tiene agua.

—¿Y?

—Nuestro templo de Chicken Hill se abastece de un pozo que bombea agua para una fuente pública. Ese pozo está seco y sé a ciencia cierta que el agua de Plitzka procede del nuevo depósito. Así que no está pagando por su agua. Si el estado supiera que no paga por el agua y que, al mismo tiempo, dirige el departamento de agua de la ciudad, se harían cargo de la situación. La ciudad necesita agua. Las fábricas la necesitan. Así que es vulnerable. Habida cuenta de que dirige la ciudad, quizás alguien podría presionarlo, para que él pudiese presionar a Doc Roberts.

—Ese gentil nunca confesará haber violado a una judía.

—No la violó. Intentó violarla.

—Poco importa. Le arrancó la ropa. Eso es suficiente. ¿Cuál sería el objetivo?

Marv habló en yidis.

—*Yoysher* (Justicia).

—¿Pretendes reírte de mí?

—Chona me caía bien.

Isaac lo pensó detenidamente y luego respiró hondo.

—Religión y política. Eso no es bueno para los negocios.

—Así que no harás nada. ¿La vida de un judío no tiene valor alguno?

—Ahórrate el sermón, amigo.

—¿Qué vas a hacer?

—Si lo que necesitas es que Irene Dunne vaya a tu ciudad y cante canciones durante toda una semana, a un precio más que aceptable, puedo conseguirlo. Si necesitas que Cab Calloway cante *hi de hi de ho* en el teatro de Moshe, puedo arreglarlo. Pero hacer tratos con bobos que se meten con los políticos por unos cuantos malvaviscos y cigarrillos en una ciudad que no conozco, eso está fuera de mi alcance.

—Así que no harás nada.

Isaac escogió con cuidado sus palabras.

—Yo no he dicho eso. Deja que Rosen se quede con Plitzka. A lo mejor, si está tan ocupado presionando a Plitzka deja de presionarme a mí para que meta a sus fulanas en mis programas. Nadie quiere ver a la policía involucrada en esto. Nadie quiere al estado o a los federales. Nadie quiere hablar de impuestos. Nadie quiere problemas. Nadie quiere pagar. Olvídate de las tonterías de los vaqueros. Para que las cosas funcionen en este país, no le tiras a nadie agua a la cara. Guardas silencio. Haces tratos. Deja en paz a Rosen y a Plitzka. Tal vez tropiecen con una alcantarilla y caigan juntos. Necesito ayuda con otra cosa.

—¿Qué clase de ayuda?

Isaac suspiró. Volvió a mirar a Marv, giró el volante y condujo el sedán fuera del bulevar atestado de gente hasta una calle lateral de casas adosadas. Acercó el sedán a la acera, tiró del freno de mano y se volvió hacia Marv.

—Lo que Chona quería —dijo— era que la *shul* sobreviviese. Si destapas el problema del agua con Plitzka, destapas la *shul*. Por eso no tiene sentido presionar a Plitzka.

—¿Y qué hacemos?

—Deja que Plitzka arregle su propio problema de agua en la lechería. Yo me encargaré del problema del agua para el templo. Está en marcha, así que el templo no será responsable. Solo necesito tu ayuda con una cosa para hacer que la solución se presente por sí sola. Nada más.

—¿Qué?

—Necesito dos hombres, judíos, que puedan maniobrar un tren para mí. Hombres del sindicato.

—Un sindicalista no puede conducir un tren. El Ferrocarril de Pensilvania es el que controla los trenes.

—No hablo de *controlar* o *conducir*. Solo tienen que estar allí. Dos de ellos. Trabajando.

—¿En qué tren?

Isaac miró por el retrovisor y luego por la ventanilla a un coche que pasó a toda velocidad, seguido de un caballo y de un carro.

—El chico de color de Chona, el que lo vio todo, está en Pennhurst. Hay un tren de mercancías que lleva carbón y harina a Pennhurst todas las semanas. Necesito dos hombres en ese tren para que se hagan cargo del chico cuando salga del manicomio. Yo me encargaré del resto.

—¿Que se hagan cargo de él, dónde?

—Dondequiera que el tren deje su carga. El chico estará allí cuando lleguen.

—¿Quién lo llevará allí?

—De eso no te preocupes. Llegará.

—¿Y adónde tienen que llevarlo?

—Que lo suban al tren. De todo lo demás me encargo yo. ¿Podrás encontrar a dos judíos de confianza?

—Por supuesto. Es probable que haya unos cuarenta judíos en la zona de Reading trabajando para el ferrocarril.

—¿Cuánto crees que costará?

—¿Para ti? Nada.

—¿Estás de guasa?

Marv negó con la cabeza.

—Los judíos del ferrocarril son todos sindicalistas. Leen los

periódicos, cantan canciones, están locos. Están obsesionados con todo eso de la justicia americana para todos y cada uno de nosotros. Saben quién era Chona, las cartas que escribió, las locuras que hizo. Los negros no eran los únicos a los que alimentaba gratis. La mitad de los clientes de su tienda eran trabajadores del ferrocarril, especialmente los fines de semana. La tienda de Chona era la única que abría los domingos en Pottstown. Puedo conseguirte a diez judíos sindicados que trabajan en el ferrocarril.

—Solo necesito dos. ¿Cuánto te costará conseguírmelos?

—Ya te he dicho que será gratis.

—Nada es gratis.

—Yo me encargaré de ello.

—¿Cómo?

—Todo el mundo necesita zapatos.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—¿Te pregunto yo cómo llevas tu negocio? Ofrece un soborno a un sindicalista y te escupirá a la cara. Saben que puedo despilfarrar dinero como tú. Pero si ofreces tu oficio, tu trabajo, lo respetarán. Honran los principios.

Isaac enrojeció debido a un brote de vergüenza. Principios. Durante todos los años en que fue un *fusgeyer,* cuando él y Moshe eran niños, y huían de los soldados para salvar sus vidas y se morían de hambre, eso fue lo único de lo que Moshe nunca se libró. Nunca odió a nadie. Siempre fue amable. Era capaz de dar hasta su última migaja. Y aquí en América se había casado con una mujer que era de su misma cuerda. Amabilidad. Amor. Principios. Eso es lo que dirige el mundo. «Una negativa no es un no. Es solo el comienzo de una negociación», solía decir Moshe. Era un negociador maravilloso. Podría haberse hecho rico aquí en América con todo su talento. En cambio, estaba en una ciudad de mierda, su esposa había muerto... Isaac tragó saliva y se mordió el labio.

Oyó a Marv preguntar algo.

—¿Qué?

—El agua —dijo Marv—. ¿Qué pasa con el agua? ¿Quién va a

arreglar el problema del agua? ¿Estás seguro de eso?

—El tema del agua ya está en marcha —respondió Isaac—. Que esos hombres estén allí cuando el chico salga del manicomio. Esa es mi parte del trato.

—¿Y Plitzka?

—Tal vez él y Nig Rosen terminen en una urna en algún lugar. ¿A quién le importa?

—¿Cuándo quieres que lleguen los hombres? ¿En qué tren?

—Solo hay un tren al día que vaya a Pennhurst, según me han dicho —dijo Isaac—. Ya te informaré del día en cuestión. Ten a tus chicos preparados. ¿Y me harías un favor?

—Tal vez.

—La próxima vez, ven a mi casa. Mi secretaria es una gentil con la boca muy grande.

Marv sonrió satisfecho.

—Lo que hagas en tu intimidad es cosa tuya.

Isaac frunció el ceño.

—No todos podemos ser como Moshe —dijo.

26

El trabajo

La tarde siguiente, Fatty estaba trabajando en el motor del Gran Chadwick Seis y Big Soap le observaba por encima del hombro. Fatty colocó la última bujía en su sitio y luego cerró la tapa del distribuidor.

—Este no es un Gran Chadwick —anunció.

—¿Cómo lo sabes?

—Estas piezas son de un Ford —dijo—. El distribuidor de un Ford no encajaría en un Chadwick Seis. La tapa del Ford es más pequeña. Móntate. Yo conduzco.

Big Soap saltó al asiento trasero y Fatty se sentó en el del conductor. Giró la llave y el viejo motor se puso en marcha, expulsando una nube de humo negro.

—Dale caña —gritó Big Soap. Dio dos palmadas, ¡plas!, ¡plas!, y dijo alegremente—: ¡Llévame a casa, Charles!

—Muy gracioso. No tira. —Fatty apagó el motor y miró por el retrovisor para comprobar cómo Soap se relajaba en la parte trasera y estiraba uno de sus largos brazos sobre el respaldo del asiento—. Soap, ¿quieres ganar algo de pasta?

—No, Fatty. Quiero vagar por la tierra repartiendo amor y alegría. *Por supuesto* que quiero ganar algo de pasta.

—Tengo un trabajo.

—¿Qué habría que hacer?

—Conectar una tubería de agua en Chicken Hill.

—¿Es ilegal?

—En realidad, no. Lo único que haríamos sería sacar una vieja tubería de otra y conectarla a la canalización de agua de la ciudad. Todo el mundo paga por el agua municipal. Así que,

técnicamente, no es ilegal. Pero tenemos que hacerlo de noche.

—Si se trata de conectarse a la red de la ciudad, ¿por qué no lo hacen los del ayuntamiento?

—¿En Chicken Hill? ¿Estás de broma?

—¿Cuánto habría que cavar? —preguntó Big Soap.

—No mucho. Solo hay que quitar una tapa, bajar, desconectar una tubería y conectarla a otra canalización. Luego habría que volver a colocar la tapa.

—Conectar canalizaciones de agua corriente es un trabajo en el que te mojas.

—¿Quieres ganar dinero o no?

—Para que lo sepas, Fatty, estoy ganando un buen dinero en la fábrica Dohler.

—¿Cuánto ganas?

—Tres dólares con cincuenta centavos a la semana.

—¿Y qué haces ahí? ¿Rellenar urnas?

—Enciendo los hornos.

—¿Van a subirte pronto el sueldo?

—Cuando estén listos.

Fatty asintió, dando golpecitos en el vetusto salpicadero del coche. «Ese es el problema», pensó amargamente. A Big Soap lo despidieron de un trabajo, lo contrataron en otro, su madre le echó la bronca delante de sus amigos, los irlandeses de la Compañía de Bomberos Empire le obligaban a subir treinta metros de manguera mojada a lo alto de su torre mientras ellos se sentaban a beber cerveza, y él seguía encantado de trabajar por nada. El muy imbécil.

—Ganarás diez veces esa cantidad en tan solo tres horas. Y añadiré a Rusty al grupo.

—Si has pensado en Rusty, es que el trabajo no debe de ser fácil.

—¿Quieres participar o no?

—No has hablado de cantidad alguna.

—Treinta y cinco dólares para ti.

Big Soap dejó escapar un silbido.

—Eso me suena a robo. ¿Se trata de un banco?

—¿Te parezco un ladrón? Es un simple trabajo de fontanería, Soap. Abrir una alcantarilla, bajar por un pozo, desplazar una válvula en «Y» y conectar la cañería a la canalización de quince centímetros que va al depósito. Salimos. Cerramos la tapa del pozo. Y eso es todo. Lo he hecho cientos de veces.

—¿Para qué casa es?

—No es para ninguna casa. Se trata del solar que hay en Hayes con Franklin. Donde está la fuente pública.

Big Soap frunció el ceño.

—¿No es ahí donde está la Lechería Clover?

—Justo enfrente de la Lechería Clover.

—¿Es para ellos?

—No.

—¿Para quién es, entonces?

—No puedo decírtelo. Pero van a pagar mucho dinero. ¿Quieres el trabajo o no?

Big Soap se lo pensó unos segundos.

—Treinta billetes son muchos billetes. ¿Cuánto tiempo necesitaremos?

—Un par de horas.

—No parece muy difícil. ¿Para qué necesitas a Rusty?

—Refuerzos. La tapa del pozo es de cemento viejo. Si la rompemos, Rusty podría arreglarla para que se pareciese a la original. Es bueno con el mortero y el cemento.

—Se necesita agua para mezclar el cemento, Fatty.

—Usaremos agua de la tubería con la que estamos trabajando.

—¿Cómo mezclaríamos el cemento?

—Tengo esa vieja hormigonera a gas detrás del garito.

—¿Ese pedazo de chatarra? No habrá modo de ponerla en marcha de noche. Suena como un megáfono. Despertará a todo el barrio.

—También tiene una manivela.

—Que funciona bien si eres Tarzán.

—Rusty la engrasará. Él sabe cómo arreglar esas cosas. O usaremos una carretilla. Rusty puede colorear el cemento para que se parezca al que usan los del ayuntamiento.

—No podremos empujar esa hormigonera por la colina si está llena de cemento, Fatty. Pesa demasiado.

—Rusty mezclará el cemento mientras tú y yo arreglamos las tuberías; eso si la tapa se rompe cuando la arranquemos, lo que probablemente no pasará porque tendremos cuidado, ¿de acuerdo? Será pan comido.

—¿Seguro que Rusty se apunta?

—¿Crees que te lo diría si no fuera así?

Big Soap, sentado en el asiento trasero del coche, asintió, miró al cielo azul, ensimismado, y luego dijo:

—Fatty, la puerta principal de la lechería está en Franklin Street.

—Tiene dos puertas más en el lado que da a Hayes Street.

—Empiezan a trabajar a las cuatro de la mañana.

—Es el fin de semana del día de los Caídos, Soap. El desfile de Antes. Discursos, barbacoa, cerveza, fuegos artificiales. Todos los negocios de la ciudad están cerrados.

—Poco importa. Seguro que tienen un vigilante en la lechería y que estará atento.

—El vigilante estará en la Casa Antes divirtiéndose con el desfile y los fuegos artificiales, como todo el mundo. Lo conozco. Es de color —dijo Fatty.

—Entonces *no irá* al desfile —dijo Big Soap—. No conozco a nadie de color que vaya a ese desfile.

—Me refiero al reverendo Spriggs.

Big Soap se detuvo un momento, pensativo, y luego dijo:

—Snooks es tu pastor, ¿no?

—No es *mi* pastor —dijo Fatty—. Es *el* pastor.

—No sabía que Snooks trabajaba de vigilante —dijo Big Soap —. El padre Vicelli dirige nuestra iglesia a tiempo completo.

Fatty hizo un gesto con la mano como para restarle importancia.

—Cada vez que en esta ciudad se necesita a un negro para que se quede en las celebraciones y coma y parezca feliz, llaman a Snooks. Ese es su verdadero trabajo.

—No parece un mal trabajo —dijo Big Soap. Miró por encima

del hombro de Fatty—. Oh oh.

Fatty se volvió para seguir la mirada de Big Soap y vio a Paper en la parrilla delantera del coche, con los brazos en jarras.

Verla de pie entre los trastos de su jardín, con su vestido amarillo mecido por la brisa y la luz del sol bañando su rostro moreno y suave, le hizo sentirse como en una habitación llena de malvaviscos calientes. Sentía el corazón tan ligero como el de un niño de cuatro años.

—Ven aquí —dijo ella, haciéndole señas con impaciencia.

Para bajarse del descapotable tuvo que ponerse de pie sobre el asiento, pasar por encima del parabrisas hasta el capó y saltar. Aterrizó al lado de Paper, ella le agarró por el codo y le hizo girar para que quedaran de espaldas a Big Soap.

—¿Nunca has oído hablar del pájaro que madruga? —dijo ella.

—No. Pero sí he oído hablar del gusano que se retuerce.

—Se suponía que ibas a ir a ver a Nate esta tarde para averiguar a qué hora tenías que llevarlo a Hemlock Row. Quiere ponerse ya en marcha. Esta noche.

Fatty sintió un repentino impulso de confesar, de decirle a Paper que había aceptado otro trabajo, uno que implicaba una buena cantidad de dinero con escaso riesgo, que le proporcionaría a él —quizás incluso a ellos, si es que *había* un ellos, que él esperaba que lo hubiera— algo de dinero de verdad.

—¿Esta noche? —exclamó—. Esta noche tengo cosas que hacer.

—¿Qué clase de cosas?

—Me ha salido un trabajo.

—Lo que tengas que vender en tu garito puedes hacerlo mañana. Está todo preparado. Tienes que bajar al teatro. Primero, Nate necesita que le ayudes a trasladar unos tambores y cosas del desfile a la Casa Antes.

—Pensé que tenía que llevarlo a Hemlock Row. Nadie dijo nada sobre ofrecerme a acarrear algodón para el desfile de Doc Roberts. Y nadie dijo nada de que yo tuviese que hacer todo eso hoy.

—Tú síguele el juego, ¿quieres? Son solo unos cuantos tambores y cosas del desfile.

—Nate podría recurrir a mucha gente para que le echase una mano. ¿Por qué quiere que lo haga yo?

—Porque eres el único en la colina que dispone de algo lo suficientemente grande como para llevar todos los instrumentos de una sola vez en poco tiempo. Si no, tendría que pasarse todo el día llevando y trayendo esas cosas. No dispone de todo el día. Tiene que ponerse en marcha esta noche.

—¿Por qué?

—Miggy lo ha acordado todo con el Hombre de los Huevos. *Esta noche.*

—¿Por qué los blancos no pueden transportar sus propias cosas para su desfile? ¿Son alérgicos al trabajo?

—Ve allí y pregúntaselo tú mismo a Nate.

—Dile que no puedo ir, Paper.

Paper se apoyó en el capó del coche, evidenciando frialdad, y alargó la mano para tocarle la cara con suavidad.

—Pórtate bien, Fatty. Sé que puedes hacerlo.

A modo de guiño a la comunidad judía, la Sociedad Histórica John Antes le permitía todos los años al Teatro y Sala de Baile Auténtico Americano de Moshe el privilegio de almacenar en su vasto sótano su amplio surtido de tambores y material que utilizaban para el desfile anual del día de los Caídos, así como para el espectáculo de fuegos artificiales. Diecisiete redoblantes, ocho tamtams, cuatro enormes bombos, dieciocho arneses para tambores, estandartes, carrozas, dos camiones de bomberos en miniatura, material para las tarimas y demás parafernalia para los dignatarios del desfile, entre los que se encontraban Doc Roberts y varios miembros del ayuntamiento.

Por lo general, la ciudad enviaba un camión para recoger los bártulos. Pero ese año no se presentó ningún camión. En lugar de eso, la petición de los tambores llegó a través de un chico de

instituto que llevó una nota a Moshe pidiendo que le trajeran el equipo.

Moshe no estaba en el teatro cuando llegó la nota. Estaba en casa y no se encontraba bien. Así pues, la nota se la entregaron a Nate, que no sabía leer, y este se la entregó a Addie, que sí sabía, quien acompañó al mensajero a casa de Moshe para que le entregase la petición, y luego regresó al teatro, donde Nate estaba entre bastidores preparando la actuación del fin de semana de la gran cantante de blues Sister Rosetta Tharpe.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Nate.

—Se durmió al instante. No se encuentra bien. Así que no lo molesté —dijo Addie.

—Solía perder el culo para intentar complacer a los blancos de por aquí —dijo Nate—. De todos modos, cumpliremos. Llevaremos los tambores y las cosas allí. Me dará tiempo de llegar a Hemlock Row esta noche.

—Olvídate del desfile —dijo Addie—. Tenemos nuestros propios asuntos de los que ocuparnos. Que hagan un desfile de pacotilla.

—Me dará tiempo.

—¿Quién traerá las cosas de vuelta cuando acaben el desfile y los fuegos artificiales?

Nate le hizo un gesto con la mano.

—Les llevará toda la noche cerrar la Casa Antes. Traeré los tambores y las cosas de vuelta aquí por la mañana.

—No podrás hacerlo si la policía te está persiguiendo.

—No me van a pillar. Porque ya habré regresado.

Addie guardó silencio. Había disimulado sus temores por todo lo acordado durante la reunión de la noche anterior con Miggy, pero a medida que se acercaba el momento de la partida de Nate, se había ido poniendo más nerviosa.

—Quizás sea mejor dejar a Dodo en manos de Dios —dijo.

—*Está* en manos de Dios —repuso Nate—. Por eso he quedado con el Hombre de los Huevos en Hemlock Row. Le diré lo que quiero. Le pagaré unos cuantos séqueles y dejaré que se encargue del resto. Volveré a medianoche. Así que si se enteran de que el

chico ha huido y la policía viene a buscarlo aquí, no lo encontrarán. Me encontrarán a mí en la cama. No voy a salir a buscarlo, cariño. Solo voy a encontrarme con el Hombre de los Huevos. El resto se lo dejaré a él y a Miggy. No tienes de qué preocuparte.

En ese momento, Addie se dio cuenta de que en realidad no había ningún plan trazado que ella conociera. Fatty había accedido a llevar a Nate a Hemlock Row para reunirse con Bullis, el Hombre de los Huevos, a cargo de Miggy. No podía recordar qué más había oído en la reunión de la noche anterior aparte de eso, porque Miggy se expresaba mediante parábolas, y la idea de dejar a Dodo a merced de aquel… *pagano* Hijo del Hombre le revolvía las tripas, por no hablar del secreto de Nate, su Nate… Siempre había sabido que tenía un secreto. Decía que era del sur. Carolina del Sur era su hogar, según le había dicho. Pero ¿Hemlock Row? Decidió que hablaría con él de esa cuestión más adelante, porque ahora había otros problemas que afrontar. Nate, su Nate, no iba a entrar en ese hospital, con Dodo o sin Dodo.

—Algunas de las cosas que se hablaron anoche me han dejado un poco trastornada —dijo.

—Hablaremos de eso cuando acabemos con lo que tenemos entre manos.

—Solo para quedarme tranquila: tú no vas a entrar en ese lugar, ¿verdad?

—No quiero entrar ahí —dijo Nate con desdén.

Quiso gritarle que más le valía no entrar allí, pero el ruido de las herraduras que avanzaban por Main Street hacia el teatro interrumpió sus pensamientos. Se dio la vuelta para echar un vistazo y murmuró:

—Oh, Dios…

Fatty, el único negro de la colina capaz de idear en muy poco tiempo un artilugio lo bastante grande como para transportar toda la parafernalia de un desfile de trescientas cincuenta personas, subió a la acera en un carro tirado por una mula. A su lado estaba Big Soap, sonriente.

—¿Taxi? —preguntó Fatty alegremente.

Addie puso los ojos en blanco.

—Son solo unas pocas manzanas —dijo Fatty.

A Nate no le hizo gracia, pero condujo a Fatty y a Big Soap hasta la puerta del escenario del teatro, donde entre los tres apilaron a toda prisa la parafernalia del desfile en el carro, lo ataron con cuerdas y se pusieron en marcha. Fatty y Nate iban delante. Big Soap montó en la parte trasera del carro, mirando hacia atrás, con las piernas colgando.

Mientras avanzaban a trompicones, con Big Soap fuera del alcance del oído, Fatty trató directamente el tema problemático.

—Nate, ¿tienes que encontrarte esta noche con el Hombre de los Huevos en Hemlock Row?

—Así es. Quiero salir a las siete.

—¿No podría ser otra noche?

—¿Qué sucede?

Fatty miró a su alrededor para comprobar si alguien podía oírle, aunque estaban encima del carro y fuera del alcance de todos.

—Me ha salido otro trabajo —dijo.

—¿Y?

—Es para esta noche. No es más que un trabajito. ¿Podría llevarte a Hemlock Row un poco antes? Tal vez a las cuatro. ¿Te parece bien?

—¿A qué hora me recogerías después?

—Tarde. A medianoche más o menos.

Nate frunció el ceño.

—De acuerdo. Siempre que esté de vuelta por la mañana.

—¿Tienes algún lugar en el que esperarme en el Row hasta tan tarde?

Nate sonrió satisfecho.

—No te preocupes por mí.

—Lo siento, Nate. Estoy en un aprieto. Necesito la pasta de ese trabajo. Es mucho dinero. Pero puedes contar conmigo.

Sonó falso incluso mientras lo decía. Así que cuando el carro se acercó a la Casa Antes, al pie de Chicken Hill, Fatty miró más allá del viejo edificio, tres manzanas más arriba, a la Lechería

Clover, y decidió confesar.

—Nate, ayer recibí una nota de mi hermana.

—Me alegra que volváis a hablaros.

—Alguien me pasó algo de dinero a través de ella. Quieren que desentierre la tubería de agua frente a la Lechería Clover. Ahí debajo hay una conexión en Y que conecta la iglesia judía con el pozo de la fuente pública. Voy a desengancharla y a conectarla a la canalización de agua de la ciudad desde el depósito. El pozo de la fuente pública debe de estar secándose.

Nate asintió.

—Todos los manantiales debajo de la colina se están secando. Hay demasiados pozos. Hoy en día, el agua del grifo sale turbia. ¿Cómo sabes lo de las tuberías de Chicken Hill?

—Cuando era pequeño, ayudé a mi padre a colocar muchas de ellas. Entonces no era legal, pero así es como se hacían las cosas. Solo pasaban tuberías por donde podían. Supongo que no quieren tratar con el ayuntamiento para arreglarlo.

—No quieren pagar a los ladrones, eso es lo que pasa. ¿Quién te envió la nota?

—No lo sé y Bernice no me lo dijo. Pero era mucho dinero. Y decía algo más en la nota, pero yo... perdí una parte.

—¿La perdiste?

—Había una segunda página. La rompí por accidente. Encontré una parte, pero el resto cayó detrás de mi garito y, cuando volví a buscarla, estaba toda mojada. No pude descifrar lo que decía.

—¿Nada de nada?

—Era algo sobre la gente del ferrocarril. Trabajadores sindicados..., judíos... y el tren de Pennhurst. Pero no sé a qué se refería.

Nate meditó un momento y sonrió antes de hablar.

—El señor Isaac es el que está moviendo los hilos.

—¿Quién?

—El señor Moshe tiene un primo llamado Isaac. Es un tipo con mucho dinero de Filadelfia. Hombre de teatro. El mismo negocio que el señor Moshe pero más grande, tres veces más. Pero

todo es para bien. ¿Había dinero en esa nota para la gente del ferrocarril?

—Había cuatrocientos dólares extra pegados a esa nota en esa página sobre los hombres del ferrocarril. No sé para qué eran.

—¿Era todo el dinero que había ahí?

—No, claro. Había quinientos dólares para el tema de la tubería de agua, además de los cuatrocientos dólares para los ferroviarios.

Nate guardó silencio durante un largo rato mientras se oía el clop, clop de los cascos de la mula resonando en la calle. Finalmente dijo:

—Vas a tener que entregarme esa parte. Sé que es mucho dinero, pero no es para ti. Es para Dodo.

«¡Y una mierda!», es lo que Fatty habría querido decir. Y lo habría dicho de haber estado con cualquier otro; es decir, si no hubiese sido Nate Timblin.

Cuando llegaron a la Casa Antes, Nate bajó del carro, se colocó a un lado y se dirigió a Fatty, que seguía en el asiento del conductor.

—Ve a casa, toma esos cuatrocientos dólares y llévaselos a Addie al teatro ahora mismo. Que Soap te acompañe. Yo descargaré esto de aquí.

—Eso es mucha pasta, Nate.

—Déjalo correr, hijo. Te explotaría en la cara de un modo u otro. Alguien está pagando por un servicio. Tu trabajo consiste en entregar el dinero.

—¿Y cuál es el servicio?

—De eso me ocupo yo —dijo Nate—. Después de entregarle el dinero a Addie, ocúpate de tus asuntos aquí esta noche. Yo iré a Hemlock Row por mi cuenta. Llevaré la mula y la carreta a tu casa cuando termine aquí.

Si cualquier otro hombre de Pottstown le hubiera exigido los cuatrocientos dólares que parecían haberle caído del cielo y le hubiera dicho que se fuera a casa a buscarlos y que, encima, se los llevase a su mujer, Fatty le habría dicho que se largara con viento fresco, o bien lo habría agarrado del cuello y le habría dado una

patada en el trasero justo antes de echar a correr. Pero Nate Timblin no era un hombre cualquiera. Fatty hizo exactamente lo que le ordenó.

27

El dedo

Dodo se despertó con la sacudida de la cuna y alzó la vista para ver a Monkey Pants mirándole fijamente. Su mano izquierda, que Monkey Pants podía mantener firme y que utilizaba sobre todo para comunicarse, señalaba a Dodo, y su boca se movía.

—Más tarde —dijo Dodo.

El día anterior le habían quitado la última escayola. Sacaron a Dodo de la cama y lo llevaron a una habitación donde le entregaron unos calzoncillos y unas zapatillas de hospital, y le enseñaron su taquilla, donde no había nada dentro y de la que solo tenían llave los celadores. Lo colocaron en la fila de hombres que iban a la cafetería, luego a la sala de descanso, de vuelta a la sala brevemente, después a la cafetería para comer, donde se desplomó, pues sus piernas aún estaban débiles por falta de uso, así que lo enviaron de vuelta a su cuna en la sala, relativamente vacía, donde se había quedado dormido y pasó la tarde y la noche con Monkey Pants. Se alegró de estar lejos de los hombres.

Monkey Pants quería saber cómo era el resto del pabellón. El baño, la sala de descanso, la cafetería. Pero Dodo no estaba de humor para hablar. La enormidad de aquel lugar volvió a conmoverle al caminar por entre los internos generales. La desolada soledad del lugar no solo le desagradó, sino que empezó a corroerle por dentro. Podía sentirla. Los pacientes, algunos de los cuales eran amables, le hablaban —podía leer sus labios— como los hombres les hablan a los niños, pero se sentían impotentes cuando aparecían los celadores. Todo era impredecible y los pacientes más amables eran los que peor lo pasaban. Durante las comidas, cuando Dodo apartaba la cara de las gachas de su

bandeja para leer una conversación, unas manos se apoderaban de su comida. Allí reinaba un orden jerárquico. Los pacientes más capaces se encargaban de todo, los menos capaces se quedaban solos. El movimiento constante —hablar, charlar, morder, empujar, hacer tratos y robar periódicos y cigarrillos— resultaba enloquecedor. Se veía obligado a sentarse en el suelo de la sala de día, porque sentarse en un lugar en el que habitualmente se sentaba otra persona hubiese provocado que esta se enfadase con él y lo maldijese. El flujo constante de preguntas de sus compañeros, a muchos de los cuales no podía entenderlos porque tenían trastornos del habla o sus gestos eran inconcretos, dificultaba la lectura labial. Varios le hablaban como si tuviese algún tipo de problema mental. Otros pretendían discutir con él asuntos de gran complejidad. Todos parecían pensar que no había ninguna razón para que estuviesen allí. Un hombre dijo:

—Aquí todos son enfermos mentales menos yo. Me falla el sistema nervioso. ¿Tú tienes afectado el sistema nervioso?

Otro le dijo:

—Llegué aquí por error, porque estudiaba en la escuela nocturna.

Otro, un hombre blanco, declaró:

—No puedes estar enfermo, hijo. Cuando era negro, nunca enfermé.

Aquella conversación le asustó. Cuando apareció Hijo del Hombre, todos los que estaban en la sala se pusieron de pie. Varios pacientes le evitaron, pero la mayoría, sobre todo los más capaces, se reunieron a su alrededor. Destacaba por encima de ellos por su uniforme blanco, una especie de mesías de ébano que destilaba poder, de pie entre el rebaño de rechazados por la sociedad, que se movían a su alrededor mientras él iba de un lado para otro, como los seguidores de Moisés. Incluso el segundo celador, un hombre blanco, parecía estar de acuerdo con Hijo del Hombre. Dodo se alejó todo lo posible de él, enterrándose en una esquina, pero en la sala de descanso no había modo de esconderse. Notó que Hijo del hombre le observaba y, cuando Dodo cruzó la mirada con él, Hijo del Hombre le guiñó un ojo. Aquella atención y el constante pulido

del suelo con algún tipo de desinfectante de fuerte olor le provocaban un tremendo dolor de cabeza.

Pero Dodo no podía transmitirle esa clase de cosas a Monkey Pants. Aquel día estaba demasiado agotado y confuso. Además, por primera vez, ahora que el dolor de sus piernas había remitido, empezó a sentir algo aún más doloroso: culpa. Pensó en las muchas cosas que había hecho mal. De vez en cuando, robaba trozos de chocolate en la tienda de la señorita Chona. Le había quitado una canica a una de las hijas de la señorita Bernice en su patio. ¿Por qué había hecho esas cosas? ¿Por qué había herido a la señorita Chona? ¿Por qué el tío Nate y la tía Addie no habían ido a visitarlo? «Por mi culpa», pensó. «Me porté mal. Ataqué a un hombre blanco. Estoy en la cárcel. Voy a estar aquí de por vida.» Ignoró el frenético movimiento de manos de Monkey Pants y miró hacia otro lado hasta que finalmente se rindió.

Permanecieron tumbados un buen rato y, cuando por fin miró de nuevo hacia Monkey Pants, lo vio tumbado boca arriba, mirando al techo, con la boca abierta y las piernas en posición fetal pegadas al pecho. Tenía un aspecto extraño, como si le costara respirar. Dodo se incorporó.

—¿Qué te pasa, Monkey Pants?

Monkey Pants no le escuchaba. Miraba fijamente al techo, respirando con grandes bocanadas. Dodo pensó que podría estar sufriendo un ataque, porque sabía cómo eran, ya que había visto a la señorita Chona tener varios de ellos. Monkey Pants también había sufrido varios ataques desde que Dodo llegó. Eran breves, más frecuentes que los de la señorita Chona, pero igualmente aterradores, pues hacían que Monkey Pants se agitara y se levantara de la cuna, como si una mano lo empujase por la espalda hasta formar un arco, con el cuerpo curvado hacia arriba, el vientre y la pelvis elevándose en el aire, subiendo y bajando varias veces, seguidas por un extraño giro de piernas y brazos, como si tuviesen un motor independiente; su cuerpo, en definitiva, se retorcía de forma tan horrible y la cuna se sacudía con tanta violencia que el suelo temblaba. Aquellos episodios solían llamar la atención de varios de los celadores y también de una enfermera

cargada de medicinas o pastillas, que parecían calmarle y le proporcionaban largas horas de sueño irregular. Monkey Pants odiaba aquellas medicinas y, muchas veces, Dodo le vio fingir que se tragaba la ristra de píldoras que constituían su dosis diaria para luego escupirlas en cuanto el celador se daba la vuelta.

Mientras lo observaba, la respiración de Monkey Pants pareció ralentizarse, como si los espasmos hubiesen desaparecido. Después se volvió hacia Dodo y asintió con la cabeza, dándole a entender que se encontraba mejor. Pero Dodo ya se había visto sumido en la nube de la depresión.

—Cometí un error, Monkey Pants —dijo—. Por eso estoy aquí.

Las cejas fruncidas de Monkey Pants compusieron un «no».

—De no ser por mí, la señorita Chona no se habría hecho daño.

Monkey Pants frunció un «no, no, no», pero Dodo negó con la cabeza.

—Sí, sí, sí. No digas lo contrario.

Monkey Pants extendió el dedo para expresar algo. Dodo lo ignoró.

Entonces sacó la canica, que siempre llamaba la atención de Dodo.

—¿Qué?

Observó cómo Monkey Pants componía una T.

—¿Qué más?

O

—¿Qué más?

Siguió así hasta deletrear T.O.C.A.

M.I.

D.E.DO.

—¿Por qué? —preguntó Dodo con impaciencia.

La sonrisa de decepción de su amigo fue demasiado. Así que Dodo alargó la mano y las puntas de sus dedos índices se tocaron. Entonces Monkey Pants volvió a mover el dedo.

—Estoy seguro de que no puedes sostenerlo así —dijo Dodo.

Monkey Pants dejó escapar una risita y Dodo entendió lo que

significaba: «Estoy seguro de que puedo».

—De acuerdo —dijo—. A ver quién aguanta más.

Monkey Pants sacó el dedo de la cuna. Un desafío.

Dodo lo aceptó y los dos niños se agarraron los dedos a través de los barrotes de sus cunas. Cinco minutos. Diez minutos. Pero a Dodo se le cansó el brazo y lo retiró.

—No es justo. Tú puedes apoyar el brazo en la cama.

Monkey Pants se encogió de hombros.

De repente, la tristeza, la culpa y el dolor desaparecieron, todo gracias al reto, y Dodo volvió a ser un niño. Se tendió del lado derecho, apoyó el puño izquierdo bajo la cabeza para sostenerse y metió la mano derecha entre los barrotes de la cuna, con el primer dedo hacia fuera, y dijo:

—Otra vez.

Monkey Pants correspondió y compitieron de nuevo, tocándose los dedos. Cinco minutos. Diez minutos, veinte. Treinta. Mientras aguantaban, Dodo empezó a hablar, porque Monkey Pants necesitaba su mano izquierda para hablar, lo que significaba que Dodo era libre de hablar por los dos. Le contó a Monkey Pants cómo era la sala de descanso, y el baño, y la extraña celadora que tenía hipo todo el día, y el paciente que dijo que una vez fue negro. Tenía el brazo tan cansado que quería dejarlo, así que siguió charlando, con la esperanza de que su charla cansara a Monkey Pants, pero aguantó.

Al cabo de una hora, Dodo se rindió y soltó el dedo.

Un destello de dientes blancos y una risa procedente de la cuna de Monkey Pants le hicieron fruncir el ceño.

—Estás haciendo trampa. Estás acostado de espaldas.

Monkey Pants hizo un gesto para que hiciese lo mismo.

Así lo hizo, tumbándose sobre su espalda y ofreciéndole el dedo derecho al dedo izquierdo de Monkey Pants.

—Luchemos.

Aguantaron así veinte minutos. Cuarenta minutos. Una hora. Dos horas. Llegó la cena. El empleado que traía las bandejas de la cena, divertido por el juego que vio en marcha, dejó las bandejas y volvió a recogerlas más tarde, con la comida sin tocar. Los dos

chicos le ignoraron, ya que su lucha de voluntades se había desatado. Monkey Pants ensució su cama. Dodo hizo lo mismo. Los celadores se dieron cuenta y pasaron a la cama de al lado. No fue nadie más. Los dos chicos se agarraron los dedos con fuerza. Ninguno de los dos estaba dispuesto a rendirse.

Llegó la noche y con ella el cambio.

En un principio aguantaron, como los hombres que imaginaban ser, pero a medida que los pacientes entraban desde la sala de descanso e iban de un lado para otro, para finalmente instalarse en sus camas, el nuevo turno de celadores atenuó las luces del techo y la sala quedó en penumbra, tan solo estaban encendidas las luces de la garita de los celadores. La mayoría de los hombres se tumbaron en sus camas con dificultad e intentaron dormir.

Aun así, los chicos resistieron.

Dodo ya no podía ver el dedo de Monkey Pants, pero sí distinguir la forma de su brazo a la luz del puesto de los celadores. La sala tenía forma de U, con camas a ambos lados y la garita de los celadores se encontraba en el centro, de modo que aquella luz proyectaba un resplandor inquietante a ambos lados de la sala. Pero la luz solo llegaba hasta la mitad del suelo, lo suficiente para que Dodo pudiera distinguir el delgado brazo blanco de Monkey Pants, pero no mucho más.

La mayoría de los hombres dormían ya, pues hacía una hora que se habían acostado, y varios de ellos roncaban, dedujo Dodo al reconocer las familiares jorobas que ascendían y descendían sin cesar. La somnolencia se apoderó de él con fuerza y no pudo mantener la cabeza erguida, así que se tumbó y echó la cabeza hacia atrás en la almohada, mirando al techo, con el brazo extendido, tocando a Monkey Pants. Se dio cuenta de que no podría aguantar mucho más. El sueño le estaba venciendo. Monkey Pants también estaba cediendo. Finalmente, el dedo de Monkey Pants se separó del suyo, luego se recuperó y volvió a ofrecérselo, y Dodo lo aceptó, pues estaba a la altura del desafío. Era el mejor. Pero el dedo de Monkey Pants volvió a caer.

—Vamos, te voy a ganar —susurró, alargando el dedo. Pero

Monkey Pants no respondió al gesto.

Dodo se tumbó boca arriba, luchando contra el sueño, satisfecho. Agotado, alzó la cabeza para mirar con aire victorioso a su amigo y asegurarse, pero en la penumbra no podía ver a Monkey Pants ni su brazo. Había triunfado.

Entonces, la luz que provenía del mostrador de los celadores cambió de repente y vio movimiento a los pies de su cuna. Dodo se olvidó por completo de su victoria. Allí estaba él, vestido con su reluciente uniforme blanco de celador, sonriendo, con los dientes visibles en la penumbra y la silueta de su mano y su cara contra la luz que se reflejaba en la garita de los celadores.

Hijo del Hombre.

—Eh, Pavo Real —dijo.

Las dos cunas estaban separadas por unos escasos cinco centímetros. Dodo sintió que el terror le oprimía la garganta cuando Hijo del Hombre alzó el borde de su cuna y la separó de la de Monkey Pants, sin hacer ruido, y luego se deslizó por el espacio que quedaba entre ambas, impidiéndole ver a Monkey Pants. Era como si hubiesen colocado un muro entre él y la única sensación de seguridad que había conocido en aquel lugar.

Con un rápido movimiento, Hijo del Hombre abrió los cerrojos de ambos lados de la cuna de Dodo y deslizó los barrotes hacia abajo.

Dodo se incorporó con rapidez, pero las piernas le flaqueaban y uno de sus brazos golpeó contra el suelo. Dodo abrió la boca para gritar, pero una mano le cubrió la boca y la nariz y apretó, aplastándole la cara con tanta fuerza que sintió que podía romperle la nariz. Hijo del Hombre se llevó un dedo a los labios dándole a entender que guardase silencio.

Con un resuelto movimiento, empujó la cabeza de Dodo, lo agarró, lo volteó de un costado, colocó una almohada en su cabeza y se la apretó contra la cara. Con una mano sujetando la almohada, Hijo del Hombre levantó de un tirón la bata de hospital de Dodo, dejando su trasero al aire.

Dodo se retorció y opuso resistencia, pero Hijo del Hombre era fuerte y vigoroso. Dodo le pateó las piernas, pero aquel hombre

le apoyó una rodilla en la pierna de abajo y le levantó la otra sin demasiado esfuerzo.

Entonces Dodo sintió que una especie de bálsamo frío corría entre sus nalgas y luego experimentó una explosiva ráfaga de dolor, aunque solo durante un segundo, pues en ese mismo instante el suelo empezó a temblar y la rodilla que le sujetaba las piernas se apartó rápidamente, porque Hijo del Hombre se había dado la vuelta y habría aflojado el agarre. Algo le había distraído.

Apartó la almohada de su cara y Dodo pudo sentir con precisión que el suelo de la sala temblaba, más fuerte que nunca, como si se tratase de un terremoto. Alguien encendió las luces de golpe y se produjo un rápido revuelo en la sala cuando varios pacientes se incorporaron y empezaron a graznar. Otros ya estaban fuera de sus camas y deambulaban confusos. Hijo del Hombre caminó entre ellos, ignorándolos, enfurecido, arrancándose la chaqueta blanca de celador y utilizándola como toalla para limpiarse la cara y la cabeza, que, para sorpresa de Dodo, tenía cubierta de heces humanas.

En la cuna de al lado, Monkey Pants se retorcía sin control, sometido a toda una serie de espectaculares convulsiones, retorciendo salvajemente piernas y brazos, con la boca abierta; como no podía ser de otro modo, gritaba, supuso Dodo, pero de manera voluntaria, porque con su mano buena, la izquierda, sostenía lo que quedaba de los excrementos que le había arrojado a Hijo de Hombre, impactando en su cabeza y manchando también la chaqueta y los pantalones de Hijo de Hombre. Sus convulsiones y sus gritos habían despertado a todos los pacientes de la sala y convocado al resto de los celadores.

Dodo vio cómo dos de esos celadores corrían hacia la cama de Monkey Pants e intentaban meterle una cuchara en la boca, pero les resultó imposible, pues sus convulsiones estaban en pleno apogeo. Al cabo de varios segundos, el ataque cesó y Dodo volvió a tumbarse en la cama.

Un empleado se dispuso a cambiar las sábanas de Monkey Pants. Pero Hijo de Hombre se lo impidió. Ahora que las luces estaban encendidas, Dodo pudo leer los labios de Hijo del Hombre.

—Déjalo —dijo—. Yo lo cambiaré.

Sus compañeros se hicieron a un lado y estaban a punto de regresar a su garita, cuando apareció un joven médico blanco. Dodo no fue capaz de entender todo lo que dijo, pero captó lo esencial, pues Hijo del Hombre y los otros dos celadores se mostraron repentinamente sumisos. El médico observó que las cunas de Dodo y Monkey Pants habían sido separadas y parecía querer saber el motivo. Observó que habían bajado el lateral de la cuna de Dodo y preguntó si a esa hora se le suministraban medicamentos. Cualquiera que fuese la explicación ofrecida por Hijo del Hombre no pareció satisfacer al médico. Indicó que había que limpiar a Monkey Pants y que había que volver a colocar las dos cunas juntas, ya que la de Dodo estaba ahora apoyada en la cama del pobre paciente del otro lado. El médico examinó a Monkey Pants y, con celeridad, le pidió algo a uno de los celadores, luego examinó a Dodo de manera sucinta y declaró que, como ya estaba curado, debían trasladarlo a una cama por la mañana. Dio otras instrucciones que Dodo no entendió. Pero cuando el médico dejó de hablar, Hijo del Hombre ya había abandonado la sala.

El médico volvió a examinar a Monkey Pants, esta vez con más atención. Monkey Pants no había dicho nada. Permanecía inerte, inspirando y espirando de forma rápida y superficial. Un celador regresó con una bandeja de medicamentos, el médico le administró una inyección a Monkey Pants y este dio la impresión de recuperarse. Se removió en su cuna con normalidad, somnoliento, antes de cerrar los ojos y verse vencido por el sueño. El orden se había restablecido. Las luces se apagaron de nuevo.

Pero Dodo no podía dormir. Le aterrorizaba que Hijo del Hombre regresara. Luchó contra el sueño. Le horrorizaba la posibilidad de despertarse y que Hijo del Hombre volviera a visitarle de nuevo y le provocase aquel dolor extremo. No sabía qué hacer. Una vez más, sin poder evitarlo, se vio asaltado por el sentimiento de culpa. «Me porté mal», pensó. «Mal, mal, mal. Me quedaré aquí para siempre.»

El sueño, a pesar de todo, se imponía de nuevo y, a medida

que iba ganando terreno, el terror de Dodo aumentaba. Empezó a preguntarse si ya estaba dormido o no, y como no era capaz de saberlo, aumentó su terror. Comenzó a sollozar. Estaba condenado.

Sabía que hablar después de que se apagaran las luces podía atraer la atención de alguien enfadado, tal vez incluso del mismísimo Hijo del Hombre, pero no pudo evitarlo. Dijo entre sollozos:

—Monkey Pants.

Sintió un suave golpecito en los barrotes de su cuna. Estaba tan agotado que no podía ponerse de lado. En lugar de eso, tumbado boca arriba, extendió un brazo a través de los barrotes de la cuna hacia la oscuridad y barrió el aire con la mano a ciegas. Una vez. Dos veces. Hasta que sintió un brazo. Luego una muñeca. Luego un dedo. Un dedo. El dedo de antes.

Se aferró al dedo.

—Gracias, Monkey Pants.

Permaneció así, con los dedos entrelazados, hasta dormirse.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, su brazo seguía extendido por la rendija de la cuna. También Monkey Pants tenía el dedo extendido. Estaba tumbado boca arriba, con la boca abierta, el brazo aún asomado por la rendija de la cuna y el dedo extendido en señal de amistad y solidaridad.

Pero el resto de Monkey Pants había desaparecido.

28

El último de los Love

Anna Morse, propietaria de la Funeraria Morse, había pensado muchas veces en marcharse de Linfield, Pensilvania, desde el fallecimiento de su marido, hacía ya tres años. Dirigir una funeraria era demasiado trabajo y le había resultado imposible encontrar buenos empleados. Solo la gestión del edificio, una extravagante estructura de ladrillo a las afueras de la ciudad que también albergaba el apartamento en el que vivía en la planta de arriba y lo que ella llamaba el «taller» —el depósito de cadáveres— en la planta baja, suponía un quebradero de cabeza. Los obreros blancos se negaban a trabajar para una mujer de color. A los obreros de color les guiaban otras ideas, pues tenían la esperanza de enamorarse y disfrutar de un futuro con dinero. Por ese motivo, cuando necesitaba reparaciones en su edificio, recurría siempre al hombre que había trabajado con ellos, Nate Timblin. Nate era un encanto. Fiable. Sólido. No le importaba la hora, no le importaba el trabajo, él siempre acudía a su llamada. El hecho de poder contar con él era la razón por la que había decidido mantener su negocio en Linfield.

Así pues, estuvo encantada de complacer a Nate cuando llamó el sábado por la tarde del fin de semana del día de los Caídos para pedirle que lo llevara a Linfield, que estaba justo al norte de Hemlock Row, a visitar a un amigo. Hemlock Row estaba a solo un kilómetro y medio de Pennhurst y Anna adivinó al instante sus intenciones. Quería visitar a su sobrino. Había leído los periódicos. ¿Un niño de color de doce años, sordo, atacando a una mujer blanca? Tenía sus dudas. Pero todos los palos les caían siempre a los negros. Lamentó que aquello les hubiese ocurrido a Nate y

Addie, dos de las mejores personas de Chicken Hill.

Tardó veinte minutos en llegar a recogerlo. Anna estaba de buen humor, porque nadie, hasta el momento, había decidido morirse ese fin de semana, aunque se barajaban cuatro posibilidades: dos de ellas en Chicken Hill, una en Royersford y otra en Reading. La de Reading era la que más le preocupaba, porque estaba a unos treinta kilómetros de distancia y la única funeraria para gente de color del condado estaba en Reading, y quien contactaba primero con la familia de luto solía llevarse al muerto. Pero Anna conocía al pastor de Reading y al médico local de color, y además tenía una prima allí que la había invitado a pasar el fin de semana del día de los Caídos y había decidido aceptar. Sería demasiada casualidad que el futuro cliente muriera mientras ella estaba en Reading; respondería a la voluntad de Dios. Pero una molesta gotera en su edificio la obligó a replanteárselo. El agua se filtraba a través de la pared del cuarto de baño del segundo piso y la noche anterior habían aparecido goteras en el techo de la sala de estar. Era inaceptable. La mera idea de que pequeñas gotas de agua cayesen sobre la cabeza del difunto durante un velatorio le ponía los pelos de punta. Pensaba pedirle a Nate que echara un vistazo al baño.

Nate se mostró inusualmente silencioso cuando se sentó a su lado en el reluciente Packard mientras recorrían High Street de Pottstown en dirección sur, hacia Linfield.

—¿Has estado ocupado? —le preguntó.

—Un poco —contestó Nate.

—¿Puedo ayudarte en algo? —dijo Anna, con la voluntad de evitar el tema de su sobrino.

—Ahora me estás ayudando.

Anna no quiso insistir. De todos modos. Nate no era demasiado hablador. El silencio era consustancial a su persona. Así que ella dijo:

—¿Necesitas que te traiga de vuelta?

Nate negó con la cabeza.

—Voy a pasar la noche en el Row. Volveré por la mañana.

Ella quiso preguntarle dónde iba a alojarse en el Row, porque

conocía a casi todas las familias de allí. Pero, en lugar de eso, vio una oportunidad.

—Nate, tengo una gotera. Creo que viene del cuarto de baño de arriba. El agua cae en la sala que está justo debajo. ¿Tendrías un rato para echarle un vistazo?

—Por supuesto. Lo miraré ahora mismo, antes de irme.

—¿Te importa si te dejo solo? Ya sabes dónde está todo. Quería ir a Reading. Mi prima y su marido están preparando un pavo.

—Claro. Caminaré hasta el Row cuando acabe. Está muy cerca.

—No te dan miedo los muertos, ¿verdad?

—No.

—Hay un catre en el almacén, sobre el pequeño vestíbulo de la sala de observación. El almacén donde guardo las cosas. Puedes dormir allí si quieres.

Nate negó con la cabeza.

—Tengo un sitio donde quedarme.

—¿Seguro que no puedo ayudarte en nada?

—Veré lo de la gotera ahora y luego seguiré mi camino.

Ella asintió, satisfecha.

—Nate, cuando estés listo para ganar dinero de verdad, vuelve y trabaja para mí. Te pagaré lo suficiente para que te compres un coche.

Nate asintió distraídamente, sin dejar de mirar por el parabrisas hacia las granjas por las que pasaban.

—No necesito un coche —dijo.

Trabajó en casa de Anna hasta casi las siete. Primero subió al tejado para limpiar las hojas de los canalones que desbordaban y luego reparó la pequeña mancha del cuarto de baño y del techo de la sala de abajo. Sabía dónde Anna lo guardaba todo y el trabajo le resultó sencillo. Trabajar le tranquilizó y le dejó tiempo para pensar. No tenía prisa. Había llegado pronto, pues Miggy le dijo

que se reuniera con ella a las once y media, después de su turno, y Hemlock Row estaba a solo veinte minutos a pie. No habría tenido dónde esconderse en el Row durante cuatro horas si llegaba pronto.

Cuando terminó, Nate devolvió las herramientas y entró en la sala de velatorio vacía. Se dirigió al vestíbulo de la parte trasera, donde Anna almacenaba los cadáveres que esperaban los servicios funerarios. Siempre tenía uno o dos, como a ella le gustaba bromear, «tirados por ahí». Encontró dos féretros abiertos, ambos de hombres, que yacían en reposo a la espera de la visita de sus familiares; los ataúdes alineados como vagones de ferrocarril, uno detrás del otro. El más cercano era el de un hombre de mediana edad a quien le habían cruzado las manos con cuidado sobre el pecho. Sobre ellas yacía una camisa de conserje nueva, pulcramente doblada, con una etiqueta impresa para la ocasión sobre el bolsillo que rezaba: «Herb's Diner, en honor de nuestro Ted S. Culman». El segundo era un hombre más joven, de diecisiete o dieciocho años. Nate los observó durante un rato, después pasó junto a ellos camino de un armario que había en la parte trasera, seleccionó unas cuantas cosas y se dirigió al Row.

Miggy lo conduciría hasta el Hombre de los Huevos y se marcharía. Así lo habían acordado. Pensó en ello mientras caminaba por la oscura carretera de dos carriles en dirección a Hemlock Row. Miggy quería que estuviese allí a las once y media en punto. No antes. Ni después. De ahí debía llevarlo a ver al Hombre de los Huevos, llamado Bullis, que según le había dicho acudiría a una granja cercana a las cuatro de la mañana a por sus huevos; lo que, para Nate, significaba que el tipo tenía que salir de la cama a las tres para poder llegar a tiempo a la granja. Pero ¿dónde estaba exactamente? ¿Era un hombre de Hemlock Row, un Lowgod? Esperaba que no. En el Row había unos cuantos Lowgod que podrían estar buscándolo. Si lo descubrían, no sería agradable. Miggy le aseguró que nadie le vería entrar o salir de su casa. Pero ¿y si se acobardaba? ¿Y si ella ya había corrido la voz sobre él? «Nate Love está vivo. No está en la cárcel. Tampoco está en el sur. Está en Chicken Hill.» Le había dado muchas vueltas al asunto.

¿Por qué iba a arriesgarse Miggy a ayudarle?

Avanzó a trompicones, inseguro. No le gustaba el plan.

Eran las dos y media cuando Miggy, aún vestida con la ropa blanca del hospital, por fin se puso en pie y se apartó de la ventana principal de su casa en el Row. Abrió la puerta, descolgó la linterna del gancho del porche, y la cerró. Miró por la ventana otros diez minutos y se dio por vencida. Se dirigió a la puerta trasera, salió de la casa sin hacer ruido y avanzó por la hilera de casas hasta llegar a la que hacía cuatro, donde podía verse la luz de una bombilla desnuda a través de la ventana. Llamó a la puerta trasera y le respondió un anciano de barba blanca y rostro sombrío.

—No va a venir, Bullis —dijo ella.

—Menos mal —repuso Bullis.

—¿Crees que se ha perdido por el camino?

—Lo que espero es que alguien le haya pegado un tiro —dijo Bullis.

—Esa clase de pensamientos no va a llevarte a ningún sitio.

—¿Qué clase de pensamientos se supone que debería tener?

—Hiciste un trato.

—Con esa joven y bonita amiga tuya a la que llamas Paper. No haré ningún trato con él. No voy a perder mi trabajo por él... o por ese joven malvado que está en Pennhurst.

—¿Alguna de las predicciones que he hecho para ti ha salido mal alguna vez, Bullis?

Bullis frunció el ceño y luego dijo:

—Me he callado lo de Nate. No le he hablado a nadie de él. No le he dicho nada a nadie, y pongo a Dios por testigo. Pero la verdad es que me alegro de que no venga.

—Ayer estuve hablando con Hijo del Hombre —comentó Miggy—. No se lo tomó a bien.

—Deberías alejarte de él.

—¿Puedes esperar cinco minutos más? —preguntó Miggy.

—No, no puedo. Dijiste a las once y media. Son casi las tres.

Tengo que ir a la granja. Ya llego tarde.

Cerró la puerta y Miggy se dio la vuelta para volver a casa.

«Algo va mal», pensó.

Para Bullis, el camino desde Hemlock Row hasta la granja donde recogía el carro y los huevos solía durar unos treinta minutos, pero llegaba tarde, así que atajó por el maizal del granjero, con cuidado de no dañar los tallos ya crecidos, pues su jefe se daría cuenta y no le haría ninguna gracia. Llegó a las tres y diez. No estaba mal. Se tardaban cuarenta y cinco minutos hasta Pennhurst con el caballo tirando del carro donde llevaba los huevos y la cafetera. El caballo, llamado *Titus,* era un appaloosa que, a sus catorce años, estaba casi ciego, pero *Titus* era muy fiable. Conocía el trabajo y el camino, y los dos se llevaban bien.

Bullis encontró al caballo en su establo, le echó un poco de heno, le dejó comer y luego lo condujo desde el establo hasta el gallinero, un edificio largo y rectangular que apestaba a mierda de gallina. La puerta estaba cerrada con una aldaba para mantener alejados a los zorros y otras alimañas, y el carro estaba aparcado en medio del edificio. Bullis metió a *Titus,* le ciñó los arneses y se dirigió a toda prisa a por los huevos, que el día anterior había embalado cuidadosamente en montones. Los apiló en el carro sobre las estanterías preparadas al efecto, unos encima de otros.

Trabajó deprisa, pero al cabo de unos minutos se dio cuenta de que el gallinero estaba extrañamente sumido en el silencio. Los gallos, que por lo general empezaban a cantar a esa hora, estaban callados. Oyó cómo revoloteaban varias palomas en las vigas, y los cerdos del corral cercano se habían arremolinado cerca de la esquina, junto al pasto. Todo inusual. ¿Acaso iba a llover?, pensó, o ¿se había enfadado Miggy con él y le había hecho vudú? ¿Sería capaz?

Intentó dejar de lado esos pensamientos mientras se subía al carro, agarraba las riendas y gritaba:

—¡Arre!

Titus se volvió hacia la puerta y avanzó varios metros cuando Bullis tiró de las riendas y dijo:

—Joder, *Titus*... Se me ha olvidado una cosa.

En la punta del carro había una gran cafetera plateada que contenía agua caliente para el café, que él sacaba de un calentador de agua de la carbonera cada mañana de camino a los pabellones inferiores. El viaje a la caldera era la primera parada de cada mañana. Ponía el café en su sitio y vertía agua caliente humeante del gigantesco calentador de agua, y durante los cinco minutos que tardaba en llegar a los primeros pabellones dejaba que el café se fuese preparando para que estuviera en su punto cuando llegaba. Tenía mucho cuidado de limpiar el filtro todos los días, porque el agua caliente del calentador a veces contenía ceniza y arenilla. No debía usar agua caliente del calentador, pero ¿quién podía apreciar la diferencia en Pennhurst?

El viejo vertió el contenido del filtro en el corral de los cerdos y se dirigió a la bomba del pozo, al otro extremo del gallinero, para limpiarlo. Al llegar a la bomba del pozo, Bullis oyó que *Titus* relinchaba y daba un bufido de sorpresa, pero lo ignoró. Tenía que darse prisa. Lavó el filtro, volvió a colocarlo en la cafetera, trotó hasta el almacén donde el dueño de la granja guardaba los granos de café molido, llenó el filtro con café recién molido, luego se subió al carro e hizo que *Titus* continuase el camino.

El caballo parecía inquieto, intranquilo. Bullis quería empujarlo para que se desplazase más deprisa, pero el viejo corcel no parecía estar por la labor.

—Vamos, *Titus* —dijo—. Yo también soy viejo.

Pero *Titus* iba a su ritmo.

Al llegar a las enormes puertas de hierro forjado de Pennhurst, Bullis saludó al guardia y se dirigió hacia los pabellones inferiores, guiando al caballo por el serpenteante sendero de un solo carril. Cuando llegó a los pabellones inferiores, a un kilómetro y medio de la entrada principal, se topó con otra puerta y saludó a un segundo guardia antes de pasar, luego siguió el camino que descendía por una pendiente hasta el gigantesco horno de carbón. Se detuvo fuera, conectó una manguera a la espita de uno de los

gigantescos calentadores de agua que había en el lateral, llenó la cafetera de humeante agua caliente y volvió a guiar a *Titus* por el sendero. Pero en lugar de girar hacia los pabellones inferiores, continuó por detrás del pabellón V-1, donde el camino serpenteaba hacia la vía del tren y, desde allí, se apartaba de la vista de ambos pabellones. Condujo el caballo y el carro hasta unos matorrales desde los que partía un sendero poco frecuentado, cubierto de cardos y maleza, que atravesaba el bosque. No tuvieron que adentrarse demasiado. Unos tres metros más adelante, el sendero se arqueaba en dirección a una ligera colina que descendía hacia el patio del ferrocarril, donde se encontraba la cochera. *Titus,* a pesar de estar casi ciego, atravesó los matorrales con facilidad, haciendo que el carro traquetease ligeramente. Cuando llegaron al borde de la pequeña cresta, fuera de la vista tanto del tren como del pabellón que tenían detrás, Bullis saltó del vagón, se adentró en los matorrales, sacó de ellos dos largas tablas y las colocó junto a las ruedas del carro. Desde ahí, condujo con cuidado el caballo sobre unas viejas vías de ferrocarril en desuso, retiró los tablones de madera y los puso fuera de la vista, condujo unos metros más, desmontó del carro y apartó varios arbustos y cardos, dejando al descubierto una gruesa y vieja puerta de madera con bisagras de correa oxidadas.

El túnel.

Un antiguo túnel ferroviario, utilizado en la época en que el Ferrocarril de Pensilvania descargaba directamente el carbón de los vagones en el viejo horno cerca de los pabellones inferiores, ahora un campo de maleza vacío entre los pabellones V-1 y C-1. Deslizó la puerta hacia atrás, encendió la linterna y condujo el caballo hasta el interior. *Titus* se abrió paso por el cemento, sorteando los baches, en el suelo se veían de vez en cuando las vías, que habían sido cubiertas con cemento. Bullis volvió a notar que *Titus* ralentizaba el paso y se alarmó. ¿Tanto pesaba el carro lleno de huevos y café?

—Está bien, *Titus*. Aligeraremos la carga muy pronto.

Titus siguió adelante, pero daba evidentes muestras de cansancio. Bullis lo miró, preocupado. El día anterior el caballo

había estado bien. «¿Cabe la posibilidad», pensó Bullis de nuevo, «de que Miggy me haya hecho vudú?» Nunca había visto a *Titus* tan cansado; parecía exhausto. Si *Titus* se desplomaba y moría en aquel túnel, ambos estarían acabados. Perdería el trabajo y a un amigo.

¿Le habría hecho Miggy vudú? Ella no hacía esas cosas, ¿verdad? Ni por culpa del maldito… No quiso pronunciar siquiera su nombre. Eso daba mal fario. En lugar eso, dijo en voz alta:

—¿Miggy no te habrá hecho vudú, eh, *Titus?*… ¡Arre!

Titus respondió, tirando con fuerza al doblar una curva cerrada en el oscuro túnel, y finalmente llegaron a la primera puerta. Allí abajo solo había tres puertas, cada una de las cuales conducía a los sótanos inferiores de los pabellones V-1, V-2 y C-1. Se dirigió a los dos primeros pabellones sin incidencia alguna, pues los celadores siempre parecían ansiosos por alejarse de sus pupilos y a veces intentaban charlar con él. Como él nunca lo hacía, no tardaban en llevarse los huevos y el café al interior, vertiendo el café de la cafetera gigante en las cafeteras más pequeñas que llevaban consigo, y Bullis se dirigía a su siguiente parada.

Pero en la última sala, cuando saltó del carro y se dirigió a la puerta para llamar, se detuvo un momento, ligeramente asustado.

Bullis conocía a Hijo del Hombre. Había oído rumores sobre él, muchos de ellos inquietantes. Pero Bullis no prestaba atención a esas cosas. Era un anciano que vivía en un mundo de calamidades. Se limitaba a repartir huevos. Aun así, cuando dejaba la carga en el C-1, siempre lo hacía rápido. Hijo del Hombre nunca hablaba gran cosa y Bullis esperaba que ese día fuera más de lo mismo.

Pero cuando llamó y la puerta del sótano se abrió y el rostro liso y apuesto de Hijo del Hombre se perfiló en el resplandor, Bullis entendió que no iba a ser un día normal. Hijo del Hombre sonreía. Nunca lo había visto sonreír.

—Buenos días —dijo Hijo del Hombre.

Bullis farfulló un saludo, sacó una cuña de madera del bolsillo y la deslizó bajo la puerta para mantenerla abierta. Luego se acercó al carro para agarrar una caja.

Hijo del Hombre retiró la falca y cerró la puerta, sellando la

luz del sótano y dejando el túnel iluminado solo por la linterna del carro de Bullis. Tenía la cara extrañamente inclinada, dejando a la vista sus relucientes dientes blancos.

—Es un buen truco, viejo, lo de traer tu carro para ayudar a escapar a alguien.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Bullis, tratando de sonar agresivo.

—Miggy estuvo en mi sala anoche, hablando de malas maneras y preparando una bolsa para un muchacho.

—Yo no sé nada de ningún muchacho ni de ninguna bolsa.

—En este túnel no están permitidos los caballos. Ni tampoco las personas. Lo sabes, ¿verdad? No tendrías que estar aquí.

—No me digas cómo tengo que hacer mi trabajo, hijo. Llevo haciéndolo desde antes que nacieras.

—No soy tu hijo, viejo.

—No seas maleducado, chico.

Hijo del Hombre sonrió.

—No deberías hablarle así a Hijo del Hombre.

Bullis se pasó la lengua por los dientes, irritado.

—Algún día, cuando aprenda a escribir, imprimiré unas tarjetitas y me haré llamar Al Capone y las repartiré por ahí. Entonces tendré un nombre elegante como el tuyo. Mientras tanto, ¿puedes apartarte de mi camino, por favor?

Bullis dio un paso hacia la puerta para abrirla empujando, pero Hijo del Hombre se lo impidió.

—Podrías ir a la cárcel por sacar a alguien de un hospital público —dijo—. Durante muchos años.

—No tengo años —dijo Bullis. Suspiró—. Hijo, solo soy un viejo que pretende que un dólar pase de un bolsillo a otro.

—¿Y qué pasa con mi bolsillo?

—¿A qué te refieres?

—En mi bolsillo solo hay pelusa.

—No estoy aquí para limpiar tu bolsillo.

—Este es mi pabellón.

—¿Este edificio tiene tu nombre?

—Dale todas las vueltas que quieras al asunto, viejo, pero voy

a sacarte a patadas de este túnel.

Bullis se enfureció y sintió que la sangre le subía a la cara.

—¡No me vas a sacar de ningún sitio, sucio canalla! No sabes lo que es el respeto, hablándole de ese modo a un anciano que es como tú. Ahora aparta tu flaco culo de en medio. —Se dio la vuelta, cogió una caja de huevos y, empujando al joven, abrió la puerta de par en par con el pie y entró.

Al hacerlo, sintió que algo duro le golpeaba el cráneo, y sus rodillas cedieron. Cayó de lado contra el marco de la puerta y la caja salió volando hacia el interior de la sala. Los huevos salpicaron el suelo.

—¡Mis huevos!

Intentó ponerse en pie, sintió que algo volvía a golpearle en la cabeza y cayó al suelo. Se dio la vuelta sobre su espalda y pudo ver lo que le había golpeado. Un calcetín con algo dentro, que esta vez cayó en su cara. Alzó los brazos para cubrirse, pero el joven era fuerte. Inmovilizó a Bullis en el suelo con las piernas y se sentó sobre su pecho, sin dejar de golpearlo con el calcetín y hablando tranquilamente, como si fuera un padre que azota a un niño.

—¡Viejo! —¡Pum!

—¡Negro! —¡Pum!

—¡Tarado! —¡Pum!

—¡Cabrón..., has entrado en mi casa! —¡Pum! ¡Pum ¡Pum!

Bullis supo entonces que Miggy le había hecho vudú, pues mientras el deslumbrante dolor inundaba y atravesaba sus terminaciones nerviosas, se apoderó de él la humillante conciencia de que el joven celador lo estaba golpeando como si fuera un paciente, utilizando un calcetín porque no dejaba marca. Entre los destellos cegadores de dolor, vio por encima del hombro del joven un par de pies que salían de repente del armario empotrado del carro, todavía aparcado en el túnel y visible a través de la puerta abierta. El armario, que estaba debajo de los estantes que contenían los huevos, medía unos sesenta centímetros de alto y cubría la longitud del carro; es decir, metro y medio. Era práctico, pero rara vez lo utilizaba. Era lo bastante grande para guardar guadañas, palas y aperos de labranza. Lo bastante grande para que

cupiera un hombre dentro. Lo bastante grande, incluso, para un fantasma.

El fantasma que salió de allí no era un fantasma de aspecto normal. Era un hombre negro, maduro, con un rostro marcado por un tranquilo silencio y unos ojos que encerraban un huracán en su interior. Era un rostro que Bullis no había visto desde hacía treinta años, pero que, a pesar del tiempo transcurrido, aquel rostro, envejecido ahora pero todavía tallado con un sombrío propósito, le resultó reconocible al instante.

—¡Ya me había olvidado de ti! —gritó Bullis.

El fantasma no respondió. En lugar de eso, se movió como una ráfaga de viento, entró rápida y hábilmente en la estancia y agarró por la muñeca a Hijo del Hombre cuando la estaba alzando para asestar otro golpe.

—¡Ojalá lo hubieses hecho! —dijo Nate.

Hijo del Hombre miró por encima del hombro y se topó con los ojos de Nate. Lo que vio le dejó helado, y así se quedó, como una estatua, con la muñeca derecha sujeta por una mano que parecía de hierro, y la otra mano fuera de su campo de visión. No podía ver lo que había en la mano derecha de Nate, pero lo supo al instante. Aun así, no se movió de encima de Bullis, con la mano derecha sosteniendo el calcetín en alto, como una antorcha, una extraña Estatua de la Libertad, la antorcha sostenida con la ayuda de un hermano negro —«Dame tu cansancio, tu pobre... anhelo de ser libre»—, y sintió todas esas cosas, porque los ojos que lo miraban no transmitían odio o ira, sino más bien empatía y dolor. Hijo del Hombre miró a Nate a los ojos y vio bajo aquellos dos remolinos de calma iridiscente el pasado de su dueño, su propio futuro y el de la comunidad que ambos habían dejado atrás; vio incluso las razones de todo ello. La visión le aturdió y, por un momento, se sintió cegado por una gran luz.

Nate, por su parte, había soportado el duro viaje en carro apretando los dientes. Quería que los ancianos de su pasado le hablaran mientras cabalgaba, porque estaba aterrorizado. No le asustaba ser descubierto, sino encontrarse en una posición en la que alguien pudiera desatar el maligno veneno que guardaba en su

interior. Había pasado toda su vida adulta huyendo, desde que tenía trece años, más o menos la edad de Dodo, porque él también tenía trece años cuando sufrió su propio accidente, su propia explosión. No provocada por una estufa, sino por un padre que había arrastrado a su familia desde la peligrosa Carolina del Sur hasta la tierra prometida de Pensilvania, únicamente para descubrir que, a pesar de vivir en Hemlock Row entre los pacíficos Lowgod, la justicia y la libertad tenían tan poca vigencia en esa nueva tierra como en la que habían dejado atrás. El hombre blanco los despreciaba en Pensilvania tanto como lo había hecho en Carolina del Sur. La diferencia radicaba en que el hombre blanco del sur expresaba su odio en términos claros y concisos, en tanto que el hombre blanco de las nuevas tierras ocultaba su odio tras historias de conocimiento y bravuconería, con falsas sonrisas de sinceridad e historias sobre Jesucristo y otros sinsentidos que lanzaba a su paso como si fuese confeti en el desfile de Pottstown. Vivir sin medios, sobrevivir sin esperanza, depender de Dios hasta para las cosas justas. Hijo del Hombre. Hijo del Hombre era mejor que el padre de Nate, que había quedado destruido tras mudarse al norte, lo que, por otra parte, provocó el suicidio de su madre, y entregó a su propio hijo a la beneficencia después de ordenarle que trajera una sierra de corte transversal y caminara con él hasta el bosque para cortar un árbol. El niño tomó entonces cartas en el asunto. Y todo fue en vano, porque allí la temeraria vida de un niño abandonado que había perdido a sus padres se convirtió en el último legado de los Love, una de las mejores familias de Carolina del Sur, porque Nate era el último Love de Hemlock Row que había ido al norte para vivir entre los Lowgod, que, en cualquier caso, se olvidaron de él y lo obligaron a llevar una infancia de mendicidad y robos. Y cuando, siendo ya adulto, sus años de ganarse la vida haciendo sufrir a cualquier ser humano cobrando un precio por ello se vieron interrumpidos por una estancia en la penitenciaría, que le fue impuesta por el asesinato de un despreciable violador y ratero que, de otro modo, habría sido abatido por algún hombre justo, fue como si ese asesinato se convirtiera en la única posible redención para Nate, si es que podía existir tal cosa, pues llegó a

albergar la esperanza de que tal vez Dios llegase a perdonarle y a encontrar un propósito para él. Cuando salió de la cárcel y conoció a Addie, que sumergió la mano en su maltrecho y dolorido corazón, lo vació de todo mal y volvió a llenarlo de amor y sentido, ya no tuvo duda alguna. Ella limpió sus pecados. Pero ahora iba a perderlo todo. No era su intención, pero sabía que iba a ser así.

—No es culpa tuya —le dijo Nate a Hijo del Hombre.

Y, tras esas palabras, hundió profundamente el cuchillo de cocina que sostenía con la mano derecha en el corazón de Hijo del Hombre.

Cuando aquel hombre cayó al suelo, Bullis oyó en la lejanía el silbido del tren matutino que traía el carbón y las provisiones. El fantasma que tenía frente a sus ojos, con el cuchillo ensangrentado aún en la mano, habló con calma.

—Estoy aquí porque he venido a buscar a un chico que está arriba —dijo—. Tú vas a llevarme hasta él. No podemos perder tiempo.

—No voy a subir.

—Tú sirves el café, ¿no?

—Se lo entrego aquí. En el sótano.

—Pues hoy no. Hoy vas a llevarlo arriba. Y si alguien te pregunta le dices que soy tu ayudante.

29

Esperando el futuro

El inicio del desfile se retrasó por dos motivos. En primer lugar, el camión de la Compañía de Bomberos Empire se averió justo delante de la Casa Antes, bloqueando el paso del desfile. En segundo lugar, los disfraces eran un desastre, lo cual casi le hizo perder el juicio a Hal Leopold, director del desfile. Leopold era muy detallista. Era el encargado del té de las damas y el responsable de todas las celebraciones de Pottstown. También horneaba la mejor tarta de café de la ciudad y tenía su propio servicio de *catering*. El lamentable estado de los trajes de la época de la Revolución le provocó algo parecido a un ataque. Iba de un lado a otro inspeccionando a los participantes del desfile, y se indignó al ver que cuatro de los diez participantes de los que él se encargaba, entre ellos Gus Plitzka y Doc Roberts, llevaban abrigos británicos rojos, con ribetes del mismo color y con forro y botones blancos, en lugar de uniformes con ribetes de color beis, forro blanco y botones azules.

—Estáis hechos un desastre —exclamó, tocando el abrigo de Plitzka con el dedo—. Gus, llevas un abrigo británico con ribetes rojos, forro blanco y botones blancos. Eso significa una chaqueta británica de estilo Pensilvania. Y Doc, ¿por qué vais de británicos? Somos el Ejército Continental, amigos. Llevamos casacas *azules*. No rojas. El Ejército Continental también lleva tricornios azules, no sombreros rojos de soldado británico. ¿En qué bando estáis?

—Me he puesto lo que me dieron —dijo Doc.

Estaba agotado. Plitzka y él habían corrido a su consulta para que le pusiera una inyección en el dedo del pie a Plitzka que le calmase el dolor, y luego habían vuelto a toda prisa para descubrir

que ya habían repartido los uniformes. Además, dichos uniformes, por lo general planchados, limpios y reparados, se encontraban en mal estado. Las fajas y los cinturones de cuero, que solían estar inmaculados, estaban rotos y andrajosos. Las polillas se habían comido los bordes de los abrigos. Los fusiles, siempre brillantes y con la madera pulida, estaban oxidados y con la madera mohosa.

—¿Quién cuida de estas cosas? —le preguntó Plitzka a Leopold.

Leopold frunció el ceño.

—El sastre judío. Cómo se llama, ¿Druker? Él hace los uniformes.

—¿También hace las fundas, las hebillas y los rifles de nuestros uniformes? —preguntó Doc—. Porque mira esto —dijo, señalando el cuero áspero y el deslucido mosquete—. Están hechos una pena.

Leopold negó con la cabeza.

—No, de eso se encargan... los locos esos. Los hermanos Skrup. Ellos se encargan del cuero, las fajas, los botones, los zapatos, los rifles... Todo eso. Pero este año no lo han hecho.

A ninguno de los tres hombres se le ocurrió pensar que los judíos de la ciudad se hacían cargo, almacenaban, confeccionaban y reparaban de manera totalmente gratuita los trajes y la parafernalia. Tampoco se le había ocurrido a nadie que el pequeño contingente de judíos alemanes angloparlantes, siempre tan bien dispuestos y que participaban de vez en cuando como miembros de la Banda de Cornetas de la Sociedad Histórica John Antes, no estaban presentes allí, y tampoco Avram Gaisinsky, aquel judío ruso tan dotado para la corneta y que siempre traía consigo a sus cuatro hijos, Todrish, Zusman, Zeke y Elia, que también sabían tocarla. Eran una familia extraordinariamente musical.

—Como mínimo, los instrumentos están en buen estado —dijo Doc.

—Moshe se encarga de guardarlos —dijo Leopold—. Se le da bien.

—¿A quién te refieres? —preguntó Plitzka.

—Ya sabes, Moshe —respondió Leopold—. El tipo del teatro.

Su mujer murió hace un par de meses, ¿verdad? La atacó el chico de color que enviaron a Pennhurst.

Se produjo una incómoda pausa y Doc apartó la mirada.

—Estáis hechos un asco —declaró Leopold—. Tenéis que arreglaros. Sois los mariscales del desfile. Quitaos las chaquetas rojas. Y Doc —dijo, negando con la cabeza—, no puedes llevar un fajín púrpura de general de división del Ejército Continental *y* un sombrero y un abrigo rojos de soldado raso británico. Deshazte del abrigo. Cómprate un sombrero nuevo. Cámbialo por uno de los chicos. Tenéis que ir de azul, amigos. Son mariscales del desfile. *Nada de rojo*.

—¿Podrías llamar a un chico para hacer el cambio? —preguntó Doc.

—Doc, si quieres ser famoso o importante, tendrás que morir en el momento adecuado. Si no, acostúmbrate a solucionar tus problemas. Encuentra tú al chico en cuestión. Tengo un millón de cosas que hacer. Tenemos que poner en marcha el camión de bomberos.

Y, tras decir eso, se marchó.

Gus observó cómo Doc se apoyaba en un poste telefónico cercano para descargar el peso de su pie malo. El viaje en el coche de Doc hasta su despacho y la reprimenda de Leopold les habían aportado un motivo para estar algo más unidos, así como el dedo malo del pie de Gus, que, gracias a Doc, ya no palpitaba sino que simplemente le dolía. Gus sintió lástima por él.

—Siéntate bien, Doc —dijo—. Dame tu abrigo. Voy a buscar abrigos azules para los dos.

Doc se quitó el abrigo rojo y se sentó en el banco que había detrás de la Casa Antes, aliviado.

—Consígueme también un sombrero, si no te importa.

Plitzka salió cojeando en dirección al camión de bomberos, donde varios hombres estaban reunidos alrededor del capó del motor, trajinando de manera frenética. Se fijó en varios muchachos que formaban un grupito y vestían uniformes azules del Ejército Continental, pero sus abrigos eran al menos dos tallas más pequeños que la suya o la de Doc.

Divisó a otro grupo de adolescentes más grandes a diez metros de distancia, y estaba a punto de dirigirse hacia ellos cuando un hombre vestido con un traje gris apareció de la nada y le pasó el brazo por encima del hombro.

—Oye, Gus, estás en el equipo equivocado. ¿Por qué vas de rojo?

El hombre era grande, y Plitzka sintió el peso de su brazo, y el bíceps rígido y duro contra su cuello. Hablaba con acento extranjero. Plitzka supuso que era ruso. Probablemente judío. Malditos judíos. Matones. Sintió cómo le crecían la rabia y el miedo en las tripas.

—Quítame el brazo de encima.

El brazo de aquel hombre parecía un bloque de madera. Apartó el pesado brazo muy despacio.

—El señor Rosen me ha pedido que te dijera que se siente solo —dijo.

—Dile que se compre un perro.

—Ya tiene uno. Yo. ¿Quieres verme los dientes?

Gus miró nervioso a su alrededor. Nadie parecía reparar en ellos dos. El grupo de hombres que estaba cerca del camión de bomberos, colina abajo, retrocedió de repente cuando la máquina rugió y expulsó una nube de humo negro por el tubo de escape. Acto seguido, estalló una ovación y empezaron las prisas para recoger los instrumentos, los trajes, los sombreros y las pancartas.

—Tendré su dinero la semana que viene —dijo Gus.

—Eso mismo dijiste la semana pasada. Y la anterior.

—¿Qué quieres que diga? Estoy sin blanca.

—Yo también. Qué casualidad.

—No hay modo de sacar agua de una piedra —dijo Gus.

El hombre asintió y le dio una palmada en el hombro a Plitzka. Su mano era tan grande que sintió como si un yunque lo golpeara.

—Hablando de agua —dijo el hombre—, tengo sed. —Dirigió su mirada hacia Chicken Hill—. ¿De dónde viene el agua potable de por aquí?

Gus sintió que la rabia se abría paso en su pecho.

—No te atreverás.

El hombre se encogió de hombros.

—Se te ha acabado el tiempo, Gus.

—Vete al infierno.

—Hablando de esa manera, no vas a conseguir muchos apoyos.

—¡Te he dicho que no tengo el dinero!

La expresión de aquel hombre, de serena consideración, no varió en ningún momento. Asintió muy despacio, con tristeza. No tenía mal aspecto. Parecía, pensó Gus, más bien apesadumbrado.

—Hablaremos más tarde, Gus. Quizás en casa. Esta noche. Después del desfile.

—Llamaré a la policía.

—¿Cómo sabes que no soy policía? —preguntó el hombre, y dicho esto, se bajó el ala del sombrero y se escabulló junto al camión de la Compañía de Bomberos Empire, giró por High Street y se esfumó entre la multitud.

Plitzka sintió que la bilis le ascendía por la garganta. Oyó que Hal Leopold le llamaba.

—¡Gus! ¡En formación!

Se dirigió hacia la parte delantera del desfile, frotándose la frente, nervioso. «Tengo que encontrar la manera», pensó. Ya estaba casi al frente del grupo cuando recordó que Doc le estaba esperando en la parte trasera de la Casa Antes.

Al pasar frente a la Casa Antes, vio que varios chicos de instituto se colocaban en fila con uniformes del Ejército Continental. Hizo un último esfuerzo para conseguir un abrigo azul de uno de los más altos ofreciéndole cincuenta centavos y su abrigo rojo a cambio; finalmente, lo consiguió.

Se dirigió a la parte trasera de la Casa Antes, donde Doc estaba de pie, impaciente, con el abrigo rojo en la mano.

—¿No has podido encontrar un abrigo azul para mí? —preguntó Doc.

Gus estaba distraído. ¿A quién podía importarle en ese momento el dichoso abrigo azul? ¿Y si aquel tipo había ido realmente a su casa? ¡Su mujer! ¡Sus hijos!—. Toma —le dijo Gus,

quitándose el abrigo—. Quédate con el mío. Podrás ser estadounidense. A mí no me importa ser británico. —Le tendió el abrigo azul.

Doc tomó el abrigo. Luego, en una decisión que iba a alterar para siempre su ya tensa y retorcida vida de pueblerino estadounidense, cambió de opinión y se lo devolvió a Plitzka.

—Al diablo con eso —dijo—. Seré británico. Además, tu abrigo es demasiado pequeño para mí.

—¿Estás seguro, Doc? ¿No quieres ponerte el abrigo azul?

—Rojo, azul…, ¿a quién le importa? —dijo Doc—. No es más que un maldito desfile. ¿En qué se diferencian?

Resultó que sí existía una gran diferencia. Una diferencia radical.

El matón que trabajaba para Nig Rosen no esperó a que Gus pudiera echarle un buen vistazo. Giró a la derecha por Washington Street y se dirigió hacia Chicken Hill, mientras la cabecera del largo desfile pasaba por High Street detrás de él. Estaba distraído. Eran casi las cinco de la tarde y aún no había oscurecido. Iba a tener que esperar durante horas a que terminara el desfile y luego encontrar un lugar seguro para plantarle en la cara al pobre Gus Plitzka los nudillos de latón que llevaba consigo. No daría problemas. Pero tenía que descansar. Estaba cansado. Había tomado el tren desde Reading, y esa noche había una partida de pinacle en Reading con mucho dinero en juego; que ahora tendría que perderse.

Avanzaba por la calle ensimismado. Se llamaba Henry Lit. Tenía treinta y cuatro años, era un judío ruso de Kiev, exboxeador y jugador empedernido. Como muchos en ese mundillo, Lit era un hombre amable al que no le gustaba la violencia, en gran parte porque sabía cuánto daño podía hacer, así como el coste, ya fuese financiero o de otro tipo, que suponía reparar lo que estuviera roto. No le entraba en la cabeza por qué alguien llegaba a ser tan estúpido como para pedirle dinero prestado a Nig Rosen. Pero las

órdenes eran las órdenes, y en lo que a Nig respectaba, cumplía siempre a rajatabla. En el cruce de Washington y Beech, Henry se quitó la chaqueta y se la echó al hombro. De hecho, tenía mucha sed. Observó a un negro corpulento seguido de un hombre blanco, enorme y barbilampiño, que acarreaba un puñado de herramientas y tubos. El blanco parecía un judío sefardí, de pelo oscuro y mirada melancólica, de ahí que Lit gritase en yidis cuando pasó el hombre:

—¿Hay alguna fuente de agua por aquí?

Big Soap se detuvo, desconcertado, y luego contestó en italiano.

—No le entiendo.

Lit se recompuso a toda velocidad y le hizo la misma pregunta en inglés. Big Soap no paraba de moverse.

—Por allí. —Señaló con la cabeza lo que parecía ser un solar vacío cubierto de maleza calle abajo—. En el centro hay una fuente al aire libre.

—Gracias. ¿El desfile volverá a pasar por aquí? —preguntó Lit.

—Después hay fuegos artificiales y un asado de cerdo —dijo Big Soap por encima del hombro— y cerveza gratis. Quédate por aquí.

Lit asintió y siguió adelante mientras Big Soap se apresuró a alcanzar a Fatty, que había empezado a ascender por la colina y se dirigía hacia la Lechería Clover.

—¿Qué quería? —preguntó Fatty.

—Pensó que yo era judío.

Fatty estaba irritado.

—Debería cobrarle al señor Moshe por dejarle a Nate que use mi carreta y mi mula. Esta mierda pesa mucho.

—¿Cómo lo sabes? Soy yo el que carga con ello.

—Y yo el que cuido de ti. ¿Hablaste con Rusty?

—Vendrá a las siete. ¿Quieres llevar algo? —dijo Big Soap.

Fatty lo ignoró.

—Es posible que tengamos que volver y ayudarle a transportar el mortero hasta aquí, sin mi maldito carro, pues se lo ha llevado Nate.

Los dos habían ido a echar otro vistazo a la luz del día a la fuente, a la tapa de alcantarilla sobre el pozo, y a esconder algunas herramientas y otras cosas para el trabajo. Lo escondieron todo en un rincón del solar vacío, ya que nadie se aventuraba por allí porque estaba lleno de chatarra. Los dos pasaron por delante de la lechería, para comprobar que, como Fatty había predicho, ese día estaba cerrada, y luego subieron la colina hasta el solar que había detrás, lleno de maleza y cajas rotas y basura. Pasaron por delante como si se dirigiesen a la manzana siguiente, pero, en el último momento, se metieron entre la maleza alta del solar y escondieron la pala, las llaves inglesas, el barreno, la roscadora de tubos, los tubos cortos y dos válvulas debajo de una caja vieja. Después regresaron a la calle, recorrieron la extensa manzana y retomaron el camino trillado que llevaba hasta el centro del solar, donde se encontraban el pozo y la fuente, y se unieron a cinco personas que esperaban pacientemente en fila con barriles y cubos para sacar agua.

—No había contado con esto —dijo Fatty, echando un vistazo a la fila y al sol, en lo alto del cielo—. Hace calor.

Los dos esperaron su turno y, cuando llegaron a la fuente, Fatty se inclinó con las manos ahuecadas mientras Big Soap abría la espita. Mientras estaba inclinado, estudió la parte superior del pozo y vio lo que necesitaba ver.

Una tapa de alcantarilla de mortero. En el borde, un viejo agujero para introducir una palanca.

Perfecto.

Intercambiaron sus posiciones y Fatty pasó a bombear. Volvió a echar un vistazo, en esta ocasión a la base de la fuente y a la tapa de alcantarilla de mortero que cubría el pozo, al tiempo que seguía bombeando y charlando con la gente que hacía cola, pues Fatty conocía a casi todos los vecinos de Chicken Hill. Desde allí, caminaron hasta la esquina y ascendieron la colina en dirección a la casa de Fatty.

—Nos ha visto mucha gente —dijo Big Soap.

—No te preocupes. Por la noche, nadie viene a buscar agua —dijo Fatty—. A las nueve, este lugar estará desierto. No habrá

ningún negro tonto a la vista.

Tenía razón. A las nueve de la noche, allí no había ni un solo negro. Pero había muchos blancos. La Banda de Cornetas de la Sociedad Histórica John Antes, que había empezado un par de horas tarde el inicio del desfile, se retrasó otra hora más cuando llegó al extremo más alejado de la ciudad, ya que el camión de la Compañía de Bomberos Empire petardeó varias veces y acabó deteniéndose de nuevo. En esta ocasión, sin embargo, dejó espacio para que la gente del desfile pasase rodeándolo, si bien el petardeo asustó al caballo de una familia menonita que había llegado a la ciudad en calesa para disfrutar del desfile. La pobre bestia estaba atada a un parquímetro y el ruido provocó que se desbocara, rompiera la brida y echara a correr al galope, tirando de la calesa de la familia. El desfile se vio interrumpido por los gritos de «¡Caballo salvaje!», mientras el granjero y otros hombres acorralaban al aterrorizado animal, que galopó de una calle atestada de gente a la siguiente. El incidente ocupó cuarenta minutos. Cuando finalmente el desfile se puso de nuevo en marcha y regresó a la Casa Antes, ya eran las ocho. La mayoría de las alegres voluntarias que habían estado despiertas desde el amanecer preparando el cochinillo asado se habían marchado para ver los fuegos artificiales desde sus casas. Tardaron otra hora más en volver a guardar las cornetas, los disfraces y los tambores en la Casa Antes, bajo la atenta mirada de Leopold, que estaba agotado y se puso en plan alemán con todo el mundo, gritando que todo debía estar bien ordenado en el vestíbulo de la Casa Antes para recogerlo por la mañana; lo cual enfadó a las pocas almas bondadosas que intentaron mostrar buena fe quedándose y que, debido a eso, también se marcharon. Lo que más deseaban los asistentes al desfile era poder disfrutar de la cerveza; y después del desfile, de hecho, era cerveza lo que más necesitaban.

Plitzka se marchó en cuanto llegaron a la meta.

—Tengo que irme a casa —le dijo a Doc—. Mi señora quiere

que esté allí cuando empiecen los fuegos artificiales.

En realidad, su mujer era lo último en lo que estaba pensando. El pánico se había apoderado de él, convencido de que el hombre de Rosen había ido a su casa. Por un momento, pensó en llamar a la policía mientras se marchaba, pero no lo hizo. Decidió llamar a su primo Ferdie. Si iba a acabar en una urna, al menos Ferdie debía saber que era culpa suya.

Gus dejó su abrigo en el interior de la Casa Antes, perfectamente doblado en el sitio que le correspondía, tal como Leopold había exigido, y se retiró a toda prisa.

Doc, en cambio, decidió quedarse. Quería una cerveza. Se la había ganado. Había trabajado duro para quedar bien con el indeseable de Plitzka y el desfile le había dejado de mejor humor. No había ninguna necesidad de irse corriendo a casa. Porque en cuanto llegase, su mujer le incordiaría con algún problema económico. Además, su suegra había venido a la ciudad para ver los fuegos artificiales. No había prisa tampoco por verla. Todavía vestido con el traje rojo del ejército británico, tomó un vaso de una mesa de pícnic cercana, lo llenó y se sentó en el banco que había detrás de la Casa Antes junto con otros voluntarios que seguían allí, la mayoría de ellos bomberos, que ya tenían cervezas en la mano.

—Brindo por los camiones de bomberos y los caballos salvajes de Estados Unidos —dijo, alzando su vaso y haciendo reír a los voluntarios—. Que Dios bendiga a esta maldita ciudad. —Echó un buen trago. Estaba muy contento. Adoraba Pottstown.

Fatty, de pie en el solar vacío, a dos manzanas de distancia, oyó las risas del patio trasero de la Casa Antes y no le gustó lo más mínimo. No tenían tiempo que perder. Había aceptado el dinero de su hermana, fuera de quien fuese. Cuando tomas el dinero de un hombre, tienes que hacer el trabajo. Era hora de ponerse en marcha. Podía ver las brillantes luces de los faroles de la Casa Antes y oír las risas, pero el solar se hallaba a oscuras, al igual que

la lechería de enfrente, y el vigilante de la lechería —el reverendo Spriggs— no estaba a la vista, como había sospechado. Probablemente estaba en el asado de cerdo bromeando con los blancos y bebiendo cerveza gratis.

Fatty y Big Soap se dirigieron a la fuente, que estaba a un metro y medio de altura, conectada a una tubería que sobresalía justo por debajo. Big Soap llevaba la palanca consigo. En la oscuridad, Fatty se tumbó en el suelo y tanteó a ciegas el perímetro de mortero de la tapa de la alcantarilla en busca de la muesca. La encontró y guio el extremo de la palanca hasta ella.

—Vamos, Soap —dijo—. Haz palanca. Es fácil. La tapa es vieja.

Big Soap se movió muy despacio. La tapa de mortero se levantó un par de centímetros, luego otro par, pero al descolocarse del agujero se partió en dos y cayó al fondo del pozo con un fuerte chapoteo.

—¡Cristo bendito, Soap!

—No puedo hacer magia. La he levantado despacio, como me has dicho.

Se colocaron al borde del pozo, mirando hacia la negrura. Fatty encendió una linterna, se tumbó y enfocó la luz hacia dentro. El pozo era circular, con las paredes de piedra cubiertas de musgo de las que goteaba agua. Calculó que había unos cuatro metros hasta el fondo. Una tosca escalera estaba sujeta al lateral del pozo. En el fondo podía verse una vieja bomba, así como las piezas de hormigón.

—Suerte que el hormigón no ha caído en el agua —dijo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Big Soap.

—Tenemos que hacer otra tapa —dijo Fatty.

—¿Ahora?

—Paso a paso. Llevemos a cabo el trabajo. Nos preocuparemos de cubrir el agujero después. Tal vez aparezca Rusty.

Bajaron los dos, Fatty con una linterna en la mano. Dos tuberías salían de una conexión en la parte inferior de la bomba. Fatty pudo ver que la tubería original que alimentaba el grifo de

arriba bajaba hasta la bomba, volvía a subir y estaba conectada a las tuberías de la lechería y la *shul*. También pudo ver por dónde pasaban antes las tuberías de la fuente y de la lechería. Las habían cortado y tapado y las habían conectado a una nueva tubería de dieciocho centímetros procedente del depósito de la ciudad, dejando solo la tubería de la *shul* conectada a la antigua bomba del pozo.

—Alguien en la lechería ha estado trasteando aquí —dijo Fatty—. Mira esa conexión. Esto no debería estar aquí. Se supone que la lechería obtiene el agua del viejo pozo de Plitzka, no de la conducción de la ciudad. Están consiguiendo agua gratis, Soap. Mucha.

Se arrodilló en el fondo del pozo y colocó la mano alrededor de la bomba para palpar el acuífero.

—No siento nada, Soap. El acuífero se ha agotado. Este pozo está seco como la mojama.

—Tal vez el agua sube cuando llueve.

—No llames a la tormenta. Vamos a ello.

Se pusieron manos a la obra a toda prisa, arrastrando las llaves inglesas, los barrenos, las sierras de mano y las tuberías hasta el agujero. Todo estaba en calma y, con la linterna, podían ver bastante bien. Poco después de empezar, el estruendo y las repentinas luces de los fuegos artificiales iluminaron aún más el lugar durante unos segundos. Como estaban en el centro de la parcela, rodeados de maleza alta, se hallaban fuera de la vista de los transeúntes. El estrépito de los fuegos artificiales les inyectó adrenalina y trabajaron incluso con mayor celeridad.

Primero tuvieron que sacar agua de la gran tubería del depósito. Cerrarla era imposible. Tendrían que empalmarla. Fatty tomó un tubo corto con una válvula cerrada y le dio a Big Soap el barreno manual con una broca de latón.

—Cuando empiece a girar sobre esa tubería, el agua saldrá disparada —dijo—. No sé cuánta presión tendrá exactamente, pero es una tubería de dieciocho centímetros. Es una tubería grande, Soap, y seguramente la presión también será grande, así que saldrá mucha agua. Sigue girando el barreno y no pares. Dale a la

manivela hasta que la broca atraviese la tubería al completo. Cuando lo hayas hecho, no la saques. *Retrocede*. *Dale la vuelta,* ¿de acuerdo? Si no, lo romperás. Yo atornillaré este tubo con la válvula y detendré el agua.

—De acuerdo.

—Tienes que hacerlo rápido. Va a salir bastante agua.

—De acuerdo.

Big Soap tomó el barreno manual y golpeó la tubería dos veces para asegurarlo, como un jugador de béisbol que se preparase para batear, y se inclinó para darle a la manivela. Pero Fatty lo detuvo.

—Una vez que empieces, no dejes de darle a la manivela, Soap. O nos ahogaremos aquí.

Big Soap asintió. Le dio a la manivela durante quince segundos, veinte segundos, luego ambos oyeron un ruido sordo, seguido de un pequeño goteo, acto seguido un potente chorro de agua que derribó a Fatty.

El agua salió disparada con la fuerza propia de la manguera de un camión de bomberos, chocando contra los muros de piedra y volando en todas direcciones, pero solo Fatty cayó al suelo. Big Soap se las apañó para mantenerse en pie, con los pies plantados con firmeza en el suelo, a horcajadas sobre la bomba, aunque ahora sobre medio metro de agua que ascendía con rapidez, pues el agua salía con fuerza; les llegaba hasta la cintura.

—¡Date prisa, Soap!

Big Soap, que seguía a horcajadas en el agujero del suelo donde estaba la bomba del pozo, se apoyó en el barreno, apretó los dientes y giró la manivela mientras el chorro le salpicaba la cara. Taladraba con la cabeza gacha, los robustos brazos en tensión, el agua embistiéndole la parte superior del cráneo, quemándole la cabeza y entrándole a borbotones por la nariz y la boca.

—¡Vamos, Soap!

Big Soap se inclinó. El chorro de agua le tiraba el pelo hacia atrás. Fatty estaba a su espalda, ligeramente protegido, con la cabeza apoyada en el omóplato del gran hombre. La fuerza del agua era tal que tuvo que apoyarse en la pared con la otra mano

para no caerse. Se vio obligado a proteger la tubería que sujetaba la válvula y la llave inglesa. El agua le llegaba a las axilas cuando sintió que la espalda de Big Soap se relajó y le oyó gritar por encima del siseo del agua:

—Lo tengo.

—¡Entonces, apártate!

Fatty alargó la mano para enroscar el accesorio, pero la presión del agua era tan grande que a los dos les costó encajarlo en la tubería y enroscarlo. Cuando lo lograron, la válvula cerrada en la tubería aguantó y, de inmediato, el agua se detuvo y, una vez más, el pozo quedó en calma, sumido en el silencio.

A Fatty el agua le llegaba hasta el cuello mientras sujetaba a Big Soap por los hombros. Pero ambos estaban vivos y se sentían agradecidos.

—Eres todo un hombre, Soap. Un hombre de verdad.

—Fatty, no vuelvas a pedirme que haga algo así. No por unos miserables treinta dólares. Ni siquiera por cien.

—Vale. Acabemos de una vez.

Se sumergieron en el agua para terminar el trabajo, pero el resto fue fácil. En media hora, cortaron la tubería de la *shul* de la bomba del pozo y, con una extensión de tres cuartos, la fijaron a la tubería del depósito que alimentaba tanto la fuente como la lechería; y, sin más, terminaron. La *shul* disponía de agua corriente. Del depósito. Gratis.

Subieron por la escalera y se sentaron en el borde del pozo, empapados y exhaustos. Solo entonces Big Soap recalcó lo obvio.

—Tenemos que cubrir esta cosa. ¿Dónde está Rusty?

Fatty estaba pensando en lo mismo, pero había temido expresarlo.

—No debe de haber encontrado el mortero. Le dije dónde estaba.

—Recuerdo que ayer comentó que pensaba pasarse por el arroyo que hay cerca del embalse para coger arena —dijo Big Soap.

—¿Para qué?

—Dijo que sería bueno usar arena del arroyo para colorear el

mortero por si rompíamos la tapa del pozo.

—Bueno, pues la hemos roto, maldita sea. ¿Ahora dónde está?

Fatty se lo pensó un momento. Metió la mano en la boca del pozo, donde colgaba la linterna, y apagó la luz. El pozo quedó a oscuras.

—Muy bien. Tenemos que darnos prisa. Iré al garaje a por mortero y tablas. Tú baja al teatro y trae la carretilla para mezclarlo. Probablemente esté en la carreta donde la dejó Nate. No vayas por la Casa Antes. Toma Hale Street o Washington Street. Mejor aún, ve por el viejo molino de John Reichner. Es el camino más rápido. Si ves a Rusty, dile que venga rápido, con o sin arena del arroyo. Mezclaremos el mortero que tenemos. No quiero que nos metan en la cárcel por las tonterías de Rusty.

Tomaron distintas direcciones mientras el último cohete de la Casa Antes se elevaba sobre sus cabezas y emitía un último resplandor.

Cuando el último cohete surcó el cielo, Doc, completamente borracho, aulló de alegría.

—¡Todo es un sueño! —gritó—. Qué grande es Estados Unidos. Esta maravillosa tierra de oportunidades. Dadnos a vuestros pobres. A los que ya no puedan más. A los débiles. Y les daremos trabajo. Y hogares. Y negocios. Les haremos hombres. Y mujeres. Y ellos —eructó ruidosamente— *¡nos reemplazarán!*

Los hombres de la Compañía de Bomberos Empire, que junto a unos pocos rezagados eran los únicos que quedaban allí, se echaron a reír. No estaban acostumbrados a ver a Doc Roberts borracho. Tenía su gracia.

Estaba sentado a una mesa de pícnic y, al oír las risas, miró a los bomberos que se guiñaban los ojos. Conocía a muchos de ellos, pues los había tratado. Algunos le caían bien, a otros los despreciaba. En su mayoría eran irlandeses, sin estudios, buenos para ciertas cosas, pensó, aunque en términos generales eran unos inútiles. La gente nueva de la ciudad. Inmigrantes. Lo ensuciaban.

No iban a la ópera ni a eventos hípicos. No sabían nada de historia. Iban al cine y a los combates de boxeo y se pasaban el día bebiendo. Campesinos. No entendían de libros, ni de medicina, ni de poesía ni de mujeres. Eran como manchas de vino en el blanco mantel americano, eso es lo que eran, mierdas extranjeras en medio del brillante esplendor de lugares como Londres y París, que querría haber conocido, tendría que haber conocido, podría haber conocido de haberlo querido. Europa. Tierra de artistas, música y mujeres. Mujeres hermosas.

Y luego el rostro de Chona, la hermosa adolescente, de pie junto a su taquilla, su muñeca blanca y desnuda rebuscando en el interior, con aquellos preciosos ojos que casi le hicieron perder la razón. Chona, cuyo excepcional cabello oscuro y su preciosa cojera hacían que su galope de jinete y sus mugrientos zapatos parecieran toscos en comparación. Chona, que se casó con un desaliñado propietario teatral, una belleza floreciente sumergida en la penumbra de aquella mugrienta tienda. ¿Quién se había creído para rechazarlo de aquella manera en el pasado? ¿Quién se había creído para rechazarlo de nuevo, años después, cuando no era más que una dependienta en una tienda que servía a negros? ¡Una judía!

—¿Acaso ella no sabía quién *era* yo? —rugió.

Se hizo un breve silencio cuando los irlandeses dejaron de reír y se miraron unos a otros.

—Vete a casa, Doc —dijo uno de ellos.

—Tranquilo, Doc...

Doc despertó de su ensueño el tiempo suficiente para darse cuenta de que era hora de irse.

—Este país —declaró— se está hundiendo. —Dio un trago a su cerveza—. Buenas noches, América.

Y tras esas palabras, se alejó en dirección a la colina en lugar de bajar por High Street.

Su casa estaba a solo nueve manzanas, pero decidió atajar por la colina. Había un solar vacío allí donde estaba la fuente, frente a la Lechería Clover, donde el ladrón polaco Plitzka ganaba dinero, y si pasaba por allí, eliminaría cuatro manzanas de su camino.

Conocía la colina como la palma de su mano.

—¿No estás yendo en dirección contraria, Doc? —oyó que gritaba uno de los bomberos.

Doc siguió caminando, tambaleándose un poco, sin atender a la pregunta con un gesto de desagrado, sin mirar atrás.

—Hijo, yo ya conocía al dedillo esta ciudad cuando tú ni siquiera eras un destello en los ojos de tu madre.

Avanzó con aquellas risas todavía resonando en sus oídos. Al hacerlo, sintió algo pequeño y duro en el bolsillo y metió la mano. El colgante de la *mezuzá*. El que, de algún modo, había llegado a sus manos durante… lo que pasó… en la Tienda de Comestibles el Cielo y la Tierra. Lo había llevado consigo a la Casa Antes para tirarlo en la colina. Perfecto. Lo tiraría en el solar cuando estuviera fuera de la vista de los bomberos. Sacó el puño que sujetaba la *mezuzá* y siguió hacia delante. Ascendió colina arriba. Arriba, arriba, arriba, hacia Chicken Hill.

Henry Lit, el matón de Nig Rosen, se despertó con el último estallido de los fuegos artificiales. Se había quedado dormido detrás de una pequeña iglesia baptista a unas pocas manzanas de la Casa Antes. En un principio, pensó que se lo había perdido todo. Pero cuando bajó por la colina y se detuvo en la esquina para poder ver desde arriba la plaza situada detrás de la Casa Antes, lo que vio le hizo suspirar de alivio. A la tenue luz de los faroles que había en la mesa estaba Plitzka, borracho como una cuba, todavía con la chaqueta roja, sosteniendo una cerveza y gritando algo. Perfecto.

Observó con asombro cómo Plitzka subía hacia él por la colina. Al acercarse el abrigo rojo, Lit se volvió y se apoyó en la pared de un viejo cobertizo, escondiéndose para que no lo viera Plitzka, que pasó tambaleándose, se abrió paso por el camino de grava y entró en el solar vacío donde estaba la fuente en la que Lit había saciado antes su sed. Estaba seguro de que era Plitzka porque llevaba el abrigo rojo y cojeaba, cosa de la que se había dado

cuenta antes. Lit esperó hasta que vio que la chaqueta roja se adentraba en el solar, entonces se quitó los zapatos y, con ellos en la mano, avanzó despacio por el sendero detrás de Plitzka, con la esperanza de no pisar cristales rotos.

No fue necesario que guardara silencio mientras se acercaba a él, porque el hombre tarareaba suavemente. Lit dio dos o tres pasos y decidió no esperar más. Los trabajos difíciles había que hacerlos lo antes posible. No tiene sentido pensárselo dos veces. «Acaba de una vez», se dijo. «Es parte del trabajo. En Estados Unidos, todo el mundo trabaja.»

Dio cuatro pasos en el solar. Podía ver claramente el abrigo rojo de Plitzka a la luz de la luna, a tres metros de distancia. Era un faro, una luz.

«Dadme a los que ya no puedan más, a vuestros pobres, a vuestras masas apiñadas que anhelan ser libres...»

Mientras Lit trotaba, sujetando los zapatos con la mano izquierda, metió la mano derecha en el bolsillo y sus dedos se enhebraron en unos nudillos de latón. Lo hizo con un solo movimiento.

El hombre ni siquiera le oyó hasta que Lit estuvo a dos pasos de distancia. Volvió la cabeza justo a tiempo para encontrarse con el puño de Lit —¡pum!—, que le golpeó la mandíbula con fuerza.

Lit oyó el crujido y sintió cómo se rompía el hueso; en cuanto que viejo boxeador, sabía que le había roto la mandíbula. Le había hecho daño. Sabía lo que se sentía. No había necesidad de hacer más. Vio caer hacia atrás el abrigo rojo, pero eso fue todo, mientras giraba sobre sí.

Era hora de marcharse.

Lit se dio la vuelta y se alejó trotando con rapidez, y durante el resto de su vida, lo que le quedaba de vida —que no era tanto—, se preguntaría por qué oyó un gran chapoteo tras la caída de Plitzka. Porque allí detrás había una fuente. No un estanque. Él había visto la fuente.

Más tarde, cuando Nig Rosen le dijo:

—¿Cómo conseguiste que Plitzka devolviese la pasta tan rápido?

Lit respondió:

—Le di un puñetazo, le rompí la mandíbula y cayó en una especie de estanque.

Rosen dijo:

—No te falta imaginación, Henry. Yo lo vi. Vino aquí y la mandíbula la tenía bien. Hablaba por los codos, suplicando. Y no dijo nada de ningún estanque.

Doce centímetros.

Si Fatty se hubiese molestado en alumbrar con su linterna unos doce centímetros más abajo, habría visto el extraño zapato que sobresalía del agua en el fondo del pozo y el reluciente colgante de la *mezuzá* que brillaba a su lado, aún con su cadena, colgando de una roca que sobresalía de las paredes de piedra, la *mezuzá,* ya libre del puño que la había agarrado y luego vuelto a soltar al caer el cuerpo. Habría visto los pantalones y el faldón rojo británico del abrigo que flotaban en el metro y medio de agua que había sobre la vieja bomba, ahora inservible, y la tapa de alcantarilla rota en el fondo del pozo. La bomba no estaba conectada a nada. Y, por desgracia, el hombre tampoco. Su mujer no le quería. Sus hijos no le echaban de menos. El pueblo no iba a erigir una estatua en su honor. Todos los mitos en los que creía cristalizarían para formar una mitología aún mayor en años venideros y se convertirían en armas de guerra utilizadas por políticos y malhechores para matar a escolares indefensos por docenas, de modo que unos cuantos hombres ricos que creían en la misma mitología que Doc pudieran comprar islas que albergaban más riquezas de las que la ciudad de Pottstown tenía o tendría jamás. Yates gigantescos que navegarían por el mundo y contaminarían las aguas y los cielos, propiedad de hombres que creaban grandes empresas que fabricaban armas de gran poder en fábricas que empleaban a trabajadores pobres, armas que se vendían lo bastante baratas como para que los pobres pudieran comprarlas y matarse entre ellos. Cualquier hombre podía comprar

una y entrar en una escuela y matar a una docena de niños y profesores y a cualquier otra persona lo bastante estúpida como para creer en toda esa mitología americana de esperanza, libertad, igualdad y justicia. El problema siempre fueron, y seguirían siendo, los negros y los pobres, y los tontos blancos que sentían lástima por ellos.

Así que resultó la mar de apropiado que un negro y un blanco tonto lo enterraran.

Fatty no tenía ni idea de lo que había en el pozo cuando él y Big Soap se reunieron allí aquella noche para hacer una nueva tapa de alcantarilla. De todos modos, esa era la menor de sus preocupaciones.

—¿Cómo hacemos una tapa de alcantarilla? —le preguntó Big Soap.

—Simplemente colocamos los tablones en la parte superior del pozo. Los encajamos entre las piedras y vertemos el mortero encima. Dejaremos que la hierba lo redondee. El círculo ya está ahí. Sirve de molde.

—Es como un disco de hockey —dijo Big Soap.

—¿Un qué?

—Hockey. Lo juegan en las Olimpiadas.

—¿Alguna vez has visto jugar al hockey?

—No, pero algún día lo veré.

—Soap, ¿podemos poner las tablas de una vez en su lugar?

Big Soap bajó por la escalera hasta que su cabeza quedó a la altura de la boca del pozo, encajaron varios tablones, utilizando la palanca en el último de ellos para que el suelo quedara firme. Luego mezclaron el mortero utilizando la carretilla y el agua de la fuente y lo vertieron.

La tapa de alcantarilla de mortero quedó perfecta. Luego le echaron un poco de tierra encima para que no pareciera tan nueva.

—¿Deberíamos dejar una pequeña cuña para la palanca en la tapa? —preguntó Big Soap.

—¿Por qué no?

Clavaron un trozo de madera en el mortero recién vertido para crear un agujero. Fatty decidió esperar unos minutos a que se

secara el mortero antes de extraer el trozo de madera para mantener firme el agujero de la palanca. Ahora era seguro estar allí. Era la una pasada de la madrugada.

—Tendríamos que irnos, ¿no? —preguntó Big Soap.

—¿Por qué? Esperemos a que se seque un poco. Si viene alguien, solo verá a dos tipos sentados en un solar en mitad de la noche. Esperando.

—¿Y a qué estamos esperando?

—Estamos esperando el futuro, Soap, esperando el futuro.

Epílogo:
La llamada

Hirshel Koffler, de veintidós años, y su hermano Yigel, de veinticuatro, llevaban tan solo seis semanas en Estados Unidos cuando los contrataron como guardafrenos del mercancías del Ferrocarril de Pensilvania conocido como el Tanker Toad*, que transportaba carbón desde Berwyn, Pensilvania, hasta el hospital de Pennhurst. Para esos dos exferroviarios austriacos, refugiados judíos, Estados Unidos era un país lleno de sorpresas. Como cabe suponer, el idioma les resultaba incomprensible. Después estaba el tema de la comida, que no era* kosher *y a veces les parecía deliciosa. Y, por último, el humo de las grandes fábricas mientras la gente se desplazaba en masa por los pueblos y ciudades. Pero nada de lo que habían experimentado en aquellas primeras semanas les resultó tan extraño como la situación en la que se encontraron aquel fin de semana del día de los Caídos de 1936: vieron a un negro alto y larguirucho sentado en una esquina de su vagón de mercancías vacío con un niño lloroso en brazos mientras el tren salía de Pennhurst en dirección a Berwyn. En una tierra de sorpresas y misterios, ese fue para ellos de lo más llamativo.*

No hablaron con el hombre, pues las órdenes del jefe del sindicato, Uri Guzinski, habían sido muy claras en ese sentido. Uri era judío, también ferroviario, oriundo de Polonia, llevaba diecisiete meses en Estados Unidos, y a pesar de que Uri era parco en palabras y su inglés no era muy bueno —aunque lo hablaba mejor que los dos hermanos juntos—, siempre se mostraba amable con ellos. Incluso les dio su fiambrera aquella mañana, ya que se trataba de una extraña festividad americana y la tienda kosher *cercana a su pensión en Berwyn estaba cerrada. «Día de los Caídos», lo había denominado Uri. ¿De los caídos por qué motivo?, se preguntaron. Aun así, no*

verbalizaron sus dudas, porque las indicaciones de Uri aquella mañana, cuando subieron al tren de las cinco y veinte para su primer viaje a Pennhurst, habían sido explícitas y en yidis: «Subid a los negros al tren, dejadlos en Berwyn y entregádselos a los mozos de carga de Pullman».

Ni Hirshel ni Yigel tenían idea de quiénes eran los mozos de carga de Pullman y temían preguntar. Tampoco estaban seguros de lo que quería decir con «fiambrera», pues había pronunciado esa palabra en inglés. Pero Uri era el jefe. Así que, mientras el Tanker Toad *entraba lentamente en el patio ferroviario de Berwyn a las seis y cinco de la mañana, con el amanecer cerniéndose sobre el glorioso cielo de Pensilvania, los dos miraron ansiosamente hacia la ventanilla de la torre de señales en busca de Uri y lo vieron saludando con la cabeza a dos negros altos e impecablemente vestidos con camisa blanca, corbata, zapatos lustrados y sombreros típicos de los mozos de carga de Pullman, que se encontraban en el extremo más alejado del patio de carga.*

Los dos negros se dirigieron al vagón de mercancías, entregaron a Hirshel y a Yigel un sobre sin mediar palabra, echaron una mirada furtiva a su alrededor, y luego acompañaron al negro alto y al joven a través de las vías hasta la cercana terminal de pasajeros, donde el Sandy Hill *de las seis y catorce se dirigía a la estación de la calle Treinta de Filadelfia.*

No tenían ni idea de quiénes eran aquellos dos pasajeros, y nunca lo sabrían, pero cuando abrieron el sobre, encontraron cuarenta dólares por su «trabajo en el sindicato» y una nota con las palabras: «Venid a verme para unos zapatos nuevos gratis». Estaba firmada por «M. Skrup», con una dirección de Pottstown.

Mientras veían alejarse el tren, Yigel, con la fiambrera en la mano, le dijo a su hermano en yidis:

—¿Te acuerdas de aquel minyán?

—¿A quién te refieres?

—El de Pottstown. En la shul*. Donde se pelearon por la rana que encontraron en la* mikve*...*

Hirshel se rio y asintió.

—¿Crees que este regalo viene de ahí? —preguntó Yigel.

Hirshel se encogió de hombros.

—¿Por qué tendría que venir de ahí?

—Allí hablaban de negros.

Hirshel hizo un gesto con la mano para negar lo que decía.

—No seas estúpido. Hay miles de negros en este país, Yigel. ¿Por qué tendría que venir ese dinero de ahí?

Pero esa también era una de las muchas maravillas de Estados Unidos. Porque el regalo procedía indirectamente del minyán de aquella shul. *La promesa de los zapatos gratis, por supuesto, corrió a cargo de Marv Skrupskelis, cuyo hermano gemelo, Irv, se encontraba en aquella reunión. El dinero era del primo de Moshe, Isaac, que lo puso en manos de Bernice, que lo puso en manos de Fatty, que lo puso en manos de la mujer de Nate, Addie, que se lo pasó a su marido, que puso un poco en manos de Paper, que llevó ese poco a dos de sus amigos, mozos de carga de Pullman, que se las arreglaron con Uri para que se reuniera con los dos y los transportaran, de unos mozos de Pullman a otros, de Berwyn a Filadelfia primero, y luego al* General Lee, *un tren expreso que iba al sur, dentro de un coche cama Pullman de primera clase para viajar de vuelta a Charleston, Carolina del Sur. El hogar de Nate.*

Nate no volvería a ver a Addie. Estaba seguro de ello. Y mientras el tren salía de Filadelfia hacia el sur, Nate se convenció de ello. Él no merecía lo que ella tenía para darle. Pero la fortaleza y la razón del amor tienen muchas estaciones, y un día ella volvería a él. Por aquel entonces, él no lo creía. Pues estaba convencido de que él era el último de los Love.

No habría más.

En cuanto a Dodo, el recuerdo de los brazos del tío Nate acunándolo, alzándolo de la cama en el pabellón y cargando con él al cruzar el sótano, el viaje en carro lleno de baches hacia el aire libre de la libertad, la sensación de ser alzado en brazos por los dos guardafrenos judíos, que lo trataron con la delicadeza de un bebé, mientras el tío Nate subía al vagón de mercancías, se desvanecería. Al igual que el viaje en tren hasta Charleston, en un coche cama de primera clase con mozos de carga Pullman que lo cuidaron durante todo el trayecto, dándole de comer arroz, jamón, pollo, pastel y helado; todo lo que le vino en gana. Todo eso también se desvanecería. Porque

la neblina de las drogas tardó semanas en desaparecer, y los recuerdos de Pennhurst y de los tristes sucesos que le llevaron allí causaron el estampido de obuses estallando en su cerebro, lo cual, dada su discapacidad, no le habría molestado tanto. Porque el hecho fue que, después de Pennhurst, se acabaron los sonidos para él. No los necesitaba. Ahora tenía su propio sonido. Era un sonido que cantaba para él a través de lo que veía, de lo que olía y de lo que tocaba de la hermosa Carolina del Sur. Y a medida que fueron pasando los años en su granja —comprada con trescientos dólares, gentileza de un judío de Filadelfia, propietario de varios teatros, llamado Isaac, que un día, junto a su primo Moshe y varios otros propietarios de teatros judíos, crearía un campamento en las montañas de Pensilvania para niños discapacitados como él, llamado Campamento Chona, un campamento que duró hasta mucho después de que todos y cada uno de aquellos inmigrantes judíos hubiera muerto—, el niño se convirtió en un hombre que cultivaba sus campos y ordeñaba sus vacas y asistía a la iglesia tres veces por semana; un hombre que aprendió a «gritar bailando» sin cruzar las piernas; un hombre que enseñó a sus hijos a reparar un tejado o una silla, a hervir carne en ollas de hierro y a caminar a través del musgo español en verano; un hombre que vio a sus hijos aprender de su tío abuelo Nate a construir un molino tirado por caballos para moler caña de azúcar, y de su tía abuela Addie a trillar arroz y moler harina, y de su amada esposa a cultivar azaleas y sus girasoles favoritos, girasoles de todos los tamaños y colores. Así que la vida que había llevado en Pensilvania se borró de su mente, de su corazón y de su memoria.

Y aun así…

Por mucho que lo intentó, no pudo borrar el recuerdo de la mujer de pelo negro brillante, ojos centelleantes, risa fácil y canicas mágicas; no pudo olvidar a aquel amigo que le tendió el dedo y lo sostuvo en la oscuridad como un faro, toda la noche hasta que salió el sol. El recuerdo de aquel dedo, de aquel dedo blanco y solitario, tendido en señal de amistad y solidaridad, brillaba en su memoria como una estrella resplandeciente. El recuerdo perduró hasta el final de su plena y fructífera vida, de modo que cuando murió ya no era el Dodo de Pottstown, sino Nate Love II, padre de tres niños y dos niñas. Después

de todo, Nate no fue el último de los Love. Hubo más. Le rodearon el día de su muerte, sus hijos y los hijos de estos. Murió el 22 de junio de 1972, el mismo día en que el huracán Agnes arrasó de la faz de la tierra gran parte de Pottstown, justo un día después de que un viejo judío llamado Malaquías el Mago desapareciera para siempre de las colinas del sudeste de Pensilvania.

Y mientras se desvanecía en el sueño eterno, rodeado de sus seres queridos, a pocos metros de los girasoles y el musgo estival que le habían ayudado a borrar el tumultuoso recuerdo de sus primeros doce años de vida, pronunciaría tres palabras en sus últimos estertores que fueron para siempre un enigma para todos los que le conocieron y le amaron y le rodearon en sus últimos momentos de vida, excepto para alguien que no estaba allí, que estaba mucho más allá de todos ellos, viviendo ahora en la tierra donde los cojos caminaban y los ciegos podían ver, que le esperaba incluso en ese momento mientras ascendía hacia arriba, ansioso por escuchar las noticias de las muchas aventuras que le habían ocurrido desde que se separaron. Era a él a quien llamaba, no a ellos.

Le dijo…

—Gracias, Monkey Pants.

AGRADECIMIENTOS

Este libro comenzó como una oda a Sy Friend, director jubilado del campamento de verano Variety Club Camp for Handicapped Children de Worcester, Pensilvania. Como muchas obras de ficción, acabó transformándose en otra cosa. Trabajé en el campamento durante cuatro veranos mientras estudiaba en el Oberlin College. De eso hace más de cuarenta años, pero las lecciones de Sy sobre inclusión, amor y aceptación —impartidas no con amabilidad condescendiente, sino mediante hechos que mostraban a los destinatarios el camino hacia la verdadera igualdad— me han acompañado toda la vida. Con ese espíritu, quiero darle las gracias a toda la familia del Variety Club: a los difuntos Leo y Vera Posel, que donaron el terreno para el campamento en los años treinta; al difunto fideicomisario del campamento Bill Saltzman, que insistió en que me convirtiera en consejero cuando solicité un trabajo como friegaplatos a los diecinueve años; a mi amigo y antiguo consejero Vinny Carissimi, que más tarde se convirtió en un brillante y luchador abogado de Filadelfia que me sacó a mí y a muchos antiguos miembros del personal del campamento de varios horribles líos legales; habitualmente, gratis. Y, por supuesto, a Sy y su marido, Bob Arch, que ahora están jubilados y viven en Lake Worth, Florida. Sy trabajó en ese campamento desde los dieciséis años hasta su jubilación, tres décadas después (1950-1979). Nunca he conocido a una persona más brillante y compasiva. Era un hombre esbelto y apuesto, que iba de un sitio para otro a toda velocidad y que se deslizaba por el campamento como un espíritu, vestido con unas zapatillas de deporte blancas y limpias, pantalones cortos y camiseta de golf, con un cigarrillo siempre

entre los dedos y la melodía de alguna fascinante ópera en la cabeza, pues le encantaba ese género. Conocía el nombre de todos los campistas y a menudo también el de sus padres. Estaba décadas adelantado a su tiempo. Su personal parecían miembros de las Naciones Unidas, mucho antes de que la palabra «diversidad» resonara en Estados Unidos. Todos estábamos mal pagados y trabajábamos demasiado. Pero las lecciones que aprendimos de Sy nos enriquecieron. Muchos de sus antiguos empleados destacaron en diferentes campos.

Los niños le querían con una extraordinaria intensidad. Cada noche, a la hora de acostarse, hacía sonar en los antiguos altavoces del campamento una grabación rayada de una corneta, seguida de un amable «Buenas noches, chicos y chicas». Y si te detenías frente a las hileras de cabañas, que no tenían aire acondicionado —se negó a que los administradores instalaran aire acondicionado, aduciendo: «Necesitan sentir el aire. Que vivan. Están dentro de sus casas todo el año»—, casi podías oír los murmullos de los noventa y un campistas, los niños tumbados en sus literas, las palabras que resonaban por toda la hilera de oscuras cabañas: «Buenas noches, tío Sy».

Durante el resto del año trabajaba como director del distrito escolar de Filadelfia, pero en verano era una leyenda para los niños del campamento. Uno de mis campistas, Lamont Garland, que ahora tiene cincuenta y cinco años, un chico nacido y criado en el norte de Filadelfia, que nunca permitió que el hecho de depender de por vida de las muletas, a causa de lo que entonces se denominaba parálisis cerebral, le impidiera trabajar para la Compañía Eléctrica de Filadelfia durante veinticinco años antes de su jubilación en 2014, me contó hace años una historia sobre Sy que nunca he olvidado. Lamont, que hoy vive en Columbia, Carolina del Sur, me contó esta historia de cuando tenía siete u ocho años. Por aquel entonces, estudiaba en la Widener Memorial School de Filadelfia, que ha ofrecido una admirable educación a niños discapacitados de Filadelfia durante los últimos ciento dieciséis años. Estábamos sentados en el porche de una de las cabañas del campamento, un mediodía de verano, y me dijo, sin

venir a cuento:

—El tío Sy vino una vez a Widener.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Trabajaba allí?

—No. Simplemente apareció. Estábamos en una asamblea, en el auditorio, una mañana, y se presentó allí.

—¿Y qué pasó?

—Nos pusimos en pie y le ovacionamos.

Le dejo a usted, querido lector, que se imagine aquel auditorio abarrotado hace más de cuarenta y cinco años; el conglomerado de muletas, sillas de ruedas y niños con todo tipo de discapacidades estallando en una estruendosa ovación. Los que podían estar de pie, supongo, se pusieron de pie, y el resto se dejó llevar por el habitual rugido de alegría del que yo siempre era testigo cuando Sy ponía el campamento patas arriba con algún acontecimiento especial que él, o algún miembro del personal, había ideado para convertirlo en el deslumbrante carnaval de la vida; un acontecimiento que cada uno de nosotros recordaría durante el resto de su existencia. Los gritos, los aplausos, los alaridos, los vítores, los aullidos, las muletas que se agitaban en el aire, la magnífica cacofonía de seres humanos en sillas de ruedas, algunos con gafas especiales, otros con audífonos, haciendo señas y gestos, los guiños y risitas y gruñidos de placer, las muecas y sacudidas de cabeza y los aullidos emocionados de los que no tenían capacidades «normales». Es imposible describirlo.

Pero todo se reduce a lo mismo.

Amor. Por un hombre. Así como por el único principio que rigió su vida: la igualdad.

De ahí surge este libro.

EL AUTOR

Lambertville, Nueva Jersey,
diciembre de 2022

Notas

Capítulo 14

1. Juego de palabras fonético: *«pal»* es una expresión coloquial que quiere decir «amigo» o «colega». La pronunciación de «palomino» podría confundirse con *«pal of mino»,* o sea, «amigo de mino». *(N. del T.)*

Una tienda en Chicken Hill
James McBride

Título original: *The Heaven & Earth Grocery Store*

Ilustración de la cubierta © Borja Bonaque

Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2024

ISBN: 978-84-1107-509-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta